

135



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES IZTACALA

LA IDENTIDAD PSICOLOGICA DEL MEXICANO EN SU DIMENSION ARTISTICA: EL PERIODO FILOSOFICO DE LA ILUSTRACION Y SU IMPACTO EN ESTA DIMENSION EN MEXICO

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:

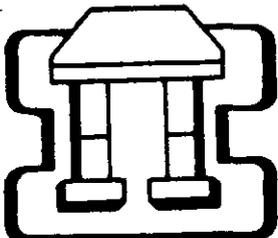
LICENCIADO EN PSICOLOGIA

P R E S E N T A :

JESSIKA RAMOS GUILLEN

DIRECTOR DE TESIS: MTRO. JESUS LARA VARGAS
SINODALES: LIC. CESAR ROBERTO AVENDAÑO AMADOR
DR. MARCO EDUARDO MURUETA REYES

200802



IZTACALA

LOS REYES IZTACALA

2001



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*CON TODO MI AMOR A MIS PADRES
POR SU CARIÑO, APOYO Y COMPRENSIÓN
NO SÓLO EN ÉSTA, SINO EN CADA ETAPA DE
DESARROLLO Y CRECIMIENTO EN MI VIDA.*

*... CON LA ESPERANZA DE ALGÚN DÍA
NO MUY LEJANO PODAMOS REINTEGRARNOS
EN ARMONÍA CON EL UNIVERSO...*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1-13
1. EL PERÍODO FILOSÓFICO DE LA ILUSTRACIÓN EN EUROPA Y SU IMPACTO EN EL MUNDO MODERNO.	
1.1 Panorama general del origen y evolución de la filosofía occidental.....	14-27
1.2 Antecedentes de la Ilustración.....	27-29
1.3 El período filosófico de la Ilustración en Europa.....	29-36
Inglaterra.....	34-35
Francia.....	35
Italia.....	35
Alemania.....	35-36
1.4 La Ilustración en España.....	36-39
Arte.....	38-39
1.5 Su impacto en el siglo XX: Modernismo y Postmodernismo.....	39-45
La Razón en el s. XX.....	40
Movimientos contra la Ilustración.....	40-42
La Modernidad.....	42-43
La Posmodernidad.....	42-45
2. MÉXICO: DE LA COLONIA A LA ILUSTRACIÓN.	
2.1 Descubrimiento del Nuevo Mundo.....	46-48
2.2 La Conquista en México.....	48-53
2.3 El Virreinato y el s. XVIII en México.....	53-59
Organización Político-administrativa.....	55
Sociedad.....	55
Educación en la Colonia.....	56
Bibliotecas de la Ilustración en México.....	56
Arte Barroco en México.....	56-57
Academia de San Carlos.....	57-58
La Pintura del s. XVIII.....	58
Literatura del s. XVIII.....	58
Música del s. XVIII.....	59
Arquitectura y Escultura del s. XVIII.....	59
2.4 Los siglos XIX y XX.....	59-62

3. IDENTIDAD PSICOLÓGICA.

3.1 Problemas filosóficos con la categoría de Identidad.....	63-67
a) Definición de Identidad.....	63-65
b) Problemas filosóficos.....	65-67
3.2 La Identidad del mexicano vista por diferentes autores.	
.....	67-75
a) Samuel Ramos.....	67-69
b) Octavio Paz.....	69-72
c) Carlos Fuentes.....	72-73
d) Alan Riding.....	73-75
3.3 La Identidad del mexicano abordada por psicólogos.....	75-83
a) Santiago Ramírez.....	75-77
b) Rogelio Díaz-Guerrero.....	77-80
c) Raúl Béjar.....	80-83

4. IDENTIDAD NACIONAL.

4.1 Conceptos emanados de la categoría de identidad.....	86-98
a) Estado-Nación.....	86-87
b) Grupos étnicos o etnicidad.....	87-88
c) Cultura.....	88-94
d) Pluralidad cultural.....	94-96
e) Nacionalismo.....	97-98
4.2 Identidad Nacional en México.....	98-103
4.3 Pluralidad Cultural en México.....	103-116
a) Mestizaje.....	105-109
b) Criollismo.....	109-110
c) Indigenismo.....	110-116

5. IDENTIDAD PSICOLÓGICA REFLEJADA EN SU DIMENSIÓN ARTÍSTICA.

5.1 Desarrollo de la Cultura en México.....	117-127
Definición de Arte.....	124-127
5.2 Arte y Nacionalismo en México.....	127-130

5.3 Artistas imbuidos en el nacionalismo.....	130-145
a) Pintura.....	130-133
b) Música.....	133-139
c) Literatura.....	139-141
d) Danza.....	141-142
e) Escultura-Arquitectura.....	143-145
5.4 Políticas Culturales en el Estado mexicano.....	145-153
CONCLUSIONES.....	154-164
REFERENCIAS.	

INTRODUCCIÓN.

Acerca de la identidad, existe un gran número de trabajos que se han interesado en realizar estudios conceptuales, socio-culturales, psicológicos, literarios, artísticos, etcétera, como una forma de explicar la naturaleza del hombre cuando está inmerso en una sociedad. Aunque se busca conocer la identidad no sólo en el plano individual como le correspondería hacerlo a la psicología, sino también la identidad de las sociedades, grupos culturales y en un terreno más amplio a las civilizaciones; mismas que además se han visto determinadas y configuradas por las distintas épocas por las que atraviesa la humanidad a las que las une un lazo estrecho con diversos pensamientos filosóficos.

Sobre la identidad psicológica, los estudios han buscado dar cuenta de caracterizaciones y naturaleza homogénea que comparte un determinado grupo humano.

En el caso particular de México, que es el epicentro de esta tesis, los estudios realizados, han hecho una descripción de las características que poseen "los mexicanos", tanto aquellas que puedan describir la parte física como la emocional, sus rasgos más sublimes, buscando describir su esencia y a su vez los estereotipos que consideran dan vida "al ser del mexicano"; entre los autores que han realizado estos trabajos se pueden encontrar a filósofos como Leopoldo Zea y Samuel Ramos; a literatos como Alfonso Reyes, Salvador Novo, Luis Spota, Carlos Fuentes, el poeta Octavio Paz; a psicólogos como Santiago Ramírez, Francisco González Pineda, José Gómez Robleda y Antonio Aramoni. Entre otros, se pueden mencionar a Segura Millán, César Garizurieta, Ma. Elvira Bermudez, Luquín, Loreto, García Ruiz, Moroleón, Carrión y Escalona Ramos, por mencionar algunos (Béjar, 1983). Así cada uno de estos trabajos, han tenido su matiz propio desde la perspectiva que ha sido creado, puesto que algunos se han centrado en la descripción de características psicológicas, mientras que otras han hecho del mexicano una descripción sociológica-cultural, histórica y otros más se han valido del arte para lograr versiones poéticas de la naturaleza del mismo.

Al realizar una revisión bibliográfica sobre el tema en interés, se ha encontrado que los trabajos ya hechos, no han tratado aspectos socio-históricos como elementos, —no digamos ya importantes para la configuración de la identidad— sino incluso, para el proyecto de nación de nuestro país. Y si en algún momento se han considerado, han sido, por ejemplo, los momentos históricos en los que emerge el mestizaje, pero a pesar de ello ha sido muy someramente tratada esta cuestión, sobre todo en su dimensión psicológica. De ahí que surja la inquietud de

escarbar más allá de lo obvio, de lo poco conocido y de abordar aspectos tales como la influencia de condiciones históricas, sociales y filosóficas, en la conformación de una identidad nacional y psicológica y en la concepción que nosotros tenemos de la misma como consecuencia de dichas influencias. De ahí que en el presente trabajo se pretende realizar una investigación de carácter histórico-filosófico-conceptual, acerca de la identidad psicológica del mexicano; donde se de cuenta de las condiciones socio-históricas como la colonización y el mestizaje como fuentes predominantes de la conformación de la misma, además de otros eventos históricos relevantes que fueron matizándola, tales como la Revolución Mexicana y el período posterior de los años 20's a los 50's.

Por otro lado, con respecto a lo filosófico, se considera importante ubicar un período de pensamiento trascendental en la construcción de la identidad no solo a nivel de nación o persona, sino también contempla y pone en juicio el de las mismas ciencias, desde la que este trabajo parte también. El período en cuestión es el siglo XVIII, conocido como "La Ilustración" o "El Siglo de las Luces", época donde ha habido una de las transformaciones más significativas del pensamiento, de las formas de concebir el mundo, al hombre, la naturaleza, y que se caracteriza por el predominio de la razón. Con la Ilustración se elabora «una explicación racional» de la existencia humana que, fácilmente, se aúna con la pretensión de tener la clave de la historia, de disponer del instrumental que proporcione, al menos, la posibilidad de una sociedad humana más justa, libre y racional.

El sueño ilustrado de la razón como herramienta para la construcción de una humanidad definitivamente liberada de toda superstición y de toda ignorancia. Las diversas actividades humanas —desde la política, la ciencia, el arte y la moral—, se irán emancipando de la tutela de la religión. La religión (cristiana) monopolizadora hasta ahora del sentido, encontrará en la razón pluralizada y dividida, con sus diversas visiones e ideologías, otras tantas ofertas de sentido/salvación que rivalizarán con ella. La pérdida de centralidad y relevancia social de la religión, la empuja hacia los márgenes de la sociedad, comenzando su carrera como institución o subsistema social periférico. La religión empezará a ser menos importante que la política, la economía o la ciencia» (Mardones, 1996, pp. 16-19). Pasando a ocupar, en las sociedades, un lugar central la "razón" como órgano de conocimiento, que según ésto, posee toda la humanidad. Proyecto civilizatorio que repercutió y sigue influyendo no sólo en México, sino en todo el mundo Occidental.

Otro tópico central que se aborda en esta tesis es sobre el arte, considerándolo no en sí mismo —aislado de las disciplinas científicas— sino vinculándolo estrechamente como una forma importante del comportamiento humano en el plano individual. Es decir, observándolo como una de las dimensiones psicológicas, emparentada a su vez esta dimensión, —en el terreno social y cultural— con la identidad psicológica del mexicano. Por todo ello, en este trabajo se abordará las profundas repercusiones que tuvo y sigue impactando en México el proyecto ilustrado, y cómo se ve reflejado, tanto en la identidad, como en los diferentes elementos que componen la vida artística de nuestro país: los artistas, sus obras y los espectadores, así como las políticas culturales gubernamentales. Todos estos aspectos: artísticos, de identidades, psicológicos, filosóficos, científicos o de políticas culturales, —asimismo y de manera un tanto inadvertida— continúan fieles a los presupuestos ilustrados que se plantearon en Europa en el siglo XVIII.

Una vez teniendo conocimiento de los tópicos en los que se concentra el tema de este trabajo de investigación, se creyó conveniente, —para plantear su problemática, y que exista mayor claridad acerca de cómo se aborda cada uno de estos tópicos— desglosar dicha problemática, mediante el desarrollo breve de cada uno de los capítulos que conformarán a esta tesis en su conjunto.

Es así que el **primer capítulo**, aborda el período filosófico de la Ilustración, dando primeramente un panorama general del origen y evolución de la filosofía occidental, que de cuenta de los principios en los que se fundamenta y la manera que van evolucionando e influyendo en nuevas formas de pensamiento, hasta culminar en los siglos XVII (mediados) y XVIII. Sobre el período de la Ilustración, Frost (1986) da los antecedentes a este movimiento, que permite conocer los factores y personajes que participaron e influyeron en su surgimiento. Esto da lugar a que Gay (1985) explique en que consistió dicho período y todos los aspectos sobre los cuales se reflejó, como por ejemplo, en el desarrollo y caracterización del arte: pintura y música, principalmente. Y en las ciencias: astronomía, física, medicina, química, matemáticas, biología, filosofía, etcétera.

También se aborda en otro apartado, cómo es que este movimiento se da en diferentes países de Europa, cada uno de ellos con características distintas a pesar de compartir en común ciertos principios básicos, como lo fue la razón. Aunque se mencionan algunos de los países donde “La Ilustración” tuvo una gran importancia, se dedica un espacio para este movimiento en España, debido a su influencia fundamental en nuestro país, donde los autores, antes mencionados lo abordan claramente. Por último, en este capítulo, se

culmina en hablar acerca de cómo este movimiento ha tenido repercusiones en nuestro siglo XX, y que a pesar de haber sido un proyecto de hace poco más de dos siglos, permanece, en sus presupuestos fundamentales, casi intacto y además vigente. De esta manera, se considera importante estudiar cómo es que aún sigue repercutiendo en cuestiones tan fundamentales para nosotros, como lo es la identidad y el arte. De ahí, se parte entonces, una vez teniendo un conocimiento histórico acerca de la relevancia que tienen ciertos movimientos filosóficos sobre las ideologías y un gran número de ámbitos dentro de una cultura, de un país, como lo ha sido México; para que se proceda en el capítulo siguiente a conocer, cómo es que se ha conformado y concebido la identidad psicológica del mexicano a través de los tiempos.

Se considero de suma importancia hacer un capítulo especial, donde se abordara acerca de la historia de México, puesto que siendo la presente tesis un trabajo de nuestro país, es necesario dar a conocer algunos datos que vayan dando elementos para la comprensión de nuestra situación actual y poderla así vincular con los ejes en los que nos hemos centrado. El **segundo capítulo**, se contemplan apartados acerca del Descubrimiento de América, así como la Conquista y el Virreinato bajo el que estuvo México, hasta situarnos en la llegada del movimiento ilustrado a nuestro país, apoyándonos en las leyendas del Museo Nacional de Arte y Museo del Castillo de Chapultepec de la Cd. de México; y cómo es que toma auge en el país, al mando de algunos personajes nacionales, dando así lugar al desarrollo peculiar de ámbitos como las artes, la cultura, las ciencias, la política y economía, y por mencionar algunos, con el matiz de la razón ilustrada. El último apartado de este capítulo es dedicado a las repercusiones que tuvo este movimiento en los siglos XIX y XX, que se reflejaría en los diversos ámbitos del país como en la política y en lo social, con sucesos tales como la Independencia, la Reforma, la Revolución Mexicana; o en lo intelectual, con la creación del Ateneo de la Juventud, o en lo artístico con el surgimiento del nacionalismo mexicano en la época posrevolucionaria.

El **tercer capítulo**, en su primer apartado, proporciona definiciones de «identidad», que se han elaborado a través de la historia, y algunas definiciones actuales al respecto que dan algunos diccionarios filosóficos y algunos autores que han abordado este tema, así como la manera en que se construye la misma en los individuos. Después se aborda la cuestión de los problemas filosóficos, con los que se ha enfrentado el asunto de la identidad, desde cómo se concibe ésta bajo ciertos postulados filosóficos, que han determinado su definición y han dado lugar a estudios de la identidad, así como del papel que el «sujeto»

ha jugado a través de la historia, convirtiéndose en el eje sobre el que gira el mundo. Y a su vez, en otro nivel de observación, caer en la cuenta, de las condiciones históricas, sociales y culturales que están detrás de esos postulados filosóficos, mismos que en su entramado paradigmático y proyecto civilizatorio, construyen así, —“tras bambalinas”— un panorama de un país, de una ciencia o de una persona.

La identidad ha sido vista como un proceso de gran complejidad, y que muchos de los autores que intentan dar cuenta de dicha construcción, se quedan en un plano muy superfluo, simplificándolo. Por lo menos gran número de los estudios realizados con respecto a la identidad del mexicano, se han quedado en este nivel, pues han intentado explicarlo de manera unidimensional, privilegiando uno solo de los siguientes aspectos: artístico, histórico o psicológico. Es difícil, por lo mismo, encontrar algún caso donde se aborde el tema de una forma más holística, que permita llegar a una explicación más cercana a nuestra realidad y de mayor comprensión.

Sobre estos estudios, se mencionan los más relevantes en los últimos apartados del capítulo, para tener un panorama acerca de lo que se ha hecho en los últimos años y cómo ha sido abordado por filósofos como Samuel Ramos; escritores como Octavio Paz y Carlos Fuentes; y psicólogos como Santiago Ramírez, Díaz-Guerrero y Béjar. No únicamente artistas —literatos—, han realizado estudios sobre el tema de la identidad del mexicano, sino también han existido otras formas de manifestar en el arte su identidad, como en la pintura o la música; esto por parte de los productores como los llama Acha (1982) pero también de los espectadores, es decir, del público, el pueblo, en su forma de apreciar el arte, sobre lo que representa lo estético, lo popular, lo culto; estos puntos son tratados en el último capítulo, del que se hablará posteriormente. Sin embargo, el hablar de estos diferentes aspectos, va saliendo a relucir un panorama más amplio, pues ya no implica un estudio individual, de un artista, de un mexicano, de un espectador. Ahora implica, el cómo se ve este fenómeno desde una perspectiva sociológica, desde un proyecto nacional. De cómo ciertas características pueden definir a un pueblo o crear la ilusión de que así es.

Esto implica entonces, para el **cuarto capítulo**, tratar los aspectos relacionados, —en primer término— con las definiciones de: «nación», «cultura», «identidad nacional», «pluralismo cultural». Así como los problemas filosóficos, ideológicos e inter-culturales, de los rubros: «universal» *versus* «particular», dupla categorial, a la que pocos detectan que arrastra un fuerte eurocentrismo, y que por lo mismo, tiene serias implicaciones colonialistas para las culturas extra-occidentales, por tratar éstas, de embonar en las categorías y cánones de otra cultura

que le es ajena. En este caso, acerca de lo que para ellas representa el equivalente de «identidad», «nacionalidad», etc. Es decir, existe un gran problema acerca de creer que todo el mundo está regido por leyes universales, que todos los pueblos, culturas, civilizaciones e individuos deben estar sometidas a ellas, sin posibilidad de particularizarse (Béjar, op.cit. y Klor de Alva, 1993).

Esto ha sido un elemento que ha estado presente en México, al buscar continuamente “estar dentro de los cánones europeos”, es necesario, pues, encontrar nuevas opciones a este problema. Así entonces se abarca también la manera en cómo se construyen las identidades nacionales, a partir de qué postulados, de qué proyectos; y en otros países incluyendo México, cómo se ha intentado lograr ese mismo objetivo (Blancarte,1994). De ahí que se ponga especial interés en abordar el tema de la Colonia y el mestizaje, como dos de los principales elementos en la constitución de la identidad nacional mexicana, para ello se se cuenta con el gran apoyo de autores como Basave (1993) y Liss (1986), entre otros.

En el **quinto y último capítulo**, se aborda uno de los puntos centrales de la presente tesis, es decir, la parte artística en su dimensión social, es decir: a) el desarrollo de la cultura en México, b) cómo se vive y concibe el arte nacional; c) lo que representa para el país y para el resto del mundo; d) la concepción que éste tiene de él, e) el nacionalismo en el arte, y f) las oportunidades de desarrollo, fomento y apoyo que han existido en México, para nuevos artistas, tales como: eventos culturales, educación para el arte, creatividad y vanguardia, entre otros, Fernández (1975), Read (1977), Rubín (1986), Acha (op.cit), Ladrón de Guevara (1983), INBA).

Esto remite a hablar, de cómo a través de los años, se ha permitido el desarrollo artístico del país, cómo y porqué se ha caracterizado; y qué factores históricos, políticos, económicos y socio-culturales han intervenido para ello. En un apartado, se describe algunos de los artistas más representativos del arte mexicano en: pintura, música, danza, literatura y escultura-arquitectura, en el siglo XX. Asimismo, es importante mencionar las políticas culturales que han sido desarrolladas en los últimos años, así como los factores que intervienen en este ámbito, mismos que caracterizan a su vez a nuestra nación.

Por último se incluye un apartado de **conclusiones**, desarrolladas a partir de los capítulos anteriores, donde se han abordado ya temas fundamentales, y donde existe un gran número de material para reflexionar, mismo que derivará en propuestas, con la finalidad de enriquecer, en la medida de lo posible: a) los aspectos conceptuales de la

«identidad psicológica», la cual es una categoría que no ha sido abordada en profundidad y con las enormes implicaciones que conlleva; b) los fenómenos artísticos en su dimensión psicológica; c) los procesos de «construcción» o «edificación» psicológica, —mismos que han estado definidos, orientados y establecidos— desde circunstancias sociales ajenas en gran medida a nuestra idiosincrasia cultural, pues han sido establecidos por autores extranjeros. Asumiendo literalmente esas especificaciones importadas de «construcción» de lo psicológico, como si toda la humanidad fuera culturalmente homogénea, con esa ingenuidad del colonizado, que adopta mecánica e irreflexivamente cualquier canon en cualquier aspecto, proveniente allende de nuestra fronteras. Sin negar por esto, que como nación, debemos inscribirnos y participar en la dinámica global de las culturas.

Una vez realizada una breve descripción de los incisos anteriores, se señalarán algunos elementos que justifican la importancia de este trabajo, elementos que se describirán a continuación —y ubicándolos para su comprensión—, en diferentes niveles. Un primer plano se refiere a la importancia que este trabajo puede representar para la psicología como disciplina. Un segundo nivel se encuentra en las aportaciones que ofrece al curriculum de la licenciatura dentro de la ENEP Iztacala y nuestra máxima casa de estudios. Esto necesariamente nos lleva a plasmar a su vez, una justificación social, que permita conocer las implicaciones al abordar estos temas para nuestra sociedad. Un cuarto nivel se refiere al plano filosófico, ya que los diversos presupuestos invisibles que nos gobiernan, matizan nuestro acercamiento y conocimiento acerca no sólo de nuestra identidad como mexicanos, como nación, sino justamente a la concepción que podamos tener sobre la categoría misma de «identidad». Un último nivel, hará referencia a la gran matriz que engloba todos los aspectos anteriormente señalados, al macro-contexto de donde emergen y se nutren los presupuestos (no contenidos en la filosofía) sino a los que contienen a la filosofía misma, es decir, a la civilización que, de manera tácita, todo lo envuelve y lo predetermina.

Así, el tema de la identidad del mexicano en nuestra profesión, resulta de gran relevancia en tanto que es uno de los conceptos que más se acerca al conocimiento del sujeto, —del mexicano— en nuestro caso particular, ya que permite conocer acerca de los eventos socio-históricos y culturales que han constituido nuestra identidad; de los rasgos y/o presupuestos bajo los cuales hemos sido definidos, caracterizados y hasta homogeneizados. De ahí la importancia de abordar eventos de gran significancia en la conformación de nuestra identidad como la Colonia y el Mestizaje, tal como lo plasman Basave (1993) y Liss (1986); además de otros eventos como las intervenciones

extranjeras. Y cómo éstos, —he ahí la importancia central de este trabajo— han ido moldeando y construido nuestros procesos psicológicos en lo individual, (además de los aspectos emocionales, perceptuales, cognitivos y familiares, que por supuesto, también constituyen y conforman a lo psicológico). Conocer pues, el origen de nuestra identidad, la forma en cómo ha sido elaborada esta categoría desde el extranjero, y la manera en cómo inadvertidamente nos subordinamos al eurocentrismo encerrado en estas categorías y en este proyecto racionalizador con pretensiones universalistas, es una tarea que para la psicología debe ser fundamental, pues implica no sólo conocer la esencia del mexicano (en sus diferentes subgrupos culturales) para una mayor comprensión de nosotros mismos; sino también a la inserción de nuestra disciplina en relación a la civilización europea que la parió, y qué papel está jugando en esos niveles implícitos; y además, reflexionar a dónde se dirige nuestro país o hacia dónde lo “gobiernan” nuestros políticos. Una situación curiosa y pocas veces advertida: los fundamentos, objetivos y dirección de estos aspectos señalados, están *todos* inscritos en el proyecto civilizatorio de la Ilustración. Proyecto de hace dos siglos, no realizado por y para nosotros, —de acuerdo a nuestra cultura y necesidades particulares— sino, por y para los europeos.

Cabe aclarar que estas ideas no están movidas por un celo de tinte nacionalista, chovinista o aislacionista, hacerlo sería involución, lo único que las mueve, es ese intento de situarnos a nosotros mismos, conforme a lo que somos, y no a lo que desde el extranjero nos lo han ido marcando. No se puede establecer una interrelación con el *otro*, con las demás naciones, si no se tiene claro quién se es, (en el plano individual y colectivo) y desde dónde se está parado. Se necesita estar ciego para no observar, cómo “nuestros” políticos y economistas están aplicando mecánicamente en nuestro país, teorías y modelos economicistas tal y como lo aprendieron en las universidades extranjeras, sin la adecuación a nuestra realidad socio-económica, con el consiguiente desempleo, aumento de la pobreza, incremento de la polución, y gradual apropiación de nuestra economía por las compañías transnacionales. Esta «actitud» de fuerte e inadvertida subordinación, no sólo es privativa de los economistas, también la compartimos todos los profesionales de las ciencias del hombre.

Por otra parte, la importancia que refleja este tema sobre el curriculum de nuestra casa de estudios y en particular de la ENEP Iztacala, es de considerarse relevante en tanto que, permitiría abrir posibilidades para la reflexión y construcción propositiva y consciente de nuestra «identidad», sin las inercias culturales que provienen del exterior, ya que en nuestro curriculum existen muchas aproximaciones teóricas, pero con un vacío marcado para el estudio e investigación

sobre la condición del mexicano en su dimensión psicológica. Existen más de diez millones de indígenas mexicanos, ¿Hay alguna unidad, o en algún semestre se ven reflexiones teóricas, epistemológicas, tecnológicas o de cualquier índole, para entender a los indígenas y aplicar la psicología en sus comunidades? ¿Existe una categoría sociológica que dé cuenta de los que no somos ni indígenas ni criollos? ¿Cuál sería nuestra condición, —sociológica y psicológica— considerando que no pertenecemos ni a uno u otro grupo? ¿Cómo será la estructuración cognitiva de los niños indígenas no castellanizados, en una situación escolarizada, tomando en cuenta su cosmovisión y su lengua que no es el español? ¿Cómo será la de los niños mestizos urbanos, que comparten tanto la cultura europea como parte de la indígena? ¿De qué manera afecta determinadamente en la percepción de uno mismo y en la propia autoestima, el llevar en nuestros propios rasgos físicos, elementos indígenas? ¿Cómo se configura, en lo individual como en lo colectivo, ese racismo subterráneo que todos los mexicanos tenemos para con nosotros mismos? ¿Por qué esa baja autoestima frente al extranjero y esa actitud del colonizado subordinado frente a sus logros intelectuales, como si careciéramos de un cerebro o de una tradición alternativa que la enriqueciera? Cada autor extranjero ha elaborado una definición de la psicología y de lo psicológico, de acuerdo a su cultura y su momento histórico. ¿Por qué no hemos realizado también una definición de nuestra disciplina como del terreno empírico que nos corresponde, también de acuerdo a nuestra cultura y nuestro momento histórico? Todo esto, en el plano individual, y en tanto formas de comportamiento, también son fenómenos psicológicos que no se han abordado.

También esta importancia radica en lo social, en las posibilidades que este estudio profundo abre hacia otros aspectos de desarrollo nacional como por ejemplo la transferencia de tecnología al campo, desarrollo y participación de la población urbana, participación política, educación, etcétera. Un ejemplo que clarifica esto, es cuando se dan ciertos fracasos de los promotores sociales en las comunidades campesinas al intentar mejorar el nivel de vida, introduciendo “nuevas” formas de trabajo agrícola y de organización, y que son atribuidos a fallas de personalidad o la peculiaridad del carácter del campesino que realidad no es más que el error de los estereotipos y prejuicios que se tienen de estos personajes, puesto que no comprenden verdaderamente la condición psicológica, sociológica y cultural de los mismos; estas concepciones no son más que el resultado de la información prejuiciosa que se maneja donde existen teorías pseudocientíficas que presuponen una inferioridad del latinoamericano, y por otro lado, son el resultado de estudios que se hacen tomando el apoyo teórico de pensadores europeos, trasladando mecánicamente peculiares teorías y metodologías, que por su puesto no favorecen nuestra condición (Béjar, 1983).

Tal como dice García Ruiz (cit. en Béjar, op.cit), debe de emplearse el moderno instrumental de la sociología, filosofía, psicología, historia, antropología y la literatura, para poder decir cómo es el mexicano; lo que resulta un avance considerable puesto que efectivamente resalta la complejidad de un estudio, del tema de la identidad del mexicano, siempre y cuando y partiendo de todas estas disciplinas, se busque en lo posible, abordarlo desde una nueva perspectiva, que no esté regida exclusivamente por los cánones europeos, su significación y validez. Un elemento que debe de incluirse en primer plano, es el hecho de que la cultura mexicana no es una cultura general y homogénea, sino que está conformada por subculturas —grupos étnicos— en este sentido debe de comenzarse por no seguir intentando homogeneizar a nuestro pueblo, tratando de anular a gran sector de él, que ha sido característica de nuestra historia, a pesar de lo que ella a veces cuenta.

Respecto al campo filosófico, resulta de gran interés el permitirnos abordar los pensamientos filosóficos que gobiernan un sinnúmero de cuestiones respecto a la identidad. Es muy común, creer que no existen tantas influencias en la constitución de un evento, un concepto, una ideología, una sociedad, una civilización. Pero fundamental se vuelve, escarbar desde lo más profundo, cada aspecto que se relaciona con la identidad, como en este trabajo se requiere, para conocer aquellos presupuestos que están más allá de lo visible. Un trabajo arduo debe realizarse si se desea conocer el origen de la identidad. De ahí el sondear el concepto de «identidad» que tal como lo plantea Llinares (1997), es un legado de la Grecia clásica, evolucionando culturalmente hasta el período de la Ilustración, como proyecto fundamentador en la constitución de nuestra sociedad actual y de nuestro pensamiento y actuar contemporáneo, donde se da el auge de la razón como poder civilizador e incluso salvador del hombre.

Así la razón, —desde la óptica de la civilización occidental— se ha convertido en un elemento fundamental en la vida del hombre desde hace algunos siglos, y que ha llevado a nuevos proyectos, que aún siguen subordinados al de la Ilustración, como el de la modernidad de la que nos habla Mardones (1996), que se caracteriza por su peligrosidad reflejada en la ciencia, la industrialización y la tecnología, como una aproximación virtual de la realidad. Esta ilusión que venimos viviendo desde hace ya muchos siglos, al ser fragmentada la realidad por la civilización occidental. Y a pesar de sus rotundos fracasos, aún se está en la creencia de que se puede regenerar este proyecto de la modernidad, aunque bajo distintos puntos de vista, que a fin de cuentas llevan a lo mismo.

De ahí la importancia de conocer lo que las corrientes filosóficas nos heredan, los lentes con los que nos permiten ver cada una de las cosas sobre las que queremos conocer, creando categoría, teorías, y conceptos como la «identidad», en la búsqueda del conocimiento de los grupos humanos.

Muy a pesar de esto que nos constituye en la actualidad, también existen pensadores que buscan desenmascarar este proyecto del dominio de la razón y la fragmentación, ahí tenemos a Morin (1994), quien realiza una obra de gran trascendencia en el campo de la filosofía, poniendo en tela de juicio no solo a la razón sino al propio conocimiento, a la misma epistemología del conocimiento. Puesto que cuestiona la veracidad de la razón como universal, como racional, cuestiona el siglo de las Luces como tal, como si acaso no pudiera ser —a la inversa— el Siglo de la noche y la niebla. De ahí la propuesta de evidenciar y reconocer las “verdades” que emergieron, —primeramente de la religión cristiana y en un segundo momento de las ciencias europeas—, que durante mucho tiempo han buscado su absolutización, y de incluso, tal como lo enfatiza Morin, poder reconocer como verdad la ausencia de verdad. Estos planteamientos resultan de gran interés, concretándolos a nuestro trabajo en cuanto a que abre posibilidades de no conocer bajo lo ya establecido, de no conocer nuestra identidad, y categorizar aquellos rasgos que nos identifican, de no utilizar aquellos elementos que nos ciegan y no nos permiten buscar otras opciones fuera de una sociedad occidental decadente, con presupuestos y cánones ya caducos.

Así, en el último nivel de reflexión sobre la civilización que ya mencionamos, en este nivel máximo, diremos que esta gran matriz, o sus presupuestos fundamentales, invisiblemente predeterminan, no sólo a la psicología y demás ciencias del hombre, así como a las categorías mismas de «identidad», «universal», «verdad», etc., sino también a la filosofía y al proyecto mismo de la Ilustración. Queriendo con ello indicar, los velados intentos de colonización de la civilización occidental, al propagar la supuesta “universalidad” de sus instituciones y herramientas culturales (razón griega, tecnocultura, religión monoteísta, democracia, derechos humanos, etc.) como si éstas fueran consustanciales a la realidad, cosa totalmente falsa.

Pero el problema no es lo que los europeos digan esto de sí mismos y de sus logros culturales, sino que los que no lo somos, nos lo creamos a puntillas. Esto también es una «actitud» o fenómeno psicológico al asumirlo e interactuar con él en el plano individual. Por ello es indispensable trabajar tenazmente, pues estamos envueltos en presupuestos invisibles que gobiernan nuestro pensamiento, nuestra cultura, nuestras ciencias, nuestras instituciones, y nuestra identidad,

impidiendo abrir nuevas opciones de concebir el mundo, de proponer cambios que favorezcan la condición de nuestra sociedad, de nuestra gente, nuevas formas de armonizar con el cosmos, de reintegrarnos a él.

Por otra parte, y respecto a una justificación histórica para este trabajo, se hace mención de la importancia que ha cobrado la identidad del mexicano y su estudio, por el hecho de que en la historia del desarrollo latinoamericano, tal como lo menciona Béjar (op.cit), ha existido un sometimiento a una dependencia cultural, social y económica; y justamente la idea que ha sustentado tales acontecimientos, ha sido la supuesta inferioridad social o cultural nuestra, bajo una supuesta superioridad de las naciones europeas y posteriormente de la norteamericana. El sometimiento, ha sido una característica que primeramente en la Colonia, con la sumisión ante los conquistadores por parte de los indígenas y posteriormente también de los mestizos, ha dado lugar a que a través del tiempo, en otras situaciones permanezca esa condición, fortalecida posteriormente con las intervenciones extranjeras de Francia, Inglaterra, E.U.A.

Esto a su vez, no sólo ha implicado asumir —de manera inconsciente probablemente— este hecho, sino que además ha llevado a que nosotros mismos, y sobre todo quienes se han encontrado en el poder, intentemos buscar la homogeneidad de la cultura mexicana —a partir de los cánones europeos—, ha esto se refiere por ejemplo, con la adopción mecánica y acrítica de los valores españoles religiosos y sociales, el positivismo francés, la realeza austriaca, el utilitarismo inglés y últimamente también el pragmatismo norteamericano, ninguna de ellas habiendo logrado integrar nuestra cultura. De esta forma se puede decir que *“la situación psicológica del mexicano determina su condición actual, como determinó el sometimiento del indígena al conquistador, la esclavitud durante la Colonia o la intervención norteamericana de 1847”* (op. cit., pp.86).

A pesar de encontrarnos cientos de veces, dentro de este sometimiento —que en ocasiones hasta apoyamos— no ha faltado nunca desde entonces, el tratar afanosamente de desligarse de él o bien comprender el por qué se ha suscitado así. De esta forma, se han realizado numerosos estudios, que pretenden dar cuenta algunos de ellos de la manera histórica en que se ha ido conformando esta identidad psicológica del mexicano y otros de las características que definen, conforman a “los mexicanos”, desgraciadamente, muchos de ellos no son los más favorables para éste, pues curiosamente realizan una descripción que no dice nada bueno de nosotros. Este punto resulta de gran interés abordar, pues es un elemento considerablemente de peso para este trabajo. Es por ello, que se pretende hacer una reflexión historiográfica respecto de lo que se ha intentado hacer para abordar el estudio de lo que engloba o caracteriza a lo “mexicano”.

Dado el carácter teórico y de índole histórico-conceptual de este trabajo, se hará una investigación historiográfica por una parte, respecto a los diferentes autores que han abordado el problema de la «identidad» del

mexicano. Y por la otra, respecto al período de la Ilustración, tanto en su parte histórica, como en el de su reflexión y crítica filosófica. Con la información obtenida, se hará una reflexión y análisis categorial del rubro «identidad», tanto en su dimensión psicológica, como su manejo cultural y filosófico del término. Vocablo que encierra numerosos problemas en todos esos niveles, y que en la actualidad se le emplea un tanto irresponsablemente. Respecto al proyecto de la Ilustración, además de sus componentes históricos, también se hará una reflexión y crítica, en tanto constituir el proyecto vigente, no sólo para la psicología, sino para todas las ciencias y proyectos de naciones en el mundo occidental. El capitalismo y el marxismo, siendo antitéticos entre sí, ambos se hermanan en este proyecto monolítico y paradigmático. Pues los dos, —aunque de manera distinta— usan a la *razón* como herramienta fundamental y aglutinadora de sus propuestas. Son dos caras de la misma moneda ilustrada. Dos tentáculos de esa misma civilización.

El trabajo total, se realizará en las siguientes fases: I) búsqueda bibliográfica para cada uno de los rubros arriba mencionados; II) vaciado de la información en cada uno de los capítulos; III) análisis y crítica categorial del rubro «identidad»; IV) análisis y reflexión sobre la investigación historiográfica respecto de las diferentes maneras de abordar la «identidad» del mexicano por los autores mencionados; V) reflexiones y crítica sobre el período de la Ilustración y sus repercusiones en el mundo y en México; VI) establecer su estrecha influencia y vinculación de toda la información anterior, para con la psicología misma como ciencia, para la manera de hacer y percibir el arte, y con respecto a la configuración de la identidad de los mexicanos en el presente siglo, y por último; VII) aglutinar orgánicamente en el último capítulo, todas las reflexiones y críticas para la elaboración de las prospectivas, aterrizando en las repercusiones de esta tesis para el curriculum de la Carrera, para la Psicología como disciplina, a nivel social, nivel filosófico y para el nivel de meta-reflexión más general y que casi nadie percibe, —siendo su presencia invisible e implacable—, el nivel «civilizacional».

Objetivo general de la investigación.

El objetivo de la presente tesis, es efectuar, mediante una investigación histórica-filosófica, una reflexión y análisis conceptual de la «identidad psicológica» y nacional del mexicano reflejada en su dimensión artística; así como la influencia que tuvo la filosofía de la Ilustración del siglo XVIII para la constitución de la categoría de «identidad» y las políticas culturales y su impacto en la actualidad.

CAPÍTULO 1. EL PERÍODO FILOSÓFICO DE LA ILUSTRACIÓN Y SU IMPACTO EN LAS POLÍTICAS CULTURALES E IDENTIDAD DE NUESTRO PAÍS.

1.1 Panorama general del origen y evolución de la filosofía occidental.

La finalidad de este primer inciso, es proporcionar un panorama general sobre el surgimiento de la filosofía griega, vinculado a la trayectoria evolutiva de la civilización occidental; circunstancias macro-culturales, en donde se inserta y contextúa el periodo de la Ilustración. Como primer paso, veamos brevemente la historia del pueblo heleno.

Breve historia del pueblo griego.-

La Grecia continental estaba ocupada a principios de la Edad de Bronce (3150 a. C.) por una población étnicamente similar a la de Creta. Hacia el 2000 grandes masas de indoeuropeos protogriegos (que hablaban ya una forma primigenia de griego) penetraron en Grecia por el norte y la conquistaron por la fuerza, destrozando sus ciudades y arrasando sus puertos. Eran pastores nómadas, acostumbrados a una vida dura, armados de hachas de guerra. Otros continuaron hasta el sur de la península y, después de arrasar las ciudades y aplastar a la población autóctona, acabaron mezclándose con ella y adoptando el modo de vida agrícola y urbano de los conquistados. Las ciudades fueron reconstruidas.

El proceso de mezcla y asimilación tuvo lugar entre el 2000 y el 1600. Durante todo este tiempo, la Creta minoica era la gran potencia económica y cultural, y ejercía su influjo sobre todo el Egeo, incluida la Grecia continental. Así, hacia el -1600 surgió una cultura mixta, en que se mezclaban elementos autóctonos preindoeuropeos, la lengua griega, el carro de combate imitado de los hicsos y múltiples influencias de la Creta minoica. Por ello la cultura protogriega que floreció entre 1600 y 1200 a. C. se conoce como cultura micénica.

Frente al carácter pacífico y tranquilo de los cretenses, que construían sus palacios sin defensas y no querían salir de su isla, los griegos micénicos, con sus palacios-fortalezas y sus carros de combate, aparecen como aventureros, audaces y ambiciosos, siempre dispuestos a comerciar o pelear. Por eso no es de extrañar que acabaran dominando la misma Creta.

Sin embargo, hacia el 1240, bandas procedentes de Europa empezaron a atacar las ciudades, por esas fechas las ciudades griegas reforzaron sus defensas y construyeron nuevas murallas. Hacia el 1200, finalmente, una gran invasión de los «pueblos del mar» -como los llaman los anales egipcios- arrasó las ciudades y palacios micénicos, acabó con el imperio hitita y sembró la confusión, la inseguridad y la muerte por las costas orientales del Mediterráneo.

Otros grupos humanos, los protogriegos, que habían permanecido desde el 2000 a. C. como pastores en los montes del norte de Grecia, atraídos por las ricas tierras del sur y los restos de la cultura micénica, abandonaron sus pastos tradicionales, se organizaron militarmente y marcharon hacia el sur. Eran los llamados dorios, griegos como los micenios pero más brutos e incultos, pues no habían asimilado todavía la vieja cultura egea. Los dorios atravesaron Grecia, acabaron de saquear las ya medio destruidas ciudades micénicas, conquistaron el Pelopóniso y lo ocuparon, y aún les quedaron energías para hacerse a la mar y ocupar las islas de Creta, Rodos y Kos, así como Cnidos y Halicarnasos en la costa anatólica. Los antiguos habitantes de las ciudades micénicas del Peloponesos huyeron ante la conquista doria, atravesaron el Egeo y se refugiaron en las islas Cíclades, en Lesbos, Samos y Khíos y en la costa anatólica occidental (la futura Jonia), donde se establecieron. Los palacios, sedes de la cultura micénica, fueron abandonados. Los escribas y artesanos murieron, sin que nadie los sustituyese. Las habilidades se perdieron. Así, por ejemplo, se olvidó la escritura. Los griegos pasaron a ser completamente analfabetos. Ni siquiera recordaban que un día supieron escribir. De la cultura micénica pronto no quedó nada.

Los cuatro siglos que siguieron al colapso de la cultura micénica (es decir, entre el 1200 y el 800 a. C., aproximadamente) se conocen como la época oscura de Grecia, de la que apenas si nos quedan restos.

Los griegos micenios, refugiados en las costa de Anatolia Occidental, más bien que pensar en las calamidades del presente, preferían recordar los últimos esplendores de la civilización micénica, el mundo glorioso de los palacios de Mikene, Pilos, Tebas y otros, las hazañas guerreras de sus soberanos, y sus audaces y heroicas expediciones de rapiña. Una de éstas, la efectuada hacia el 1250 contra Troya, fue motivo de especial recordación. Los rapsodas griegos refugiados en la costa anatolia convirtieron esta expedición en objeto de leyenda, ejemplo de heroísmo y ocasión para la participación de los dioses. Durante la edad oscura se mantuvo la actividad agrícola y la metalurgia experimentó un avance decisivo con la introducción del hierro. En esta misma época tomaron forma la religión, los mitos y las tradiciones intelectuales básicas, que luego veremos aparecer en la Grecia arcaica y clásica.

Después del colapso de la cultura micénica hacia 1200, los griegos olvidaron la escritura y fueron analfabetos durante los 400 años siguientes. En cierto modo fue una suerte para los griegos el que olvidaran la complicada escritura lineal B, con sus cien signos silábicos y sus múltiples logogramas. Se trataba de una escritura complicada, como todas las diseñadas hasta entonces. Sólo una casta especial de escribas profesionales podía dominarla. Al morir estos escribas, la escritura lineal B desapareció. Entretanto los fenicios habían dado a conocer la escritura alfabética, en que se distinguen y representan directamente fonemas singulares, y los griegos pudieron adoptarla.

La llamada edad arcaica de Grecia comienza hacia el 800 a. C. con las grandes epopeyas homéricas, que, sin embargo, representan más el final de un proceso que su inicio, más la rememoración prestigiosa de un pasado remoto y legendario que el intento de ordenar reflexivamente las ideas de su época. Acometer ese intento dentro del marco del pensamiento griego arcaico estaba reservado a Hesíodo quien nació en la segunda mitad del siglo viii.

Sus poemas más famosos son la *Teogonía* y *Los trabajos y los días*. La *Teogonía* es un poema de unos 1,000 versos, en el que Hesíodo pretendía sistematizar de un modo completo y coherente los múltiples mitos de la religión griega.

La *Teogonía* de Hesíodo no sólo influyó en las subsiguientes teogonías (desgraciadamente perdidas) de los siglos vii y vi, debidas a Epiménides, Ferekides y otros, sino que también tuvo una señalada influencia en filósofos posteriores. *Los trabajos y los días*, el otro poema de Hesíodos, presenta una reflexión del poeta sobre la vida (Mosterín, 1983).

Breve historia de la filosofía griega.-

En la Grecia clásica, ocurrieron una serie de factores que contribuyeron a su gran desarrollo cultural, éstos fueron: la sofisticación del pensamiento político, la formación de ciudades, el resurgimiento del comercio y la industria, el crecimiento de la población y la fundación de colonias de ultramar. Estos desarrollos fueron cruciales en el progreso de Grecia, desde la oscura época de la decadencia posmicénica hasta el extraordinario florecimiento del siglo v a. C. El desarrollo de la sociedad urbana se llevó a cabo mediante cambios de vasto alcance en la organización económica.

De manera general, éstas serían las características distintivas del mundo heleno, del cual emergió la filosofía, sin embargo, no responde del todo a la verdad la creencia de que los griegos inventaron la filosofía.

Siglos antes habían meditado ya mucho egipcios y mesopotamios acerca de la naturaleza del universo y de los problemas sociales y morales del hombre. Lo que hicieron los griegos fue, más bien, dar a la filosofía un contenido más amplio que el que tenían hasta entonces, [sistematizarla conceptualmente, y partiendo de una reflexión centrada en el hombre, es decir, fundarla con bases racionales: alejada de las explicaciones holísticas de índole religiosa, de las explicaciones obtenidas por revelación o provenientes de los mitos]. Trataron de hallar respuestas para todas las preguntas concebibles acerca de la naturaleza del universo, el problema de la verdad y el significado y la finalidad de la vida. Testimonian la magnitud de su hazaña intelectual el hecho de que la filosofía de Occidente haya sido desde entonces, en gran parte, una discusión sobre la validez de las conclusiones a que ellos llegaron y el que se haya servido hasta nuestros días de la terminología creada por los helenos hace más de dos mil años. Siendo por otra parte, como ya se mencionó, uno de los pilares en los cuales descansa y tácitamente se fundamenta el arte occidental y nuestro modo de vida actual.

Período Cosmológico (600-450 a. C.)

La preocupación central de este período reside en averiguar la causa última del mundo (cosmos). ¿Qué es el mundo? ¿Cómo y por qué se ha formado? A este período pertenecen también, entre otros, Tales, Anaxímenes, Anaximandro, Xenófanes, Heráclito, Parménides, Empédocles, Pitágoras y Leucipo (Larroyo, 1984).

Por eso, a los primeros filósofos de Grecia, se les suele llamar «filósofos de la naturaleza» porque, ante todo, se interesaban por la naturaleza y por sus procesos. Los griegos se preguntaban, más bien, cómo era posible que el agua se convirtiera en peces vivos y la tierra inerte en grandes árboles o en flores de colores encendidos. ¡Por no hablar de cómo un niño puede ser concebido en el seno de su madre! Los filósofos veían con sus propios ojos cómo constantemente ocurrían cambios en la naturaleza. ¿Pero cómo podían ser posibles tales cambios? ¿Cómo podía algo pasar de ser una sustancia para convertirse en algo completamente distinto, en vida, por ejemplo?. Hacían preguntas sobre cambios visibles en la naturaleza. Intentaron buscar algunas leyes naturales constantes. Querían entender los sucesos de la naturaleza sin tener que recurrir a los mitos tradicionales. De esta manera la filosofía se independizó de la religión.

Podemos decir que los filósofos de la naturaleza dieron los primeros pasos hacia una manera científica de pensar, desencadenando todas las ciencias naturales posteriores. La mayor parte de lo que dijeron y escribieron los filósofos de la naturaleza se perdió para la posteridad. Lo

poco que conocemos lo encontramos en los escritos de Aristóteles, que vivió un par de siglos después de los primeros filósofos. Pero es suficiente la información como para constatar que el proyecto de los primeros filósofos griegos abarcaba preguntas en torno a la naturaleza primaria y a sus cambios (Gaarder, 1995).

La actitud central de este período, empieza con una explicación racional del cosmos, como una teoría de la naturaleza. Más que las cosas particulares les preocupa la naturaleza . Es decir, no se preguntan qué son las cosas, sino que investigan cómo se hacen , cuál es el primer principio de donde todo procede. Así el problema cosmológico lleva implícito ya un sentido ontológico. De aquí el concepto, común a todos los presocráticos, de una naturaleza -physis - inmutable y opuesta a la movilidad de las cosas particulares. La naturaleza es la realidad bajo las cosas, común a todas y distinta de ellas. Es también una fuerza que hace que las cosas sean (Sanabria, 1985).

Período Antropológico (500-450 a. C.)

Un nuevo rumbo toma la filosofía (ahora principalmente en Atenas) durante la segunda mitad del siglo v. Lo inicia los sofistas y Sócrates, y Sócrates y los sofistas lo llevan a su punto de máximo desarrollo. Esta nueva época tiene, filosóficamente hablando, un carácter antropológico , ya que hace objeto de estudio señaladamente al hombre mismo. (Larroyo, op. cit.).

Los sofistas: la filosofía como retórica.-

Hacia mediados del siglo v se realiza una revolución intelectual en Grecia. Factores que cooperan: una vez destruida la vieja constitución por estirpes, domina una dirección individualista; las circunstancias políticas nuevas dan origen al gremio de los sofistas, que representan la enseñanza superior que prepara para la actividad política. (Dilthey, 1979). Convertida Atenas en el centro de la civilización helénica, también florece en ella con pujanza la filosofía. Conviven en la ciudad representantes de las escuelas jónica, eleática, pitagórica y atomística y se va a apuntar un franco éxito la sofística, recién importada de Sicilia. La palabra sofista -sophistés - se empleaba, en el siglo v, con el significado de sabio , maestro de sabiduría y de virtud. Poco a poco la palabra sofista fue adquiriendo un sentido peyorativo.

Pero «sofista» como sinónimo de «falso dialéctico» empezó a ser usado por Platón en sus diálogos de madurez, donde ataca duramente a aquellos discípulos de Sócrates que, maestros en el arte de contradecirlo todo, se erigían, precisamente por ello, como sostenedores y

divulgadores de una ciencia apariencial carente de toda verdad. Platón los presenta como falsos filósofos. Hombres cultos, excelentes oradores, los sofistas iban de ciudad en ciudad enseñando, mediante sueldo, filosofía a los jóvenes, y profesaban un relativismo teórico y práctico que linda con el escepticismo. Preparaban a la juventud para triunfar en la política. No les interesaba la verdad sino el éxito la victoria sobre el adversario. Por este motivo, y por otros muchos, la sofística desembocó en el relativismo, en el escepticismo y en el nihilismo.

Aunque sería totalmente falso ver en los sofistas simple y sencillamente maestros de falsedad, por las razones arriba señaladas. Sus argumentos, por falsos que parecieran en tantas ocasiones, requerían una respuesta. Los sofistas trataron de dar un fundamento a sus prácticas de enseñanza. Las filosofías de Sócrates, Platón y Aristóteles, son un intento por encontrar soluciones verdaderas a los problemas que los sofistas habían planteado. Muchos sofistas fueron escépticos, pero el escepticismo, la duda, la declaración de que no existe verdad alguna, prepara el camino para que se encuentre la verdad. Habremos de ver cómo todo gran filósofo suele comenzar por dudar; con esto, no deja de deberles a los sofistas y a los escépticos de cada época este espoloneo necesario para que tome forma la reflexión (Xirau, Ramón, 1990). Los sofistas, en resumidas cuentas, realizaron una aportación positiva, pues ampliaron -al menos en germen- el ámbito de la filosofía, al preocuparse de lo gnoseológico, de lo político, de lo moral y de lo religioso.

El ateniense Sócrates (a quien se le ubica en esta segunda etapa antropológica de la filosofía griega), se encara con ellos para afirmar rotundamente los derechos soberanos de la verdad y del bien, valores objetivos que se imponen a todos y que es preciso respetar. [Sócrates vivió en el mismo tiempo que los sofistas. Como ellos, se interesó más por el ser humano y por su vida que por los problemas de los filósofos de la naturaleza (Gaarder, 1994)].

No cesa de perseguir a los falsos sabios con su ironía y aconseja con insistencia a sus conciudadanos que elaboren metódicamente concepciones valaderas y precisas y reconozcan el valor de la virtud. Tuvo que pagar cara su franqueza, siendo condenado a beber la cicuta. Pero su acción fue decisiva: salvó el espíritu griego de la crisis sofística que amenazaba sofocarlo. Sócrates y los sofistas se encuentran en la misma vertiente espiritual de la época y manipulan los mismos problemas. En esa misma vertiente contextual es que la filosofía socrática rechaza relativismo y escepticismo; su método tiene el designio de obtener conocimientos universalmente válidos.

Para Sócrates, el fin último de la filosofía es la educación moral del hombre. De ahí que las ideas generales que le preocupan sean las de las virtudes éticas. El filósofo consideraba que el recto conocimiento de las cosas lleva al hombre a vivir moralmente (intelectualismo moral).

La vida de Sócrates se conoce sobre todo a través de Platón, que fue su alumno y que, por otra parte, sería uno de los filósofos más grandes de la historia. Platón escribió muchos diálogos -o conversaciones filosóficas- en los que utilizaba a Sócrates como portavoz. No podemos estar completamente seguros de que las palabras que Platón pone en boca de Sócrates fueran verdaderamente pronunciadas por Sócrates, y, por ello, resulta un poco difícil separar entre lo que era la doctrina de Sócrates y las palabras del propio Platón. Sin embargo, no es tan importante saber quién era Sócrates verdaderamente. Es, ante todo, la imagen que nos proporciona Platón de Sócrates la que ha inspirado a los pensadores de Occidente durante casi 2,500 años (Gaarder, 1994).

Para Sócrates era muy importante encontrar una base segura para nuestro conocimiento. Él pensaba que esta base se encontraba en la razón del hombre. Con su fuerte fe en la razón del ser humano, era un típico racionalista. Sócrates estaba precisamente buscando definiciones claras y universales de lo que estaba bien y de lo que estaba mal. Al contrario que los sofistas, él pensaba que la capacidad de distinguir entre lo que está bien y lo que está mal se encuentra en la razón, y no en la sociedad....." (Gaarder 1994).

Período sistemático (399-322).

La siguiente etapa de la filosofía griega, está representada por Demócrito, Platón y Aristóteles. Se prolonga desde la muerte de Sócrates hasta la muerte de Aristóteles (322 a. C.). La filosofía adquiere entonces una *fisonomía sistemática*. Mientras que cada uno de los pensadores anteriores se ocupó solamente de un limitado círculo de problemas, acaso porque sólo conocía un aspecto de la existencia; ahora el esfuerzo de estos tres filósofos se dirige por igual a la existencia toda: así la naturaleza como el hombre son objeto de su preocupación. Mas, por otra razón, igualmente rigurosa, la filosofía de esta época asume el dicho carácter sistemático. Cada uno de estos tres pensadores trata de explicar la existencia toda a la luz de un concepto fundamental. En Demócrito este concepto es la materia; en Platón, la Idea; en Aristóteles, el principio de la evolución (*entelequia*) (Larroyo 1984).

Platón.-

Platón siempre alimentó la esperanza de reformar la vida de su tiempo utilizando los frutos de la ciencia y de conducir al hombre a una concepción religiosa del mundo, de la que él mismo era deudor a la secta de Dionisio. Su capacidad estética caracteriza en tercer término su espiritual naturaleza: gracias a ella ha podido expresar en el sublime lenguaje de la más exquisita poesía el mundo de sus ideales. Las obras de Platón constituyen el rendimiento estético literario del maestro y del pensador. En ellas se pinta con vivacidad dramática y plásticos caracteres su personalidad y su concepción del mundo.

Platón sigue este planteamiento, pero de una manera muy distinta. Platón opinaba que todo lo que podemos tocar y sentir en la naturaleza fluye. Es decir, según él, no existen unas pocas «materias primarias» que no se disuelven. Absolutamente todo lo que pertenece al *mundo de los sentidos* está formado por una materia que se desgasta con el tiempo. Pero, a la vez, todo está hecho con un «molde» eterno e inmutables.

Platón pensaba que tenía que haber una realidad detrás «del mundo de los sentidos», y a esta realidad la llamó *el mundo de las Ideas*. Aquí se encuentran las eternas e inmutables «imágenes modelo», detrás de los distintos fenómenos con los que nos topamos en la naturaleza. A este espectacular concepto lo llamamos *la teoría de las Ideas* de Platón.

¿Y qué son las Ideas? Unas realidades eternas, invariables, que disfrutan de los atributos del Ser de Parménides y encierran el verdadero ser de las cosas. En cambio, las cosas son meras copias o sombras de las Ideas. Las cosas son sólo un estímulo para elevarse a las Ideas. A cada una de estas formas de la realidad corresponde una vía de conocimiento: la opinión o *doxa* para el mundo de lo sensible, y el *nous* para el de lo inteligible. En definitiva, Platón ha descubierto y diferenciado el Ser del Ente. Si Parménides descubrió el Ente, las cosas en cuanto son, Platón descubre el Ser, lo que hace que las cosas sean, pero no sabe lo que son las cosas, cuestión que dirimirá Aristóteles más tarde.

Respecto a este vocablo de "Idea" que Platón le otorgó una connotación especial, se señala lo siguiente: en la época en que escribía Platón, la filosofía carecía de términos precisos y adecuados, en el tiempo de Platón los términos filosóficos estaban apenas formándose. Platón toma la palabra idea del lenguaje común y corriente y le da una significación, especial, nueva (creando de esta manera un neologismo). En efecto, la palabra *idea* procede de un verbo griego que significa, ver, mirar, examinar, mirar cara a cara. Para Platón, la idea es precisamente aquello que no cambia ni puede aceptar ninguna variación. La idea es,

así, lo que es y el significado de la palabra es prácticamente el mismo que el de *forma* en Aristóteles o el de *esencia*. Las ideas son así las esencias de las cosas, esencias que existen en sí y por sí (Xirau 1990).

Sólo podemos tener *conocimientos seguros* de aquello que vemos con la razón. La propia facultad visual puede variar de una persona a otra. Sin embargo, podemos fiarnos de lo que nos dice la razón, porque la razón es la misma para todas las personas.

El Arte en Platón.-

Una importancia decisiva tiene la educación de los guerreros [en el Estado ideal], que Platón aconseja basar en la música y en la gimnástica, aunque desterrando las fábulas míticas narradas por los poetas, porque éstas no representan a la divinidad tal como es realmente, es decir buena y causante del bien, sino más bien como autora ella misma del mal. Esta condena de la poesía se inscribe dentro de la condena general del arte que se encuentra en el libro X de *La República*: la realidad es copia del mundo de las ideas; el arte, que es imitación de la realidad, es por tanto copia de una copia, es decir, aleja de la verdad. En dirección contraria, sin embargo, en la primera mitad del siglo XIX, Schelling, filósofo alemán, autor de un sistema de idealismo subjetivo, plantea que lo absoluto es alcanzable para el hombre no ya discursivamente, sino mediante la intuición y particularmente la artística, el idealismo de Schelling es definido también como «estético» (*Enciclopedia de la Filosofía*, 1992).

Aristóteles.-

Aristóteles no sólo fue el último gran filósofo griego; también fue el primer gran biólogo de Europa. Aristóteles es con Platón, la figura que ha dominado todo el desarrollo de la historia de la filosofía desde la Antigüedad hasta la Edad Moderna; por lo menos hasta Kant. Por primera vez la filosofía se configura en su pensamiento como una ciencia dentro de un sistema global del saber; en la cima de ese sistema se sitúa la filosofía en su acepción específica de metafísica, que señala a las otras ciencias sus límites y sus conexiones (*Enciclopedia de la Filosofía*).

La gran importancia de Aristóteles en la cultura europea se debe también, en buena medida, al hecho de que fuera él quien creara el lenguaje profesional que las distintas ciencias emplean hasta hoy en día. Fue el gran sistematizador que fundó y ordenó las distintas ciencias. Aristóteles escribió sobre todas las ciencias y rechaza la teoría de las Ideas de Platón.

Aristóteles no pensaba que existieran tales moldes, que, por así decirlo, estaban colocados en estantes fuera de la naturaleza. Para Aristóteles las formas de las cosas son como las cualidades específicas de las cosas.

Para Aristóteles era igual de evidente que el mayor grado de realidad es lo que *sentimos* con los sentidos. Platón opina que todo lo que vemos a nuestro alrededor en la naturaleza, son meros reflejos de algo que existe de un modo más real en el mundo de las Ideas, y con eso también en el alma del ser humano. Aristóteles opina exactamente lo contrario. Lo que hay en el alma del ser humano, son meros reflejos de los objetos de la naturaleza; es decir, la naturaleza es el verdadero mundo. Según Aristóteles, Platón quedó «anclado» en una visión mítica del mundo, en la que los conceptos del hombre se confunden con el mundo real.

Las formas como cualidades de las cosas.-

Tras haber aclarado su relación con la teoría de las Ideas de Platón, Aristóteles constata que la realidad está compuesta de una serie de cosas individuales que constituyen un conjunto de *materia* y *forma*. La «materia» es el material del que está hecha una cosa, y la «forma» son las cualidades específicas de la cosa. La «forma» de la gallina es precisamente aletear, y también cacarear y poner huevos. Así pues, la «forma» de la gallina son las propiedades específicas de la especie «gallina» o, dicho de otra manera, lo que hace la gallina. Cuando la gallina muere, y con ello deja de cacarear, la «forma» de la gallina deja de existir. Lo único que queda es la «materia» de la gallina, pero entonces ya no es una gallina. Como ya se ha indicado, Aristóteles se interesaba por los cambios que tienen lugar en la naturaleza. En la «materia» siempre hay una posibilidad de conseguir una determinada «forma». Podemos decir que la «materia» se esfuerza por hacer realidad una posibilidad inherente. Cada cambio que tiene lugar en la naturaleza es, según Aristóteles, una transformación de la materia de *posibilidad* a *realidad*. Un huevo de gallina tiene una posibilidad inherente de convertirse en gallina, pero también resulta evidente que el huevo de gallina no puede convertirse en un ganso. Así vemos que la «forma» de una cosa nos dice algo sobre la «posibilidad» de la cosa, así como sobre las limitaciones de la misma.

La distinción entre «forma» y «materia» juega también un importante papel cuando Aristóteles se dispone a describir cómo los seres humanos reconocen las cosas en el mundo. Al reconocer algo, ordenamos las cosas en distintos grupos o categorías.

Aristóteles fue un hombre metódico que quiso poner orden en los conceptos de los seres humanos. De esa manera sería él quien creara la lógica como ciencia. Señaló varias reglas estrictas para saber qué reglas o pruebas son lógicamente válidas, la lógica de Aristóteles trata de la relación entre conceptos.

El Alma.-

La psicología, expuesta en el tratado *Del alma*, es para Aristóteles una parte de la biología: el alma se define como «el acto primero del cuerpo natural que tiene vida en potencia». Como acto primero (*entelécheia*), el alma es el principio que da el ser; no es, por tanto, una realidad separable del cuerpo, sino que es el mismo ser viviente en cuanto viviente. Para Aristóteles, como ya se mencionó, el alma es tripartita, habrá un alma vegetativa, una sensitiva y una intelectual. Bien evidente resulta la peculiaridad de la función intelectual, es decir de la «parte del alma con que ésta conoce y piensa», que sólo está presente en los hombres.

Los primeros ataques contra el aristotelismo llegaron de la filosofía de la naturaleza: Paracelso, Giordano Bruno fueron los primeros en proponer sistemas opuestos de cosmología y de filosofía de la naturaleza, hasta que Galileo y otros físicos del s. xvii optaron por el abandono definitivo de la visión científica aristotélica en favor de la nueva ciencia; a Aristóteles se remiten las diversas corrientes de la filosofía neoclásica contemporánea y en primer lugar el pensamiento católico a través de la neoescolástica (*Enciclopedia de la Filosofía, op. cit.*).

El Helenismo.-

Aristóteles murió en el año 322 a. C. Para entonces Atenas ya había perdido su papel protagonista. Esto se debía, entre otras cosas, a los grandes cambios políticos ocasionados por las conquistas de Alejandro Magno. Alejandro Magno fue rey de Macedonia. Éste ganó la última y decisiva batalla a los persas. Y más que eso, con sus muchas batallas unió la civilización griega con Egipto y todo el Oriente hasta la India. Se inicia una nueva época en la historia de la humanidad. Emergió una sociedad universal en la que la cultura y la lengua griegas jugaron un papel dominante. Este período, que duró unos 300 años, se suele llamar helenismo.

A partir del año 50 d. C. aproximadamente, Roma llevó la ventaja militar y política. Esta nueva potencia fue conquistando uno por uno todos los reinos helenos, y comenzó a imponerse la cultura romana y la lengua latina, sin embargo, antes de que Roma tuviera tiempo de

conquistar el mundo helénico, la misma Roma se había convertido en una provincia de cultura griega. De esta forma, la cultura y filosofía griegas jugarían un importante papel mucho tiempo después de que la importancia política de los griegos fuera cosa del pasado.

El helenismo se caracterizó por el hecho de que se borraron las fronteras entre los distintos países y culturas. Anteriormente los griegos, romanos, egipcios, babilonios, sirios y persas habían adorado a sus dioses dentro de lo que se suele llamar «religión de un Estado nacional». Ahora las distintas culturas se mezclan en un crisol de ideas religiosas, filosóficas y científicas. Anteriormente la gente se había sentido muy unida a su pueblo y a su ciudad-estado. Pero conforme esas separaciones y líneas divisorias se fueron borrando, mucha gente tenía dudas y se sentía insegura ante las visiones y conceptos de la vida. Esa parte de la Antigüedad estaba, en términos generales, caracterizada por la duda religiosa, la desintegración religiosa y el pesimismo. «El mundo está viejo», se decía.

Una característica común de las nuevas religiones del helenismo era que solían tener una teoría, a menudo secreta, sobre cómo las personas podían salvarse de la muerte, pero también la filosofía se movía cada vez más hacia la salvación y el consuelo. De esta manera se borraron los límites entre religión y filosofía. En general podemos decir que la filosofía helenística era poco original.

Los cínicos.-

La filosofía cínica, fundada por Antístenes en Atenas alrededor del año 400 a. C. Los cínicos enseñaron que la verdadera felicidad no depende de cosas externas tales como el lujo, el poder político y la buena salud. El más famoso de los cínicos fue Diógenes, que era un discípulo de Antístenes. Se dice de él que habitaba en un tonel y que no poseía más bienes que una capa, un bastón y una bolsa de pan. Los cínicos opinaban que el ser humano no tenía que preocuparse por su salud. Ni siquiera el sufrimiento y la muerte debían dar lugar a la preocupación.

Los estoicos.-

El nombre «estoico» viene de la palabra griega pórtico (*stoa*). El estoicismo tendría más adelante gran importancia para la cultura romana. Como Heráclito, los estoicos opinaban que todos los seres humanos formaban parte de la misma razón universal o «logos». Pensaban que cada ser humano es como un mundo en miniatura, un «microcosmos», que a su vez es reflejo del «macrocosmos». Esto condujo a la idea de que existe un derecho universal, el llamado

«derecho natural». Debido a que el derecho natural se basa en la eterna razón del ser humano y del universo, no cambia según el lugar o el tiempo.

De la misma manera en que los estoicos borraron las diferencias entre el individuo y el universo, también rechazaron la idea de un antagonismo entre espíritu y materia. Según ellos sólo hay una naturaleza. Esto se llama monismo (contrario, por ejemplo, al claro «dualismo» o bipartición de la realidad de Platón). Señalaban como muy importante la comunidad de la humanidad, pues eran muy cosmopolitas, se interesaron por la política.

Los epicúreos.-

Epicuro (341-270 a. C.) fundó alrededor del año 300 una escuela filosófica en Atenas (la escuela de los epicúreos). Desarrolló la ética del placer de Aristipo y la combinó con la teoría atomista de Demócrito. No obstante, Epicuro señaló que el «placer» no tenía que ser necesariamente un placer sensual. También pertenecen a esta categoría valores tales como la amistad y la contemplación del arte. Respecto a la muerte, Epicuro dijo: La muerte no nos concierne, así de simple. «Pues mientras existimos, la muerte no está presente, Y cuando llega la muerte nosotros ya no existimos». Al contrario que los estoicos, los epicúreos muestran poco interés por la política y la vida social. «¡Vive en secreto!», aconsejaba Epicuro.

El neoplatonismo.-

La corriente filosófica más destacable de la Antigüedad estaba inspirada, sobre todo, en la teoría de las Ideas. A esta corriente [se le denomina] neoplatonismo. El neoplatónico más importante fue Plotino (205-270 d. C.), que estudió filosofía en Alejandría, pero que luego se fue a vivir a Roma. Merece la pena tener en cuenta que venía de Alejandría, ciudad que ya durante cien años había sido el gran lugar de encuentro entre la filosofía griega y la mística orientalista. Plotino se llevó a Roma una teoría sobre la salvación que se convertiría en una seria competidora del cristianismo, cuando éste empezara a dejarse notar. Sin embargo, el neoplatonismo también ejercería una fuerte influencia sobre la teología cristiana. Pero al contrario de la clara bipartición de Platón de la realidad, las ideas de Plotino están caracterizadas por la unidad. Todo es Uno, porque todo es Dios.

Sintetizando, Atenas en el siglo v, se convierte en la capital del nuevo imperio marítimo, enriquecida por un comercio próspero, pasa a ser también el centro de la vida intelectual y la sede de una prodigiosa

revolución artística y literaria. Pero después de la muerte de Alejandro, en la época helenística, Grecia ve cómo se va hundiendo su independencia política. El centro de la vida intelectual se desplaza; Alejandría, que ha suplantado a Atenas, impone a los vencidos sus creencias, sus costumbres, sus ideas; a su vez, será desposeída por Roma, nuevo centro del mundo mediterráneo. En aquel momento, aún son los griegos, sin embargo, los que, tras el derrumbe de su supremacía política, continúan imponiendo a sus nuevos amos su cultura y, a veces, su lengua. Y a través del mundo romano, es Grecia la que continúa siendo la educadora y el modelo del mundo occidental. Y paralelamente, también es Roma quien propaga el judaísmo monoteísta -en su ramificación cristiana-, al imponerlo Constantino en el siglo iv d. C., como religión oficial del imperio romano. Pensamiento griego y monoteísmo judeo-cristiano, los dos pilares de la civilización occidental (Mosterín, 1983). Por otro lado, como es sabido, el europeo, después de siglos de imposición cristiana, —en el Renacimiento— bebió nuevamente en las aguas helenas, dando pie al surgimiento de las ciencias modernas.

1.2 Antecedentes de la Ilustración

Fue en el s. XVII y el movimiento del Renacimiento, los antecesores más próximos de la Ilustración. El Renacimiento fue una época de transición de la Edad Media a la Edad Moderna inspirada en el humanismo y en el interés por el hombre de un nuevo concepto de éste como ser racional, sensitivo y dotado de voluntad. Respecto a las letras, las artes y las ciencias, las civilizaciones anteriores al cristianismo, fueron un gran impulso para la creación y la libertad intelectual. Respecto al hombre se exaltó el individualismo, la autosuficiencia, el "hombre universal", el desarrollo de la personalidad física e intelectualmente.

El deseo de saber se extendió tanto que los libros no sólo se escribieron en latín sino también en lenguas vernáculas. Entre los escritores que destacaron en esa época se encuentra Ariosto, Maquiavelo, Tasso, Vives, Garcislao, Cervantes, Gil Vicente, Montaigne, Ronsard, Spencer, Marlowe, Shakespeare, Erasmo, Lutero, entre otros. En el arte a pesar de seguir al servicio del cristianismo, se paganizó la idea de alabanza de la belleza del mundo y del hombre. El florecimiento del arte se puede ver reflejado en artistas como Da Vinci, Miguel Ángel, Rafael, Tiziano, Morales, El Greco, Durero, Holbein, van Eick en pintura; Brunelleschi, Bramante, Bernini, Palladio, Lorenzo Vázquez, Alonso de Covarrubias, de l'Orme, Lescot, Wren, Jones, en arquitectura; Miguel Ángel, Donatello, Ghiberti, Verrochio, della Robbia, Sansovino, Berruguete, en escultura.

En lo científico, se revivieron conocimientos antiguos en matemáticas, astronomía, física y medicina; Copérnico, Kepler y Galileo fundaron la astronomía moderna, mientras que Bacon y Descartes expusieron el método científico experimental, que fungiría como base de la era de la Ilustración. Algunos otros eventos importantes de este período son la imprenta, la pólvora, la brújula y el descubrimiento de América lo convirtieron en un movimiento universal.

Fue el siglo XVII, y el movimiento del Renacimiento, los antecesores más próximos de la Ilustración. Es durante el Renacimiento, que se renueva un interés profundo del hombre por los textos griegos y latinos, con su enfoque crítico de la filosofía cristiana medieval y una curiosidad general sobre su mundo como opuesto al futuro. También la Reforma Protestante, aún cuando clamaba el retorno a las creencias del cristianismo primitivo, ayudó a preparar el camino a la Ilustración, escindiendo la unidad de la cristiandad occidental, pero debilitando la autoridad de la Iglesia.

En el campo de la filosofía, se trataron de fundir las consecuencias de estos movimientos intelectuales en un nuevo género de filosofía, diverso del concepto cristiano de los teólogos medievales. En este siglo se elaboró una nueva ciencia, pues sin ésta y la razón la ilustración hubiera sido inconcebible (Gay, 1985 y Poliakov, 1984).

Por otro lado Moya (1998), comenta que desde el Renacimiento hasta la constitución de las Academias científicas del s. XVII, el científico era un hombre apasionado por el saber que pertenecía al grupo de los notables en la estructura social; así, los aristócratas, monjes, profesores universitarios disfrutaban de un ocio auténtico. La investigación era una actividad de aficionados, era entonces la fase de la *ciencia vocacional*. Entre las academias más importantes se encuentran la *Accademia dei Lincei*, fundada en Italia en 1603 y en la que participó Galileo; la *Royal Society* de Londres en 1662 cuyo presidente fue Newton; la *Académie des Sciences* de París en 1666 y la Academia de Berlín en 1700, fundada por Leibniz. Esto sigue permitiendo que los sabios, ya no fueran individuos aislados y además que las academias jugaran el papel de centros de comunicación, de conocimiento científico, además de tener un reconocimiento social y político, dando así los primeros pasos a la *ciencia profesional*.

Existen otros movimientos antecedentes a la Ilustración, como el Deísmo, que fue un movimiento filosófico que se afirmó en los ss. XVII-XVIII; de origen inglés, que se difundiría más tarde por Francia y Alemania. En el s. XVI la palabra se contraponía a «ateísmo», de quien creía simplemente en la existencia de Dios. Pero es Pascal, quien utiliza

este término con un significado específico, contraponiéndolo incluso al cristianismo. La tesis principal de este movimiento es que debe de pensarse en Dios sólo con los atributos que nos enseña la razón natural, prescindiendo de la revelación y las religiones histórico-confesionales de todo lo que no concuerde con la razón. Se suele considerar como antecedente más próximo del deísmo el ensayo de "El cristianismo racional" de J. Locke. En Francia, el movimiento deísta asumió formas radicales tales como la condena de todas las religiones positivas, rechazo de la revelación y los milagros, uso de la superstición con fines políticos. Los escritos anónimos y clandestinos, tuvieron una enorme difusión preparando así el terreno para la Ilustración. Como prolongaciones del deísmo se llegan a considerar "La religión dentro de los límites de la simple razón" (1793) de I. Kant y el "Ensayo de una crítica de toda revelación" (1792) de J. G. Fichte (Enciclopedia Filosófica Ilustrada, 1992). Sin embargo, si hay que señalar algún punto en el tiempo como inicio de la Ilustración, ese es el año de la publicación de la obra maestra de Newton: "*Principios Matemáticos de la Filosofía Natural*", en 1687.

La revolución científica, tenía hondas raíces en el pasado; Newton tuvo muchos antecesores. El impulso crítico del que depende la ciencia fue lanzado primero por los antiguos filósofos griegos, que lo legaron a sus discípulos los romanos. Y la preferencia en la Edad Media por la teología, tampoco pudo sofocarlo. Así comenzaba a estudiarse las propiedades de los elementos naturales y la geografía de la Tierra en pro del comercio y la navegación. Sin embargo, el cúmulo de descubrimientos y teorías que justamente se llama la revolución científica tuvo que esperar condiciones más favorables, que se darían a finales del Renacimiento, donde grandes humanistas, revivieron las grandes obras maestras de la literatura y de los tratados sobre el mundo natural. Así fueron redescubiertas obras como la de Galeno, en su interés por la naturaleza, que permitieron a los renacentistas abrirse al camino de la observación; o los bosquejos del arquitecto francés Villard de Honnecourt, que anunciaban un mundo más hospitalario para la ciencia, reflejado por ejemplo en los magistrales dibujos de Leonardo da Vinci.

Así podemos encontrar a diversos personajes que aportaron enormemente a los fundamentos de la Ilustración, como por ejemplo Descartes, Galileo, Bacon, Locke, Newton, y más directamente los enciclopedistas: Voltaire, Diderot, Rousseau y Montesquieu.

1.3 El período filosófico de la Ilustración.

Una vez conocido el panorama antecedente a la Ilustración, se puede entrar de lleno en las características de este período, para ello es necesario entonces, situarnos en diversos contextos: socio-cultural,

político, filosófico y artístico; de tal manera que se enriquezca la información sobre un eje central en la presente tesis, que es la influencia del proyecto ilustrado en la sociedad contemporánea y el impacto del mismo sobre las políticas culturales e identidad nacional.

Una manera general de caracterizar a este período, —en tanto segmento importante del proceso civilizatorio occidental— se describe a continuación tal como lo hacen Fillingham y Susser:

“...¿Qué marca el cambio hacia el mundo moderno? Antes del siglo XVIII el *hombre* no existía. ¿Pero qué significa esto? Obviamente, los seres humanos existen desde mucho antes, incluso pueden haberse visto a sí mismos como el centro del universo.

Pero si eran el centro fue porque Dios los ubicó ahí. Dios era necesariamente más central, y la fuente de todo conocimiento. El conocimiento humano era limitado, el de Dios, infinito. En los siglos XVIII y XIX, Dios perdió su lugar indiscutido como centro de todo y condición de todo conocimiento. El hombre fue dejado solo, consigo mismo como el centro, como la fuente del entendimiento, y esto derivó en un intenso examen acerca de este ser perspicaz. Las ciencias humanas surgieron a medida que las antiguas disciplinas fueron reexaminadas a partir de esa nueva noción del hombre como objeto y sujeto de estudio...” (Fillingham y Susser, 1999, p. 84.)

La Ilustración fue una época de la historia europea, que coincide con el s. XVIII, también conocido como “El Siglo de las Luces” por su orientación cultural y la evolución general de las ideas que se manifestó. Así, se consideraba “ilustrada” toda forma de pensamiento y corriente filosófica que se proponga “esclarecer” la mente de los hombres para liberarlos de las tinieblas de la ignorancia, de la superstición y del oscurantismo a través del conocimiento y de la ciencia. Es una fe ilimitada en la capacidad liberadora de la razón, ejercitándose de forma crítica, hacia los conocimientos tradicionales, analizando e impugnando leyes, costumbres, instituciones pero sobre todo desenmascarando la más poderosa y omnipresente de las ilusiones, la religión (Enciclopedia de la Filosofía, 1992, pp. 472-475).

Este movimiento se expandió rápidamente por Europa, y aunque no hubiera una filosofía unitaria y existieran diversos medios para alcanzar los fines propuestos, existía un común denominador, que era el rechazo a la tradición, y la fe en la razón hizo surgir un entusiasmo extremo, que

era analizado y discutido “desde el principio de las ciencias hasta los fundamentos de la religión revelada, desde los problemas de la metafísica hasta los del gusto, desde la música a la moral, desde las disputas teológicas hasta los problemas de la administración y el comercio, desde la política hasta el derecho de gentes y derecho civil” (Frost, 1986, pp. 11).

Es importante, hablar de las condiciones propicias para este movimiento. En el ámbito socio-cultural y político, este siglo pasa con el nombre de “Despotismo Ilustrado”, donde los monarcas ostentan el poder como recibido de Dios, y a excepción de Inglaterra, todos creen que es a Él a quien han de rendir cuentas, no al pueblo. No había rey ni burgués que no quisiera contarse entre los ilustrados, y, en cierta forma, los reyes, ministros y nobles fueron los más activos propagandistas del espíritu secular, progresista y liberal de la Ilustración; y por ellos el movimiento tuvo una repercusión mucho mayor de lo que podía haberse esperado, pues si los ilustrados, se preciaban ante todo de ser hombres de letras, quienes podían leerlas no pasaban de ser cuando más un diez por ciento de la población. El hecho de contar para sus ideas con hombres que podían influir en las decisiones políticas, permitió que toda Europa compitiera en un afán de reformas.

Otra característica social que se reflejó en esta época, era que se tenía por objetivo el lograr la felicidad, emprendiéndose para ello reformas económicas tendientes a acrecentar los recursos naturales, que se identificaban con riqueza, que por ende traía como consecuencia el bienestar social. Así la búsqueda de ésta y el egoísmo humano, proponía que cada individuo actuara para su propio beneficio y éste se reflejaría en el bien colectivo.

Pero si esto se deseaba era evidente que se requería tener acceso a la instrucción necesaria para realizar su tarea específica. Por ello algunos de los conceptos más manejados e importantes de esa época eran el de la “cultura” y “educación”, y sobre esto no se niega la labor realizada por universidades, academias y museos.

Respecto a la educación para el pueblo, existe una postura ambigua de los ilustrados, puesto que de acuerdo a sus postulados todos los hombres son iguales por la razón, todos deben de tener los mismos derechos: libertad de conciencia, libertad frente a la opresión, la explotación y la ignorancia. Pero como se había vivido en la indigencia y la inmundicia, no se podía adquirir de pronto conciencia social. Así se sostuvo que lo mejor era dar una educación gradual a las masas, que no

fuera medio de alcanzar un status más elevado, sino simplemente el de realizar mejor su trabajo y así adquirir conciencia de su dignidad propia. La educación, era entonces un medio para poder modificar la naturaleza humana; y la fe ciega en la perfectibilidad humana, es una característica de esta época (Frost, op.cit.)

Debe tomarse en cuenta, que hasta casi finales del s. XVIII, la educación de las clases altas en los países católicos estaban casi exclusivamente en manos de los jesuitas y que la Ilustración significó un rechazo de toda autoridad y de toda tradición.

En cuanto al otro poder que se mueve paralelo al Estado, la Iglesia, el s. XVIII fue una época de crisis, pues la Ilustración no admitió una religión concreta, positiva. Se habla de la conveniencia en rendir culto al Ser Supremo, Dios, pero sin distinción de teologías y sectas. Pero son los mismos nobles quienes favorecen el progreso de la irreligiosidad. Se propaga por un lado el "deísmo" y la "religión natural" sobre todo en los países protestantes, donde se llegó a hablar de la interpretación laica de la Biblia. Sin embargo, hubo dos reacciones por parte de los cristianos: el pietismo y el metodismo.

La imagen del hombre se concibe como bueno por naturaleza y corrompido por la sociedad, alejándose de esta sociedad viciada y siendo sano y sensato, se apegaría a la Naturaleza y encontraría la felicidad como ser moral. Pero esta postura fue un fracaso, por que los mismos filósofos, en Francia, cedieron a la corrupción moral, al epicureísmo o moral del placer.

En el ambiente artístico, triunfa el clasicismo a la francesa (Neoclasicismo) y el Rococó o arte por excelencia de los salones; que se caracteriza por la abundancia del desnudo, por el lujo en los interiores, la expresión recargada en cada manifestación. En música, en 1750, se consigue un equilibrio de armonía y polifonía, con Handel y Bach. Los autores de este período, el barroco tardío, combinaron instrumentos y voces en gran profusión de formas. Entre los principales músicos, se encuentran Vivaldi, Scarlatti, Telemann, Couperin y Corelli, entre otros, dando como resultado composiciones que llamaron concierto, sinfonía y sonata. Su dominio de las formas existentes cerró una época musical y abrió la puerta de otra, dando paso a los tres grandes compositores de la Edad de las Luces: Gluck, Haydn y Mozart (Gay, 1985).

En la literatura, no olvidaron cultivar, el arte, pues así como se podían escribir obras o ensayos sobre injusticia judicial, o política, etc., también existían obras maestras de literatura como "Cándido" de Voltaire. En poesía, se precisa la evasión y se busca la huida por el

camino del bucolismo y la anacreónica, que tienen su paralelo en la pintura de Watteau, uno de los pintores más representativos de la época. A la galantería del siglo, le venía muy bien el lenguaje poético, y por lo general, estos poetas tenían fácil acceso a las clases altas y a los puestos de la administración. Aún los géneros más cultivados siguen siendo la tragedia, la comedia y la novela. E incluso el s. XVIII, no sólo no logró superar al siglo XVII, sino que muchas ocasiones buscó imitarlo. La innovación fue el drama burgués. Sin embargo, en el ámbito de la literatura solía existir una censura muy fuerte, tanto del lado religioso como del político, que ponía en peligro la integridad física de los escritores, pues podían ser condenados, encarcelados o desterrados. Víctimas de la censura son Rousseau, Voltaire, Diderot, La Mettrie, entre otros. Eran los ilustrados aquellos admirados por la nobleza y el pueblo, situación que los convertía en maestros de la opinión. Sus centros de reunión eran los clubes, salones y cafés (Rousseau, 1996).

Una vez mencionado algunos de los personajes principales de este movimiento, cabe introducirnos de lleno al ámbito tanto de los personajes, como de las obras y avances científicos que marcaron esta época.

Gay (1985), comenta que, si debe señalarse un punto en el tiempo como principio de la Ilustración, esa fecha es el año de 1687, con la publicación de la obra maestra de Newton "*Principios matemáticos de la filosofía natural*". Entre los seguidores de esa nueva filosofía se encuentran J. Locke, E. Kant. Eran hostiles al cristianismo organizado y lo declaraban, creían en la libertad de expresión, de la prensa y la persona, sus escritos manifestaban los males de la religión y exaltaban las virtudes de la filosofía de la razón.

Los descubrimientos y obras de Newton fueron vitalmente importantes para la consolidación de la Revolución Científica, con la implementación del método científico, de observación y experimentación como base fundamental del conocimiento. Entre los avances científicos, se puede mencionar lo realizado por Carlos Lineo, en el campo de la biología, al identificar y clasificar miles de especies de seres vivos. En astronomía, Herschel, realizó muchos descubrimientos como el planeta Urano en 1781, conocimientos acerca de las estrellas, su constitución y características y la construcción del mejor telescopio de la época. En química, fue Antonio Lavoisier, quien sentó las bases de la química moderna; en esa época los químicos fueron los mayores empiristas, de prueba y error. Comenzaron a nombrar las sustancias y elementos químicos y estudiar sus reacciones químicas. Otro campo de grandes descubrimientos, fue el de la física, con el descubrimiento de la electricidad por Benjamín Franklin, en 1752.

Sin embargo, quizá el fenómeno cultural más importante de esa época, sea la aparición de La Enciclopedia, donde la Ilustración encontró su realización práctica de sus máximas aspiraciones, con el racionalismo como principal eje de sus premisas. Fue La Enciclopedia la que agrupó a los filósofos franceses, dándoles mayor fuerza para atacar a las antiguas instituciones y propagar la renovación de la ciencia, del hombre y de la sociedad. Entre los participantes se encontraban D'Alembert y Diderot, — quienes eran los directores de la misma —, Montesquieu, Rousseau, Quesnay, Turgot, Euler d'Holbach, Condorcet, Condillac, Bernoulli, Haller, Lagrange, etcétera. Realizada entre 1751 y 1780, fue editada por Le Breton en 39 volúmenes. Los factores más relevantes que en ella compendían, son el racionalismo, el materialismo, el deísmo, la antirreligión y el desarrollo de las ciencias, las artes y los oficios, poniendo al hombre como centro de todo. Otra de sus finalidades, tal vez la más importante era conseguir que el máximo de conocimientos llegara a la mayor cantidad de gente posible, puesto que se buscaba que tuviera acceso al conocimiento de una forma clara y sencilla.

Así, existen tres ideas en las que se fundamenta la Ilustración:

1. El espíritu crítico. Que postula el realizar un examen minucioso de todo, es decir, poner todo en duda, y a partir de ahí se revisan todos los principios.
2. El espíritu científico. Son Galileo, Bacon y Newton, quienes implantan el deseo de científicismo con sus experimentos y descubrimientos, dándole así, una nueva dimensión a la ciencia experimental.
3. El espíritu cosmopolita. Se despierta un gran interés por costumbres y formas de vida de otros países, mediante crónicas y relatos de exóticos lugares (Rousseau, 1996).

Por otro lado Moya (1998) hace una reflexión acerca de la cultura positivista y concluye que fue generadora de tres eventos importantes: a) La tecnociencia, pero no una sabiduría de poner límites a su intervención; b) La industria, pero no una conciencia clara de la insostenibilidad de un modelo economicista de desarrollo; c) La Democracia, pero no una cultura reflexiva y participativa de una opinión pública ilustrada.

Por último, es importante contextualizar este movimiento, en los diferentes países donde tuvo auge:

Inglaterra

En este país tiene sus raíces La Ilustración, con la razón fundada en

la experiencia y en la ciencia, cuyos principales defensores fueron Locke y Newton. Aunque en general fue moderada la Ilustración inglesa, tuvo algunos rasgos de radicalismo, sobre todo en el aspecto religioso. También en la política con su monarquía liberal-burguesa, fue un modelo a imitar por los ilustrados franceses primero y luego por el resto de los europeos, como forma de luchar contra el absolutismo-monárquico, la aristocracia y el clero. Aquí nace la idea de la primer enciclopedia con Chambers.

Francia

Efectivamente, fue en este país, donde la Ilustración se consolidó, fue su patria ideal. Sin embargo, para ello, tuvo que liberar muchos obstáculos, como pasar de los conceptos a las cosas y de las ideas a las acciones. La filosofía francesa alcanzó una marcada conciencia histórica-política y son estos filósofos quienes guían las reivindicaciones espirituales y materiales de los pueblos, de las clases explotadas, de la alta y la pequeña burguesía en ascenso. Por ello se dice, que es aquí, donde se difunde un nuevo mensaje ideal capaz de resquebrajar el dogmatismo conservador de una Europa, en muchos aspectos todavía feudal, en costumbres e instituciones. Así la labor de la enciclopedia dirigida por D'Alembert y Diderot era básicamente la difusión en todos los niveles de la sociedad. Entre los filósofos más importantes de Francia se encuentran Montesquieu, Voltaire, Bayle, Condorcet, Condillac, Helvecio, La Mettrie, d'Holbach, que forman la parte radical de la Ilustración francesa, la otra parte la contrasta la figura solitaria de Rousseau, donde los principios democráticos y pedagógicos encuentran su más clara expresión.

Italia

Los principales centros de difusión se dieron en Milán y Nápoles. Vínculos muy estrechos con Francia tuvieron los Verri y Beccaria, dos de los principales personajes de la escuela Ilustrada italiana. La presencia de Condillac por diez años enseñando en Parma, inspiró una tradición filosófica, sensualista, que permaneció a principios del siglo XIX.

Alemania

El término Ilustración (*Aufklärung*) en este país, tuvo dos significados: Uno, "Esclarecimiento" producido por la razón, e "Iluminación" en el sentido místico del pietismo, a la luz divina. Así los "ilustrados" eran defensores de la luz de la razón humana., y los "iluminados" eran los privilegiados depositarios de la luz de la razón

divina. Un rasgo específico de esta cultura, fue la permanencia de una vocación metafísica especulativa, con autores como Crusius, Tetens y Baungarten. En la cumbre de esta tradición de pensamiento se halla Kant, en cuya obra se armonizan y desarrollan las corrientes de la ilustración inglesa (Locke, Shaftesbury y Hume) y francesa (Rousseau) y la gran tradición filosófica alemana (Leibniz, Wolff, Lambert y Crusius) (Enciclopedia de la filosofía, 1992).

España, es un país que por su gran influencia y estrecha relación con México, se le dedicará un apartado especial, que a continuación se presenta.

1.4 La Ilustración en España.

Sobre este movimiento algunos de los autores más representativos son Benito Jerónimo Feijóo y Gaspar Melchor de Jovellanos, quienes realizan algunos escritos, donde contextualizan esta época en España, y considerando un atraso que padece en el orden de la ciencias naturales, manifiestan algunas causas del por qué.

Así, Feijóo comienza dirigiéndose a su majestad en uno de sus escritos, diciendo que los lentos y cortos progresos de España han logrado en la física y matemática, a pesar de numerosos libros de extranjeros donde presentan las grandes luces que han adquirido estas ciencias, se deben a ciertas causas. Entre las más importante, menciona el corto alcance de los profesores que son una especie de ignorantes perdurables precisados a saber siempre poco, no por otra razón sino porque piensan que no hay más que saber que aquello poco que saben, como si poseyeran toda la enciclopedia.

Otra causa, es la preocupación que existe en España contra toda novedad, pues basta el título de "nueva" en una doctrina para reprobársela, para ser sospechosa. Así, no se da crédito a todos aquellos descubrimientos, máquinas, e instrumentos, referentes a la astronomía, la física y aritmética, novedades o conocimientos que eran ignorados en la antigüedad. La ignorancia, respecto a Descartes y la nueva filosofía teniendo una diminuta o falsa noción de la filosofía moderna y todo lo que ella comprende, juzgan el resultado de Descartes, formándose una idea siniestra de este filósofo, constituía otra razón.

Y por último, una razón primordialmente importante, era el enorme temor de que las nuevas doctrinas en materia de filosofía trajeran algún prejuicio a la religión. Ya fuera que por consecuencia existiera una oposición a lo que nos enseña la fe o porque se propiciara en los españoles el uso de la razón no solo para las cosas naturales, sino

también las sobrenaturales. De esta forma, se aceptaban toda aquella información que no pusiera en tela de juicio o conflicto la religión. Por ello se observa que en su filosofía no se ha encontrado nada que se oponga directamente o indirectamente en la "verdadera creencia".

Por su parte, Gaspar Melchor de Jovellanos, considerado uno de los personajes más importantes de esta época en España, manifiesta que es la instrucción pública, el origen de la prosperidad y el antídoto de la ignorancia que solo alucina, extravía y corrompe a los pueblos, siendo así el único recurso para la salvación de la muerte y desolación de estos pueblos, porque el imperio de la verdad será eterno como ella, y el dominio del error no puede ser estable ni duradero. Por ello la importancia de que en la educación de los niños, propone, se les den conocimientos provechosos, además de su doctrina natural, civil y moral, y se ilustre su razón con aquellas ideas más necesarias para el uso de la vida, que les permitiera tener las semillas que constituyen la perfección del ser humano y la gloria de las sociedades (Frost, 1986).

Es a partir de 1750, cuando en España se consuma la ruptura con la tradición metafísica, epistemológica y religiosa. Personajes como Voltaire, Beccaria, Condillac, Diderot, Destutt, de Tracy, dan un gran soporte a veces radical e incluso muchas veces anticatólico.

El Liberalismo reformista es donde se expresa más claramente el espíritu ilustrado, con la constitución, a partir de 1764, de sociedades culturales, científicas y económicas, que sostenían posiciones diversas en cuestión religiosa. Uno de los acontecimientos más significativos que marcó este período, es la persecución y expulsión de los jesuitas (Abbagnano, 1966).

Carlos III es quien implanta en España, el Despotismo Ilustrado, con hombres ilustres como Ricardo Wall, Grimaldi, Esquilache, Campomanes, Jovellanos, Olavide, etcétera. Así el rey emprendió una tarea de reforma económica, política, social y científica. Se concedió especial atención a la agricultura con grandes obras de riego. También se fomentaron las actividades mercantiles e industriales. Se realizaron reformas a la enseñanza superior, el ejército y la marina.

Como habíamos comentado, los jesuitas, que por esta época eran objeto de animadversión de varios gobiernos europeos, fueron expulsados de España en 1767, y su orden fue disuelta por todo el mundo por el Papa Clemente XIV. Durante este siglo España participó en varias guerras, donde cedió y recuperó territorios. En América se prosiguió con la colonización en el virreinato de México, Alta California y Texas.

El arte es uno de los elementos de la cultura a través de la historia que ha sido medio de expresión de las características, cualidades e ideologías de una sociedad determinada y consideramos que por lo tanto también el reflejo de la identidad del individuo o de grupos que lo crean. El arte en la Ilustración tuvo un desarrollo significativo, sobre todo por las connotaciones que iría tomando y que daría pauta al arte contemporáneo. Por la relevancia del arte en esta tesis, contextualizaremos brevemente el desarrollo de este ámbito en España, durante el siglo XVIII.

Arte

En literatura, el barroco culmina con Calderón de la Barca coincidiendo con la decadencia de la política española, se inicia un declive en la literatura; así el agotamiento de las apasionadas formas barrocas conduce un poco a la observación por un orden basado en la académica restauración de los modelos clásicos, siendo su máximo representante Bances Candamo. La dinastía borbónica, coopera a la penetración a España de Neoclasicismo francés y sus consignas racionalistas. A partir del enciclopedismo, se propició por un lado el desarrollo libre del pensamiento, pero se cuartó por otro la dinámica evolución de la literatura. El poeta neoclásico más representativo es Juan Meléndez Valdés. Con el avance de las tendencias críticas y filosóficas fundamentadas en el experimentalismo y el racionalismo, van sustituidas por una aproximación a lo romántico.

Con el establecimiento de la Casa Borbón, hubo una importación de la moda de Francia e Italia, en cuestión de pintura. La persistencia del espíritu barroco, se deja arrastrar por el academicismo. Entre los autores que destacaron en este momento, se encuentra Luis Menéndez, Francisco Bayeu y Luis Paret. La pintura nacional de la segunda mitad del s. XVIII, muestra una situación precaria que se debe al cansancio después de una vitalidad barroca extrema, que resurge con la figura arrolladora de Francisco de Goya, genio de la imaginación y de la libertad en el ahondamiento expresivo. Fue pintor de la corte de Carlos III y IV. Sus audacias y hallazgos marcarían el inicio de la pintura moderna.

De igual forma en la escultura, después del despliegue barroco, comienza el apasionado enriquecimiento en las expresiones del realismo, que naufraga en la rigidez de los nuevos dictados estéticos. Se da una etapa de reajustes expresivos, cuyo desarrollo se interfiere con las nuevas formulaciones de la tradición clasicista. Así se desarrolla un período indeciso de la escultura neoclásica, entre lo grecolatino y la inclinación a la poética sensibilidad impuesta por lo prerromántico. En

arquitectura, se manifestó un rígido neoclasicismo que obedecía a los cánones de las Academias de Arte y la influencia de extranjeros. Así fueron construidos diversos monumentos y construcciones bajo el neoclasicismo, con influencias aún del herreriano y el barroco.

En el ámbito de la música, en el teatro se alternaban cantos y bailes, con fragmentos dialogados, que se podían considerar como prototipo de la ópera y antecedente de la zarzuela. Sin embargo, dentro de la música del órgano y guitarra, se halla el primerísimo compositor Antonio Soler dentro de la música española del s. XVIII, quien compuso sonatas para clavicordio, piezas sacras y de cámara, vocales e instrumentales, que poseían gran influjo italiano, que se iría incrementando durante la Casa de Borbón. En cuanto a la música popular, siguió desarrollándose a escondidas y tendrían que pasar varios años, para rescatar y aprovechar el rico folklore musical del país.

1.5 Su impacto en el siglo XX: Modernismo y Postmodernismo.

Es importante pues, considerar los lazos entre Europa y América, que se logran ver en las experiencias compartidas y convicciones fundamentales. Puesto que en Europa a partir de sucesos tales como el Cristianismo, la Reforma, y el Renacimiento, la Ilustración, la Revolución Industrial, Crisis revolucionarias y democráticas, se han construido a partir de los supuestos de Grecia y Roma, permaneciendo bajo el signo de la razón y provocando una adicción a ilusiones que le han impedido conciliarse con la realidad.

Hace más de cuatro siglos, que se inició una era, donde predominaba la idea de progreso, que se ha buscado justificar y nombrar y renombrar de diversas formas; pero lo que es cierto, es que no se ha dejado atrás las ideas básicas, que de hecho estaba ya presentes en el s. XVI y lograron una mayor consolidación teórica y conceptual en el s. XVIII con el inicio del proyecto de la Ilustración y el concepto de razón como eje fundamental. Pueden dividirse los períodos en: Ilustración, Romanticismo, Neoclasicismo, Neorrealismo, Simbolismo, Esteticismo, Nihilismo y Modernismo, entre otros tantos pero las diferencias entre ellos, “se fusionan cuando nos alejamos para echar un vistazo” (Ralston Saul, 1992, p. 29). Así hemos vivido el último medio milenio en la Edad de la Razón.

La Razón en el s. XX.

El siglo XX, ha visto la victoria de la razón pura en el poder, aceptándola aún como la luz que nos guía en nuestros instintos más bajos. Se ha buscado llenar por medio de la estructura y la metodología de la razón, lo que se consideraba un vacío en Occidente, pero que no era sino más bien una civilización despojada de valores: humanitarios, murales o estadísticos. Esto ha llevado a presenciar estallidos de violencia; así se considera que desde la Edad de la Razón se dio un crecimiento paralelo entre conocimiento y violencia, que terminaría en las carnicerías del s. XX.

Según Ralston Saul (op. cit.) un caso, es considerado el holocausto, bajo el mando de Hitler, donde se realizó el asesinato de millones de judíos, siendo un acto totalmente racional. Pero esta, es una civilización construida para evitar esas conclusiones, atribuyéndolo al impulso irracional, dando lugar a una ceguera ante el malentendido central y fundamental, de que la razón es una estructura, fácil de controlar y que consiste en una manipulación de quien desea el placer.

Vemos en la actualidad, una sociedad regida por la ciencia, la técnica, la industrialización, la burocratización, el poder y la manipulación. Algunos fenómenos que observamos influyentes, es el mito del secreto, la obsesión con el individualismo y la idolatración de estrellas, la autogratificación, especialización, la no existencia de cooperación pública, clarifican el efecto que la razón ha tenido en nuestras vidas.

En los siglos posteriores, diversos movimientos, filosóficos han surgido, tal pareciera que con nuevas tendencias, lo cierto es que sea derecha o izquierda, capitalismo o comunismo, conservadores o liberales, idealistas o materialistas, nunca han tenido sino dialectos marginales en los extremos de la razón, y no solo eso, sino de naturaleza antropocéntrica, que giran alrededor de una ideología central, la creencia en la soluciones absolutas.

Movimientos contra la Ilustración.

Y han surgido intereses que supuestamente van en contra de la Ilustración:

***Postestructuralismo:** Que considera temas como la dicotomía sujeto/objeto, las relaciones de poder, prácticas culturales y reconstrucciones históricas, la analítica del discurso y la crítica de las teorías globalizadoras y sus efectos totalizadores y totalitarios.

*Deconstrucción: Corriente de la filosofía francesa contemporánea, cuya principal figura es Derrida y que tiene sus orígenes en Heidegger. Como método, procede a desvelar las aporías del decir en el análisis de los textos filosóficos. Ha influido en las teorías de la literatura y en la crítica literaria (Thiebaut C., 1998). Deconstruir un discurso es mostrar cómo éste mina la filosofía que afirma o las oposiciones jerárquicas en las que se apoya, al identificar en el texto las operaciones retóricas que producen la supuesta base del argumento, el concepto clave o premisa. (Culler, 1983, p. 86, en: Fisher 1985, p. 51). El principio básico del pensamiento deconstructivo es que la escritura requiere de un acto de supresión para poder existir. Lo que el texto dice se basa en lo que el autor suprime para poder decirlo. Es decir, la mente se oculta a sí misma el secreto de su funcionamiento para poder funcionar. ...el autoengaño es una consecuencia de la división de la mente en un sistema operacional consciente una batería inconsciente de procedimientos paralelos (Johnson-Laird, 1983, p. 476, en: Fisher op. cit.).

Según Blood (1983, p. 1328, en: Fisher op. cit.) ¿puede la deconstrucción misma al igual que el psicoanálisis, escapar de los efectos de lo que se empeña en deconstruir? ¿no deberá la deconstrucción participar de —repetir— la dislocación que intenta describir? ¿para qué sirve un texto deconstruido? Al separar la estructura lógica de la estructura retórica en el ortolenguaje de un texto, el metalenguaje de la deconstrucción nos permite percibir en *ambos* lenguajes el autoengaño, la incertidumbre e indecisión que surgen de la interpretación. ¿Es la deconstrucción una prueba extrema del poder comunicativo del lenguaje?

La deconstrucción no sucede entre afirmaciones, como en una refutación lógica o dialéctica, sino más bien entre afirmaciones metalingüísticas (en el texto) sobre la naturaleza retórica del lenguaje, por un lado, y por el otro, un praxis retórica que cuestiona estas afirmaciones (de Man, citado por Culler, 1983, p. 245, en Fisher, op. cit., p. 58). Por lo tanto la deconstrucción parece revelar la restricción referencial del texto, esto es, el conocimiento sobre la mecánica del conocimiento.

Por lo tanto, según Klor de Alva (1993), la deconstrucción, basando su preocupación en el lenguaje, en las determinaciones discursivo-retóricas de la filosofía, la teoría y la verdad, es decir, el uso del lenguaje y su sentido determinado por su contenido; la deconstrucción y distensión que acompañan la teoría, continúan el asalto sobre el proyecto de la Ilustración y su política cultural de la racionalidad, universalidad y uniculturalismo.

***Orientalismo:** Dirigido al descentramiento de la cultura, un desafío al concepto de cultura, favoreciendo a los partidarios de la diversidad cultural y del pluralismo intelectual, sosteniendo que la identidad no es algo fijo. Estudios y ataques contra las descripciones totalizadoras de personas, culturas o naciones.

***Postmodernismo:** Con su interés en el descentramiento del orden, critica los límites de géneros y categorías, que implica el descentramiento del sujeto unitario. Ha promovido la antiestética, rechaza categorías esencialistas, ha fragmentado y proliferado identidades, historias y culturas. Está dirigido a minar un concepto fundamental del racionalismo occidental; el orden lineal, que plantea que los elementos tienen identidades y lugares asignados, lógicamente relacionados unos con otros y juntos forman un todo cognoscible. Así, pone en tela de juicio, la posibilidad de traducir la identidad y localizar las fronteras culturales a través de categorías establecidas por el modernismo entre los símbolos y sus supuestos, desafiando así las posibilidades de la representación de las artes. Así al advertir sobre las trampas de los estereotipos culturales, las cuantificaciones sociológicas y las imágenes distorsionantes, constituye una parte central en el debate sobre las diferencias y premisas de la modernidad (Klor de Alva, 1993).

Siendo justamente la Modernidad, el movimiento predominante en el s. XX, dedicaremos un espacio para desarrollar más ampliamente los presupuestos tanto del modernismo como del postmodernismo.

La Modernidad.

La modernidad es el sueño de la *fundamentación* y la certeza, basado en el sueño cartesiano de encontrar la piedra angular sobre la cual edificar la teoría, la ciencia, el saber objetivo y verdadero. Desea dar con el fundamento porque eso le da la posesión de certeza, puesto que busca eliminar la incertidumbre, la aproximación. Y así llegar al fin último, encontrar el sentido de la vida, aclarar racionalmente los porqués de la vida, vivir, trabajar, sufrir, morir, etcétera, la explicación de la existencia humana que permita encontrar elementos para una sociedad libre, racional y justa.

Podemos encontrar pues, el sueño ilustrado de la razón como herramienta para la construcción de una humanidad "liberada de superstición e ignorancia", aún conteniendo los fermentos de la crítica y destrucción de este sueño ilustrado (Mardones, 1996).

La modernidad ha venido acompañada de la idea de verdad y de fundamento, como la época de la superación, la crítica o también en un nivel más bajo de la moda, también de los temas alrededor del obscurecimiento de las versiones de la verdad, la crítica de la originalidad y la linealidad, la coautoría, la fragmentación, las cuestiones epistemológicas, la resistencia a los argumentos del conocimiento, la interdisciplinarietà, la postindustrialización, la disolución de la subjetividad, la crisis del humanismo y la racionalidad, la duda sobre las interpretaciones profundas, las visiones globales, el valor de lo local y lo universal, el relativismo cultural, etcétera (Vattimo, 1986 y Éste, 1997).

Sin embargo, en el momento que la modernidad pasa por un momento de autodisolución, en un proceso de desencantamiento de la razón ilustrada y de descubrimiento de "lo otro" de la razón; se ven cuestionados sus elementos fundamentales: la postmodernidad.

La Postmodernidad.

Los filósofos del siglo XVII y XVIII, buscaron finiquitar el oscurantismo, sería entonces el triunfo de la Razón, de la Ciencia, la esencia del proyecto moderno, pero al final ha sido obstáculo en el desarrollo de una sociedad libre y democrática. Moya (1999) considera que la razón ha hecho de los científicos (varones, occidentales, blancos y de clase medio-alta) una especie de sacerdotes secularizados que defienden a través de academias e institutos de investigación nuevos dogmas. En el fondo el posmodernismo compartiría las pretensiones del modernismo de desenmascarar y criticar. Un hecho importante sería mostrar que "... la ciencia ... es un constructo, una ficción social, pues sólo de esa manera pueden quitársele a la ciencia esos halos de objetividad y racionalidad que la tienen ensalzada en su majestuoso pedestal" (Aronowitz, cit. en Moya, p. 260). Este constructo humano que es la ciencia, considera el autor que surgió cuando la dominación de la naturaleza se convierte en un objetivo deseable; sus orientaciones sin embargo a pesar de parecer propuestas radicales, sus implicaciones son conservadoras, puesto que la única diferencia en el discurso son las palabras, pero no hay puntos de apoyo donde se sustente en las acciones, que muestra solamente impotencia.

La postmodernidad, es apta para el renacimiento del mito, el símbolo, la poesía y la religión, de las condiciones propicias para que la imaginación creadora, abogue por el imaginario simbólico y mítico. Pero abre un camino racional distinto, que recupera otras dimensiones de la razón, ahora la verdad se ubica en los caminos de la logicidad y racionalidad, la universalidad y la unidad de la experiencia.

La universalidad y la historia ilustradas por ser conceptos vacíos han sido y siguen siendo utilizados para justificar el rechazo a la diferencia y reforzar la exclusión. La filosofía moderna, que parte de Descartes, se sustenta en una confianza ilimitada en la razón humana y fe

en el progreso como desarrollo de la libertad que ha estado centrado en el sujeto y con una tendencia a la universalidad que se ve reflejada en algunas corrientes filosóficas del siglo XX como el pragmatismo, el vitalismo, el historicismo y el existencialismo, que forman parte de la postmodernidad (Teresa de la Garza, 1999).

La postmodernidad, se caracteriza por la pérdida de fuerza de las grandes ideologías, que produce una sensación de hallarnos sin horizonte, carencia de un proyecto, de utopías; en el mundo de la imagen, del simulacro, de la aproximación virtual de la realidad. Estamos también en la época de la especialización del conocimiento, de sectorialidad, buscando una sofisticación del saber, en el que se termina por saber un aspecto mínimo de la realidad. La polaridad política y una necesidad de identidad, que favorece los movimientos nacionalistas, el deseo y justificación de una política democrática, acompañado de una sensación de impotencia frente al sistema tecno-burocrático y productivo. Por último, el arte, la situación que lo mantiene agotado por la comercialización y en pleno estado melancólico con una visión donde predomina lo catastrófico, doliente y resignada.

En este sentido, hay que entender la postmodernidad como una consecuencia del fracaso del proyecto de la modernidad, y no como la superación de éste.

De ahí, que también se considere la postmodernidad, la crisis de la sociedad y civilización modernas, percibiéndose un malestar cultural, del cual existen opiniones opuestas de su origen. Por un lado se encuentran los conservadores que ponen la raíz del mal en el orden cultural, en la crisis de valores de la civilización burguesa capitalista; por otro lado, se encuentran los críticos sociales que ven el origen desencadenante de los síntomas, en la "ilustración capitalista", en los procesos de productividad acelerada y de administración, en el predominio y colonización cada vez mayor de dimensiones personales y sociales por parte del funcionalismo de las relaciones comerciales y burocráticas.

Aún se cree, que este proyecto, no es que debe llegar a su fin, sino que puede ser regenerado. Unos, los neoconservadores, mediante la recuperación de las dimensiones perdidas de la ética productiva y puritana, la referencia a la tradición judeocristiana de nuestra civilización, junto con cambios político-económicos. Los críticos sociales, optan por un cambio drástico en los dinamismos de la sociedad moderna capitalista, que viene a ser desde la domesticación de la funcionalización de la razón, hasta el sometimiento de los sistemas productivo y político-burocrático a las exigencias de la razón comunicativa.

Según Passerin (1998), en uno de los últimos ensayos de Foucault, donde plasma una nueva forma de ver el Iluminismo, para interrogar acerca de sus límites y los poderes de los que ha abusado; y se refiere a la modernidad, como una actitud, un modo de relacionarse con la realidad contemporánea más que como una época histórica, que además significa una conciencia de la discontinuidad del tiempo, de una ruptura con el pasado; Vázquez García (1997) hace referencia de la postmodernidad como una prolongación y la agonía postrera de la modernidad, que tiene dentro de sus propuestas la construcción de un objeto de estudio, bajo un análisis exhaustivo que permitan dar cuenta de cómo se movilizan las cuestiones demográficas, económicas, culturales, técnicas e un contexto social determinado en relación con problemas delimitados como el impacto de un acontecimiento, la formación de una identidad de grupo o la elaboración de una práctica cultural determinada, etc.

Bajo sus presupuestos, la modernidad ha engendrado expectativas de sociedad ilustrada, racional, pero no sólo eso, sino que nos encontramos con mitos en el campo de la economía de una sociedad desarrollada, opulenta, libertad de mercado, libre empresa; en política con la democracia representativa, la administración perfecta, la educación generalizada, libertad y derecho de los ciudadanos, hechos que contrastan o falsean la realidad, pareciera que la modernidad misma, se ha desacreditado con los hechos (Mardones, 1996).

Esto nos permite ver el enorme legado que la Ilustración ha dejado, sus valores y perspectivas entrelazan las ideologías que dominan a Occidente, y que son defendidas por quienes han sido instruidos aquí, que define el terreno de la racionalidad.

Sin embargo, críticos contemporáneos, están desafiando la idea de que la razón occidental es universal y los valores occidentales superiores a todos los demás resaltando el proyecto de la ilustración en cuanto a la razón discursiva, la ciencia positiva, el liberalismo, el dualismo objeto-sujeto, etcétera y buscando fomentar los desafíos planteados por grupos minoritarios etno-raciales.

CAPÍTULO 2. MÉXICO: DE LA COLONIA A LA ILUSTRACIÓN.

2.1 Descubrimiento del Nuevo Mundo.

Es importante antes de entrar de lleno al tema de la colonización de México y su posterior historia, hablar acerca del suceso del descubrimiento de América, sobre todo respecto a la ideología que predominaba en Europa y el impacto y replanteamientos de diversas cuestiones ante este suceso, puesto que ésto tendría fuertes repercusiones en la manera en que se llegaría a América, los beneficios que de ella se quisieron obtener y la búsqueda de ciertos objetivos de expansión geográfica, política, económica; así como de las ideas que posteriormente se venderían como verdaderas al nuevo continente y que han determinado gran parte de nuestra historia y nuestras condiciones actuales. Esta introducción a nuestra historia nos abrirá un panorama más amplio para los futuros capítulos, para comprender más de cerca nuestra posición ante el mundo, la identidad que nos ha sido «otorgada» y que ciegamente hemos asumido.

A partir de la Edad Media surgen motivos de exploración por el interés de encontrar cosas materiales, esclavos y de lograr la conversión al cristianismo, que por supuesto reflejaban los motivos de los gobiernos europeos. El Renacimiento era una época, que por sus ideas, se caracterizaba al hombre por un temperamento intelectual, por su pasión por la gloria, la fama. Se consideraba que ya no había cosas más sin hacer, y si faltaba alguna debían realizarse. Durante esta época, se comienzan a hacer muchos cuestionamientos como por ejemplo la forma y el tamaño del mundo. Así los motivos de exploración no se consideraban como una aventura como en el caso de Marco Polo en China en el siglo XII, sino como una evolución. La pasión por la fama se reflejó en Colón al desear convertirse en un hombre de grandes hazañas. Este proceso exploratorio, propició lo que se podría llamar el primer uso del método científico, ya que al introducir a los estudios y exploraciones a astrónomos y cartógrafos, permitieron realizar cartografías que dieran datos más precisos.

Es en el año de 1492, cuando Colón llega a América y el descubrimiento para los europeos de un nuevo continente, trajo como consecuencia el cuestionamiento, replanteamiento de muchas cosas, de una ideología, una civilización. Algunas de ellas era el deseo que nació de encontrar el paraíso terrenal —a diferencia de Europa que se encontraba con problemas, peste, etcétera— donde se viviera feliz, sin melancolía, desnudos, libres y sin gobierno.

El razonamiento empleado era por asociación y realizando comparaciones, no sólo ésto se introdujo a los hábitos intelectuales por los humanistas y sus teorías antiguas, sino también cuando sociedades recién descubiertas confrontaban a los europeos a repasar la civilización precristiana y compararla con la nuestra, en cuanto a sus gobiernos, religión, costumbres sociales, que diferían a las suyas. Los colonizadores, entonces, convierten al indígena en noble salvaje. La brutalidad europea por los intereses económicos, los lleva a la conversión forzada de los indígenas al cristianismo, quienes mostraban no sólo resistencia a ello, sino al uso de ropa, o dietas europeas, lo que llevó a los colonizadores a calificarlos de incapaces de vivir virtuosamente y libremente y por lo tanto se consideraba debían ser esclavos.

Sin embargo, toda esta gama de diferencias, llevó a cuestionarse su existencia y el papel que desempeñaban en el mundo, y a preguntarse respecto a lo religioso, el hecho de si ellos no poseían la religión cristiana, como podrían salvarse, si encajaban o no en el Libro del Génesis y si Jesús había muerto también por estas criaturas. Así se cuestionaba si se les calificaba como humanos o como animales salvajes, ignorantes, esclavos. Su trato dependería de esta respuesta. Esta época, estuvo caracterizada por el desarrollo de un temperamento intelectual que se veía reflejada en las sociedades, científicos, y todos aquellos que buscaban el reconocimiento y el logro de grandes hazañas, era una etapa en la que se creía que no habían más cosas sin hacer, y si acaso llegaba a faltar alguna debía haberse.

El Renacimiento fue un movimiento en donde se buscó emplear el método científico, y fue hecho así en el proceso exploratorio del nuevo mundo, utilizado para las cartografías. Se buscaba cuestionar la forma real del mundo y su tamaño. Por otro lado los arquitectos y artistas se vieron influidos por libros teóricos basados en el arte de la antigüedad y los logros que éste había alcanzado. Como se mencionó en el capítulo anterior, el surgimiento del Humanismo es incuestionable, los conceptos de identidad, sujeto y humanidad, comenzarían a tomar auge a partir de este movimiento consolidándose en la Ilustración. Es importante tomar en cuenta estos eventos puesto que estas ideas fueron las que llegarían a América, aunque con un desfase por la colonización y el sometimiento, que aparentemente desaparecería siglos después con la Independencia de los nuevos países, entre ellos México.

En el arte, no sólo se reflejaba lo pintoresco, se admiraba la desnudez, sino que era visto desde un sentido antropológico, como el caso de Vasco de Gama que convivió con un grupo nativo, como vivían, comía, etc., además de que era un excelente medio de convertir a los nativos, una vez entrando en sus valores y en su mundo.

Por otro lado, también habían artistas que muestran el papel jugado por los europeos de colonizador y explotador y racionalizador de sus mitos que enseñaba para justificar sus actos, es el caso del pintor Laudonniere. Montaigne por su parte, fascinado con los nativos, los veía más cercanos a la dicha y al virtuosismo que a sus compatriotas europeos. Consideraba que no sólo eran menos salvajes si no más sensibles. Decía que los nativos mataban por comer, ellos (los europeos) solo porque sí. Pero este pensamiento no se consolidaría en mayor medida sino hasta el s. XVIII (La Tradición Occidental).

2.2 La Conquista en México.

Es importante tomar en cuenta las situaciones que reinaban en México a la llegada de los españoles. Algunos de los pueblos, se sienten sometidos por los aztecas, y ven su liberación al aliarse con los conquistadores o al contemplar con indiferencia la caída de sus rivales y en especial del más poderoso: Tenochtitlan. También resulta importante cuestionarse la actitud que Moctezuma toma al llegar los españoles, al sentir esa extraña fascinación, pero existía un elemento de peso, el abandono de sus dioses, Paz en su libro el "*Laberinto de la Soledad*" comenta que... "la gran traición con que comienza la historia de México no es la de los tlaxcaltecas, ni la de Moctezuma y su grupo, sino la de los dioses", que hizo sentir a los aztecas ante sus avisos y profecías, la anunciación de su caída y su total desamparo. La llegada de los españoles significaría para Moctezuma, la terminación de una era cósmica y el inicio de otra (que por desgracia no sería cósmica).

La caída del pueblo azteca precipita la del resto del mundo indio, contagia al resto, del mismo horror y que se refleja en algunos de los documentos que aún quedan como el testimonio maya en el Chilam Balam : "El II Ahan Hatun llegaron los extranjeros de barbas rubias, los hijos del sol, los hombres de color claro. ¡Ay, entristezcámonos porque llegaron!..." (Paz, 1997, p. 103, los paréntesis son míos).

Al llegar Hernán Cortés a las tierras americanas, no debemos olvidar que expresaba una vinculación patriótica con España como su nación, afirmando así sus sentimientos de lealtad al rey, a la fe y a la civilización española. Así se situaba también una identidad nacional que se atribuía a la historia de España, a una serie de tradiciones y herencia común, que era el sentir de muchos españoles, una identidad fomentada mucho por un lado por los reyes Fernando e Isabel, y por otro lado derivadas de tradiciones europeas antiguas, adaptadas a partir de teorías santificadas y el derecho y dominación de Roma en España. Sin embargo, detrás de esos sentimientos, que implicaba la dirección de la sociedad: el feudalismo, la Iglesia y la Monarquía absoluta, cada misionero y

burócrata tenía sus propios intereses. Los colonizadores, mostraban este sentimiento de identidad nacional, que era exaltado por el hecho de ser españoles en una parte del mundo en que nadie lo era. Luego al ser electo Carlos I como Carlos V, como el Emperador del Sacro Imperio Romano, investía la tradición española con pretensiones de imperio, permitiendo esto a Cortés considerarse como el gran instrumento del “gran emperador” aumentando así sus dominios reales.

Por otra parte Carlos I señaló que todos los naturales eran sus súbditos y le debían servicio y tributo, sin embargo prohibía a los conquistadores el construir un dominio señorial por su cuenta en México, ni tampoco el esclavizar a los indios injustamente, a menos que fueran presos de guerra o que ya fueran esclavos anteriormente, esto se hacía no tanto por una intención humanitaria sino más bien por intereses políticos y económicos. puesto que necesitaban de la mano de obra indígena para el cultivo de enormes feudos y la exportación minera y por lo tanto eran bienes que no se debían malgastar. Es decir, que Carlos I creía en la unión indisoluble de gobierno, ética y religión, y sus actos iban encaminados a encontrar formas para el bienestar moral de sus súbditos y a su vez justificar su presencia en América, y la normas sobre sus relaciones con los indios, de tal forma que existiera conciliación entre la voluntad de Dios y la expansión, la soberanía real y el aumento de ganancias de España en América.

Sin embargo, es importante resaltar que desde su llegada, Cortés fue encontrando comunidades indígenas con una organización política y social, empleado en término nación “naciones indias” con el sentido aceptado en ese entonces que significaba una comunidad social exitosa, unidad política, cultural y étnicamente. Esto facilitó acrecentar el patrimonio real y así, se dio una persuasión de los jefes indios, a quienes se buscó ganar su lealtad ya que representaban la autoridad política para el resto de las comunidades, dándose cuenta de que podía tener el control manipulando a los dirigentes, era la mejor forma de conquista. Y existió satisfacción en Cortés en cuanto a los arreglos políticos con los indios, pero la pérdida de control se dio cuando se enfrentaron a creencias y prácticas religiosas indígenas, pues estaba en desacuerdo con el supuesto rito a sus dioses; y al ser educado en la tradición de la reconquista, la obligación religiosa se encontraba en lugar primordial, así deseaba intervenir buscando la salvación de las almas de los indígenas insistiendo en destruir sus “ídolos”, pero fue justamente un fraile, Andrés de Olmedo, el que frenó esto, haciendo ver que sería mejor el convencimiento paulatino de la creencia y juramento de obediencia a un señor ausente, que aceptar la repentina desaparición de sus dioses presentes.

Asimismo, al conocer diferentes comunidades indígenas, los conquistadores percibieron diferencias entre estos grupos y los describían, bajo características como el ser sedentarios, nómadas, inclinados a la familia, con un orden social determinado, entre otras, que permitió calificar los grupos dependiendo de ellas como grupos civilizados, y de mayor racionalidad, comparando la capacidad mental de los indios con la organización política que poseyeran, sin que por supuesto esto implicara aminorar su participación y logros en el dominio y civilización de los indígenas, y mucho menos en el reconocimiento total del concepto de racionalidad de los indios.

Pero fueron algunos frailes, como Bartolomé de la Casas y Francisco de Vittoria, ambos dominicos, quienes se encontraban a favor de la política real y de la protección de indios de españoles. Las Casas llegó a tener gran influencia entre los consejeros de Carlos y en la formulación de la política india, haciendo escritos para proteger y cristianizarlos. Una de sus últimas obras fue dirigida a Carlos para que promulgara las Nuevas Leyes de 1542, en favor de los indios y de su racionalidad y aprobó aspectos de su vida, incluso reconociendo que poseían ciertas virtudes cristianas que estaban por encima de la del Viejo Mundo.

Así debía procurarse el que comenzaran a entender el modo de vida y de gobierno de los conquistadores, pero sus costumbres valiosas debían de tenerse muy en cuenta en la introducción del nuevo gobierno. Vasco de Quiroga, examinaba las costumbres anteriores a la Conquista, con el fin de respetar las tradiciones indígenas y así llegar a acuerdos.

Los frailes, fueron un punto clave, para la dominación española sobre la Nueva España. ya que tuvieron como trabajo, el justificar por una parte el poder real sobre el país, poner a los indios dentro del sistema imperial y por otra parte, tenían la misión de llevar la fe a los indios. El Rey por lo tanto envió hombres que valoraban y practicaban la humildad, generalmente pertenecían a la orden franciscana, dominicana o agustina.

Uno de los primeros frailes franciscanos flamencos fue Pedro de Gante, llevó a la Nueva España puntos de vista que tenían que ver con los defensores del renacimiento cristiano y de la Reforma del norte de Europa. El permaneció en Texcoco y ahí aprendió náhuatl, predicando y escribiendo catecismos en esta lengua, e inició su labor enseñando a muchos hijos de jefes nativos a leer y escribir latín, tocar instrumentos, cantar al estilo europeo, así como transmitirle la fe y cultura cristiana, lo que permitió que ayudaran como intérpretes de sus propios pueblos.

Fundó talleres para que se aprendieran artes y oficios de Europa, llegando a competir con españoles, al producir preciosos artículos estilo europeo. Entre las mujeres, se fomentó el valorar matrimonio monógamo y la enseñanza de las artes domésticas. Los franciscanos que siguieron a Gante, eran llamados Los Doce (por los apóstoles) y encabezados por Fray Martín de Valencia; también a este grupo pertenecía Toribio de Benavente, que cuando lo miraron los indios descalzo y su hábito parchado, lo llamaron "Motolinía", que significaba "el pobre" y la cual adoptó como su nombre. Sus intenciones en muchos sentidos eran buenas, sin negar que en el fondo predominaba su pensamiento europeo "civilizado" y poco compatible con la nueva cultura, con la dificultad de poder mirar más allá de su mundo, de sus respuestas a la vida, al afirmar que "una vez que los indios habían perdido sus creencias y prácticas paganas, dijo que eran notablemente virtuosos, racionales y valiosos" (Steck, 1954 citado en: Liss, 1986, pp. 137), y se pregunta por qué Dios los rehusó de su gracia y no derramó sobre ellos sus bendiciones como lo había hecho con ellos.

Algunos franciscanos por su parte, brindaron apoyo a los matrimonios entre indios y españoles como una alternativa mejor que la unión informal, aunque de todas formas se buscaba mantener a la sociedad india aparte. Y el padre Motolinía, incluso, aconsejó al rey que no se permitiera a los indios montar a caballo o hacer cosas que los pusieran al nivel de los españoles. Este puede considerarse uno de los eventos que señalan el mestizaje, la unión de dos culturas. Un religioso donde se vio reforzada la unión entre Iglesia y Estado, fue el franciscano Juan de Zumárraga, que fue Protector de los Indios, inquisidor, obispo y arzobispo de México. Carlos I le encomendó la organización de la Iglesia en México y en 1528 llegó, y de inmediato, se enfrentó a sus tareas civiles y religiosas, de evitar esclavitud de los indios y la seducción por los halagos de idólatras; pidió tener jurisdicción sobre los indios por haber visto malos tratos que algunos españoles les daban.

Pero también hubo otros que tenían actitudes que en nada favorecían la condición indígena, es el caso de Juan Ginés de Sepúlveda, quien apoyo a Cortés, en sus escritos dio validez a la conquista militar, declarando la justicia de la conquista debido a la superioridad natural de la "nación hispana" frente a la de los indios y justificando la guerra y conquista por la misión de civilizar a los bárbaros, que eran "esclavos por naturaleza". Estas ideas no fueron originales de Sepúlveda, existían teóricos hispanos anteriores; en su conjunto se les puede considerar como precursores de las ideas del estribillo del hombre blanco, y el darwinismo social que apoyarían el pensamiento del s. XIX.

En 1523, el rey establece formalmente el Consejo de Indias como parte del sistema de gobierno de España y como medio para acelerar la formación de un complejo imperio informal, administrar, gobernar, adjudicar, etc. Por otro lado, Carlos había declarado a los indios, súbditos reales y libres, y prohibía a los españoles la repartición de indios a su encomienda, prohibiendo así la esclavitud, aunque el Consejo de Indias más adelante permitiría concesiones provisionales de indios y hasta algo de esclavitud. El rey, promulgaba el pago de tributos de los indios a la Corona, derecho de importación, impuesto tradicional, el diezmo y la conversión pacífica de los indios al cristianismo.

Así, el rey buscó el apoyo y consejo de funcionarios, clérigos y españoles; para formular normas de gobierno, el establecimiento de instituciones concretas, con el fin de favorecer las relaciones sociales y de gobierno, que a mediados del siglo se venía resuelto, todo encaminada al control político y asegurar la permanente colonización española de México. Los gobernantes Habsburgos en 1550, apoyaban la idea de que España ocupara el territorio para instruir a los nativos en la fe y en el modo de vida, hasta que éstos no alcanzaran plena madurez cultural conforme a las normas españolas. Las instrucciones reales proponían que los indígenas adoptaran ciertas normas españolas, pero no la total hispanización, que guardaron social y las buenas costumbres tradicionales de su gente, siempre y cuando no se opusieran al cristianismo; este es un claro suceso en la unión de dos culturas, en la conformación del mestizaje. Esto se convertiría en un problema en el sentido de que no existían los lineamientos respecto a la cuestión de asimilar a negros y libres y a gente de ascendencia mixta que ya estaba presente en la sociedad mexicana.

En 1523, se establece el primer virrey en México: Antonio Mendoza, quien fue partidario de crear un clero nativo, y de ofrecer apoyo al Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, abierto en 1536, para educar los hijos de los indios aristócratas como futuros dirigentes de sus comunidades, en la fe, normas, valores y gobierno español, buscando un acuerdo con los ideales europeos. Y con el apoyo de fray Juan de Zumárraga, obispo de México, solicitó instrumentos de apoyo y de propagación cultural, comenzando por una imprenta y escuelas, como el Colegio de San Juan de Letrán, donde se impartía la doctrina y costumbres cristianas, oficios y letras a mestizos, y un asilo para mestizas. Para 1539 había solicitado el auspicio real para fundar la Universidad en México, en el año de 15?? (Liss, op. cit.)

Es así que la Iglesia, de alguna forma ayudó a que el destino de los indígenas no fuera aún más catastrófico con la idea de transformar sus condiciones de vida, organizándolos de manera justa y cristiana, bajo su

misma fe, que de alguna manera les ofrecía al haber roto sus lazos con sus antiguas culturas y al morir sus dioses y sus ciudades, reencontrar un lugar en el mundo, dentro del Cosmos, renudando sus lazos al mundo y dándole nuevas esperanzas y justificación a su vida y su muerte. Aún ofreciéndoles un refugio a los descendientes de quienes vieron la destrucción de sus templos, sus escritos, la formas superiores de su cultura, por otro lado se verían negados a toda posibilidad de expresar su singularidad (Paz, op.cit).

2.3 El Virreinato y el s.XVIII en México.

Antes de comenzar a hablar sobre este período en la historia de México, es importante contextualizar la situación y condiciones bajo las cuales se encontraba la nación.

Así, al llegar España a tierras americanas, se buscó establecer formas de gobierno que permitieran el control político y administrativo de las colonias, estableciéndose en 1535 el Virreinato; el cual centralizaba el poder en el Rey de España y se auxiliaba del Consejo de Indias que actuaba como legislador, administrador y juzgado de última instancia en todos los asuntos relacionados con las colonias. En Nueva España, el Virrey, representaba directamente al monarca quien se apoyaba en la Real Audiencia encargada de funciones judiciales. Con este aparato gubernamental, el poder se centralizaba en España, sin embargo, existía en Nueva España, grupos e intereses particulares que produjo la dispersión y descentralización del poder.

En cuanto a la situación de la educación, ésta estaba controlada por la Iglesia, y aunque la intención era repartirla a todos los grupos sociales, solo la minoría tuvo acceso a ella. Así comenzaron a multiplicarse la creación de los colegios para los criollos, cuando llegaron los jesuitas, que introdujeron nuevos métodos de enseñanza. De ahí la importancia de impulsar el establecimiento de la Real y más tarde Pontificia Universidad, donde se impartía una enseñanza principalmente escolástica y humanística. Sin embargo, la situación de los indígenas fue radicalmente distinta, la mayoría de ellos no tenían acceso a una educación, existirían pocas escuelas que serían hechas para que los hijos de algunos indígenas que fueran los jefes de sus grupos o tuvieran alguna relación política con el estado. La enseñanza para los grupos indígenas estaba a cargo de la Iglesia Católica y era básicamente orientada a la evangelización; en el cuarto capítulo se abordara un poco más respecto a la condición indígena a través de nuestra historia.

La organización económica de la Nueva España, se basó en diferentes actividades como la agricultura, la minería, el comercio y la producción artesanal. Al principio de la Colonia, la agricultura fue la actividad más importante en la que se basaba la economía, por lo que recibió gran apoyo de la Corona española, extendiéndose así el área de cultivo. Esto propició el nacimiento de la Hacienda Latifundista, que trajo por consecuencia la destrucción de la comunidad indígena, quienes terminaron trabajando para el hacendado. La minería tenía gran importancia, ya que era la fuente principal de las riquezas que se enviaban a España, sin embargo, era un mercado monopolizado por un grupo reducido de comerciantes, pero a pesar de ello y de las prohibiciones y limitaciones de la Corona, algunas ramas de la producción artesanal lograron un gran desarrollo como la orfebrería, talavartería, herrería y cerámica.

Ya para el s. XVIII, la minería tuvo su mayor desarrollo en la segunda mitad de éste, a consecuencia de la política económica de Carlos III, en su fiel intención de impulsar el desarrollo de ciertas actividades que proporcionaran beneficios a la Corona Española.

En el caso del comercio y la producción artesanal, éstas se vieron reformadas y se desarrollaron por las necesidades internas del país. Y a pesar del monopolio existente y de la metrópoli contra la producción artesanal, así como de la limitación en la distribución debido a la carencia de vías de transporte, se desarrolló por varias razones, entre éstas se encuentra el crecimiento de la población de bajos recursos y los altos costos de los productos importados, dando como resultado un amplio mercado de demanda constante.

El movimiento de la Ilustración desarrollado en Europa o largo del s. XVIII, fue introducido en México « la Nueva España », influyendo en todos los aspectos de la sociedad virreinal. Debido a los avances de las ciencias físicas y matemáticas; la importancia concedida por los filósofos y científicos en la razón y las ideas de fundamentar el progreso en varios aspectos de la vida, se provocó una actitud hostil hacia los valores tradicionales, surgiendo críticas a las costumbres sociales, a las instituciones religiosas y políticas de la época.

En México se introdujeron las ideas ilustradas de la Metrópoli y por lo tanto también de Francia. Los pensadores Novohispanos además de asimilar esas ideas, las adaptaron al desarrollo propio de la cultura Novohispana influyendo en lo político, social y cultural (Leyendas del Museo del Castillo de Chapultepec).

Organización Político-administrativa.

Las Reformas Borbónicas respondieron al intento de los Reyes de centralizar y fortalecer su poder. Uno de los principios fundamentales del "Despotismo Ilustrado" fue el "regalismo" que proclamaba el interés del estado sobre el individuo, así una tarea principal de la Corona fue desplazar a los grupos que gozaban del dominio económico y social. Le fue encomendado entonces a José de Galvés, la organización político-administrativa del territorio Novohispano, con la creación del Sistema de Intendencias que dividió al Virreinato en 2 entidades, cada una gobernada por un intendente, quitándole así poder al virrey y también a la Iglesia, por lo que este sistema fue muy criticado. La Iglesia fue afectada notablemente por una serie de disposiciones que atentaban contra su fuerza económica y social, un ejemplo de ello fue la expulsión de los jesuitas, la corporación más poderosa del Clero, así como la desamortización de los bienes eclesiásticos con el fin de que la Iglesia contribuyera a sufragar los gastos del estado español.

Sociedad.

La sociedad virreinal estaba estratificada de acuerdo al origen étnico y a la condición económica de las personas. La división social, estuvo legalmente constituida, de los grupos integraban la sociedad novohispana, están los españoles y criollos, quienes poseían el poder económico y político, mientras que los indígenas, negros y castas no gozaban de los mismos privilegios. Los españoles generalmente eran los de mayores recursos económicos y disfrutaban de altos puestos, políticos, administrativos, escolásticos y militares. Los criollos, eran hijos de españoles nacidos en América, y gozaban de un rango similar al de los españoles peninsulares, aunque a fines del s. XVIII se les retiró de ciertos cargos en organismos gubernamentales, provocando su inconformidad.

La movilidad de un grupo a otro más elevado estaba prohibido, pero existieron mecanismos que lo permitieron como el comprar la limpieza de la sangre o contraer matrimonio con personas de grupos más altos.

Hacia finales del Virreinato, se hicieron más evidentes las desigualdades, los más inconformes fueron los criollos, quienes fueron los primeros receptores y propagadores de las ideas de la Ilustración, a este grupo pertenecieron los ideólogos y caudillos del movimiento de Independencia (Leyendas del Museo del Castillo de Chapultepec).

Educación en la Colonia.

En la educación, con la Ilustración, se manifestaron cambios como la tendencia científica y técnica y no sólo humanística y escolástica. Los jesuitas fueron los principales propagadores en los colegios de las ideas ilustradas, entre ellos sobresalen Francisco Javier Alegre, Francisco Javier Clavijero y Rafael Landívar, introduciendo reformas en los estudios superiores, tales como el conocimiento de las ciencias, revisión de los cursos de filosofía. Además de ofrecer una educación acorde a la nueva política económica con fines de incrementar la producción. El gobierno virreinal, apoyó este movimiento científico, creando instituciones educativas como el Jardín Botánico, el Colegio de Minería y la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos; y posteriormente fomentó a través de la Iglesia, las Comunidades de Indios y Asociaciones Filantrópicas, el establecimiento de escuelas gratuitas en la mayoría de los barrios de la capital y diversas regiones del país. Es cierto que la educación abría nuevos cauces, pero se terminó del todo con el orden colonial. (Leyendas del Museo del Castillo de Chapultepec y Tanck, 1998).

Bibliotecas de la Ilustración en México.

Las bibliotecas de corte ilustrado comienzan a variar sus contenidos y el idioma en que están escritos, pues desaparece la lengua latina como medio esencial de la ciencia y la cultura en la Nueva España, puesto que el castellano se vuelve predominante. Encontramos pues, Bibliotecas tan importantes como la Palafoxiana de Puebla, y en la Cd. De México donde florecieron principalmente, están la del Colegio de Todos Santos, la Biblioteca Turriana (de la Catedral de México, la del Colegio de San Pedro, San Pablo y San Ildefonso. La aparición de dichas bibliotecas en un período previo a la Independencia es un hecho muy significativo, puesto que significa el legado bibliográfico que la Nueva España, hereda al México Independiente (Osorio, 1991).

Arte Barroco en México.

Respecto al arte, los antecedentes al arte neoclásico del s. XVIII, se encuentran en el arte Barroco. El estilo barroco adoptado en el s. XVII por los artistas nohispanos, se caracterizó por la ondulación de las formas, el contraste luces y sombras, la riqueza hornamental y el uso del dorado para recubrir los retablos. En arquitectura, por ejemplo, las columnas no solo tenían las funciones de apoyo, sino que eran empleadas como elementos decorativos; y es de hecho en la arquitectura donde se encuentra el desarrollo formal del barroco en nuestro país.

El arte en ese período tuvo como función básica la representación de carácter religioso, con el fin de infundir a los fieles fervor y devoción, creando arte, siguiendo las normas estéticas de la Iglesia.

Es a finales del s. XVIII que el estilo del arte Barroco, fue despreciado, pues debido a las ideas de la Ilustración, era considerada una expresión artística basada en el sentimiento, y que no se identificaba con los principios racionales que planteaban los artistas seguidores de estas ideas. El Barroco al ser un arte decorativo y ostentoso, se oponía a los principios de sobriedad de estos artistas (Leyendas del Museo de Chapultepec).

Academia de San Carlos.

Los Borbones buscaron legitimar su poder con base en ser los introductores de un proyecto civilizatorio fundamentado en la Ilustración francesa. Como parte de una estrategia política, dirigida al mayor rendimiento de las colonias, se fundó la Primera Academia de Nobles Artes en América.

La Academia de las Nobles Artes de San Carlos se fundó en 1783, en la antigua Casa de Moneda, por órdenes de Carlos III, con la finalidad de introducir las ideas estéticas de la metrópoli y los países europeos de mayor desarrollo cultural. Su surgimiento se dio en un momento de gran avance cultural del país.

Desde 1754, se contemplaban los pinceles más diestros de América, como Miguel Cabrera, Francisco Ibarra y José de Ibarra, fijando su interés en consolidación de una academia de nobilísimo y liberal de la pintura. Sin embargo, no fue hasta la llegada de España del maestro-grabador Jerónimo Antonio Gil en 1779, que el proyecto tomó fuerza y firmeza, hasta obtener el beneplácito de la Corona Española, en 1783, elevando su estatuto al mismo nivel que las instituciones europeas.

La Academia tenía entre sus tareas principales, modificar la producción artística y artesanal tradicionales, diferenciando el trabajo intelectual del manual; suprimir la organización gremial colonial, en donde se consideraba al artista como un artesano; la misión de tribunal calificador para examinar y aprobar en todo el territorio de la Nueva España, cualquier actitud relacionada con sus ramos.

Para lograr este proyecto, la Academia de San Carlos fue dotada de artistas europeos, formados en el rigor de las Academias de San Fernando en Madrid y San Carlos de Valencia, entre ellos podemos encontrar a Jerónimo Antonio Gil (grabador), Rafael Jimeno y Planes

(pintor), Manuel Tolsá (arquitecto y escultor). En sus trabajos enseñanzas, se observa que el dibujo era la fuente primordial de enseñanza para la formación de los alumnos en el buen gusto de las formas traídas de Europa, convirtiéndose en el instrumento creativo para pintores y escultores del país.

En esta institución, se adoptó el estilo neoclásico, que pretendía revivir el gusto por la simplicidad de las formas, recobrando los modelos del arte clásico, de la antigua Grecia y Roma. Se caracterizó porque expresaba los ideales racionales del cientificismo y progreso.

La tradición barroca influyó en las creaciones de los artistas novohispanos, cuyas primeras obras fueron mezcla de ambos estilos, a pesar de imitar fielmente los modelos europeos (Leyenda del Museo Nacional de Arte y del Antiguo Colegio de San Idelfonso).

La Pintura del s. XVIII.

Los pintores del s. XVIII no sólo renovaron o generaron sus propios modelos de representación, sino que se considera, superaron la complejidad. Se liberaron de los límites puestos por la religiosidad en gran parte, se propició la continuidad de actos contrarreformistas. Ya la pintura diesochesca, en su mayoría eran devocionales y alegóricas, alejándose cada vez más de su origen narrativo en los pasajes evangélicos. Se fundamentó también el retrato en diversas modalidades, como el intentar comunicar distintos estados de ánimo, aunque no existía aún una clara penetración psicológica; así como el escoger otros temas relacionados con la vida cotidiana y la historia novohispana, etcétera. En pintura, es probablemente donde se dio mayor desarrollo de arte novohispano, con personajes sobresalientes como Miguel Cabrera, Fco. de Ibarra y José de Ibarra, Juan Correa, además de los artistas extranjeros que llegaron a México como hemos mencionado.

Se buscó dar también un sentido más útil y práctico al arte, de tal forma que los artífices se dedicaron al grabado de monedas, la reproducción de cartas geográficas o planos ingenieriles y construcción de obras públicas.

Literatura del s. XVIII.

Así algunos datos muestran avances importantes en el desarrollo de México. En Literatura, se distinguieron Diego José Abad y Francisco Javier Alegre, que cultivaron la poesía latina, en drama José Agustín de Castro, y en prosa novelesca Anastasio Ochoa y Acuña. Destaca la creación de algunas Gacetas y una Academia "Arcadia Mexicana" imitando la creada en Roma en el siglo anterior.

Música del s. XVIII.

En música, se reconoce a Manuel Zumaya discípulo de Antonio de Salazar, el músico más importante del s. XVII, y algunos otros músicos, que se caracterizaron por sus obras, en su mayoría sacras, religiosas, en sus ejecuciones en catedrales.

Arquitectura y escultura del s. XVIII.

En arquitectura, es reconocido un gran número de obras realizadas bajo distintos estilos, también el neoclásico, sobre todo plasmado en conventos, iglesias y algunos edificios públicos. En escultura, se distinguió Pedro Patiño Ixtolinque, de raza indígena, discípulo de Manuel Tolsá, escultor distinguido y autor de la obra maestra de la escuela neoclásica, la escultura ecuestre de bronce de Carlos IV, llamada popularmente "El Caballito" (Leyendas del Museo de Chapultepec).

Es de considerar que si bien es en el siglo XVIII cuando se crea una academia de arte y comienza a desarrollar y fomentar el arte en la nueva España, la mayoría de los artistas extranjeros que fueron traídos de Europa. Sería hasta el siglo XIX, cuando se diera una mayor producción nacional de arte.

2.4 Los siglos XIX y XX.

Antes de dar inicio a este apartado cabría mencionar algunos de los cambios que se han suscitado en los últimos dos siglos, como para contextualizar la época en la que estamos insertos. Lozano (1991), desglosa algunos de los más importantes que se han presentado en el sistema capitalista como: 1) el desarrollo y difusión de las nuevas tecnologías, que ha requerido un cambio de actitudes y mentalidades que encierran algunas polémicas sobre los conceptos de modernidad y postmodernidad, en áreas como el arte, la literatura, la filosofía, entre otras; 2) el suceso del transnacionalismo, que ha llevado a "liberarse" (en cierto modo) de ideologías nacionalistas; 3) reflexiones acerca del liberalismo y neo-liberalismo en los campos de la economía, política y filosofía; 4) la integración de los mercados de Europa, Asia y América del Norte, que llevan al replanteamiento de la educación y el aliento o inhibición de corrientes filosóficas para países como el nuestro; 5) el derrumbe del socialismo real y por lo tanto la reorganización global dirigida por los Estados Unidos, así como el derrumbe de la filosofía marxista.

Para comprender la situación que nos envuelve en la actualidad en México, es importante retomar algunos puntos importantes de la ideología del siglo XVIII, que ha sido y aún lo es, predominante en el

desarrollo de nuestro país. Así al retomar por ejemplo el pensamiento de Benito Juárez, podemos percatarnos de que es un total pensamiento "ilustrado", con el que aspiraba realizar cambios profundos en el estado mexicano, notando una lucha intensa por parte de Juárez contra los españoles, los criollos, pero no sólo eso, sino incluso también contra mestizos e indios, que no estuvieran de acuerdo con sus ideas de fundar el México moderno, rompiendo con la cultura española, una forma de romper también con uno mismo, y que desde entonces se ha vivido con una existencia dividida entre las culturas prehispánicas y la española, al mirarse en el espejo cuesta trabajo reconocer lo que somos, mestizos; podríamos pensar que este evento es uno más de los que reflejan la problemática de la identidad del mexicano, pues sin desearlo se ha reproducido lo que tanto se rechazaba, el estoicismo español.

Así el mexicano se mira más "virtuoso" al poseer la dignidad de vencido que el brillo de la victoria, pareciera que el carácter del mexicano se define como estoico, resignado, paciente y sufrido. Juárez dejaría las bases con las que se realizaría la posterior Revolución Mexicana, y tal como lo cita Paz: "...si la Independencia corta los lazos políticos que nos unían a España, la Reforma niega que la nación mexicana, en tanto proyecto histórico, continúe la tradición colonial". Juárez y su generación, tal vez efectivamente, funden un Estado con ideales distintos a los que gobernaban la Nueva España, pero la influencia en muchos aspectos hacen cuestionarlo, por ejemplo el arte barroco desarrollado en México, en algunas ciudades como Cholula, Puebla, que se consideraba el barroco más original del país, por incluir algunos rasgos indígenas, sin embargo se produjo el mismo fenómeno que en la literatura: el barroco novohispano depende estilísticamente del barroco español, así no estamos frente a un nacionalismo artístico sino a una variante, rica en originalidad, es cierto, pero que imperaba en España en el siglo XVII (Maestre, 1999). Sería imprescindible pues, cuestionarse sin en verdad el colonialismo quedó atrás, o aún se mantiene como nuestra sombra, en un proyecto ilustrado heredado.

Así cuando llega el positivismo comtiano a mediados del siglo pasado a nuestro país, políticos, pensadores y educadores mexicanos, lo adoptarían como un medio de buscar la paz que el país aclamaba y de comenzar una época de progreso, de estabilidad social. Pero tendría efectos devastadores sobre la creatividad cultural, ya que se halló en ella una filosofía que ahorraba el pensar, y según Echegollen (1999) dice que el positivismo quedó perfecto a nuestro realismo perezoso, que traería por consecuencia el empobrecimiento educativo y cultural.

Es al inicio del s. XX, que se funda el Ateneo de la Juventud, un movimiento cultural y político, donde entre sus principales integrantes, se encuentran Antonio Caso, Alfonso Reyes y Henríquez Ureña, entre otros, y que surgiría del nacimiento de la revista *Savia Moderna*, que contaba también con la participación activa de José Vasconcelos, y donde imperaban dos criterios básicos: el rechazo al positivismo y el abandono del siglo XIX francés como modelo literario (Escobar, 1996).

Antonio Caso fue uno de los pertenecientes a la llamada "generación de los fundadores del pensamiento filosófico del presente siglo mexicano". Esta generación tenía por cometido el propiciar la actividad filosófica respecto a las escuelas filosóficas imperantes: la escolástica y el positivismo, principalmente. Tenían como cometido la difusión del pensamiento europeo, y creando modestos programas pedagógicos que tenía como objetivo el preparar estudiantes que con un gran esfuerzo, pudieran llegar a leer a los grandes maestros de la filosofía occidental. Caso, es un historiador de las ideas y un filósofo de las historias y de los pensadores franceses y alemanes realiza sus reflexiones preferidas. Sin embargo, su rol no sería de mero transmisor de las influencias filosóficas provenientes de Europa, de ahí que se diera la oportunidad se crear el Ateneo de la Juventud, como un medio de buscar alternativas y un espacio de reflexión.

Alfonso Reyes, pertenecía a este grupo de intelectuales, y Paz lo ha comparado con Goethe, en el sentido de que tiene por filosofía, el equilibrio, la medida en todas las cosas de la vida. Reyes habla acerca de la Ilustración, y sobre este movimiento opina que del s. XVII, proviene todas las deficiencias de la cultura, al Dios-Razón, sucede el Dios-Naturaleza, y esta no es ya el objeto inanimado de la ciencia, sino un sujeto. Reyes revela en sus ideas, su infatigable pleito contra el positivismo (Rodríguez, 1999)

Después de la Conquista y del proceso de mestizaje que tenía por fin la unificación y homogeneidad de la raza y la cultura, se desembocaría en una declaración de nación democrata, que según Caso fue prematura, pues mientras no se resuelvan los problemas antropológico, racial y espiritual, la democracia mexicana será imperfecta. Y este pensador mexicano, haría relucir su preocupación por el proceso imitativo que nos había convertido en importadores de ideologías del pensamiento europeo, una imitación irreflexiva, que ha conducido a un desarrollo cultural frustrado e inconcluso, marcando así nuestro peregrinaje histórico como nación (Echegollen, op.cit).

Políticas y economías extranjeras han dominado durante muchos siglos, la forma de conducir nuestro país. Y si hacemos un recordatorio de cómo nos ha ido mientras tanto, veremos si ha funcionado o no. No vayamos muy lejos, recordemos solo este siglo. Lozano (op.cit) habla del sistema que se puso en marcha de 1940-1970 y que hizo crisis, debido a la forma del desarrollo social conformado por un capitalismo salvaje; siendo un país rico en recursos naturales y humanos y desembocó en un fuerte fracaso, que intentaría ser salvado mediante algunas medidas como el endeudamiento externo, que fueron una forma de sostenerlo artificialmente. Desde 1982 a 1988 y desde este año a la fecha, se ha emprendido un política nueva conocida como neoliberalismo, que estipula la reactivación de la economía mediante la venta de empresas estatales, la apertura del mercado interno al internacional y el ingreso de la industria y el comercio nacionales a una competencia con una economía enormemente más desarrollada mediante un Tratado de Libre Comercio, y sin embargo, nada ha mejorado.

Por otro lado, la producción nacional en materia de filosofía e investigaciones, tiene muy poca relevancia, puesto que no es estimulada suficientemente y mucho menos reconocida por nosotros mismos, nuestra dependencia de las iniciativas provenientes de los grandes centros filosóficos de Europa y Estados Unidos aún está presente. Y otro punto es que tanto la enseñanza como la investigación, por lo general no se establece conexión alguna con los problemas apremiantes en los campos de la ciencia, la técnica, la cultura, etc., además de encontrarse concentrada la difusión en la ciudad de México, convirtiéndose en un producto más de nuestro subdesarrollo.

De ahí la necesidad imperante de una reflexión profunda acerca de los cambios que se deben realizar en nuestra filosofía y nuestra sociedad, que permita desarrollar alternativas de acuerdo a nuestro contexto social, cultural, económico, antropológico, psicológico, histórico, que nos constituye como seres humanos y como nación, liberarse de la dependencia cultural, también es nuestra tarea. La miseria contemporánea que envuelve al mundo actual, y que llega a casi todos los rincones del mundo, debe crear en nosotros ese deseo impetuoso de buscar y/o crear alternativas de vida, que permitan regenerarnos y reintegrarnos al mundo de manera armoniosa, para ello podríamos echar un vistazo a nuestras pasadas culturas prehispánicas.

CAPÍTULO 3. IDENTIDAD PSICOLÓGICA

3.1 Problemas filosóficos con la categoría de identidad.

a) Definición de Identidad.

Ayudarnos a comprender un poco más acerca de la identidad, implica comenzar por conocer algunas de las concepciones, que durante la historia de la humanidad, se han manejado al respecto.

Por ello es inevitable remontarse a Grecia, que traza nuestra identidad —en la parte occidental que nos corresponde—. La concepción homérica, percibía al hombre más que como una unidad orgánica, como un agregado de miembros unidos por articulaciones y dotados de fuerza y vigor; los poemas homéricos también dejaban mostrar la falta de unidad con el psiquismo. Así el hombre homérico carecería de la interioridad propia de la personalidad como ahora puede ser concebida, aunque con rasgos que configuran lo propiamente humano como la deliberación, decisión, libertad, responsabilidad, culpa, etc. Dada su concreción intramundana de la divinidad y otras peculiaridades de su contexto social, su teoría de las motivaciones de un ser humano diferiría de la actual.

Luego vendrían concepciones como la de Aristóteles donde abordarían el problema epistémico de la autoconciencia, ligando de nuevo el autoconocimiento, la moral, la conciencia, a la dimensión sensorial y orgánica de los seres humanos. Sócrates por su parte, y luego los estoicos, darían valor a un individualismo introvertido y reflexivo que por tradición, a través del cristianismo, se convertirá casi en una condición auténtica de la personalidad, marcando una transición de una cultura de la vergüenza a una cultura del pecado.

Durante la época cristiana, San Agustín consigue demostrar que Dios está en el interior del hombre mismo, demostrando así que el hombre es imagen de divinidad misma, que adquiere en el hombre una dignidad excepcional entre todas las criaturas del mundo, planteamiento que tendrá repercusiones innegables en nuestra identidad, y no sólo en ello, sino también en nuestra apreciación y actitud hacia el mundo.

La concepción moderna de la identidad del hombre, se vería consolidada en dos personajes importantes: Descartes y Hegel. En la postura de Descartes, el hombre y su yo individual está desvinculado del mundo físico e histórico, puesto que considera que el yo individual sigue siendo imagen de Dios, que refleja sólo la imagen del Padre, pero no un

mundo realmente objetivo que le hace perder todas sus señas de identidad, quedando reducido a una forma vacía de auto-conciencia y de un sujeto de pensamiento impersonal. Hegel por su parte, va a defender una auténtica auto-conciencia, partiendo de que el sujeto obtenga el saber de sí mismo mediante la negación de sus falsas experiencias del mundo, generando un escepticismo más consumado y radical que el del propio Descartes, ya que la postura de Hegel marca la negación de experiencias y concepto en busca de nuevas formas de relacionarse con el mundo y nuevos conceptos.

Vicente Sanfélix (1997) , autor de las concepciones de la identidad del sujeto a través de la historia que se han planteado en los párrafos anteriores, hace una breve reflexión diciendo: "... aunque dejar a los otros hablar puede ser una buena manera de ganar luz sobre su identidad diferenciada, probablemente necesitemos también una crítica interna de nuestra propia identidad si es que queremos que la misma pierda la pretensión de validez absoluta que, organizada quizás en su ascendencia teológica, terminó por conferirle la modernidad..." (p.18). Ahora, las formas dominantes de organización en la producción y en la política, la burocratización, la tiranía de la razón instrumental, la globalización, parecen ser elementos que despojan al individuo de una auténtica capacidad de decisión reflejándose cada vez más en organizaciones de carácter impersonal. La cultura occidental, a través de la filosofía griega, la religión cristiana, el humanismo y demás, prometió un sujeto libre, reflexivo y crítico, por lo tanto respetuoso de la diferencia, generoso, de aquel que hablaba Descartes en el umbral de la modernidad, pero sobre el cual mucho ha dejado para reflexionar.

Por otro lado Morin (1992), habla acerca de la identidad del sujeto, haciendo referencia a que no es sólo el conocimiento de un cerebro en un cuerpo y de un espíritu en una cultura, sino que es un conocimiento que genera de forma bio-antropo-cultural un espíritu/cerebro, que no implica sólo un conocimiento egocéntrico, sino genocéntrico, sociocéntrico. El individuo no puede formarse y desarrollar su conocimiento si no es en el seno de una cultura a partir de interacciones cognitivas entre los individuos que permitan la regeneración. De este modo un individuo se nutre de memoria biológica y memoria cultural, que se asocian en su memoria propia.

Entre otras definiciones podemos citar la de identidad personal, haciendo ya referencia al individuo, acercándose a lo que podríamos denominar «identidad psicológica» que se maneja la *Enciclopedia Filosófica* de Garzanti (1992) y dice: *Identidad Personal*, la identidad del yo, en su continuidad a través del tiempo, en cuanto distinta de la mera identidad del individuo. El problema de saber en qué consiste ésta ha sido discutido particularmente por el empirismo inglés, a partir del

Locke. En el *Ensayo sobre el entendimiento humano* la identidad personal, o moral, se identifica con la conciencia (o reflexión sobre uno mismo) y en consecuencia se extiende, en el pasado, tanto como la memoria. La noción de persona, o yo, es por lo tanto una idea de relación: de la relación entre el yo presente y el yo pasado, y en ello se funda la responsabilidad moral y jurídica. En el Tratado de la naturaleza humana, Hume insiste en la falta de fundamentos, en el plano teórico, de la idea de identidad personal (desde el punto de vista práctico-emotivo, ésta se da inmediatamente): en efecto no se dan más que impresiones particulares, infinitamente variadas, y nunca impresión pura del yo, al cual más bien referimos todas las referencias que tenemos. El yo es por lo tanto una «colección» de impresiones continuamente cambiantes. La explicación de cómo, a pesar de ellos, surge la idea de identidad personal, se basa también para Hume, en la memoria, que nos muestra la relación entre las impresiones y las ideas tenidas en el pasado con las que se tienen actualmente, en base a su semejanza y a la relación de causalidad «existente entre nuestras diferentes percepciones». Se trata pues de un mecanismo meramente psicológico, que no autoriza en absoluto a postular una identidad substancial (como sería el alma) como fundamento del yo.

De tal manera el concepto de “identidad” ha llegado hasta nuestros días y ha llegado a nuestra ciencia, como pieza fundamental en el objeto de su conocimiento. Así podemos citar la definición que Taylor (1996) da según la define Erikson diciendo: “una identidad es una definición de sí mismo, en parte implícita, que un agente humano debe poder elaborar en el curso de su conversión en adulto y seguir redefiniendo a lo largo de su vida. No se trata de una realización facultativa. Sin identidad estable nos sentimos al borde de la crisis, y no sólo muy desgraciados, sino también incapaces de funcionar con normalidad. Los momentos en los que se corre el riesgo de perder la identidad se definen como momentos de crisis” (p. 10).

b) Problemas filosóficos.

Al hablar de problemas filosóficos acerca de la identidad podemos iniciar abordando el tema del sujeto, para ello podemos dirigir nuestra mirada a Morin (1995), quien asegura que la noción de sujeto es extremadamente controvertida, por su cualidad evidente y no evidente a la vez, puesto que se hace obvia por ejemplo, en la mayoría de las lenguas al existir una primera persona, pero también deja de ser cuando se comente una reflexión como la de Descartes “si dudo, no puedo dudar que dudo, por lo tanto pienso, es decir que yo soy quien piensa”.

Al abordarse el sujeto en la filosofía o en la metafísica, se llega a confundir con el alma, con la parte divina o con una parte donde radica lo superior el juicio, la libertad, la voluntad, la moral, etcétera. Ahora que si se considera desde la ciencia, se observan sólo determinismos físicos, biológicos, sociológicos o culturales, disolviéndose el sujeto de esa óptica, así se muestra la subjetividad a partir de rasgos, para definir a un sujeto, como decir "es un buen hombre" o "es un canalla". En la ciencia clásica no hay lugar para la noción de sujeto, pero al salir de ella se puede hacer una reflexión como la que hizo Descartes, donde el sujeto se vuelve fundador de toda verdad posible. La visión de Descartes fue la de dos mundos: una relevante al conocimiento objetivo, científico, el mundo de los objetos, donde se encuentran las ciencias, las técnicas, las matemáticas; y otro, un mundo intuitivo, reflexivo, el mundo de los sujetos, donde se halla el alma, el espíritu, la sensibilidad, la filosofía, las artes.

Más tarde, en el s. XIX, la invasión de la científicidad en las ciencias humanas y sociales, darían por resultado la expulsión del sujeto de las ciencias, siendo reemplazado, por ejemplo en la psicología por estímulos, respuestas y comportamientos; de la historia, por determinismos sociales; de la antropología, viendo sólo estructuras, etc.

Por lo tanto, para encontrar una forma de hablar del sujeto, se ha buscado hacer referencia a un mundo exterior que le proporcione esa identidad. Por desgracia, esas referencias, marcan las pautas de un sujeto como sustancia, sustancia corporal, mental, social o formal, pero con una evidente fragmentación, un materialismo reduccionista que busca hacer corresponder el concepto de identidad personal con ciertas funciones del cerebro, o con meras construcciones sociales. La tradición ilustrada nos recuerda que somos ante todo un *"yo formal"*, una construcción psicológica y social que nos permite adoptar el punto de la tercera persona: el universal "cualquiera". Dicha identidad formal, se remite a ciertos reconocimientos de su misma naturaleza, así el reconocer a las personas bajo esta "identidad formal", es el reconocerlos como "seres humanos" que es una de las formas más pobres de reconocerse a sí mismo y a los otros, una identidad vacía muy vaga, además de que constituye una máscara que obstaculiza reconocer particularidades y desigualdades y también miserias, puesto que implica una universalidad, que tarde o temprano funge como un útil instrumento de sometimiento social, puesto que la defensa de esta abstracción ha servido muchas ocasiones para cometer las peores injusticias. Este reconocimiento es insensible a las diferencias a la singularidad, a la historia particular e insustituible (Pereda, 1997).

Encontramos pues, bajo estas condiciones, otro rasgo autoconstitutivo de la propia identidad, el egocentrismo, en el que se ve envuelto el sujeto al realizar una acción reflexiva sobre sí mismo, y al ponerse entonces en el centro del mundo, de su mundo, del mundo que conoce y en el que encontrara a sentido a su ser.

3.2 La Identidad del mexicano vista por diferentes autores.

Hemos visto ya que el concepto de identidad ha sido abordado por nuestras sociedades, y filosofías, dándole extrema relevancia a las implicaciones que ella tiene sobre el conocimiento del hombre y su cultura. Nuestro caso no ha sido una excepción, puesto que algunos autores se han interesado en el tema de la identidad del mexicano y han realizado estudios de diversos orígenes que den cuenta de ésta. Es así que en este apartado presentamos algunos de los autores mexicanos más reconocidos en el ámbito de la literatura y la filosofía que han abordado el tema y cómo lo ha hecho.

a) Samuel Ramos.

Filósofo, ensayista y crítico mexicano, egresado de la Licenciatura de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, realiza un ensayo acerca del Psicoanálisis del Mexicano, apegado a la psicología adleriana, con el que señala aquellos defectos que estorban el camino al desarrollo ascendente del mexicano e intenta proporcionar soluciones que den paso al auténtico hombre mexicano. En su libro "*El Perfil del hombre y la cultura en México*", incluye este ensayo, donde comienza a hablar del sentimiento de inferioridad que posee nuestra raza, de todos aquellos hombres que buscan a toda costa, afirmar su personalidad con situaciones que signifiquen poder. La teoría de Adler, enuncia que este sentimiento surge en el niño frente a sus mayores, así en México se da este sentimiento frente a una civilización madura que se presentaría ante los ojos de América, y que en México se agravaría con la conquista y el mestizaje.

Sin embargo, Ramos plantea que, no es que el mexicano sea inferior, sino que *se siente inferior*, que no es lo mismo. El sentimiento de inferioridad traduce deficiencias orgánicas o psíquicas, pro en la mayoría de los mexicanos es una ilusión colectiva que resulta de medir al hombre en escalas de valores muy altos, correspondientes a países de edad muy avanzada, como el caso de Europa, cabría preguntarse a que escalas "altas" se refiere, en que sentido y para quién.

La psicología del mexicano dice, es resultado de las reacciones que tiene para ocultar un sentimiento de inferioridad, como por ejemplo la imitación de las formas de vida de la civilización europea, para sentir que su valor es igual a éstos e incluso formar grupos privilegiados que le permiten sentirse superior a aquellos mexicanos que no estén dentro de la civilización.

Así inicia su reflexión, hablando de los diferentes mexicanos, enunciándolos dependiendo de su clase social y/o económica. considerando que el mejor ejemplar para el estudio del mexicano es el «pelado» mexicano, pues es en quien se ve mejor reflejado el carácter nacional, y lo define, como aquél que deja al descubierto sus impulsos, su cinismo que refleja el resentimiento profundo que tiene hacia la vida, que por otro lado le ha sido hostil en todos sentidos. Manifiesta su carácter explosivo al mínimo roce, haciendo alarde de su lenguaje grosero y agresivo que lo lo afirman de sí mismo y le hacen crear la ilusión de ser el más fuerte y decidido, cuando en realidad es un cero a la izquierda.

Entrando aún más en el plano psicoanalítico, Ramos describe al «pelado» como aquél que en la riña busca elevar su «yo» deprimido, que le permita recobrar la fe en sí mismo que no posee. En cuanto a su lenguaje, usa terminología que hace alusión a lo sexual, revelando su obsesión fálica, nacida en el hecho de considerar el órgano sexual como símbolo de la fuerza masculina, llenando así el vacío con el único valor que está a su alcance: el del macho. Su inseguridad, hace que entre más debilidad posea mayor será su intención ocultarla, denotar fuerza, de engañarse a sí mismo, pero vive en un continuo temor a ser descubierto, desconfiado de sí mismo y eso hace que aprecie a cualquier recién llegado como enemigo y desconfía de todo aquel que se le acerque.

En el carácter del mexicano, lo que más resalta es su desconfianza, una actitud que se presenta ante todas las personas y cosas, y que no tiene fundamento alguno, es una desconfianza irracional que emana de más íntimo, no es contra un hombre o una mujer, sino contra todos los hombres y mujeres. Hace una reflexión curiosa, dice que si el mexicano es comerciante, no cree en los negocios, si es profesionista, no cree en su profesión, si es político no cree en la política. No le encuentra sentido a las ideas, está más seguro de su sentido práctico, procura por lo tanto ser lo menos «idealista» posible. De esta forma niega todo sin razón ninguna, porque él es la negación personificada, asegura el autor. Con este sentimiento se relaciona la susceptibilidad, que da una apreciación errónea de las cosas al mexicano, así siempre se encuentra en una actitud defensiva, todo lo interpreta como ofensa, y ya no espera a que lo ataquen sino que él agrade primero. Estas trasposiciones psíquicas son para proteger al «yo» de sí mismo.

En el burgués mexicano —otro de los tipos que describe el autor—, se encuentra este sentimiento de menor valía, pero esta vez no es por una inferioridad económica, ni social, ni intelectual, proviene entonces del solo hecho de ser mexicano. El burgués posee la misma susceptibilidad patriótica del hombre del pueblo y los mismo prejuicios acerca del carácter nacional, e incluso en un momento de ira, puede perder el dominio y adquirir el lenguaje y tono del pueblo bajo, pero por lo general posee mayores recursos para disimular de manera más perfecta su sentimiento de inferioridad, haciendo así, que el «yo ficticio» —construido por cada individuo de una forma tan acabada y con apariencia tan real—, sea casi imposible de distinguirla del «yo verdadero». Su autoengaño, consiste en creer que ya es lo que se quisiera ser, y en el mundo surgen nuevos estilos de vida, de arte y pensamiento, que el mexicano imitará con el fin de sentirse igual a un europeo, pero el mexicano sigue siendo el mismo que hace años.

Ramos concluye este ensayo, proponiendo expulsar el fantasma que se aloja en el mexicano, mediante la práctica honrada y valiente del consejo socrático “conócete a ti mismo”, claro, no sin ayuda de las herramientas intelectuales que el psicoanálisis ha creado. “Cuando el hombre así preparado descubra lo que es, el resto de la tarea se hará por sí solo” (Ramos, 1990, p. 65).

b) Octavio Paz.

Poeta y escritor mexicano, nacido en la Cd. de México en 1914, considerado uno de los principales representantes de la literatura hispanoamericana. Su ensayo *“El Laberinto de la Soledad”* fue acreedor al Premio Nobel de Literatura en 1989. En él, Paz realizó un ensayo sobre «el mexicano», considerado como un de los más importantes en este terreno, en cuanto a la descripción y análisis del carácter mexicano, abordando aspectos psicológicos, sociológicos, culturales y por supuesto, sin dejar de lado la parte poética inmersa en su obra. De ahí la necesidad imperiosa de incluir su trabajo dentro de este apartado, el cual describiremos a continuación.

Paz, al inicio de su ensayo, menciona algunos de los estudios que se han realizado respecto al «mexicano», citando así la obra de Samuel Ramos, como una de las más significativas y representativas al respecto, así como de su postulado respecto al sentimiento de inferioridad que influye en la escasez de nuestras creaciones que impide la facultad de crítica y se somete a las creadas, reflejando instintivamente una desconfianza acerca de nuestras capacidades. Respecto a ésto, parece existir un sentimiento que le acompaña, que es el de sentirnos diferentes, la diferencia que es la causa de nuestras dudas, nuestra vaga identidad y otras tantas cosas, pero él se pregunta si existe en verdad una diferencia y en qué consiste, o sólo que nosotros nos sentimos diferentes.

Así comienza a desmenuzarse al mexicano, para adentrarse a su mundo y a su cultura. Por ello habla de las máscaras mexicanas, la primera: el lenguaje, ese lenguaje popular que refleja hasta qué punto nos defendemos del exterior, con un ideal de la "hombria", puesto que el mexicano podrá humillarse, pero jamás "rajarse", porque refleja signo de debilidad y traición y de que el mundo exterior penetre en su intimidad, el abrirse y dejar conocer su verdadero ser y sentir; este hermetismo es recurso de recelo y desconfianza, del peligro que hayamos en nuestro medio, así jamás se sabe si los sentimientos que se reflejan son simulados o verdaderos; la seguridad que deseamos conservar, la vemos reflejada en la necesidad de ajustarse a los modelos y principios que regulan la vida, el tradicionalismo es una de las constantes que le dan coherencia y antigüedad a nuestro pueblo, aunque a veces esto ocasiona la explosión de nuestra espontaneidad, porque las formas jurídicas, morales, entre otras, mutilan nuestro ser, impidiendo expresarnos y negando la satisfacción de nuestras vitalidades. Nuestro estoicismo, es una de las virtudes más grandes que poseemos, nuestra historia está llena de situaciones y héroes cubiertas de dolor, peligro y resignación, se nos cultiva desde pequeños la semilla del sufrir con dignidad, que constituye grandeza, "Más que el brillo de la victoria nos conmueve la entereza ante la adversidad" (p.34).

Entre otras formas representativas del carácter del «mexicano», hallamos: los albures, el combate verbal hecho de alusiones obscenas y el doble sentido, que tiene por principal objetivo, el vencer al enemigo, el mostrar el dominio, demostrar la masculinidad; así las palabras muestran alusiones sexuales agresivas (Peñalosa, 1974). También las mentiras son un buen tema de análisis, ya que en ellas se muestra la constante improvisación, el rehacer, recrear, modificar al personaje que fingimos ser, a tal grado que realidad y apariencia, verdad y mentira, se confunden, y ello refleja nuestras carencias y deseos, nuestro bovarismo, lo que no somos, pero deseamos ser. Simular, dice Paz, "es inventar, aparentar y así eludir nuestra condición...", "El mexicano... temeroso de la mirada ajena, se contrae, se reduce, se vuelve sombra y fantasma, eco. No camina, se desliza; no propone, insinúa; no replica, rezonga; no se queja, sonrío..." (p. 46-47).

Fiesta y muerte para el mexicano, dos formas de conocerle también; la fiesta, es una revuelta, donde la sociedad se libera de ciertas reglas y principios, todo se comunica, el bien con el mal, el día con la noche, lo santo con lo maldito, es así pues, una operación cósmica — dice el autor—, la reunión de los elementos y principios contrarios para provocar el renacimiento de la vida. La fiesta permite el deshacer la estructura social y crear nuevas formas de relación, reglas, jerarquías; y permite algo más, la apertura del mexicano, su participación con sus

semejantes y con los valores que dan sentido a su existencia, ya sea religiosa, política, histórica, o de otra índole, dando salida a todos aquellos impulsos que se guardan en nuestro interior, así toda fiesta termina en una total desgarradura: el canto, el amor, la amistad, aunque también en un duelo. Estos estallidos, contagiados de violencia, muestran hasta qué punto estamos cerrados en la comunicación con el mundo, pues cada que deseamos expresarnos, es necesario romper con nosotros mismos, como en la fiesta, de una forma violenta. El mexicano, puede no ser franco, pero si muestra su sinceridad podría llegar a sorprender a un extranjero, por su extremidad y su manera explosiva y dramática con que se desnuda y se entrega, que revela que algo nos asfixia y cohibe.

La muerte, para el mexicano, no es una oposición tan absoluta con la vida, puesto que ésta se prolonga en ella. Para los antiguos mexicanos, la vida, muerte y resurrección, eran estadios de un proceso cósmico, la vida no tenía función más alta que desembocar en la muerte. El sacrificio tenía un doble objetivo: uno, el hombre accedió al proceso creador, pagando a los dioses, la deuda contraída por la especie; dos, alimentaba la vida cósmica y social, que se nutría de la primera, nuestros antepasados indígenas, no consideraban que la muerte les perteneciera, tampoco la vida era "su vida" en el sentido cristiano de la palabra, más bien consideraban que todo se conjugaba para determinar nacimiento, vida y muerte de cada hombre. El advenimiento del catolicismo modificaría radicalmente esta situación. El sacrificio y la salvación se tornarían individuales, no colectivos como antes; la libertad se humaniza, encarna en el hombre. Para los aztecas lo esencial era asegurar la continuidad de la creación; el sacrificio no buscaba una salvación ultraterrena, sólo la salud cósmica: para el cristianismo, el hombre es lo único que cuenta, el mundo, la sociedad, la historia, está condenado de antemano. Ambas actitudes poseen un elemento en común, la vida, está abierta a la perspectiva de la muerte, que para cada uno en diferente modo, representa una nueva vida. Para los cristianos el tránsito entre dos vidas, la temporal y la ultraterrena, para los aztecas, la manera más profunda de participar en la continua regeneración de las fuerzas creadoras, del Cosmos. Tal vez, ahora para el mexicano, también haya dejado de tener una significación la muerte, pero lo que es cierto, es que mientras en otros lugares del mundo, la muerte es palabra que jamás se pronuncia porque quema los labios, el mexicano la frecuenta, la burla, la acaricia, la festeja, la contempla con ironía e impaciencia, tal vez nuestra indiferencia hacia la muerte sea la misma que hacia la vida. Resulta compañera tan cercana, que en son de burla a la vida, calaveras de azúcar, panes de muerto, canciones y chascarrillos de "la muerte pelona", adornan nuestras fiestas del Día de Muertos.

Todas estas actitudes, muestran —dice Paz—, la presencia de una mancha, difusa pero no por ello menos viva, original e imborrable, que tienden a ocultar esa llaga, siempre fresca, lista para encenderse y arder bajo la mirada ajena, en cualquier momento. Muestran además, la ambigüedad que persiste en nuestro ser. La analogía irrefutable que se observa entre ciertas actitudes y la de grupos sometidos al poder del amo, una casta o Estado, podría resolverse en la afirmación, de que “el carácter de los mexicanos es producto de las circunstancias sociales imperantes en nuestro país” (p.78), la historia de México, respondería a todas nuestras preguntas: como la historia colonial sería la raíz de nuestra actitud cerrada e inestable y que se ha visto perpetuada nuestra psicología servil como nación independiente, y nuestro escepticismo y resignación como pueblo. Pero un argumento da al respecto: las circunstancias históricas explican nuestro carácter en la medida que nuestro carácter también las explica de ellas (p.79). Existe pues una lucha imaginaria, no es posible identificar nuestro carácter con el de los grupos sometidos, tampoco lo es negar su parentesco, existe una lucha simultánea y contradictoria por ocultarse y revelarse, lo curioso es que luchamos contra entidades imaginarias, vestigios del pasado o fantasmas engendrados por nosotros mismos, pero que resultan reales para nosotros, ahí encontramos los originados en la Conquista, la Colonia, la Independencia, las guerras con yanquis y franceses, otras actuales. Aún desaparecidas las causas perduran los efectos, y se entrelazan de manera tan compleja que es imposible ya escindir. En resumen, asegura que todo esto puede reducirse a una cosa: el mexicano no quiere o no se atreve a ser él mismo (Paz, 1997).

c) Carlos Fuentes.

Considerado uno de los más importantes exponentes de las nuevas tendencias de la narrativa hispanoamericana, Carlos Fuentes, quien nació en México en 1929, ha realizado diversas obras, de gran reconocimiento en el ámbito de la literatura entre las que se encuentran “La muerte de Artemio Cruz”, “todos los gatos son pardos” y “El tuerto es rey”, entre otras. Agua Quemada, es una novela publicada en 1981, en la que realiza una descripción acerca del mexicano, esta obra a diferencia de otros autores no realiza un estudio del mexicano, pero de igual forma lo describe al adentrarse en distintos estilos de vida que predominan en nuestra sociedad del siglo XX. La manera con que es plasmada la vida y el carácter del mexicano, nos ha llevado a la idea de agregarla en este trabajo como una muestra más de lo que se habla del mexicano, pues sin lugar a dudas, proporciona muchos elementos en el conocimiento de la identidad de éste, desde perspectivas como el arte.

Esta novela, está formada por cuatro historias, que describen los estilos de vida del México post-revolucionario, en distintas clases sociales. Y en ellas se manifiestan algunas características que el autor hace resaltar del mexicano, como el machismo que se refleja en el hombre mexicano, el poder que de esto pretende obtener, como medio de sometimiento y de dominio, así como de reconocimiento de sí mismo, y la condición de la mujer, que puede jugar diferentes papeles, desde la imagen de madre-pura —como la Virgen Guadalupana—, la esposa-sumisa y abnegada, o la prostituta como objeto de placer. Por otro lado se plasman el acercamiento tan profundo a las costumbres, a la religión, como formas de mantener el orden social o bien de las ideas tan apegadas a aquello que nos proporciona comodidad, reconocimiento, educación, o tradición, sobre todo en las generaciones de los personajes viejos y su negación a la modernidad, la añoranza por las épocas anteriores que les satisfacía más, les angustiaba menos. También el honor y la valentía, así como el poder se ven reflejados en los personajes y caracterizados dependiendo de la clase social a la que pertenecen, la ansia de poder o sobrevivencia que dirige a la perdición a la traición, o el honor que conduce a la muerte, son algunos de los rasgos que el autor deja ver en su obra (Fuentes, 1981).

d) Alan Riding.

Este autor, no es mexicano, como el resto que comprende este apartado, sin embargo, se consideró importante incluirlo, puesto que ha realizado un estudio considerablemente interesante en el tema del «mexicano».

El autor considera, que los mexicanos no tienen problema alguno para entenderse a ellos mismos, lo logran a través de costumbres, idioma y gestos, que se aprenden inconscientemente desde la infancia, como un patrón que tan sólo repiten, sin embargo sufren cuando tratan de explicarse a sí mismos, porque se dan cuenta de que son diferentes —no sólo de los estadounidenses y europeos, sino de otros latinoamericanos—, pero parecen desconocer el motivo. Por esa razón se ha pedido a poetas, novelistas, filósofos, sociólogos, antropólogos y psicólogos que definan la “mexicanidad”, pero también ellos son presos de la confusión al intentar distinguir las máscaras de los rostros reales de la personalidad del mexicano, siendo frustrante el que se llegue a captar y describirlo de una forma caricaturesca.

A veces parece como si los españoles ocuparan el cuerpo de los mestizos y los indígenas su mente y sentimientos. Así se caracterizan por ser discretos, por meditar y filosofar, son evasivos y desconfiados, orgullosos y vigilantes de las cuestiones de honor, cálidos, ocurrentes y

sentimentales, inmensamente creativos e imaginativos, pero imposibles de organizarlos, porque en lo interno tienen ideas definidas, pero en lo externo son anárquicos, guiados más por tradiciones que por principios, más por el pragmatismo que por la ideología y por el poder más que por la ley. Justo en algunas actitudes se deja ver el predominio de lo espiritual sobre lo material, su preocupación por el aspecto emocional y espiritual de la vida se deja ver en su religiosidad poderosa, el apego a sus tradiciones, su conducta ceremoniosa y la formalidad del lenguaje, interpreta el mundo de acuerdo a sus emociones.

También poseen concepciones distintas sobre algunos conceptos como el tiempo, la vida y la muerte que difieren al sentido occidental. Los mexicanos no consideran el nacimiento como un principio y la muerte como un final como otras culturas, donde no puede tener sentido de un pasado vivo, no lo ven como una interrupción de la vida ni tampoco le conceden mucha importancia, ya que hasta le hace canciones y se burla; la creencia en la comunión el Día de Muertos, con éstos, está muy difundida, pero no en sentido psíquico o espiritual, ni de fe cristiana, sino como una derivación del conocimiento de que el pasado no está muerto. Y por el contrario el futuro se contempla con fatalismo, la planificación es anormal; pensando que el curso de los acontecimientos está predeterminado, los mexicanos no encuentran gran justificación para disciplinarse en una rutina.

Otra característica señalada, es su actitud. Ante las derrotas, el mexicano tiene una actitud que realza el valor de los triunfos espirituales y que subraya la supremacía del espíritu sobre el cuerpo, otros lo han llamado, estoicismo. También la inseguridad hace acto de presencia, muchas veces en la vida y actitudes del mexicano, por ejemplo el hombre mexicano lo ilustra con su constante temor a que las mujeres lo traicionen, una explicación antropológica ha postulado que el mestizaje de México se inició con la unión de hombres españoles y mujeres indígenas, inyectando los conceptos de traición por parte de la mujer, y la conquista, el de dominio, la fuerza e incluso violación por parte de los hombres. Pero esta la parte de la adoración del ideal femenino, ejemplificado en la imagen doliente, abnegada y "pura" Virgen de Guadalupe, que personifica la madre de cada mexicano, fuente de vida e incapaz de traicionar; pero por el contrario la esposa, como objeto sexual y considerada una aberración de la perfección femenina, ha de ser humillada, toda vez que la fidelidad o afecto excesivos del esposo denotarían vulnerabilidad o debilidad, así las amantes ofrecer la oportunidad de conquistar y traicionar antes de ser traicionados, que originará el resentimiento de la mujer, traducido en un abrumador cariño por el hijo, quien elevará el ideal femenino, pero quien como esposo seguirá el ideal del padre.

Las fiestas, el escape del mexicano, un monumento a este psicoanálisis instintivo al que acuden los mexicanos a descargar sus corazones y a lloran por lo que ven, retoma lo planteado por Paz, respecto a la dualidad que representa la fiesta: muerte y vida, júbilo y lamento, canto y aullido, y que sin ella la sociedad mexicana sería más inestable y caprichosa. El lenguaje, por otro lado, es otro reflejo del mexicano, su arma principal de autodefensa, usa palabras y frases que parece carecieran de sentido, pues así puede proteger sus emociones, evitar comprometerse, como si el lenguaje tuviera vida propia.

Riding, considera que el pasado permanece vivo en el mexicano, sin embargo existe una lucha por liberarse de él, y con ello de la aceptación de nuestra condición como mestizos, con raíces aztecas, es decir, más bien renegamos de la parte indígena, y ahora ya no es que apegarnos a la vida españolizada sino peor aún americanizada (1985).

3.3 La identidad del mexicano abordada por psicólogos.

En el apartado anterior se han contemplado a algunos de las obras más importantes de autores que han abordado el tema de la identidad del mexicano, sin embargo por la naturaleza de la presente tesis, es fundamental el conocer los estudios que se han llevado a cabo, por psicólogos en este tema, permitiéndolo conocer así las posturas desde las que parten, su forma de abordarlo y las conclusiones y sugerencias a las que llegan. De ahí que primordialmente se incluyan los trabajos de Santiago Ramírez, Rogelio Díaz-Guerrero y Raúl Béjar.

a) Santiago Ramírez.

Ramírez inicia su trabajo, hablando un poco acerca de la manera en que se ha abordado este tema y la importancia que se le ha dado; considera que el mexicano y su forma de ser se han transformado en una preocupación sustancial del propio mexicano y se ha desarrollado intelectualmente sistemas de pensamiento y métodos de trabajo con el fin de conocer nuestra esencia y la caracterología que nos definen, sin embargo reconoce también que han sido excepciones los psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas los que han contribuido a la comprensión del tema. Señala que el psicólogo, por su constante contacto con las formas de expresión del mexicano y el material permanente que aportan los casos clínicos, sería el más indicado par orientar acerca de nuestras motivaciones profundas.

Siendo así, él propone algunos elementos desde los que se podría partir para el estudio del mexicano, tales como: manera de ser, de expresarse, de resolver urgencias de nuestra instintividad, un común

denominador que pueda aplicarse a múltiples ramificaciones de la conducta , luego de ello cabe establecer la relación entre la manera actual de ser y el esquema condicionado en el pasado, puesto que el partir de nuestros orígenes, nuestra infancia histórica, individual y genérica y detectar principios normativos y pautas condicionadas por ella, que van adquiriendo características sobresalientes en áreas de expresión del mexicano, como su patología, su arte, su carácter, sus aspiraciones, y compararlas luego con otras culturas, que por orígenes distintos lleguen a tener expresiones caracterológicas también diferentes.

Respecto a este último punto, es interesante conocer, el por qué el mexicano se ha interesado en abordar este tema, su deseo de conocerse, de identificarse, lo cual le ha llevado a la idea de considerarse "diferentes" de los demás, lo que lo ha conducido a negar, por un lado, el sentido doloroso de la diferencia, que se expresa de dos formas: una, el expresar siendo objetos de una miopía, el que somos iguales; dos, el seguir pautas culturales que mimetizan nuestras formas de expresión cultural con la de otros, tomando designaciones como el "afrancesamiento" o el "pochismo". Considera, que el conocernos, sería aceptar nuestra diferencia con todo lo positivo y negativo que esto implica, aceptarlo, sentirlo propio, intimar y dominarlo a través de su estudio y elaboración.

El lenguaje, es un aspecto que no puede fallar en el abordaje del carácter mexicano, en este caso, el autor, lo emplea como reflejo de agresión, en cuanto al uso de connotaciones que hacen alarde a la masculinidad o por el contrario a la debilidad del mexicano. por ejemplo de algunas palabras como "vieja al último", "rajado", "chingado", "cuñado", que son connotaciones pasivas que significan identificarse con la mujer, ser objeto de posesión violenta, de agresión y derrota. La figura anhelada, tendrá una forma representante de la masculinidad ausente y fantaseadamente potente del padre, como objeto de agresión; se ataca lo gachupín o lo gringo a la vez que se le admira y anhela, se hace objeto de burla y desprecio, pero en el fondo se tratará de alcanzarlo.

Así visto desde el punto de vista psicoanalítico del autor, un mexicano con una actitud antimexicana que ataca las cualidades negativas estereotipadas del mexicano, como su desnutrición, miseria, mugre, lentitud, masoquismo, etc., marca una manera de liberarse de la contemplación de características iguales que posee en el interior del que critica, lo que significa el atacar un objeto externo proyectado, para no atacar un objeto interno. Otro medio de autodefensa, es el ataque de sí mismo, que busca defenderse del propio dolor y crítica de los demás, adelantándose y burlándose de sí mismo y manteniendo una actitud de

“importamadrismo” puesto que el que las cosas le importen, significaría dolor y llanto, así, muestra una pseudoimagen de fortaleza.

Encontramos pues, en el mexicano, a un ser dual “en busca de filiación de identidad, lleno de contradicciones y afirmaciones, motivo de orgullo y de desprecio, de ternura y hostilidad...” (Ramírez, 1977, p. 119).

b) Rogelio Díaz-Guerrero.

Díaz-Guerrero, retoma el tema del mexicano, a partir de la afirmación de un sentimiento de inferioridad que posee, sin embargo él dice que estudios muestran que lo que parecía un complejo de inferioridad a primera vista, es sólo una actitud propia del mexicano, que consiste en no saber valorar la importancia del individuo, puesto que dicha importancia se concentra en la familia que éste forme. Y entorno a ello, el tema de la inseguridad, hace acto de presencia, pues también se ha hablado de una supuesta inseguridad que le es característica, sin embargo algunos estudios, han mostrado que los niños y adolescentes mexicanos, emocionalmente hablando, se sienten tan seguros de sí mismos, o más que el de otras nacionalidades, más aún sintiéndose como miembros de una familia, puesto que en ella todos se ayudan entre sí.

El trabajo del autor ha consistido en realizar diversos estudios transculturales, con mexicanos y de otras nacionalidades, respecto a diversos temas que den cuenta de algunos rasgos que definan y distingan al mexicano. Uno de sus primeros estudios, tuvo por fin el identificar los diferentes tipos de mexicanos que hay, de los que reconocieron por lo menos cuatro tipos y las mezclas de ellos. Y entre los que se presentan el grado en que se acepta la cultura mexicana, es decir, lo que se dice acerca de como es el mexicano y de las reglas tradicionales de la cultura mexicana, donde se hayan los extremos apearse o rebelarse a ella y otros tanto que mezclan estos sentimientos. Describiremos a continuación estos cuatro tipos básicos de mexicanos.

1) *El mexicano pasivo y obediente afiliativo.* Se caracteriza, porque su necesidad de autonomía es mucho más baja que la de otros niños, son poco rebeldes, conformes y les gusta complacer a los demás, también son disciplinados, con mayor facilidad de gobernárseles, no se molestan si se les imponen restricciones a su libertad de movimiento o en el cumplimiento de ciertas reglas, prefieren estar cerca de sus amigos y familiares. Son muy seguros emocionalmente y tienen buen control interno. Según los psicoanalíticos, se podría decir que tienen un yo bastante fuerte e integrado. Ya en la adolescencia, conservarán gran

parte de sus características, pero parecerán temerosos que evitan los peligros, así como el tener que sufrir algún dolor, son precavidos, cautelosos, poco aventureros y aprehensivos.

2) *El mexicano rebelde activamente autoafirmativo.* Este tipo, se opone a la obediencia absoluta hacia el padre, al madre y los maestros, muestra constantemente su inconformidad y discute más que otros chicos de su edad. Con sus compañeros es agresivo y dominante, le agrada influir o dirigirlos, asume el papel de líder, lo que lo hace ser autoritario y afirmativo; es peleonero, irritable, vengativo, tosco, aunque por otro lado es más perceptivo que muchos, ve y define con claridad muchas cosas. Habla de manera espontánea, libremente y sin inhibiciones, es impulsivo, pues tiende a actuar sin pensar las cosas, da rienda suelta a sus deseos y emociones, impaciente y audaz. Mantendrán posteriormente una hostilidad hacia el medio social, pero su desarrollo intelectual permanecerá, sobre todo en lo académico y científico; buscan la independencia, la autonomía y la libertad.

3) *El mexicano con control interno activo.* Es aquel que parece ser el único que está más allá de la cultura tradicional, es decir, que parece tener desde muy temprano, una libertad interna que le permite elegir los mejores gajos de su cultura, sabiendo diferenciar cuando en ocasiones debe reinar ciertas formas de ser de la cultura y cuáles no. Posee los aspectos más positivos de la cultura mexicana. De niños suelen ser estudiosos y capaces y más afectuosos y obedientes afiliativos, complacientes con sus padres, educados y corteses, así como responsables, menos agresivos, ni irritables y activamente autoafirmativos. Según los psicólogos son los que cuentan con abundantes recursos internos para enfrentarse a la mayor parte de los problemas. Son también consistentes, reflexivos, ordenados, limpios, metódicos, tendiendo a planear las cosas y no actuando sin previa deliberación, por ello piensan antes de actuar y no expresan fácilmente su deseos y emociones. En lo intelectual y cognoscitivo, poseen claras ventajas, que sería probable que terminarán en posiciones altas en el campo profesional. La autonomía e independencia de los demás no les importa tanto, puesto que gozan de libertad interna.

4) *El mexicano con control externo pasivo.* Es la imagen del tipo anterior, pero en negativo. Forman gran parte de los que se caracterizan por el machismo. Son descontrolados, agresivos, impulsivos y pesimistas, además de rebeldes y desobedientes, sin habilidades académicas, capaces de lastimar los sentimientos de sus compañeros, peleoneros, irritables y vengativos, menos creativos, cínicos y actúan sin pensar las cosas. Parecieran ser el resultado de familias, donde se presentan los aspectos negativos de la cultura, como la corrupción, la desobligación, el oportunismo, la violencia, pesimismo acerca del valor de los seres humanos y desconfianza.

Esta caracterología, comenta el autor, demuestra que existen diferentes tipos de mexicanos, que resultan de una misma historia sociocultural mexicana, que ha sido abusada, para presentar al tipo de mexicano con los rasgos más negativos y darlo a conocer así al mundo.

Otro aspecto que define al mexicano, son las relaciones interpersonales. Respecto a ésto, el mexicano ha desarrollado excelentes formas de relacionarse, pues goza de cortesía, buena educación, amigabilidad y romanticismo, que son clara cualidad de una forma de expresión humana.

Algunos estudios realizados por Díaz-Guerrero, de naturaleza transcultural, ha buscado conocer algunos patrones culturales medulares, como lo son los valores. Uno de dichos estudios, presentados en su libro, es respecto al concepto de respeto que tienen los mexicanos que viven en el país (en diferentes ciudades), anglosajones de Edimburgo (Texas) y mexicanos de descendencia que residen en Edimburgo. Los resultados muestran que el patrón norteamericano describe la relación de respeto como una relación entre iguales, en donde puede admirar y considerar a otra persona como superior, tal vez en un atributo específico, sin sentirse inferior o subordinado. Por el contrario el patrón mexicano muestra al respeto como una relación extremadamente íntima que involucra fuertes sentimientos personales, se incluyen algunas ideas como el no intervenir en la vida de las otras personas o atropellar sus derechos, pero lo que más predomina es el concepto con carácter autoritario, la obediencia voluntaria o involuntaria hacia la persona que se le respeta, es decir es una relación de deberes y dependencias recíprocas, bajo jerarquías que la respaldan, sin embargo resulta importancia mencionar un suceso que se presenta en dicho estudio que percató el autor, que es la posible aculturación que se da en las zonas fronterizas, en los estudiantes que participaron, ya que se nota una combinación de los patrones culturales de ambas naciones.

En un estudio posterior, se investigó acerca de la relación que existe entre el respeto y la posición social. Así buscaron analizar ciertos atributos de las personas y papeles que desempeñan que sean merecedores de respeto. Así se observó que en México son más merecedores de respeto los niños, los bebés, las mujeres jóvenes y las muchachas, que en Estados Unidos, claro tomando en cuenta que en México el respeto es merecedor a quien se ama, se tiene afecto, el dar o recibir protección, etc., lo que para Estados Unidos no representa dicho concepto. En cuanto la posición económica, se detectó que en México se tiene más respeto por la clase media, la baja y la alta, que en Estados Unidos, aunque la clase alta, es a la que se le tiene mediano respeto, en ambas culturas.

Respecto a la explicación que el autor da de estos resultados, menciona que el postularía algunas premisas socioculturales, que son el motor escondido por el que se habla de un carácter nacional. La primera se refiere a los valores humanos, que resultan para el mexicano más importantes, cuando de respeto se trata, que los económicos, y la segunda, que es una presuposición sociocultural, porque es semiconsciente o inconsciente y que manifiesta que se debe recibir más o menos respeto en sus papeles o atributos sociales no por méritos individuales, sino que está predeterminado por creencias, tradiciones, etc., la mujer por *ser* mujer, el viejo por *ser* viejo, el pordiosero por *ser* pordiosero.

Díaz-Guerrero, hace algunas preguntas que posteriormente responde, como por ejemplo ¿por qué es así el *yo* del mexicano? se cuestiona si será por modestia y humildad o por un complejo de inferioridad, y responde a la pregunta diciendo que el calor y la potencia que los mexicanos se otorgan a sí mismo, está al parecer entrañablemente ligados a personas y símbolos, que en su afecto o fe, son milagrosamente buenos y poderosos, de esta forma el mexicano individualmente se ha impuesto una insuficiencia y reducción con la finalidad de destacar la grandeza e inmensidad de los símbolos en los que cree: Dios, la Virgen, los santos, iglesias, pirámides y en personas e instituciones que lo son todo: la madre, el padre, y particularmente la familia.

Así, él concluye que sea cualquiera de estas razones (u otra) por la que el mexicano es así, es innegable que intervienen un gran número de factores históricos, antropológicos, culturales, sociales y económicos, además de los individuales, que deben alejar un estudio y respuestas a partir de teorías que se centraran en el desarrollo individual. También realizará algunas propuestas a nivel terapéutico, que en su momento se retomarán (Díaz-Guerrero, 1984).

c) Raúl Béjar.

Béjar, realiza un estudio del «mexicano», tomando en cuenta aspectos culturales y psicosociales, y en su libro, incluye un análisis de los autores que han abordado este tema y sus planteamientos. El inicia su estudio hablando acerca del carácter, como un concepto que ha tenido mucha importancia en el desarrollo de estudios sobre identidad, y a pesar de ser todavía un punto de controversia, pues se ha llegado a la conclusión de que para que una caracterología sea útil, debe diferenciar suficientemente a los tipos evitando una elaboración indebida y permitiendo hacer pronósticos de la conducta del sujeto en situaciones dadas y diferenciar entre el carácter real y la “fachada” que el individuo llega a mostrar.

Al realizar su análisis sobre el carácter mexicano, retoma los estereotipos sociales, sobre los cuales opina, funcionan como generalizaciones acerca de la configuración de un rasgo, carácter o comportamiento, que puede presentar un individuo, grupo, clase o nación, definiéndoseles por una serie de características distintivas y peculiares, de ahí un planteamiento del carácter del mexicano, como nación, si bien este punto se abordará en el capítulo posterior, en esta ocasión es sólo como justificante del estudio del mexicano en sus rasgos que lo definen. Pero el plantea tres procedimientos sistemáticos fundamentales para aproximarse a la comprensión científica del carácter nacional: 1) El acercamiento a la personalidad de un variado grupo de individuos, estudiándolos precisamente como individuos y no a través de la conducta de un grupo; 2) El estudio de fenómenos colectivos como prácticas institucionales, folklore, medios masivos, etc.; y 3) El análisis psicológico del sistema de crianza, como factor que influye en las características de la personalidad del niño.

El autor divide su análisis en diferentes perspectivas desde la cuales ha sido abordado «el mexicano»: la perspectiva filosófica, la psicológica, la literaria y diversas, de las cuales haremos mención brevemente para conocer a algunos de los autores que has sido objeto de análisis de Béjar, para luego abocarnos a las conclusiones a las que el propio autor llega en su estudio acerca de la identidad del mexicano.

La perspectiva filosófica, ha tenido por principal tarea el plantear preguntas en relación con el “ser mexicano”, su desarrollo filosófico y su conexión con la naturaleza de sus habitantes. Existen dos tendencias fundamentales dentro de esta perspectiva, en una se encuentran ubicados el pensamiento y estudios de filósofos como Alfonso Reyes, Antonio Caso, Emilio Uranga, que buscaron estudiar al mexicano como tal, al margen de los demás hombres; la segunda tendencia pretende conocer las peculiaridades del mexicano desde un contexto universal, a cargo principalmente de Leopoldo Zea.

La perspectiva psicológica, que se ha centrado en la aplicación de técnicas y métodos de la psicología y últimamente el psicoanálisis, ha buscado analizar los diferentes aspectos de la psicología del mexicano, sus antecedentes históricos, su medio social, entre otros factores que repercuten en su comportamiento psicosocial. Entre los estudios realizados en este ámbito se mencionan los de Santiago Ramírez, Francisco González Pineda, Ancieto Aramoni como uno de los más representativos del mexicano bajo la perspectiva psicoanalítica, que ha tomado tanto interés en este tema y el de José Gómez Robleda donde empleo test mentales para la captación del grado de perturbación en el comportamiento psicosocial del mexicano.

En la perspectiva literaria, se hacen notar los estudios de Alfonso Reyes, que en una colección de pequeños estudios expone su pensamiento respecto a México, sus problemas y rasgos característicos del mexicano. Pero han sido muchos escritores, que a través de sus novelas y relatos han buscado describir al mexicano, sus peculiaridades, estilos de vida... entre ellos podemos recordar a Salvador Novo, Luis Spota y Carlos Fuentes.

También aborda algunos autores que por diversas circunstancias se han visto interesados en el estudio del mexicano, y han realizado aportaciones interesantes al respecto, entre ellos se pueden mencionar a Jorge Segura Millán, César Garizurieta, Ma. Elvira Bermúdez, Eduardo Luquín, Alfonso García Ruiz, Angelina Moroleón, Jorge Carrión y Alberto Escalona Ramos.

Una vez que realizó la exposición de cada uno de los autores que desde diversas perspectivas realizaron un análisis y descripción del mexicano, plasma sus conclusiones y reflexiones desde su particular punto de vista. Béjar considera que ninguno de los pensadores estudiados habla acerca del mexicano entendiéndolo como ser histórico, naciendo del mexicano y sus peculiaridades un ser intemporal, que no está sujeto a una determinada estructura social, a un lugar concreto y sin modificaciones en el ambiente que puedan influir sobre él, atribuyéndole rasgos como el ser desconfiado, impulsivo, caritativo, desinteresado, que se presentan de forma exclusiva y sin ser alteradas. Otro elemento que él considera para reflexionar, es el hecho de las afirmaciones que se hacen acerca de la influencia del "choque cultural" donde se origina un complejo que perdura hasta el presente, puesto que en la historia de cada nación de encuentran choques culturales, que no podrían adjudicarse como causantes de una guerra mundial o la presencia de caracteres neuróticos o de minusvalía en un pueblo. No es que niegue su influencia, ni la de la historia en la construcción de una nación o de un carácter nacional, pero sí que han sido abordadas superficialmente. Para él, la manera en que han abordado algunos autores los factores económicos, políticos y sociales han quitado valor a los elementos psicológicos y estados anímicos, que han llevado a interpretaciones simplistas sobre el mexicano.

Para él, el enfoque de los literatos, ha dado muchas aportaciones y datos interesantes gracias a su capacidad y habilidad para identificar los problemas más relevantes, así como datos de una ciudad, secuencia histórica, relaciones y condiciones sociales y culturales, etcétera. Sin embargo, sin perder de vista que carecen de una acumulación sistemática y análisis científico que no puede ser sustituido, aunque proporcionan evidentemente material sociológicamente relevante. En la

medida en que el conocimiento teórico se incrementa se podrán obtener estudios mejores sin olvidar que es indispensable ir al campo a probar ahí, en la realidad, los instrumentos, hipótesis y técnicas que de dicho conocimiento surjan (Béjar, 1983).

Se puede observar que éste último autor realiza su estudio primero basándose en el análisis del estudio de otros autores, pero también se deja ver en ello una tendencia más que a nivel de identidad psicológica individual, en el sentido de identidad psicológica social, nacional, y realmente él no establece características peculiares del carácter nacional ni del mexicano como ser individual, pero realiza algunas reflexiones interesantes que aportan a futuros investigadores del tema.

De esta manera podemos darnos cuenta que la identidad nacional es un factor determinante para conocer y profundizar sobre un pueblo y que los psicólogos y estudiosos de la ciencias sociales y humanas, encontramos en ello muchas datos relevantes e interesantes de todo aquello que conforma nuestra identidad. Así el capítulo siguiente, aborda la identidad nacional de México.

CAPÍTULO 4. IDENTIDAD NACIONAL

La identidad es una de las preocupaciones centrales de nuestra época, una época – por cierto – de crisis, transición y ruptura, en la que la identidad es el laberinto donde el hombre se encuentra extraviado. Esto lo confirma la enajenación que caracteriza al ser humano en su estructura social, que le dificulta y distorsiona su identificación consigo mismo, con la sociedad a la que pertenece, con su país, su época; misma que está presente tanto en la creación artística, como en las reflexiones filosóficas o en las ciencias políticas, económicas y sociales.

La identidad nacional, nace de una necesidad de autenticidad, de igual dignidad, de la lucha por las libertades y del resentimiento provocado por un estatus precario, especialmente entre los intelectuales. Tal como lo percibía Herder, la identidad nacional, orienta y define una voluntad, un espíritu, una autenticidad y un horizonte moral para lo individuos nacionalizados. Sin embargo, el Estado y la política, juega un papel importante en la construcción de las identidades nacionales, puesto que la política, funge como instancia autónoma para aprehender el proceso de formación de la comunidad civil y nacional, y el Estado por su lado, aunque no se pone en duda su legitimidad, pues es quien crea la nación, en cuanto a frontera del espacio de su estructuración social (Elbaz y Helly, 1996).

Así, la identidad se ha convertido en un tema de moda, que está presente en el discurso de cualquier político, locutor, escritor, etcétera, donde se busca rescatar las raíces, lo que somos, la búsqueda de nuestro ser. Pero es un término, que no puede abordarse de definiciones en abstracto, sino de las relaciones que la determinan en un contexto real, esto es, historia, geografía, cultura, idioma, tradiciones, organización social, concepto que por lo tanto no puede ser acabado e inmutable. Por lo tanto el concepto de identidad nacional, es fundamentalmente político, ideológico y cultural, que se nutre y complementa con elementos económicos, sociales, étnicos, lingüísticos, religiosos, artísticos, históricos, míticos, etc.

Véjar (1989), para hablar de identidad, la estructura en cuatro niveles básicos e interdependientes que se expresan en el espacio arquitectónico: lo nacional (identidad con el país), lo regional (identidad con la región), lo social (identidad con el medio social) y lo moderno (identidad con el momento histórico). Y por su parte Labastida, mencionado por este autor, habla acerca de la identidad nacional como la unidad de la identidad y las diferencias, puesto que plantea que deben

asumirse las diferencias: las internas, ya sea para abolirlas, decretarlas como inexistentes, desarrollarlas hasta el antagonismo; y las externas que se refieren a la hegemonía, dependencia e interdependencia). Es decir, que la diferencias tiene que ser planteada hacia dentro de un país (regiones, hablas, mayorías y minorías nacionales, clases, subclases, sectores, relaciones de hegemonía y subordinación) y hacia afuera del mismo (guerra, diplomacia, dependencia cultural, tecnología, comercial, financiera).

Otra forma de abordar la identidad nacional: la que plantea Díaz-Guerrero (1989), que considera como uno de los factores mas importantes para entender la estructura y el comportamiento, las variables socioculturales de cada grupo o país. Así mediante la prueba de las premisas culturales propuesta por él, se reconoce la faceta psicosocial de la identidad nacional.

Pero también la identidad de un pueblo se destruye, sobre esto Villoro (1998) comenta, que su destrucción, no es el cambio de formas de vida o de pensamiento, sino la negación de su capacidad para proyectar y realizar una imagen ideal de sí mismo, donde sea posible la integración del pasado con la realidad actual, Sin embargo, también comenta que la imposición violenta de formas de vida de otros pueblos destruye la identidad del dominado puesto que le impide reinterpretar con sus propias categorías si historia, y decidir y elegir libremente su curso y futuro dándole un cierto sentido; esta dominación es la que lo enajena, y no la identificación con él mismo.

Respecto a la dominación e imposición de una cultura, de una identidad universal, Morin (1992), realiza una reflexión respecto a la posición e intervención de Europa en este asunto. Es imposible negar que existen culturas diversas, que sin embargo se han visto amenazadas actualmente por una corriente homogeneizadora. Europa ha sido, un espacio de nacimiento, propagación y síntesis de movimientos, conflictos e identidad, así podemos hablar de un Renacimiento, un Romanticismo y finalmente un Iluminismo, que surge de un lugar de Europa, para terminar propagado por el resto de continente y aún más. Pero lo interesante de la cultura europea, según el autor, es que acelera el proceso por el cual los filósofos buscan un fundamento absoluto de certeza, tenemos el caso de Descartes con el *cogito* o Hegel con la *dialéctica*, fundamento que se pone una y otra vez en tela de juicio. Y la conclusión es ésta, estamos en un universo europeístico, lo que quiere decir, que ya no somos propietarios de lo que era y constituía nuestra originalidad cultural, la cultura occidental, no es una cultura sólo de ellos, pues se ha difundido al resto del mundo, por imposición o por la idea vendida de "verdad universal", entonces ¿qué queda?, si es la razón

y el absolutismo lo que gobierna, el autor plantea la posibilidad de conservar de la razón, no sólo la razón crítica, sino también la racionalidad autocrítica, que permita concebir los límites de la razón y todo aquello que en el universo existe que no es razonizable. Agregaría además, los límites de la universalidad y la verdad, que engloban categorías tales como identidad. Entre conceptos es muy fácil perderse o entrar a un círculo vicioso, tal vez la razón – en sus múltiples modalidades o máscaras – no es el medio para conseguir lo que tanto buscamos.

Estas interesantes reflexiones, sin embargo, nos llevan a plantear todos aquellos elementos que intervienen en el estudio nuestro tema, y por supuesto es importante hablar sobre los conceptos que se entremezclan con la identidad nacional y que se abordan en nuestro siguiente apartado.

4.1 Conceptos emanados de la categoría de Identidad Nacional.

a) Estado-Nación

La idea de Estado nacional, es una idea que nació en la Revolución Francesa, teniendo un origen universalista que dio a algunos países como Grecia a principios del siglo XIX, un enorme entusiasmo por la lucha de su libertad. Así surgiría una identidad colectiva en los Estados nacionales clásicos, que daría cambios estructurales en las formas de vida modernas, en la búsqueda de un autoafirmación y autoconfirmación (Habermas, 1993).

Por otro lado, Elbaz y Helly (1996), plantean que la idea de Nación, emerge con la idea de soberanía del pueblo y de los individuos, de la lucha contra privilegios y el resentimiento de las clases sociales excluidas del ámbito político. El hablar de referentes culturales y lingüísticos en el siglo XVIII, no son referentes suficientes para unificar el espacio nacional. Será la idea de patria, y la consolidación de la economía nacional, y el mercado como medio de promoción social ofrecido por la región uno de los principales motores en la construcción de esta categoría. El territorio nacional por lo tanto quedaba abierto a cualquiera que aceptara los rigores de la ley, sin distinción de cultura o lengua.

En el texto de Blancarte (1994), el autor habla acerca del concepto de «nación», a la cual entiende como una serie de características culturales, además de esa zona geográfica, que son particulares de un grupo de individuos. Pero surge en él la duda de lo que implica una nación, y si este concepto queda empleado en todos los casos, para todos

los países por igual, debido a que poseen características y tiempos distintos, así como el hecho de que algunos países están formados por grupos de personas de distintos lugares.

De ahí que el autor planteé 2 tipos de nacionalidad:

1) Nacionalidades satisfechas: Que son aquellas que posee características como los documentos, libertad, unidad, soberanía y primacía nacional.

2) Nacionalidades frustradas: Que son aquellas que se encuentran bajo la dominación extranjera y/o fragmentación política, existiendo una línea conductora constante en la historia "nacional" de estos países.

Para Scruton, nación se refiere al desarrollo del destino de un pueblo, esencialmente dentro de los límites de un territorio definido y que comprende un lenguaje y asociaciones compartidos, historia y una cultura comunes, pero rechazando cualquier asociación con la raza (Beiner, 1997). Sin embargo, Elbaz y Heller (op. cit), consideran que la sociedad industrial no puede ser estructurado si no es gracias a la lengua y a una cultura comunes, y comentan que es el nacionalismo quien crea la nación en la medida en que el Estado moderno obtiene su legitimidad tanto del monopolio de la violencia legítima como de la educación universal, suplantando así orígenes y localismos, favoreciendo la movilidad social y espacial, en una palabra homogeneizando la representación de la "nación común e indivisible".

La afirmación de Arroyo (1999), de que el hombre sin nacionalidad puede sufrir la condena del desarraigo y el despojarse de todo nacionalismo, la condena a no tener identidad alguna que lo sostenga en el mundo, como universo político contemporáneo, tal y como se plantea hoy en día; puede llevarnos a replantearnos con cautela estas construcciones y todas sus implicaciones en diversos ámbito como pueden ser lo político, económico, social, cultural y psicológico.

b) Grupos étnicos o etnicidad.

Referirse a etnicidad o grupos étnicos, es algo que se ha cuestionado, en tanto que existe una dificultad para definir lo que es o no un grupo étnico, o la etnicidad de un grupo. En muchos casos la raza no es un indicador relevante, ni tampoco el estilo de vida de las fronteras étnicas de un grupo.

Bartolomé (1997) define a la etnicidad, cuando la identidad de un grupo étnico se configura orgánicamente como expresión de un proyecto social, cultural y/o político que supone la afirmación de lo

propio en confrontación con lo alterno. La etnicidad se manifiesta entonces como la expresión y afirmación protagónica de una identidad étnica específica, es decir, que ello comprende los mecanismos de comportamiento y la interacción, con los diferentes grupos culturales que actúan en un mismo contexto social y se relacionan competitivamente.

Sin embargo, las demandas de recursos, también es un factor que tiende a dificultar la dimensión real de lo étnico, puesto que la demandas económicas pueden ser similares entre indígenas y campesinos que conviven en una región, pero la distinción étnica se sigue manteniendo entre ellos a pesar de la posición de clase similar. También las relaciones de poder influyen determinadamente en la autoimagen y autoestima de los grupos étnicos, ya que de la configuración de fronteras económicas, políticas e ideológicas, se reflejan la manera como serán tratados los grupos o los individuos pertenecientes a ellos, y su afirmación identitaria, que por otro lado requiere de otros elementos que los ayuden a conceptualizarse a sí mismos como pertenecientes a una etnia específica.

Respecto a los grupos indígenas, la economía indígena, ha sido vista por primera vez no por la carencia de recursos, sino distintiva, porque opera no sólo como una base estructural para el desarrollo e una conciencia social específica, sino como un recurso ideológico en la afirmación de la identidad étnica. De igual manera, la indumentaria ha constituido desde la época prehispánica, un marcador de las filiaciones culturales y sociorganizativas de las colectividades nativas. Es interesante conocer, que la indumentaria posee muchos significados a nivel de afirmación identitaria, ya que por ejemplo los diseños de la ropa, suelen variar entre sectores de un mismo grupo etnolingüístico, y se habían considerado como meras distinciones estéticas, sin embargo, actualmente se ha descubierto que existen en ellos códigos textiles con contenidos simbólicos, referentes culturales.

El parentesco parece tener un gran peso en la formación de una identidad personal y social, las maneras en que se da éste, pueden ser no solo por consanguinidad, sino por alianza, afinidad, compadrazgo, y en general existe una compleja red de derechos y obligaciones parentales, que desempeñan papeles en la vida política, basada en jerarquías y posiciones generacionales.

c) Cultura

La «cultura» es sin duda, uno de los elementos más significativos en la integración de los seres humanos en la sociedad, ya que proporciona los factores sociales y espirituales para que el hombre se entienda con sus semejantes.

Al intentar definir cultura, sociólogos, antropólogos, filósofos y otros, por muy "científicos" y "objetivos" que pretendan ser, se han encontrado con múltiples definiciones, y una compleja gama de condicionamientos sociales, psicológicos, científicos, filosófico, religiosos, éticos, estéticos, que ha dificultado una concepción clara y única de lo que es cultura. El punto de coincidencia, es que la cultura es algo creado por el hombre y que de alguna manera u otra, todo hombre se encuentra inmerso en ella, ya que participa al menos mínimamente en la transformación continua de la sociedad a la que pertenece.

Pero hablemos, un poco acerca del surgimiento de este concepto. Los romanos empleaba la palabra "cultura" para designar el cultivo de las cosas, fueran corporales, incorporales o del hombre, el culto como veneración u honor, o el cuidado de algo. Y es solo con Cicerón (106-43 A.C.), donde la palabra aparece para denominar la formación o educación, la cultura del alma, como filosofía para que el hombre consiga su condición humana. Desaparecería en la Edad Media debido a los cambios que trajo el Cristianismo, donde sólo se rendía culto u homenaje a Dios, y reaparecería en el humanismo español con Ortega y Gasset, en la primera reflexión del hombre occidental sobre su cultura. Francis Bacon, emplearía el término como parte de la ética, que busca cometer la voluntad del hombre a las prescripciones morales, para hacerlo feliz. Más no sería sino hasta el Iluminismo, donde se formularía el concepto de cultura, aunque no siempre bajo este nombre, con intelectuales como Voltaire, Montesquieu y Turgot (Sobrevilla, 1998).

Béjar (1983), da algunas definiciones de cultura. El término cultura, según el Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana de Joan Corominas, aparece en 1515, como acción de cultivar o practicar algo. Luego la Real Academia Española, expresa que cultura es el resultado o efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio del ejercicio de las facultades intelectuales del hombre, es decir, que es un proceso por medio del cual el hombre se encuentra a sí mismo en su propio yo, en su familia, en su Estado Nacional, en la humanidad. El Diccionario de Ciencias Sociales, expone que cultura es aquel todo complejo que incluye conocimiento, creencias, arte, ley, moral, costumbres y cualquier otra capacidad y hábito adquirido pro el hombre como miembro de la sociedad.

Duverger, citado por este autor, busca una definición que sea más operativa, diciendo que es un conjunto coordinado de maneras de actuar, de pensar y de sentir, constituyendo los roles que definen los comportamientos expresados por una colectividad de personas, siendo así la razón, la acción y el sentir, los elementos básicos de toda cultura, que a su vez comprendería las formas de observar el mundo y

reflexionar sobre él, de comprender las relaciones existentes entre personas, objetos y sucesos, realizar acciones y perseguir objetivos, etcétera.

Para Clifford (1992), la cultura es pública y aunque contiene ideas, no existe como entidad física, pero tampoco oculta. Esto se refiere a que no es algo que se encuentra en alguien físicamente, pero sí está presente en cada una de las personas que vive en una sociedad. Este autor habla acerca de que la mayoría de las veces el estudio de la cultura es muy reduccionista ya que tratan de oscurecerla definiéndola como una realidad superoorgánica, o bien como un conjunto de conductas que presentan los individuos de alguna comunidad. La escuela antropológica cognitiva, sostiene que la cultura está compuesta de estructuras psicológicas, donde los individuos o grupos, se conducen de cierta forma, consiste en que lo que uno debe de conocer o crear a fin de obrar de manera aceptable para sus miembros.

No obstante, el término cultura ha sido redefinido en los últimos tres lustros, y existe un elemento importante que ha sido agregado: el término antiguo, era basado en la continuidad, en cambio el moderno está basado en la variedad y diferenciación.

Así desde una visión etnocéntrica de la cultura – de la que habla Colombres (1997) – las ciencias sociales como al antropología se han preocupado por manejar un concepto más amplio de la misma, como el propuesto por el enfoque del “relativismo cultural”, donde la cultura es el conjuntos de actividades y productos materiales y espirituales que distinguen a una sociedad de otras.

Este autor refiere que existe una relación entre grupos sociales en donde en la dialéctica del control cultural no se establece entre lo mío y lo tuyo, sino entre lo nuestro, de ahí que marque cuatro procesos básicos relacionados a ello: la *resistencia* de la cultura autónoma; la *imposición* de la cultura ajena; la *apropiación* de elementos culturales ajenos, en el cual hay uso y decisión sobre ellos pero incapacidad de producir y reproducirlos; y, la *enajenación*, que es la pérdida de la capacidad de decisión sobre los elementos culturales propios.

Y partiendo de ello él propone la presencia de elementos culturales que caracterizan la cultura de una sociedad, postulando cuatro tipos de cultura:

- a) *Cultura autónoma*, donde el grupo social posee el poder de decisión sobre sus propios elementos culturales, siendo capaz de producirlos, usarlos y reproducirlos; b) *Cultura impuesta*, donde ni

las decisiones ni los elementos culturales son del grupo social, los resultados, sin embargo entran a formar parte de la cultura total del propio grupo, como podrían ser la sutil imposición de modelos de vida, valores, aspiraciones, consumo, logrados a través de los medios de comunicación y el sistema educativo; c) *Cultura apropiada*, en donde los elementos culturales son ajenos, en cuanto a su producción y/o reproducción, pero el grupo los usa y decide sobre ellos; d) *Cultura enajenada*, en este caso los elementos culturales son propios del grupo, pero la decisión sobre ellos es expropiada.

Al hablar de una cultura propia, se mezclan los ámbitos de la cultura autónoma y la cultura apropiada, ya que a partir de ella se ejerce la inventiva, la innovación, la Creatividad Cultural, es una capacidad social de producción cultural autónoma, que da a una sociedad la unidad diferenciada, la posibilidad de una continuidad histórica alrededor de la cual, se organiza y reinterpreta el universo de la cultura ajena. Es también signo de identidad social, y de su relación con la amplitud y solidez de su cultura propia.

La visión antropológica de la cultura, ha hecho otras aportaciones importantes sobre la cultura, ya que no plantea cualquier manifestación cultural bajo términos de superioridad e inferioridad, sino que acepta, que todo elemento cultural es el resultado de una dinámica social específica y responde a necesidades colectivas, de esta forma plantea cuatro elementos en torno a esta apreciación: a) La cultura como proceso colectivo de creación y recreación; b) La cultura como herencia acumulada de generaciones anteriores; y c) La cultura como conjunto de elementos dinámicos que pueden ser transferidos de grupo a grupo y en su caso aceptados, reinterpretados o rechazados, por grupos sociales diversos.

Para realizar un mejor análisis de las culturas, es importante estudiar cada uno de sus elementos y luego estudiar cómo se relacionan entre ellos y con los símbolos con los cuales esa cultura está organizada. Es por eso que el análisis cultural en verdad puede decirse que es incompleto, ya que entre mayor profundidad busca en su estudio, menos completo es, de ahí que sea necesario el convertir la cultura en rasgos, folklore, instituciones, etcétera, esto también es reducir la cultura y no sólo eso, sino que es posible que se pierda el contacto con las realidades políticas, económicas, biológicas y físicas con las que el hombre está en contacto siempre, es por eso que se sugiere que al estudio de aspectos como: violencia, nacionalismo, identidad, naturaleza humana, revolución, status social, etcétera, debe dárseles preferencia para analizar dichas realidades, asimismo el hecho de estudiar dimensiones

simbólicas de éstas mismas – como puede serlo el arte, la religión, la ideología, la ciencia, la ley, el sentido común – no implica apartarse de los problemas existenciales de la vida, sino que por el contrario profundizar en los mismos.

Por otro lado es importante considerar que existe mucha diversidad en las culturas, pero hay que tomar en cuenta que éstas no son quienes con sus costumbres, épocas y tiempos, determinan la naturaleza del hombre sino que más bien el hombre y su naturaleza llevan a la creación o establecimiento de ciertas características, costumbres y tiempos, de ahí que la variedad de esencias humanas de lugar a la diversidad cultural (Clifford, op. cit.).

Esto lleva a retomar lo que menciona Villoro (1998), acerca de que cada sociedad debe tener el criterio último de comportamiento de sus miembros, sería entonces la moral positiva vigente en cada sociedad, la encargada de dar legitimidad a cada comportamiento. Y a su vez, sería posible tal vez encontrar algunos principios –valores transculturales– que respetando la pluralidad cultural (y étnica), pudieran ser compartidos, reconocidos y realizados por diferentes grupos, culturas o sociedades, sin caer en el universalismo. Así las creencias y actitudes de una sociedad pueden variar considerablemente de un grupo social a otro incluso de un individuo a otro, lo importante sería el poder referir esas variantes como pertenecientes a una cultura, y no caer en “criterios comunes”, sobre lo que debe considerarse como razones válidas, sobre lo que pueda considerarse como racional y como valioso.

Sean cuales sean, las creencias, valores y actitudes de una cultura, según este autor todas deben cumplir una triple función: 1) Explicar la realidad y asegurar el éxito de nuestras acciones en ella; 2) Regular nuestra conducta en conformidad con el bien común; 3) Orientar y dar un sentido a la vida, tanto individual como colectiva. Así la función que cumple admitir razones, promulgar normas y proyectar valores, en todas las culturas, la misma, aunque su contenido difiera y también su forma de apreciarlo y llegar a dichos objetivos. Respecto a esto, es que se plantean que serían las “necesidades básicas”, las que podrían ser candidatos para ser elementos compatibles entre culturas, pero realizando un análisis, parecería que solo las necesidades naturales (alimento y vestido), pueden representar la misma importancia para todas las culturas, sin embargo hasta en ellas existen formas distintas de apreciar y satisfacer dichas necesidades en cada cultura.

Los cánones, han llevado a prejuicios en torno a la cultura, un ejemplo sería en la apreciación de las creaciones humanas, son sólo algunas lo suficientemente “valiosas” para ser incluidas dentro de lo que

es cultura, y en occidente se encuentra muy arraigado lo que es “mejor” o “valioso”, que puede considerarse como verdadera “cultura”, son las creaciones a las que llamamos “arte”. También a partir de ello, surge la duda de lo que puede ser considerado “culto”, ¿quién lo es?, depende del conocimiento que se posee o del que sirve para actuar dentro de la sociedad a la que se pertenece, ¿es más culto el mazahua que conoce su mitología e historia, su lengua y medio natural, que practica sus costumbres en las relaciones sociales, en su vestido y alimento, pero desconoce la gramática castellana y no sabe usar el tractor?, o el campesino mestizo que ha cursado tres o cuatro años de primaria, que sabe leer tiras cómicas y posee un radio de transistores, pero no sabe resolver ecuaciones ni ha leído la última obra de Fuentes (o algún clásico), o el mexicano urbano que además del español, habla un poco de inglés, viste a la moda, pero no sabe cuándo se debe sembrar o cosechar el maíz, ni distinguir una chacona de una gavota (Colombes, 1997). Todo depende del cristal con que se mire, porque cualquier respuesta será subjetiva y condicionada por el grupo al que se pertenece y el momento histórico que se vive.

De ahí, la absurda idea de hablar de una “cultura universal” como algo dado, debido a que puede ser tan abstracta que signifique cualquier aportación humana, con independencia de tiempo, individuo, geografía o grupo, aunque sabemos que realmente no es así, porque la “cultura universal” tiene por sobrenombre “cultura occidental”, desde la cual pueden derivar patrones aceptables para las culturas nacionales, ya que cuentan con la validez absoluta (Béjar, 1983 y Klor de Alva, 1993). La dominación de una cultura sobre otras consideradas inferiores, se ha justificado bajo la existencia de valores universales. El dominador se cree siempre portador de un mensaje “universal” y su revelación a otros pueblos, ha sido un bien impagable, la expansión de la “única religión verdadera y la civilización”, así el colonialismo se presenta como la cara benéfica, porque es de validez universal. Sostener el valor relativo de todas las culturas desarma por completo la justificación del dominador, ha sido una actitud de rebeldía contra el dominio cultural donde se descubre una operación ideológica: la falsa universalización de los valores de una cultura particular, que a su vez surgiría la posibilidad de fundar el respeto a un pluralismo cultural, del que se hablará en un inciso posterior (Villoro, op. cit).

El asunto de la universalidad y la relatividad en la cultura, también ha dado origen a modelos culturales que podemos reconocer bajo los nombres de “cultura de masas” o “cultura popular”. Lo que comprende la cultura de masas, ha sido en general las industrias multinacionales más poderosas, donde el producto cultural es fabricado esencialmente con criterios comerciales y de lucro económico, y se le denomina con este

nombre, porque su penetración masiva en toda partes del mundo y su aceptación y consumo por la mayoría de la población le han hecho justicia. La cultura popular, por su parte, se refiere a los procesos de creación cultural emanados directamente de las clases populares y/o grupos minoritarios, de sus tradiciones, de su genio creador, es muchas veces, cultura de clases, en la que con frecuencia se inspira el nacionalismo cultural.

Sobre la cultura popular Béjar (op. cit) describe cuatro connotaciones que tiene la palabra popular: a) Designa todo lo relacionado al pueblo y la cultura nacional como la expresión de una voluntad política que unifica a todos; b) Afirma aquello que trata de las costumbres arraigadas en un pueblo, conocido como tradición o folklore; c) También se puede referir a aquello que se opone a lo culto, puesto que hace alusión al conocimiento y costumbres resultantes de experiencia directa del individuo, no es producto de lo intelectual; d) Hace referencia a los grupos o sector que por su situación económica y social, contrasta con los grupos minoritarios que tienen el poder y la riqueza. Basado en estos puntos, da una definición de lo que es cultura popular, como el conjunto coordinado de maneras de actuar, de pensar y de sentir, que constituyen los roles que definen los comportamientos esperados de las clases media y baja de la sociedad.

Y porque una cultura no es una forma uniforme de vida, establecida de una vez y para siempre, esta se encuentra en transformación permanente, entre lo aceptado por la mayoría y las razones y valores que la minoría propone, y que muchas veces es el generador de esos cambios en las sociedades.

Un paso fundamental en la comprensión de la "cultura", es comprender la cultura ajena, comenzando por no juzgar a partir de nuestra escala de valores y nuestro concepto de racionalidad (o al menos no sólo de esta manera), sino intentar descubrir la manera en cómo se configura el mundo para el otro y comprenderlo a partir de sus propias creencias y actitudes básicas, lo que no implica necesariamente compartirlas, pero si el reconocimiento del otro como sujeto y también como grupo, esto daría pie a hablar de pluralidad cultural.

d) Pluralidad Cultural

Los estudios sobre la pluralidad cultural o naciones multiculturales, demuestran algunos conflictos acerca de la dificultad de respetar la diversidad y al mismo tiempo encontrar unidad o crear alternativas para lograr dicho objetivo.

El considerar que la cultura es un conjunto sistematizado de respuestas a nivel adaptativo, que requieren de un esfuerzo social y personal, haría que la heterogeneidad de las condiciones geográficas, ambientales e históricas generara un extensa gama de respuestas que vendrían a formar culturas similares y distintas, semejantes y opuestas, la cultura sería universal en tanto proceso de enajenación, búsqueda de identidad, pero también sería diferencial en cuanto a que exigirían soluciones a problemas y necesidades específicos de cada una de ellas. Así las posibilidades en una misma cultura pueden crea a su vez subculturas, que se entiende como la comunidad que se basa en los valores esenciales de la cultura a que pertenece y que se define básicamente por los aspectos secundarios, donde los individuos por ejemplo, están integrados parcialmente ea las instituciones nacionales y son gente marginal, caracterizados por un fuerte sentido de abandono, dependencia, inferioridad, desvalorización personal (Béjar, 1983).

El multiculturalismo, como lo definen Elbaz y Helly (1996), es una constelación de políticas y de prácticas que trata de conciliar la identidad y la diferencia, de deconstruir y relativizar la metacultura de las sociedades industriales. Pero ellos hablan de la necesidad de plantear dos tipos de multiculturalismo: 1) Aquel que remite a la comunalización etnopolítica de los grupos estigmatizados que utilizan estratégicamente la marca cultural para reivindicar el acceso a las diversas esferas de la sociedad; 2) Aquel que pretende menos la reducción de las desigualdades que la reescritura de la historia por algunos grupos minorizados rechazando el eurocentrismo, las prácticas asimilacionistas, la construcción del otro en la literatura, la educación y el poder. Si la primera busca una incorporación igualitaria apoyada en el pluralismo cultural, la segunda se caracteriza por la presencia de un resentimiento y la búsqueda de la autenticidad que derivan hacia un nacionalismo cultural y un relativismo absoluto.

La necesidad de una sociedad homogénea ha sido empleada para justificar una política de asimilación de las etnias minoritarias a la cultura nacional hegemónica, y también para justificar el dominio cultural y en otros ámbitos. Si la homogeneización se le entiende como la supresión de las diferencias culturales y adhesión de las creencias y valores de una cultura dominante, esta formaría parte de una ideología de unidad nacional, pero en rechazo y desvalorización del pluralismo cultural. Garzón Valdés propone que el principio de homogeneización es compatible con el respeto a la pluralidad de culturas, ya que considera que una sociedad es homogénea cuando todos sus miembros gozan de los derechos directamente vinculados con la satisfacción de sus bienes básicos, entendiendo estos últimos como aquellos que son condición necesaria para la realización de todo plan de vida. Cabría señalar que la

situación es diferente si se trata de culturas pertenecientes a países independientes o de etnias minoritarias dentro de un mismo país (Garzón Valdés, cit. en Villoro, 1998).

La legitimación estatal de la pluralidad cultural apunta a la reducción de las desigualdades estructurales así como a la construcción de una identidad nacional, ya que su trabajo tiene por objetivo la resolución de los dilemas surgidos por la división étnica y social del trabajo, la exclusión, etcétera, pero sin embargo, no es aceptada sin protestas ni percibida como un nuevo repertorio en el que las identidades transigen entre ellas. Las pretensiones legítimas deben proponer la aceptación de las demás formas de vida, iguales derechos a los otros, con sus idiosincrasias y todo lo que en ellos nos resulta difícil de entender; no empecinarnos en la universalización de la propia identidad, no excluir y condenar todo lo que se desvíe de ella, es necesario que la tolerancia se haga infinitamente mayor de lo que es hoy, a todo lo que esto comprende, Habermas le llama "universalismo moral" (Habermas, 1993).

En opinión de Elbaz y Helly (op. cit), la edad de la globalización no permite reconciliar ya ideas de libertad e igualdad con las jerarquías y las desigualdades étnicas estructurales, limitación en la participación cívica y política y la supremacía cultural de apariencia universalista. Una mejor opción sería el pensar en los derechos individuales y de minorías que encerrarse en la nostalgia de la nación unitaria y de una democracia que ha sido imperfecta y basada en exclusiones.

Beiner (1997) por su parte, se expresa del pluralismo, como una fragmentación cultural de la ciudadanía considerada como una ventaja positiva. Pero también es cierto que el que los grupos insistan en la afirmación oficial por parte de la sociedad de su diferencia ofrecería apoyo y reconocimiento institucional, como la concesión de fondos públicos, por otro lado considera que el aceptar y alentar la diversidad, haría que los ciudadanos tuviera cada vez menos en común, amenazando así la idea de ciudadanía.

García y Granados (1999) por otro lado, considera que en el discurso de la interculturalidad se puede ocultar una nueva manera de organizar la diferencia, un "nuevo racismo", ya que la construcción de la diferencia señala distancias culturales que tratan de ser ocultadas bajo este término, ya que muchos de éstos estudios surgen como consecuencia de la desigualdad disfrazada de diferencia, es decir, que se justifica la desigualdad en un mundo cuya condición es la diversidad.

e) Nacionalismo

La homología nación-pueblo-Estado, es resultado de la gran transformación capitalista de principios del siglo XIX. Pero es después de 1870, precediendo la industrialización y en el marco de la guerra de fricciones a la que se entregó el mundo cristiano en los siglos XVII y XVIII, que el temor al cambio económico, los flujos migratorios masivos y la resistencia obrera darían paso al nacionalismo, con el reciente redescubrimiento folklórico (étnico y lingüístico) del pueblo como proyectos, reactivos y testimonios de la crisis existente respecto a este concepto de lo nacional. Por eso el nacionalismo ha sido visto como una religión de salvación terrenal derivada de las concepciones kantianas de los seres humanos como seres autónomos.

El Estado ha jugado un papel importante en la promoción del nacionalismo (y en el uso del mismo), un ejemplo es que la integración nacional y el patriotismo se cultivan de manera especialmente intensa en la guerra; la militarización y el nacionalismo han sido antecámara de la planificación económica y de la expansión capitalista en sus formas colonial e imperial.

Los fundamentos del nacionalismo, la identidad nacional, no pueden separarse de la racionalización del mundo nutrida por la modernidad, tampoco se ha librado de ser guiado por intereses que no reconocen los derechos de las minorías, de los excluidos de esa modernidad, ni ha sido capaz de reconocer legados civilizatorios que son constitutivos y constituyentes de las sociedades nacionales. La voluntad de unificar el imaginario nacional ha sido constantemente contrapesada por las adscripciones de clase y género y por el racismo, que no ha cesado desde la formación del capitalismo histórico (Elbaz y Helly, 1996).

El nacionalismo, puede entenderse como la práctica de la defensa de los intereses de una comunidad determinada geográficamente, la ideología de los rasgos colectivos más notables, el orgullo de las diferencias específicas, la religiosidad, los sentimientos más recurrentes, así como el control, estatal del significado de ser mexicano (o de cualquier nacionalidad) y la premisa ideológica de la unidad, la fuerza del Estado (Véjar, 1989).

Por su parte Beiner (1997), considera que el nacionalismo es una reacción típica a sentimientos que aparecen ante una identidad amenazada y nada resultaría más amenazante que la integración global. Scruton, mencionado por este autor, considera que los grupos deberían asimilarse a la "idea nacional", y si no pueden hacerlo, pues no deberían pertenecer a la comunidad política, sino a otro que les proporcione un

sentido de hogar y arraigo. Pero su argumento se refuerza en que la última instancia que sostiene al Estado liberal no es un sentido de pertenencia política a él, sino lealtades y alianzas sociales que definen la nacionalidad.

4.2 Identidad Nacional en México.

La nueva España virreinal, siendo como fue un apéndice del imperio español, no tenía los elementos necesarios para la constitución de una nación moderna, salvo la unidad cultural de sus clases gobernantes y la infraestructura administrativa de la época virreinal. La inestabilidad política que comenzaron a hacerse notar después de la Revolución Mexicana, y por medio siglo, sería debido a la falta de comunicación e integración económica, las ambiciones políticas de los caudillos, los intereses económicos de la clase dominante, el cambiante papel de la Iglesia en sus relaciones con el Estado, que contribuirían a la generación de constantes conflictos. Además, dos factores fundamentales fueron obstáculo para la constitución de la nación moderna y fuerte que se esperaba: la intervención norteamericana con la pérdida de más de la mitad del territorio mexicano y la intervención francesa y el establecimiento del imperio de Maximiliano (Colombres, 1997).

Lo que sucedería más adelante respecto a este problema – según Escalante (1998)– sería un fuerte choque al implantar los principios políticos del liberalismo europeo con las tradiciones que nutrían a la mayoría de los pobladores en el siglo pasado y el que el liberalismo se hubiera impuesto al mismo tiempo en que el Estado mexicano se estaba conformando, a diferencia de los Estados europeos que ya consolidados lo que buscaba era modificarlos.

Respecto a esto, algunos autores como Antonio Caso, opinan que hubo una prematura autodeclaración de México como nación demócrata y republicana, que ha llevado a muchos actos fallidos debido a que aún no resolvemos nuestro problema antropológico, racial y espiritual (Echegollen, 1999).

Ahora, para hablar de identidad nacional, es importante tocar ciertos temas como el surgimiento del nacionalismo en el país, para luego abordar temas de gran interés en la constitución de la misma como lo es la pluralidad cultural de que es objeto: el mestizaje, el criollismo y el indigenismo.

Los antecedentes datan de la época colonial, pero no fueron los indígenas quienes se dieron a la tarea de discutir sobre su identidad, sino

más bien los criollos, hijos de españoles nacidos en América, que eran hombres sin arraigo y con una subnacionalidad, ya que por un lado les eran negados sus derechos como españoles y por otro, carecían de elementos genealógicos y de pasado para identificarse con su nueva patria y buscando este arraigo, surgiría esa exaltación por lo indígena frente al despotismo español (Chilpa, 1995).

El surgimiento del nacionalismo mexicano, nace entonces de una idea desarrollada a partir del patriotismo criollo nacido en los siglos XVII (Sigüenza y Góngora, Sor Juana...) y XVIII, sustentado en las tensiones entre peninsulares y criollos y de la articulación de las demandas políticas de la insurgencia con el remoto pasado prehispánico. El nacionalismo y el "ser mexicano" cobraría fuerza en diversos momentos históricos como el guadalupanismo criollo novohispano y los ulteriores neoaztequistas liberales como Mier y Bustamante. Así el aztequismo, el guadalupanismo y el repudio a la conquista, fueron elementos fundamentales en la ideología de un nacionalismo mexicano. Y tiene un nuevo impulso con la Revolución Mexicana, dando lugar a numerosos intelectuales interesados en el tema entre los que podemos mencionar a Manuel Gómez Morin, Samuel Ramos, Uranga, Leopoldo Zea, Miguel León Portilla, Octavio Paz, Jaime Labastida, Carlos Monsiváis y una lista interminable; algunas de las aportaciones de estos autores serán vistas más adelante.

Algunos estudios han mostrado que la fractura entre la metrópoli y las regiones de ultramar fueron de otro orden, es decir, a los conflictos entre las élites, que no sólo incluían a criollos, y el fracaso centralizador de las reformas borbónicas o bien a la representación política inequitativa. Y por otro lado algunos elementos que permitieron también el florecimiento del nacionalismo serían eventos, como la invención de la imprenta, la puesta en escena de la novela y el periodismo.

Entre los personajes que no se pueden olvidar en el tema del nacionalismo mexicano, es Jesús Reyes Heróles, quien es considerado como el único pensador mexicano que en el siglo XX emprendió la misión de imaginar el nacionalismo desde la historia y escribir sobre él en una obra de tres tomos. La obra de Reyes Heróles considerada la más importante, es aquella que trata sobre el liberalismo mexicano.

El país imaginado por Reyes Heróles, fue uno diseñado a partir de dos eventos de suma importancia: el del liberalismo del siglo XIX y la de la Revolución Mexicana del siglo XX, las cuales le dieron a México el nacionalismo revolucionario hoy en día tan reconocido. Parte de su obra giraría entorno al liberalismo democrático —que cogería los términos de

“soberanía popular” basada en la representación política, principios igualitarios, división de poderes, sujeción a leyes y principios individuales -, y el liberalismo ilustrado, donde hace visible a un país que se encuentra entre dos órdenes: el colonial que no se liquida con la Independencia y el moderno basado en tres características: secularizante, laico y democrático liberal, su propuesta al final estaría basada en el liberalismo social, como la fuerza para aniquilar el retroceso, y que tendría como fin una República restaurada y la Revolución mexicana armonizada. Su país imaginado, tiene como centro la “identidad nacional” y la recuperación del pasado, de esta manera no interesa si su visión de la historia sería la más sensata coherente o realista, sino que muestra la lucha por defender la cultura popular, proteger una antigua sociedad popular (Arroyo, 1999).

Tal como lo plantea este autor, la visión de la historia, y sus intereses muy particulares, tal vez llevaron a Reyes Heróles a no tomar en cuenta que no existe una sola identidad mexicana, sino que hay una diversidad de identidades y son dinámicas. Por ello su historia no incluye las políticas contra las comunidades indígenas o su indiferencia. Véjar (1989), dice que no es posible seguir insistiendo en un proyecto de “mexicanidad” que bajo pretextos modernizadores, ha sido construido a partir de la homogeneidad y no de la diferencia del país: pues México, desde sus orígenes prehispánicos, ha sido una sociedad plural, donde han convivido diferentes razas, culturas y clases sociales, en una muy variada geografía.

Este pluralismo cultural y social, que se expresa en mestizaje y no en criollismo, debe reconocerse no sólo en los aspectos superficiales y folklóricos, sino también en aquellos que plantean proyectos de civilización diferentes, que tiene el derecho y deben tener la oportunidad de existir en un plano de igualdad, ya que en sociedades como la nuestra con una historia colonial, las culturas populares se han encontrado en posiciones desventajosas, así el autor considera que “el proyecto de nación en lo interno «tiene que ser asumido sobre la base de la diferenciación» en la que se respeten las minorías que no asimiladas todavía por la «nacionalidad homogénea»” (pp. 33). El término transculturación según Beverley (1999) nos permite reconocer esos tesoros culturales que no le deben su existencia solo al trabajo de las élites sino también a los logros de las colectividades populares, como producto de una historia común y la formación de una nación e identidad nacional.

El grupo social portador del poder político, ha buscado incrementar su poder ideológico utilizando una táctica: la de hacer suyos aquellos símbolos que contribuyan a la legitimación histórica, y por supuesto el

pasado prehispánico es incluido como parte de este proceso de apropiación simbólica, y por lo tanto este pasado no pertenece a sus herederos nativos sino a una abstracta nación mexicana, donde son incluidos en el nivel simbólico pero excluidos en lo social.

El sector nacional (el grupo en el poder), es el productores, transmisor y reproductor de aquella ideología evolucionista del progreso y el desarrollo de la que son el referentes, y la misma que considera arcaica la condición étnica, una contradicción interesante.

La cultura mexicana es una cultura mestiza, de hecho todas las culturas lo son, en tanto que existe mezcla, fusión y asimilación de elementos de otras culturas. Sin embargo, el caso de México, su identidad y su cultura, ha llevado a múltiples reflexiones acerca de de si la cultura mexicana se alimenta de la europea, si es imitación de ella, y al respecto Béjar (1983), considera que aceptar tal tesis, sería un error, por que es cierto que nuestra cultura también tiene mucho de la europea, la mitad podríamos decir, pero no podríamos negar la herencia cultural indígena, ni tampoco la potencialidad del mexicano para adaptar y hacer suyas de acuerdo a su medio y su tiempo, las pautas occidentales, asimismo, se estaría negando la originalidad y creatividad de la cultura mexicana, que en algunos aspectos ha trascendido las fronteras nacionales.

Al respecto, valdría la pena cuestionar, si por ejemplo es verdad que hemos sabido adaptar de acuerdo a nuestro medio y tiempo, las pautas que ha establecido la cultura de occidente, o bien reflexionar acerca de la importancia que le damos a la "trascendencia nacional" en el desarrollo de nuestra cultura, ¿es que debemos apegarnos a una validez universal establecida bajo cánones europeos?

Pero volviendo al tema de lo que caracteriza la identidad nacional, existen algunos estudios acerca de rasgos que se han percibido como característicos en la identidad nacional del mexicano. El estoicismo, ha sido considerado uno de los rasgos que nos ha caracterizado según autores como Octavio Paz. María Zambrano y Alfonso Reyes. Campos (1999), realiza un estudio de estos autores respecto al tema del estoicismo. El estoicismo, es considerada la más alta de nuestras virtudes , tanto en el campo de la guerra como en el de la política; designa una capacidad extraordinaria de sufrimiento que se ofrece como reflejo de entereza e impasibilidad, claro es el ejemplo del indio, que se le asigna la virtud de la resistencia digna y la entereza ante la adversidad.

El caso de Paz, en su ensayo el Laberinto de la Soledad, hace referencia al estoicismo, como un rasgo que más que atribuirlo

deberíamos de reflexionar acerca de lo que ello nos conduce sobre nuestra naturaleza y aquello que está incrustado dentro de cada uno, Paz considera que el estoicismo tiene una traducción fácil: represión, y puede asociarse a la razón de su negatividad. Para Zambrano, por su parte, el estoicismo, es el comienzo de una actitud revolucionaria, pero que jamás llega a ella, esa situación de soledad, de insularidad con el mundo social que hay, hace nacer actividades revolucionarias, que al no ser concluidas se vuelven en una de las más profundas características del estoicismo. Esta autora considera que el estoicismo cultiva una fuerza en el individuo, la seguridad y serenidad que le permite enfrentar aquello que sin excusa sobreviene en soledad. Alfonso Reyes, en sus ensayos, habla acerca del estoicismo, haciendo uso de conceptos como la libertad y la voluntad, y las asocia con el estoicismo y el jesuitismo, como dos de las formas de sometimiento, basadas en la libertad interior y obediencia voluptuosa; el jesuitismo es la entrega del cuerpo y el alma, el estoicismo entrega del cuerpo, pero no del alma, que es libre.

El bovarismo, ha sido otro rasgo adjudicado a los mexicanos, como individuos, pero también como nación. Antonio Caso, afirmaba que somos bovaristas, ya que somos capaces de concebarnos diferentes de como somos, es decir, se impone un yo ficticio, de lo que queremos ser y no lo que somos, pero una mentira que se va construyendo hasta parecer verdad, en lo nacional, podemos ver un bovarismo constitucional, una política ficticia, impuesta (Echegollen, 1999).

Con el surgimiento del Tratado de Libre Comercio (TLC) en 1994, surgió la interrogante de si este evento tendría repercusiones en nuestra identidad nacional, algunos intelectuales participaron en un debate organizado por *La Jornada*, y manifestaron sus apreciaciones y perspectivas respecto al tema, y consideramos importante plantear dichas opiniones como parte de lo más reciente que se sigue abordando sobre identidad.

Héctor Aguilar Camín, consideró que podría existir una pérdida, pero sin duda también un enriquecimiento, puesto que considera que la identidad no es una esencia o un inventario fijo de rasgos y valores, sino el resultado de muchas cosas heterogéneas que ha mezclado, las influencias y transculturaciones que ha tenido su historia. Y refiere la variabilidad de las cosas, ejemplificando lo que hoy defendemos son cosas que hace dos o tres siglos eran la imposición violenta de modas y costumbres ajenas (entre las que podríamos incluir por supuesto el arte, la religión, etc.). Y un dato curioso agrega: algunas de las mejores recuperaciones de nuestro pasado y nuestra identidad, son fruto de la curiosidad y el esfuerzo de varios investigadores estadounidenses (y extranjeros en general me permitiría agregar).

Carlos Castillo Peraza, cree que sería importante replantear la identidad nacional por la razón de que en México hemos vivido una especie de cultura, a la que llama cultura del mural, puesto que en ellos se ha reflejado por años el verdadero país y el falso país, el mexicano y el antimexicano. Sin embargo el preguntarnos si éramos aztecas, tlaxcaltecas o mayas a la llegada de los españoles, no se sabe, y con esas visiones difícilmente podremos encontrar la identidad nacional, existe una necesidad de volver a plantear el problema de qué somos, lo que somos hoy, para así saber qué es lo que hay que defender.

Carlos Monsiváis, dice que la identidad no se pierde ni se transforma de un golpe, y para él aunque es difícil definirla más allá de ciertos señalamientos básicos, la considera como el espíritu de continuidad y de resistencia, de adaptación y asimilación. Respecto a la pérdida, también Guillermo Tovar de Teresa, considera que es una torpeza pensar en que la modernización necesariamente tiene que ser detrimento de la cultura, ya que el que el país se modernice no significa que pierda su reflexión sobre el pasado.

Carlos Fuentes, por su parte, asegura que la identidad nacional es muy fuerte, y en todo caso los estadounidenses deberán ser quien nos temieran, puesto que la lengua castellana, la continuidad cultural y la pluralidad de tradiciones (indígena, española, mestiza, mediterránea), acentuarían el mestizaje estadounidense, y para nosotros la policultura no es un problema. Víctor Flores Olea, habla también acerca de la pluralidad cultural y sus dos tendencias en el plano de la cultura, que considera preocupantes: una, la tendencia a la homogeneidad cultural, generada por los medios masivos y que oculta otras muchas cosas como los autoritarismos, y la otra, el surgimiento de numerosos y dispersos focos de creatividad local, ultranacionales. La primera, porque es un riesgo para la anulación de proyectos culturales propios (la identidad), la riqueza de peculiaridades y del ser social de cada nación. Y en la segunda, la pulverización de las culturas que llevara a la exaltación de lo "propio", lo "nacional", sin admitir otros valores o considerarlos subalternos, despreciables. Acerca del tema de la pluralidad cultural, lo retomaremos en el siguiente apartado.

4.3 Pluralidad Cultural en México.

México es un país caracterizado por una gran heterogeneidad cultural, manifiesta en grupos indígenas, diferentes niveles de urbanización, discontinuidades educativas, concentración industrial, etcétera que hacen plantear que en México no existe una cultura general o nacional, sino que coexisten diferentes culturas específicas y subculturas, considerarlo así permitiría resaltar las diferencias en los antecedentes históricos y geográficos.

Si hablamos de que existe una carencia de unidad cultural en México, no se debe solamente al productos de las profundas modificaciones dadas como resultado de la conquista española y la consecuente introducción de la cultura occidental, sino también a las circunstancias en que se desarrollaron las relaciones sociales, políticas, religiosas, económicas, durante los tres siglos que duró –según la historia– la época colonial, que dieron origen a un cambio cultural que ha permanecido, ya que por múltiples circunstancias aún no ha terminado, del que no es ajeno el prejuicio racial.

Otro componente que le da a la sociedad mexicana su carácter multicultural es su variedad de lenguajes, que no sólo se encuentran divididos en español y lenguas indígenas, sino en una variedad de lenguas o dialectos indígenas que son mutuamente excluyentes; este ha sido uno de los elementos que ha retardado la comunicación interpersonal y la cohesión social. Es verdad que el lenguaje no es una condición fundamental para la integración de una nacionalidad, sin embargo en el caso mexicano estas diferencias lingüísticas han sido acompañadas por divisiones económicas y sociales que ha hecho del lenguaje una barrera definitiva para la comunicación. Se cree que en parte han sido estas diferencias las que han impedido el surgimiento de un nacionalismo mexicano aún con campañas y programas oficiales, ya que al ser monolingües, regirse por formas de gobierno y con creencias religiosas diferentes, los indígenas parecen ser todavía extranjeros en el país.

La meta en la estructura política de México sigue siendo la cohesión social, a partir del valor de una “cultura nacional”, sin embargo, también las cuestiones de distribución poblacional, migración interna, comunicación local e interpersonal, crecimiento demográfico, han sido factores que influyen en la dificultad de una integración nacional; el sistema educativo, podría ser el medio para lograr la unificación del heterogéneo panorama cultural, aunque es una interrogante el saber si el Estado tendrá la capacidad para resolverlo, puesto que el sistema educativo vigente parece quedar muy por debajo de la magnitud de la tarea por realizar (Béjar, 1983). Beltrán Aguirre, respecto a la cuestión indígena, considera que el problema se encuentra en función de la dicotomía cultural que se les presenta, pues los estilos de vida de las culturas indígenas, se encuentran muy arraigados a ellos, y pueden encontrarlas superiores, al mismo tiempo que aceptan la superioridad de la cultura nacional, obstruyendo así la integración la culturas indias a la nacional (citado en Béjar).

Cerutti (1998), concluye que la noción de identidad siempre ha acompañado a los nacionalismos que son pretenciosamente

homogeneizadores, el mito de la "raza elegida" que piensa en un espacio homogéneo, el de los idénticos, al que sólo le queda como recurso exterminar lo diferente, todo aquello que se sale de la norma.

Para Palacios (1999), definir al mexicano sería como esperar atrapar en palabras la diversidad inasible, no sólo por su herencia indígena múltiple, solo basta recordar los rasgos fisonómicos de los del norte, de los de la península de Yucatán, la cadencia con que se emite el mismo idioma no es la misma en ningún lugar, ni sus modismos, el alimento tradicional que ingieren, sus danzas y vestuario propio que podrían hacerlos ajenos si no ocuparan un territorio compartido, por eso, México es un mosaico cultural.

Dejando a un lado el gran número de castas formadas a fines del siglo XVI y principios del XVII, es posible resumir tres grandes grupos sociales en el drama cultural como lo describe Ramírez (1977): el indígena, quien tuvo que renunciar totalmente a sus antiguas formas de expresión e integrarse a una homogeneidad cultural que por su naturaleza, aún constituye un problema; el mestizo, que fue en su mayoría constituido por uniones de varones españoles con mujeres indígenas, dando por resultado una transculturación profundamente dramática y el criollo (o español), que dejaba detrás un mundo de objetos valorizados: costumbres, estilos de vida, lengua, religión, mujeres, etcétera y ahora con un mundo que era valuado en función de todo aquello que podía hacer accesible y que en el pasado le había sido negado. Pero a continuación hablaremos con más detalle de las características de cada uno de estos grupos aporta en la conformación de nuestra identidad nacional.

a) Mestizaje

La cultura de los mestizos mexicanos nace en el siglo XVI, sin una personalidad propia y bien definida, pero una vez que crecieron numéricamente y habiendo labrado los rasgos de su rostro, luego de su afirmación histórica en el siglo XVIII, se manifestaría como el sector más dinámico, aunque por otro lado con la constante inquietud de sus tendencias contradictorias.

Hernán Cortés y la Malinche, son para el mito, los padres del primer mestizo, Martín Cortés, sin embargo es otra la historia, puesto que los primeros mexicanos, es decir, mestizos, fueron hijos de Gonzalo Herrero y la hija de un cacique de ascendencia maya, él fue un español que naufragó en Cozumel, y que abdicó de su lealtad patriótica en favor de su apego paternal y sin embargo, en la historia no es nombrado como lo merece.

En el mexicano, las imágenes de Cortés y la Malinche, han revelado más que figuras históricas, los símbolos de un conflicto secreto ya que éste rompe sus ligas con el pasado, renegando de su origen y adentrándose sólo en la vida histórica, condenando así toda su tradición, que es un conjunto de gestos, actitudes y tendencias en el que ya es difícil distinguir lo español de lo indio. El mexicano, no quiere ser indio, ni español, ni descender de ninguno, y no se afirma como mestizo sino como abstracción: un hombre, volviéndose así hijo de la nada, empezando en sí mismo (Paz, citado por Palacios, op. cit).

El mestizo se ha caracterizado por una contradicción de su origen, niegan su origen indígena y aunque a veces se asumen más como españoles, existe un resentimiento y una rebeldía que lo hacen negarlos también sin embargo no se resisten a los patrones españoles, los asimilan, buscando identificarse con los hombres fuertes de poder político, económico y de prestigio, es decir, con los dominadores. Pero es cuando se agregan en lo social, cuando demográficamente crecen, que inicia el proceso de búsqueda de una identidad propia, el desarrollo de una cultura y la construcción de una nación (Colombes, 1997). El mestizo va a tener características que definen su fuerza, su masculinidad, capacidad de conquista, predominio social y filiación ajena al suelo, heredadas del padre español y los signos de debilidad, femineidad, sometimiento, devaluación social, provenientes de la madre, de lo indígena (Ramírez, 1977).

El proceso de mestizaje, no ha sido sólo biológico sino sobre todo social y cultural, es por ello que personas racialmente indígenas pueden asumirse y definirse culturalmente como mestizas. En México, la pertenencia racial no es un indicador relevante ni suficiente para denotar una adscripción étnica específica (Bartolomé, 1997).

El tema del mestizaje, fue un tema abordado en el siglo XX por intelectuales, con el resurgimiento del interés por la identidad nacional. Justo Sierra es uno de los nombres que marcan el inicio de la corriente mestizófila durante el Porfiriato. Sierra planteaba la idea de una civilización española y otra indígena totalmente apartada y orillada a la monotonía como causa de un problema de educación y nutrición. Como consecuencia insalvable, el mestizaje quedaría como cultura dominante en México. Sierra, es un intelectual burgués, porfirista, que busca el "neomexicanismo" como medio de que los mestizos sean quienes gobiernen el país, así como el progreso industrial. Su postura, trata sobre la pseudoaristocracia formada por los criollos sin raíces en el pasado, mientras que la transformación indígena traerá consigo la fuerza y la grandeza para nuestro país, porque una raza entera habría ascendido entonces a la civilización.

El Porfiriato impulsó por un lado, y frenó por otro, la corriente mestizófila. Su impulso era respecto a que los gobernantes que se encontraban en ese momento eran mestizos, dándoles así de alguna forma cierta importancia al mestizaje, como aceptación y regreso al pasado prehispánico, además de que implicaba aceptar una realidad étnica; sin embargo, en la práctica era totalmente distinto pues el desarrollo del país estaba en función de una teoría europea, que favorecía la inmigración y el desprecio a el “lastre indígena” que durante años habían tratado de destruir mediante las armas. Es así que una teoría racista europea a pesar de querer evitar contaminarse de ella, los burgueses mestizos la usaban a su conveniencia, podemos hablar entonces de un “nacionalismo teórico pero un malinchismo práctico”.

Entre otros personajes que abordaron el tema del mestizaje, están Francisco G. Cosmes quien hace una polémica al afirmar y otorgar a Hernán Cortés la paternidad de la mexicanidad y a Cuauhtémoc la nacionalidad mexicana, haciendo énfasis que es gracias a los españoles “cuanto somos, cuanto valemos y cuanto habremos de ser y valer en el porvenir” mientras que a el segundo le achaca nuestro raquitismo cerebral y la barbarie. Así concluye que hay dos partes que componen la nacionalidad mexicana uno de ellos (lo español) apto para la civilización por sangre o espíritu y otro (el indígena) inepto para el progreso. No sería el único, también autores como Telésforo García y Francisco Bulnes, seguirían haciendo alusión a la añoranza de una insospechada “sangre celta” y desprecio a los “bárbaros corrompidos”. Este pensamiento sería altamente criticado y motivo de indignación de intelectuales como Ezequiel A. Chávez y Justo Sierra.

Andrés Molina Márquez, postularía una tesis sobre el mestizaje donde principalmente asegura que cuando el mestizaje sea la única raza en México, y cuando haya igualdad de clases, solo entonces podrá haber una patria mexicana y una nacionalidad. Molina es considerado como uno de los principales iniciadores de la revolución a nivel literario, el mayor ideólogo, con el estudio sociológico más importante de la época, sin embargo su obra, ha sido muy poco consultada y lo que se ha utilizado de ella ha sido más bien en términos de derechos y condiciones de los mestizos e indios, pero lo que aún no se ha abordado y ha sido además abandonado, es con respecto a lo identidad de los mismos y a la formación de la misma. En su obra, plantea que ni nuestro país ni nuestro continente tiene por que ser integrante de una cultura occidental u oriental, sino que debemos formar nuestra propia cultura, una cultura intermedia. El positivismo predominante como ideología científica, lo llevaría a aceptar algunos vicios y defectos que reflejaban los mestizos de las razas primitivas como productos “híbridos” aunque con la idea de que podía ser superado, mediante el bienestar social y la educación para así evolucionar (Basave, 1993).

José Vasconcelos, abogado, controvertido filósofo y educador oaxaqueño, fundó junto con Antonio Caso, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña el famoso Ateneo de la Juventud y creó la Universidad Popular. La mestizofilia de Vasconcelos comenzaría a manifestarse en sus *Estudios indostánicos*, donde sostiene que sólo las razas mestizas producen grandes civilizaciones. La obra de Vasconcelos sería una de las principales aportaciones acerca del mestizaje, que en los años 20's proveyó de respuestas a un país aquejado por un aguda crisis de identidad, pero es con su tesis de la "raza cósmica", donde estas ideas se desarrollan en plenitud.

En *La raza cósmica* propone la abolición de las razas por medio de un mestizaje universal, siendo así la síntesis feliz de las posibilidades genéticas y culturales de la especie, trascender a las razas a través de la raza, resolviendo así el problema de la diversidad étnica y cultural, puesto que uniformizaba étnicamente a los individuos. Para Vasconcelos, América era el continente de la Síntesis, donde se reconciliarían las diferencias culturales, estéticas y geográficas del planeta. Consideraba que negros, rojos, amarillos y blancos formarían aquí, en Iberoamérica, "una quinta raza universal", fruto de las anteriores y superación de todo lo pasado, sostenía además que las grandes civilizaciones se iniciaron entre trópicos y la civilización final volvería al trópico. En su tesis, plantea la evolución de la humanidad dividida en tres periodos: " el material o guerrero, el intelectual o político y el espiritual o estético. Donde el ser humano se libra gradualmente de la necesidad como motivación primordial hasta llegarla a sustituir por el gusto: la tercera etapa - que es cuando se forjará la raza cósmica - el hombre ya no se guiará por lo material o intelectual, sino por el instinto espiritual y una estética donde desaparecerán feos y tontos. Pero la mestizofilia de Vasconcelos, también sería relativa, puesto que ocultaba una tendencia al hispanismo, es más su concepción del mundo prehispánico es tan bajo, que recurre al mito de la Atlántida para no denigrar a los indios, poniéndolos como los restos de los fabulosos atlantes, quienes degeneraron en los menguados imperios azteca e inca, de esta manera incluye a la raza roja, no por lo que son sino por lo que fueron. Así su tesis, no parece muy equitativa, y por muy mediterráneo que sea, es el blanco quien impone sus condiciones en ella, ya que considera que "Latinoamérica «debe lo que es al europeo blanco» y presiente que en la raza final predominarían los caracteres caucásicos" (Vasconcelos, citado por Basave, op. cit, pp.133). Este relativo equilibrio en su obra, se haría totalmente pedazos, a partir de los años 30, cuando el resentimiento del político frustrado amargaría la segunda parte de su obra, pasando a ser un ensayo miserable "La raza cósmica" y América, un continente habitado por razas de segunda, aflorando el antiindigenismo.

Indudablemente esta tesis de Vasconcelos, proporcionó una solución al problema de identidad el esfuerzo racional por inaugurar una tradición cultural propia dejando así un punto de referencia al respecto, pero su obra también alentaría el deseo de fundar y propagar, la vocación de elevar y regenerar a un país maltrecho, asimismo alentaría el irracionalismo, el chauvinismo y la intolerancia, encarnando un dualismo ilusión-desilusión intrínseco a la sociedad posindustrial (Aguilar, 1999).

b) Criollismo

El problema de ser criollo, no es simplemente un problema "genético", el criollo exalta sus antiguas formas de vida, y al igual que el mestizo, se encuentra ante un conflicto agudo, pues es víctima de contradicciones que dejarán insatisfecha una forma de su personalidad.

En el caso del criollo cuando las mujeres españolas comenzaron a llegar a América, se dieron matrimonio de ambos padres españoles, que daría por hijo a un criollo. Las madres españolas, pronto buscarían la ayuda para el cuidado de sus hijos de mujeres indígenas que la hacían de niñeras o "nanas" palabra otomí que quiere decir madre. Y el criollo encontró una mujer (la madre) altamente valorizada, pero bastante distante afectivamente, y otra mujer (la nana) que le daba calor, afecto y era fuente de seguridad, pero que era fuertemente devaluada por la cultura (Ramírez, op. cit.).

El problema de identidad nacional será planteado por los criollos que organizaron los movimientos de independencia o emancipación política de España en el siglo XIX, con sus antecedentes en el siglo XVIII. La pregunta «¿quiénes somos?» apuntaba a resolver culturalmente un problema político; es a partir de la expulsión de los jesuitas por Carlos III en 1776, cuando los criollos comienzan a interrogarse sobre su propia naturaleza. Su condición disminuida frente a los españoles peninsulares en cuanto a derechos, y oportunidades políticas y de poder, haría que los criollos iniciarán con un movimiento de independencia, en el que buscarían la identificación con el pasado indígena como su tuviera continuidad con la lucha emancipadora; así el indio muerto y lejano era glorificado como antecesor digno, pero el indio viviente es condenado por un lento genocidio que adoptarían diversas características. Su deseo de gobernar, planteaba la cuestión de la identidad, y de la unidad, y era imposible gobernar un mundo nuevo que no tuviera cierta unidad, por ello fue subordinado al proyecto político criollo resolver de algún modo el problema de identidad y es en este sentido, que se propició una alianza que aceptara la hegemonía criolla (Cerutti, 1998).

El modelo identitario criollo, que surgió poco a poco, tomaría elementos americanos como apoyo en la confrontación con el hispanismo dominante que implicaría una profunda desvalorización de todo lo indio; su defensa de que las almas de los mexicanos no eran inferiores a las de los europeos no incluía la promoción del respecto a las culturas indígenas, esto haría comprensible el número de sublevaciones indias a lo largo de tres siglos coloniales y que reforzaban los estereotipos negativos de la población autóctona (Gruzinski, 1995).

c) Indigenismo

La llegada de los europeos al nuevo continente los obligó a reconsiderar la imagen acostumbrada del planeta y también sobre el estatuto de los habitantes de él, y parece no haber habido muchas dudas acerca de que la naturaleza de los americanos era la misma naturaleza humana de sus nuevos amos. Pero su aclaración teórica tardaría medio siglo más, lo cual era importante para el establecimiento de las instituciones y justificación de las estrategias, para incorporar el nuevo territorio al dominio del imperio español y la iglesia católica.

Es importante notar, que la situación de los pueblos indios era distinta en toda la colonia, extendido en un territorio mayor al actual, ya que su densidad de población, relación con los vecinos, tecnología, economía, organización política era diferente en pueblos del centro –que en su mayoría habían formado parte del imperio azteca –, que la de los mayas, o la de los pueblos del norte. Sin embargo, existía a final de cuentas una marcada separación entre indios y europeos, cuya base era la segregación residencial; luego los antiguos símbolos identitarios cederían su lugar al color de la piel y la pertenencia racial, que establecieron los criterios clasificatorios de la época colonial, donde los indios se colocarían en el estrato social más bajo. Una vez abolida la esclavitud legalmente (1548) y prohibido el servicio personal por vía del tributo, se encaminaron los sistemas de “encomienda” y “repartimiento”, a favor de la centralización del poder en manos de los representantes de la Corona. Asimismo, se dio la “conquista espiritual”, basada en la destrucción de las antiguas idolatrías, que tendría por fin la inculturación india (Krotz, 1998).

Durante la época de la Corona, se encontraba un absolutismo esclarecido y un deseo de transformar a fondo el Imperio para someterlo mejor al poder del monarca y los intereses de España. Desde el siglo XVII con Felipe IV y luego Carlos II, se promovió una política de castellanización a las que se opusieron las autoridades eclesiásticas por falta de fondos, de maestros y la resistencia de los indios, pero en 1690, la Corona lo intentó como una condición indispensable para el acceso a los empleos y los cargos en los pueblos. Ya en el siglo XVIII, el arzobispo de México, consideraba que con el trato y la comunicación llegarían a

olvidar sus lenguas y al erigirse escuelas, se les aficionaría a leer y escribir con el deseo de luego conseguir las ciencias y artes liberales, para así ennoblecer sus espíritus y salir de la pobreza, desnudez y miseria en que vivían, pero no era otra cosa sino que abolir sistemáticamente el uso de las lenguas indígenas, con el fin de reducir a los indios a la "vida civil" favoreciendo además la unión y mezcla con los españoles. Así Carlos III multiplicó las reformas políticas, institucionales y económicas sin tener mucho interés por las realidades locales, yendo en contra de las culturas populares, pero sobre todo de las culturas indígenas, tomando medidas contra las fiestas, las danzas, "falsos milagros", tachándolos de cultos indebidos y perniciosos. Estas políticas fueron apoyadas, porque el despotismo ilustrado no podía tolerar un pluralismo lingüístico que obstaculizara la subordinación al soberano. De esta forma, la escuela y el castellano serían instrumento de consolidación del Estado.

A pesar de estos propósitos, a mediados del siglo XVIII, fuera de las ciudades, los indios se niegan a hablar el castellano, aún cuando lo dominan. Lo emplean sólo para lo exigido en contactos comerciales con los españoles o los cargos de la comunidad, sin embargo en materia religiosa por ejemplo emplean para orar y confesarse su lengua, y los ancianos del pueblo, ni siquiera se atreven a hablar el español. Esta negativa indígena, parece guardar móviles más profundos, porque si parecen no ser sensibles a ese bien espiritual y a la cultura, tal como se los manejan, es porque se aferran a eso que las autoridades designan con desprecio mediante calificativos como "superstición, irreligiosidad, y odiosa y ciega barbarie", de otra forma, todo lo que constituye la esencia de las culturas indígenas.

En la Nueva España, se buscaba que ésta se reajustara a los objetivos de Europa occidental, al mismo ritmo, que marca un desfase, puesto que mientras los indios estaban recién ganados para un cristianismo barroco, pronto se les induce a abrazar la "civilización" de las Luces. Y así cada modelo impuesto, fue tomado por los habitantes de México, pero siempre estos modelos fueron expuestos a adaptaciones y combinaciones que tomaron las formas más diversas en la sociedad colonial y contemporánea (Gruzinski, 1995).

Luego vendrían condiciones diversas en la conformación de la una nación independiente, la inmigración europea, los inicios de la industrialización y la propiedad territorial, que sentaron las bases de un modelo de país orientado por las doctrinas políticas y económicas del liberalismo decimonónico, así como la fe en la ciencia positiva y la venida del progreso "universal". Durante este período correspondiente al siglo XIX y el XX, los pueblos indios jugaron un papel secundario en la

conformación política y cultural del país, a pesar de hacer sentir su presencia inconforme de diversas maneras, como por ejemplo las reflejadas en levantamientos, donde muchas regiones se convertían por años en áreas de guerra civil.

La necesidad de representar simbólicamente la nueva colectividad "nacional" y legitimar el lugar de país en la escena internacional hizo que se fortalecieran los orígenes indoamericanos, buscando la proliferación del interés por las huellas arqueológicas del pasado precolombino y darlas a conocer. Sin embargo, las miradas era pocas veces dirigidas a los indios actuales, los que vivían en las selvas o montañas del país. Lo que interesaba eran las raíces de una fusión civilizatoria, donde la herencia más preciada era la europea, y su resultado los criollos, mientras que los pueblos indios representaban el estancamiento histórico. El movimiento independentista, hizo en un principio, propio el reclamo de las comunidades indígenas por la restitución de sus tierras, pero décadas adelantes esas intenciones caerían en el olvido, y tanto conservadores como liberales abogarían por la concentración de tierras en manos de quienes las pudieran hacer producir.

Los indios constituían entonces sólo un "problema", en la constitución del Estado-nación mexicano, pues en economía, obstaculizaban el progreso al bloquear la producción moderna en las tierras que ocupaban; en el poder, eran focos de inestabilidad que tenían que controlarse por medio de la armas; en lo cultural, con la conversión religiosa y civilizatoria lograban de manera muy somera, la sustitución de sus idiomas, creencias y costumbres, que aún reflejaba su atraso.

La era posrevolucionaria, fue un momento importante en el desarrollo de algunos proyectos de acción indigenista, dirigidas a áreas tales como la salud, la difusión de tecnología agropecuaria y sobre todo educación, comprendiendo en ella la castellanización, quedando al margen aspectos como los religiosos, políticos y legales. Gracias a estos proyectos, por ejemplo el desarrollo de la medicina preventiva, ha permitido una notable recuperación demográfica en las últimas décadas. Estas propuestas indigenistas tenían como meta, la asimilación de los pueblos indios a la nación mexicana, es decir la desaparición de la disparidad social y cultural a causa de un número indeterminado de grupos, pueblos y comunidades de indios, y por lo tanto a favor de una nación homogénea de mestizos.

En años posteriores, se ha continuado la acción indigenista, apoyada en instituciones tales como el Instituto Nacional Indigenista, que tenía por función la investigación sobre problemas relativos a los núcleos indígenas del país y las medidas de mejoramiento que requieran, pero

que han tenido un decaimiento, y por otro lado la búsqueda de la integración a la vida mestiza o blanca. También se ha dado, movilización y politización por parte de comunidades y grupos indígenas, que han centrado sus reclamos y exigencias en el concepto de etnodesarrollo, que busca el fomento de la educación bilingüe-bicultural y de literaturas escritas en idiomas indios, así como el establecimiento de programas de estudio universitario para miembros de etnias mexicanas y la participación de representantes de los pueblos indios en las instituciones indigenistas oficiales, promoviendo de esta manera la revaloración de las culturas indias y la convivencia y viabilidad de un país étnica y culturalmente plural.

Al respecto, puede verse como la más reciente etapa de este proceso, la adición del artículo cuarto constitucional en 1992, donde se reconoce que la nación mexicana tiene una composición pluricultural sustentada originalmente en sus pueblos indígenas", prometiéndose a proteger y fomentar sus lenguas, culturas, usos, costumbres, recursos y formas de organización social, más sin embargo, el levantamiento indígena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) hizo evidente que esa adición a dicho artículo constitucional no había tenido efecto real alguno, y la equidad y el bienestar que la Revolución Mexicana se propuso y elevó como postulado constitucional para los pueblos y comunidades indígenas de México, ha quedado muy distante de lo prometido (Krotz, op. cit.).

El proyecto de sociedad que supone la abolición de la alteridad como forma de aspirar a la "modernidad", se ha considerado como un acto civilizatorio basado en un humanismo universalista, al que más bien podrían llamársele *etnocidio*, el cual resulta de colocar a una sociedad en situaciones físicas e ideológicas que imposibilitan o dificultan extraordinariamente su reproducción cultural e identitaria, que es lo que ha sucedido en nuestro país; un proceso que inicia con el remplazo lingüístico y concluye en la renuncia a la filiación indígena, abandonando su mundo cultural que no supone necesariamente una renuncia a la identidad, pero que comúnmente se dan asociados. El Estado, ha percibido a los grupos étnicos como competidores por sus formas específicas de integración a comunidades sociales alternas a la elegida por el aparato político, sus lenguas y culturas nativas según esto resultan antagónicas al modelo uninacional (Blanco, 1996 y Bartolomé 1997).

Entre otros organismos se encuentran los Ayuntamientos Regionales y el Ayuntamiento Constitucional, desprendidos de la Constitución de 1917, y que adquirieron importancia durante el gobierno del Gral. Lázaro Cárdenas y es a partir de 1950 cuando se

comienza a capacitar el personal técnico que desarrollaría los programas y que estaba conformado por promotores culturales bilingües, indígenas procedentes de diversas comunidades que recibirían una instrucción especializada en diferentes áreas. Todo este proceso de adaptación, ha dado lugar a numerosos conflictos y fricciones, pero a pesar de que las instituciones tratan de controlar y mediatizar, particularmente el Consejo Nacional de Pueblos Indígenas, no lo han logrado.

Se han incluido a algunos indígenas en la participación de funciones municipales para que se comprometieran a mantener las normas culturales que definían étnicamente a la comunidad, algunos así lo hicieron, sin embargo, muchos otros, prefirieron abandonar su identidad étnica india y encausarse a una forma de vida correspondiente a la sociedad mestiza e incluso adoptando una actitud de rechazo y discriminación hacia la indígena, o bien, a veces estos promotores gozan de un sueldo como funcionarios, se visten de acuerdo a la comunidad en la que viven (la mestiza), portando hasta autos de modelos recientes y cuando asisten a las reuniones políticas del Consejo visten con su indumentaria tradicional. Lo cierto es que el indígena puede llegar a incorporarse al sector mestizo a través de la renuncia de su cultura tradicional, aceptando un estilo de vida alterno incluyendo muchas veces la no enseñanza de su lengua nativa a sus hijos, y sin embargo, es muy difícil encontrar lo contrario, que individuos mestizos o fenotípicamente "blancos" pretendan reivindicar una adscripción indígena, aunque consideren a los indígenas como sus antepasados, de los que son herederos. Es así que lo indígena posee gran peso histórico y simbólico, aunque se tienda a estigmatizar la condición india contemporánea (Bartolomé, op. cit.).

Así mientras los promotores se organizan en las instituciones o consejos que el Estado ha creado, la población de las comunidades se ve afectada por la proletarización de los campesinos por el desarrollo capitalista en México y la manipulación, las peticiones, la búsqueda de tierras, la represión violenta, el trabajo asalariado en condiciones de explotación, siguen constituyendo su pan de cada día; existe un elemento que parece ser se ha olvidado, y que responde a los rasgos de su concepción del mundo, la naturaleza particular de sus relaciones sociales, principios expresados en su estructura político-religiosa y otros tantos aspectos, que no han sido tomados en cuenta para la creación de estos programas e instituciones indigenistas (Medina, 1983).

Por parte de los partidos políticos, la cuestión étnica y la situación de los pueblos indios no les han merecido mayor atención. Y a pesar de haber proyectos, instituciones y hasta una reciente revaloración y fomento de las artesanías, por parte de la industria turística, que no es

más que interés económico, es de notar que los llamados al respeto de las culturas indias vivas, contrastan con una especie de racismo estructural que se expresa de muchas maneras en la vida cotidiana, y al final eso es lo que sigue contando.

Por eso, hoy en día, ser indio o parecer indio, significa pertenecer al estrato socioeconómico más bajo y de menor estima social, y esto, también ha representado un problema porque han tendido a oscurecer la dimensión y pertenencia de lo étnico, dificultando la diferenciación entre los campesinos y los indígenas, pues sus demandas económicas pueden ser similares, pero las distinciones étnicas se seguirán manteniendo. Existe una discriminación permanente para aquellos que descienden directamente de la antigua población meso y áridoamericana, donde la palabra "indio" ha tomado la connotación de insulto. La interiorización de esta situación por parte de los indígenas, ha mostrado un menosprecio de sus idiomas y también hasta de sus culturas.

Hemos hablado ya de la situación del indígena en nuestro país y lo que se ha hecho al respecto, pero falta abordar un elemento fundamental en este apartado, que se refiere al problema de ¿cómo determinar el concepto de "pueblo indígena" e incluso del indígena como individuo?, ¿cómo establecer los criterios de pertenencia? ¿hasta que grado de «mezcla» racial se consideraría que hay pertenencia? Este problema tiene que ser con igualdad y discriminación también, porque se verían segregados también aquellos que por no cubrir todos los requisitos pertenecieran a un grupo indígena determinado, o bien aquello que sin ser un pueblo indígena tengan una identidad lingüística, cultural, de usos y costumbres y formas de organización social peculiares que los distinguen de los demás, pensando en que estos conceptos tampoco representarían un problema de definición. Respecto a esto, la cuestión es que las normas constitucionales no establecen ningún criterio con base en el cual se perfilarían dichos límites (Blanco, op. cit.).

Bartolomé (op. cit.) en su texto habla de algunos de los factores que pueden ser considerados en la determinación de un grupo étnico. La economía es uno de ellos, a la que durante años se le ha visto sólo en cuanto a la carencia de recursos, pero no como una característica distintiva, ya que no sólo opera como una base estructural para el desarrollo sino también como un recurso ideológico en la afirmación de la identidad étnica. La indumentaria, por otro lado, ha sido desde la época prehispánica, un marcador de las filiaciones culturales y socioorganizativas, ya que los diseños suelen variar entre sectores incluso dentro de un mismo grupo etnolingüístico, y hasta hace poco se

consideraba que las distinciones eran meramente estéticas, pero al profundizar, se ha encontrado un enriquecido contenido simbólico, constituyendo verdaderos códigos textiles como referentes culturales. El papel de los sistemas parentales nativos, también es importante en la configuración de la identidad colectiva, que para algunos grupos constituye un requisito fundamental para definir el estatus étnico.

Pero existe un punto importante en todo esto, resulta que el problema del indigenismo mexicano no surge como un problema de una herencia de un país emergido a partir de un violento de conquista, sino que habla también acerca de otro problema: la imposibilidad de eliminar las fronteras conflictivas entre las culturas y las civilizaciones mediante la supresión de sus elementos distintivos. El reto es, cruzar esa frontera hacia una forma de convivencia, donde quede fuera la vergüenza para unos y la arrogancia para otros por sus diferencias culturales, y mejor exista un enriquecimiento mutuo, que dé origen a un nuevo tipo de sociedad (Krotz, op. cit.).

CAPÍTULO 5. IDENTIDAD PSICOLÓGICA REFLEJADA EN SU DIMENSIÓN ARTÍSTICA.

Antes de pasar al siguiente apartado, es necesario contextualizar el arte en la historia. Hemos hablado ya del arte como una de las dimensiones donde se refleja lo psicológico, la identidad de un sujeto o de un pueblo. Pero también el arte, a su vez, ha sido el reflejo de un pensamiento, de una civilización. En el primer capítulo abordamos el arte del siglo XVIII, que acompañó al movimiento de la Ilustración y en el cual se vió reflejado en las producciones que se crearon. La ideología de la razón como eje rector de la vida de una nueva era, en donde la religión de Dios se cambió por la religión del hombre y la razón, dio pautas para el desarrollo de obras de arte, que aunque estuvieran ligadas a la religión, básicamente buscaran otros matices. Después de este período, han venido nuevos movimientos, como lo sería el Romanticismo, en la búsqueda del resurgimiento de las emociones y los sentimientos; más tarde la era Moderna abriría sus campos a nuevas reflexiones en torno al hombre, a la vida, al arte, y surgirían nuevos movimientos artísticos acompañados de las ideas imperantes. Pero no hay que olvidar, que el proyecto ilustrado como hemos ido viendo a través de este trabajo, jamás dejó las riendas de la vida que ahora llevamos, nuevos nombres, nuevos paradigmas, pero en el fondo las bases siguen siendo las mismas.

México sin ser la excepción, ha sido objeto de las influencias de estas ideologías. El Movimiento Ilustrado llegaría al México Independiente, y se reflejaría en el arte del siglo XVIII y XIX. Más tarde otros movimientos como el Romanticismo y luego la era del Nacionalismo, también tendría su impacto en la cultura y vida del mexicano. El arte, sus modalidades, sus movimientos, han sido importados por las instituciones y artistas mexicanos hasta la actualidad. Antes de entrar de lleno en el arte mexicano, retomaremos algunos puntos interesantes para contextualizarnos respecto a lo que el arte ha significado en el marco de la cultura de nuestro país.

5.1 Desarrollo de la cultura en México.

La repercusión del proceso político en el resto de la estructura social del país que se inició en 1910 con la Revolución Mexicana, transformaría otras esferas culturales, ya que la participación activa de los individuos en la vida cultural de una sociedad, ya sean receptores o

creadores ampliaría la base de participantes en la vida política y social.

De 1920 a 1940, se puede considerar que el Estado mexicano tuvo una cultura propia, impulsada, financiada y muchas veces creada por él mismo, es decir no por los grupos y clases sociales, ya que respondía a los lazos mantenidos con las masas que habían hecho la revolución y al proyecto político que estaba implementado. En ella se respiraba la recuperación de la fe y dignidad de razas y geografías, panoramas que fortalecían su consenso popular y que dirigían a la modernización del país, al mejoramiento de la vida de las masas y los servicios sociales que con la revolución se habían vuelto obligatorios como los hospitales, escuelas, transportes, agricultura moderna y colectiva.

No se sabe si esto era "cultura mexicana", pero lo que sí, era la cultura de ese Estado mexicano, que había resultado eficaz en su tiempo y donde había existido una reivindicación racial y la esperanza del mestizaje, lo nacionalista como reflejo de soberanía y de una confianza en el proyecto político. Y desde Cárdenas, no ha tenido el Estado mexicano una cultura que proponer como apoyo de sus proyectos, ya que las características populares se han venido desvaneciendo o paralizando, mientras que crece la cultura de la burguesía y la de consumo internacional. La crisis de México, se manifiesta en su impotencia cultural, como por ejemplo el sexenio de Echeverría que comprendió un Estado sin proyecto cultural vivo, sin un consenso popular que lo legitimara, y lo que se hizo fue importar modelos populistas del Tercer Mundo reprimiendo e ignorando el repertorio vivo de modelos mexicanos actuales. El sexenio de Díaz Ordaz, no sólo careció de impulso para la cultura, sino que además despreció y ultrajó a la población civil, los principios de la cultura, al pueblo, a la democratización y a la nacionalidad; y favoreció la política económica de las élites, trazando una actitud de represión al cambio, a la vida de los sectores estudiantiles y en general en el campo educativo.

En sí, estos últimos cuarenta años, han sido pobres en la vida cultural mexicana, ya que se han asfixiado las organizaciones populares, ni siquiera aparecen "grandes nombres", ya que los famosos son obra sólo de procesos colectivos e industriales (Blanco, 1981).

Al hablar de cultura mexicana, se hace referencia al propósito firme y decidido de incorporarse a las ventajas de un desarrollo planificado en sus ámbitos cultural, científico y tecnológico del mundo actual y futuro no sólo en la manifestada en una producción literaria, filosófica o

científica. Y sin embargo, la cultura llamada “nacional” no incluye a todos los mexicanos ni a todas las aspiraciones y formas de vida, ya que hay muchas comunidades aisladas, marginadas, separación de clases sociales, desigualdad de oportunidades, desproporción en la distribución de riquezas que por lo tanto traban el proceso de integración de una cultura nacional. Por eso se considera a la política como medio de integración de la cultura, ya que la política modela la actividad cultural y viceversa, siendo válido afirmar que el índice de cohesión política en un país o región está altamente correlacionado con el grado en que son compartidas las creencias políticas, entre las que se encontrarían dimensiones como la conciencia de que se pertenece a determinada nación, es decir, una “identidad nacional”, considerada como una de las más relevantes.

La educación también ha sido considerada como uno de los elementos más importantes para implementar los ideales nacionales, ya que es un medio fundamental de promover el cambios social, al mismo tiempo que tiende a consolidar los patrones y valores culturales comunes. Y aunque es cierto que también la educación refleja las diferencias de estatus que existen en la sociedad y que cada clase social tiene sus propias normas culturales, existen hechos como la música, el arte, la historia nacionales, que proporcionan bases comunes de identidad. La educación institucionalizada tiene por meta, el que las generaciones futuras compartan el sistema que sostiene el Estado, y que es planteado de esta manera por las diferentes naciones independientemente del sistema económico-político que sustenten.

Cuando se habla de cultura nacional, esto implica la culminación de aspectos de la creatividad y pensamiento humanos, producto de los círculos intelectuales de país, y también como consecuencia de los cambios y desarrollo económico y social que se ha venido dando en el país, que ha llevado a autores a valorar la aportaciones de mexicanos en el acervo de conocimientos en diferentes ramas de la ciencia y el arte, de esta manera se puede hablar de numerosos mexicanos que han contribuido —desde la posición de quien lo juzga— a la “cultura universal”. Pero ¿qué valor es el que interesa y el que conforma una identidad nacional, la aceptación de un valor universal, o aquellos rasgos que permitan una tipificación de un sistema de fines, metas, ideales que constituyan en el futuro un patrimonio común de valores? (Béjar, 1983).

Este autor, considera que toda cultura es producto de una fusión, de un mestizaje y por lo tanto no se trata de saber qué elementos predominan sino cómo se coordinaron produciendo una nueva forma de vida. Así, se plantea la idea de definir la cultura mexicana como una cultura occidental, o una cultura ancestral, la cuestión de una cultura nacional aún sigue en polémica, pero él considera que no es posible catalogar a México dentro de las pautas de la cultura occidental, porque eso, efectivamente reduciría el problema, pero no lo resolvería, puesto que no existiría diferencia alguna con una cultura peruana, boliviana, holandesa, y estaríamos haciendo aun lado elementos como esas pautas que han sido transformadas y asimiladas por México por un lado, y por otro negaríamos la herencia cultural indígena, así como la potencialidad del mexicano para adaptar y hacer suyas de acuerdo a su medio y a su tiempo el legado europeo y su originalidad y creatividad para desarrollar una cultura propia distinguiéndola de otras.

Esto lleva a plantear otro problema en el desarrollo de la cultura, la marginación. Hemos visto que nuestra cultura está conformada de dos partes importantes que son la herencia occidental y la herencia indígena, sin embargo, los indios, los marginados, los campesinos, los obreros y las masas suburbanas, desarrollan su modo de vida fuera del sistema cultural del Estado, ya no hay murales que los representen, ni foros oficiales para sus costumbres y fiestas actuales.

Existen elementos culturales, que adquieren cargas de significados específicos, a los que se les llama *signos emblemáticos* de la identidad, como podría ser religión, indumentaria, modelo de vida, patrones alimenticios, rituales, sistema político local; estos elementos es lo que permitiría caracterizar la presencia de una *cultura de resistencia*, como una lucha a favor del conjunto de referentes culturales que una sociedad asume como fundamentales en la configuración de su identidad en un momento dado de su proceso histórico. De esta forma, la cultura de una nación o de una etnia, es tan legítima como cualquiera que haya existido en otro momento de su proceso histórico, siempre y cuando sus protagonistas se identifiquen con la misma, ya que la identidad puede enmarcarse en cambiantes formas culturales que no implican la pérdida de su identidad; ahora bien, esas sucesivas transformaciones que implican estrategias adaptativas, reinterpretaciones simbólicas, reformulaciones sociales, sincretismos religiosos, es verdad no cuestionan su legitimidad, aunque si tienden a hacerle perder su singularidad cultural.

Al respecto, la cultura exhibe entonces una dimensión civilizatoria, que se basa en la reproducción de su alteridad, la capacidad de proponer formas simbólicas, productivas, conductuales, estéticas, valorativas, etcétera, que resultan de su experiencia histórica (Bartolomé, 1997).

Es tiempo de abordar el tema de la «cultura popular». La cultura popular, ha sido juzgada con falsos conceptos como el rendir culto a “supervivencias” del pasado, residuos de modos precapitalistas que nos son más que una pintoresca, pero venenosa, flora de la miseria. Colombes (1997), en su libro, abre un debate, para defender el valor de la cultura popular como aquella que resiste y renace para convertirse en el fundamento de los movimientos de liberación, de una lucha que es en sí un acto cultural, siendo un complejo sistema de símbolos de identidad que el pueblo preserva y crea. En su libro, menciona que para Durán la cultura popular comprende dos vertientes: la indígena y la mestiza.

Y ¿qué diferencia habría entre cultura popular y cultura nacional?, el autor considera que la popular debería ser la verdadera cultura nacional, ya que la que se oficializa como tal es la proveniente del proyecto de la clase dominante que impone al resto de los sectores a través de la comunicación de masas y que busca al mismo tiempo diluir la identidad de estos grupos y sus formas de expresión cultural, mediante un proceso de aculturación, integración, asimilación, masificación; quedando así reducida la cultura nacional al proyecto burgués, alejado de toda realidad social verificable, y en oposición por su carácter a la cultura popular. Más allá de la nacional, se encuentra la cultura universal que busca el dominio, suprimir las raíces de la diversidad y de la herencia social.

El problema de la cultura popular, ha sido representado por los prejuicios de la cultura burguesa, ya que es considerada como inferior a ella, en el aspecto por donde se le mire, negándole incluso el carácter de cultura; son sus creencias supersticiones, sus ceremonias fetichismo y su arte artesanía, sus tradiciones orales, aunque escritas y publicadas, no pueden pertenecer al labrado ámbito de la literatura, su ciencia es magia o una opinión no especializada, pero no reconocido en los templos del conocimiento. Es la reproducción degradada de la cultura dominante, a la que se le niega la parte creadora, se le relega del museo. Y no es que la cultura dominante se le niegue toda creatividad, puesto que también en ella existen productos de enorme valor y que forman además parte de nuestro acervo, pero el autor si considera que sea escasa “... no porque no produzca, sino porque pocas de sus creaciones pueden romper con la

dependencia, con esa imitación servil a los modelos del colonizador que las invalida, alcanzando una verdadera originalidad” (pp. 12).

Últimamente, se ha dado un proceso de apropiación de las clases dominantes y los aparatos ideológicos del Estado de las diversas manifestaciones populares, sobre todo de lo que representa el folklore y las artesanías, como símbolos manipulados con fines ideológicos, que ha comercializado el arte popular como elemento de una política económica de exportación o de atracción para el turismo, con fines meramente de lucro, pero que hacen que los valores culturales sean incorporados a los medios de comunicación masiva, arrancándolos de su contexto original y perdiendo por lo tanto su sentido cultural y social. Ante esta situación se plantean dos opciones, o las culturas populares se diluyen y desaparecen, o bien se rescatan y se transforman en una herramienta de las clases y etnias populares para defender su identidad.

El objetivo que se ha venido persiguiendo por años, ha sido el de la desaparición de los grupos indígenas, a través del mestizaje, para la integración nacional de estos grupos mediante la enseñanza del español, la alfabetización y la impartición de la educación primaria universal. Así durante los últimos años se han desarrollado diferentes métodos pedagógicos para enfrentar los problemas educativos de las comunidades indígenas, estableciendo para los años veintes la escuela rural mexicana, como un agente modernizador de dichas comunidades; en las campesinas tuvo efectos considerables, pero en las comunidades indígenas fueron escasos o nulos, ya que estos programas no tomaron en cuenta las características económicas, sociales y culturales de éstas. Por ejemplo se prohibía a los niños en la escuela, el uso de la lengua materna en el salón de clase, la enseñanza era en español, a los niños que tenían algún nombre indígena se les imponía uno español. La enseñanza estaba formada bajo criterios de pedagogos formados en instituciones donde predomina la influencia europea, los maestros estaban lejos de las costumbres y la lengua del lugar. Algunos estudios registran que numerosos niños que asistieron a la escuela rural, terminaron por interiorizar los criterios dominantes y oficiales y reprimiendo, despreciando y menospreciando sus propios orígenes culturales, siendo por otro lado pocos los casos que lograrán una efectiva biculturalidad.

Para comprender más a detalle lo que es y comprende la «cultura popular», es preciso definir la noción de «cultura» primero, que ha sido un problema desde hace algún tiempo. El término «cultura» tal como es usada por las ciencias sociales, posee un significado muy amplio, en

donde se ven incluidos ámbitos como, la tecnología, las normas, los valores, las reglas jurídicas, los sistemas simbólicos, la religión, el arte, etc. También la cultura puede ser extensiva a grupos grandes como una nación, o pequeños como una aldea, pueblo, comunidad o institución, que desarrollan particularidades que los distinguen.

De esta manera se pueden distinguir también diferentes tipos de cultura: la cultura popular, la cultura de masas. La cultura popular, es cultura de los de abajo, que la fabrican ellos mismo y carece de medios técnicos sofisticados. Los individuos son al mismo tiempo productores y consumidores, pues crean y ejercen su cultura. Esta cultura no es vendida sino usada, respondiendo así a las necesidades de los grupos populares, y otra característica importante, es que es una cultura reacia a la ideología del sistema, que conduce a la toma de conciencia. En cambio la cultura de masas, llega a todas las cases sociales, busca homogeneizar, borrar diferencias, y genera hábitos, modas y opiniones comunes; además de generar la pasividad del hombre, lo aleja de su parte creadora, reflexiva, de iniciativa, haciéndolo un consumidor e impotente ante las formas culturales emanadas de fuentes impersonales, poderosas e infalibles. Sin embargo, esta cultura de masas, se enmascara en "lo nacional", utilizando estrategias como simbolizar la igualdad racial y de clases, enviando mensajes que no corresponden a la realidad, y no sólo eso sino que sus mensajes son empobrecidos y estereotipados. Beverley (1999) comenta que existe una crisis de identidad en la incapacidad de las nuevas masas urbanizadas para acceder a la literatura y a la cultura impresa, y por la influencia de los medios audiovisuales que no entrañan ningún aprendizaje, una colonización peor que la de los jesuitas con su teatro didáctico para difundir la doctrina católica.

La cultura popular, puede ser entendida como una cultura artesanal, que es realizable en pequeña escala, ajena al uso de los modernos medios de comunicación y de la tecnología. Pero es importante distinguir dos elementos que se involucran en ella: a) el campo de las *potencialidades* emanadas de la fuerza creadora del pueblo; y b) el de sus *realizaciones*, que se encuentran limitadas por el monopolio represivo del sistema dominante y que está vinculado a la difusión de productos culturales que éste promueve, así como el uso del consumo masivo como medio para neutralizar la fuerza que tiene un grupo gracias a su cohesión cultural, a su identidad de grupo.

Lo esencial de la cultura popular es su autogestión, el ser libre de expresión de la creatividad popular, instrumento de liberación de los de abajo. Es una cultura que no puede ser planificada, dirigida, encuadrada, y por el contrario sí puede contribuir a remover obstáculos para que pueda manifestarse la creación popular de manera libre, como son los políticos, técnicos, económicos e ideológicos, que tenga por fin que el pueblo conquiste el espacio social necesario para la expansión de su cultura.

Sin somos observadores, podremos caer en la cuenta de que todo lo que hemos hablado de cultura, sea popular o de masas, redundante sobre un punto, el «arte». Es verdad que la cultura no es sinónimo de arte o viceversa, pero es muy cierto que muchas veces cuando hablamos de cultura entendemos por ella, lo que a arte y producción del mismo se refiere. Desgraciadamente tal vez esta concepción de fuera aspectos como la ciencia, la religión, y otras miles de dimensiones que conforman una cultura. Pero tampoco podemos negar, que el arte, es uno de los mayores representantes y reflejos de la cultura de un grupo, sociedad o nación.

En cuanto a la creación y consumo de cultura, el sistema no niega a nadie el derecho del pueblo consumir la cultura que crean los profesionales especializados, pero sin embargo, sí limita la capacidad de creación, puesto que ésta no debe salirse de su lugar, de lo establecido por el sistema. Además de que considera al arte popular, como inferior, bajo un análisis estético manifiesta mal gusto y escaso valor artístico dentro de la concepción del “mundo culto”, desgraciadamente, las instituciones educativas y medios de comunicación que reflejan la cultura de grupos dominantes, son incapaces de apreciar manifestaciones culturales distintas (Béjar, op. cit.).

A pesar de ello, Monsiváis comenta que detrás de ambas: “cultura popular” y “alta cultura” (como le llama a la dominante), existen valores profundos que se han visto desplazados por simulaciones, intereses económicos, justificaciones políticas y sumisiones de clase.

Definición de arte.

El arte, al igual que la cultura resulta un tanto difícil de definir, sin embargo para facilitar su concepción, es más conveniente según autores como Morawski, describir algunas características que deben tener las obras de arte, sin que esto implique que la confusión de su definición desaparezca el todo pues existen diferentes tipos de arte. Entre algunas

de las características que puede cubrir una obra de arte, son la expresión que ésta cause en la sociedad o en el público, la emotividad o reflexión, que sea objeto de cambios sociales, ideológicos y/o políticos en el contexto donde se está produciendo y reflejo de la condición social; también es importante aunque no obligatorio que cuente con originalidad y novedad. A pesar de ello ha sido de gran dificultad encontrar criterios que den mayor o menor valor a una obra de arte. Otro de los temas que aborda este autor, son las funciones del arte entre las cuales se encuentra el que sea comunicativa e informativa, un carácter simbólico que transmita por lo tanto conocimientos acerca del autor, la época e incluso hasta simbolismo artístico ficticios, es decir, que hagan referencia a algo "como si" fuera de tal o cual forma. Sin embargo entre las funciones fundamentales del arte se pueden mencionar el que infunda en el hombre un equilibrio interno y una armonía con su entorno; la lucha por el destino de la humanidad y su esfuerzo contra el mundo y sí mismo; y la idea de que la vida solo puede apoyarse en la presencia del arte y del papel que éste puede desempeñar socialmente.

Desgraciadamente, la ignorancia a traído también por consecuencia, que el arte no pueda ser artísticamente reconocido y que exista un analfabetismo estético que impide comprender actualmente a los artistas contemporáneos, en las formas de expresión que utilizan en sus obras, ya el público está acostumbrado a valorar lo que universalmente es reconocido, lo tradicional, lo académico, que anula toda posibilidad de vanguardismo. Este problema, se refleja también, en la enajenación que sufre la sociedad, debido al proceso productivo, que hace que la esencia humana afecte a los artistas porque en una época capitalista, se convierte en valor de producción artística, haciendo de la obra, una mercancía, agregándole además que dicha producción está sujeta a un poder económico, político e ideológico que fomenta —o más bien determina— ciertos temas.

Es por ello que Rubert (1989), también habla acerca de que el significado del arte es distinto en tanto que cambia la época y que en realidad, el arte, debería de ser una expresión libre, que no estuviera regida por sistemas políticos económicos y mucho menos por la industrialización, que ha hecho del arte una adquisición de moda que da categoría, influenciada por la clase burguesa en cuanto a producción y consumo, que orilla al artista a producir aquello que sea competitivo para vender y no producto de un sentimiento muy personal.

Otro de los elementos importantes relacionados al significado del arte en la sociedad y su valoración, es con respecto a la educación artística. Algunos autores hablan acerca de este punto, como Read (1977), quien hace una distinción entre lo que es la educación del individuo como un artista, como productor y la del individuo encaminada a que pueda apreciar el arte, el consumidor, y esto en relación al papel que desempeña la escuela en cuanto a la orientación vocacional y a fomentar el arte y su estudio como una profesión al nivel de cualquiera otra y la importancia que tiene el que los maestros que no tienen prejuicios, descubran y fomenten su desarrollo, en alumnos que posean esa aptitud vocacional, ya que también es un campo de trabajo y desenvolvimiento aunque es cierto que de mucha mayor dificultad porque no existen las condiciones necesarias para que todos tengan esa misma oportunidad.

Sobre este tema, Acha (1984), hace una diferencia entre lo que es educación artística y educación por el arte, que a través de los años ha sido orgullo y patrimonio de la sociedad, mientras que la segunda se refiere a los efectos del arte en el hombre, activar su sensibilidad contrapesándola con su razón para lograr un equilibrio. Desgraciadamente, la que se enseña en las escuelas es la primera, por cuestiones de poder que ejerce la burguesía y que prácticamente se remite a la historia del arte de otras culturas y sociedades y a su reproducción manual y práctica, pero no artística, sin enseñar al niño a cómo reaccionar ante obras nuevas vanguardistas que vendrán en un futuro, es decir, que no fomentan buen gusto, creatividad y criterio para el nuevo arte, así como el error de dejar de lado el arte popular, para centrarse al arte culto que en realidad a veces muy poco se consume en nuestro país. Es posible también distinguir según lo maneja el autor, entre el arte masivo y el arte selectivo, ya que la educación artística es partidaria del selectivo, impugnando las vulgaridades de los medios masivos y con la tendencia al elitismo y lo aristocratizante que deja de lado las manifestaciones populares para centrarse en el arte europeo.

La educación artística tiene por objetivo, modelar nuestra sensibilidad y mente, poniéndonos en contacto con "obras de arte", pero resulta que tantos los medios masivos como la educación escolar son muy conservadores y hablan de cosas del pasado y algo importante: un pasado ajeno. Así "la enseñanza del arte local, sea precolombino o español, republicano o actual, se imparte según conceptos de la historia y de los valores que ha difundido la cultura occidental como los mejores y lo que todo el mundo debe admirar y utilizar, y aún las enseñanzas del

arte local, colmadas de nacionalismos, como las de México, se ajustan a los conceptos y valores occidentales.” (Op. cit., pp. 247).

Pero no es que la historia, teoría y el arte europeos sean falsos o no y que por consecuencia necesitemos crear reemplazos distintos de sus principios; sino que es simplemente que los productos europeos, lógicamente responden a su realidad, intereses económicos, políticos e ideológicos, que en nuestro caso emplearlos, dejarían de lado aspectos de la realidad sustanciales y decisivos. Esto sería suficiente para hablar de la necesidad de forjar una historia, teoría, filosofía y arte Latinoamericano y en concreto de cada nación. De ahí la necesidad de hablar de un arte nacional, que consiste en seguir caminos propios, donde la prioridad de lo local exige una conciencia nacional auténtica, que significa conocer y reconocer lo nuestro del arte (y también en otros ámbitos).

5.2 Arte y Nacionalismo en México.

Rubín de la Borbolla (1986), habla acerca de la cultura en México, mencionando por principio de cuentas, que en una sociedad se sufren de cambios constantes, que dan pie a transformaciones en la cultura popular, donde existe un proceso continuo en la valoración y creación, esto debido a que las sociedades y los individuos demandan nuevos objetos, procesos, diseños encaminados a ciertas circunstancias de carácter cultural y fuertemente relacionados a cuestiones económicas, políticas, sociales, así como a la vida diaria que determina la constancia y rapidez de dichos cambios, que se ven reflejados por ejemplo en el arte, las modas o la cultura popular en general, y que responden a nuestros propios intereses, a los de la familia, la nación, que son símbolo también de identidad e individualidad cultural. Estos cambios que sufre la sociedad, lo ejemplifica en el caso de México, durante la Revolución de 1910, donde en el arte popular, toma características muy peculiares, además de un fuerte impulso en la creación y producción, donde la riqueza de los valores obtenida, sufriría de transformaciones posteriormente.

Con la presencia de Juárez en el poder, en México se vivía un movimiento en contra de todo ese movimiento europeizante y afrancesado que había dejado en todos sentidos una trágica secuela en el siglo pasado. De esta forma hubo una participación franca del pueblo a través de la cultura popular que exigía y necesitaba expresarse de diversas maneras, una de ellas fue el florecimiento del arte popular.

Así esta herencia reviviría desde 1870 con un evento: la primera exposición de objetos etnográficos en el viejo Museo Nacional en la calle de Moneda.

La antigua Academia de San Carlos, para 1867 la Escuela Nacional de Bellas Artes, estaría a cargo de Ramón I. Alcaraz, que la orientaría con una enseñanza laica y que alentara una temática mexicanista, sobre todo los asuntos de la historia de la patria, ya que con el triunfo del gobierno republicano, la crítica del arte desempeñaría un papel muy importante al encaminar las tareas artísticas hacia la representación de los asuntos nacionales, recreando con ello hechos históricos para evocar lo autóctono genuino y la descripción de nuestros paisajes y costumbres ya sea en el ámbito literario o pictórico, que colaboraron en la consolidación de la conciencia nacional, tal fue el caso de Ignacio M. Altamirano que fue el escritor con mayor ahínco para dar solidez a lineamientos nacionalistas. En busca de cambios, renunciarían los directores de pintura y escultura Clavé y Sojo, respectivamente, así como Eugenio Landesio a las cátedras de paisaje, que más tarde estarían a cargo del pintor mexicano y discípulo suyo, José María Velasco. Sin embargo, pronto la dirección de esta escuela, cambiaría a manos de Román S. de Lascuráin, que en un primer momento coincidiría su período con la consolidación y el apogeo de las tendencias artísticas que exaltaban lo nacional y el realismo académico reinante, pero terminando el siglo esta orientación estilística entraría en una etapa de agotamiento, por inquietudes de una renovada vanguardia social, intelectual y artística.

El arte en México ha tenido diferentes etapas a lo largo del tiempo, sin embargo es de reconocerse que en los inicios del siglo XX tuvo mayor auge y desarrollo con la Revolución de 1910 como cambio social, político y económico. Este movimiento tuvo brotes de violencia que destruyeron vías y equipos de ferrocarril y caminos y puentes; la agricultura se interrumpió casi en su totalidad, caso más grave fue la ganadería; en cuanto a las exportaciones, éstas cesaron y las familias por otro lado, tuvieron que emigrar a las ciudades en busca de seguridad pero sin medios económicos para vivir. Reapareció el trueque, para medrar con el hambre del pueblo; en el caso del artesano anónimo siguió trabajando en su taller familiar, así la comunidad recuperó su autosuficiencia artesanal.

En la época porfirista, México se incorporaba al capitalismo mundial, con lo que se le abrirían las puertas e la inversión extranjera, que diera impulso económico, sin embargo, en la sociedad se darían adhesiones y rechazos; los primeros en oponerse serían los artistas, que reaccionarían – en el campo de la plástica y la literatura– en lo que se le conoce como *modernismo*, donde se abandonaría la expresión de lo nacional para plasmar la condición humana ante lo moderno (Leyendas del Museo Nacional de Arte).

A partir de 1921, durante las fiestas de conmemoración de la Consumación de la Independencia, el arte popular, ya se identificaba como “lo mexicano”, siendo emblema de la cultura mestiza, el espíritu y la estética nacionales. La cultura popular, resurgiría con la Revolución, pero sería en este año cuando se intensificaría dando por resultado la creación de instituciones como la Casa del Niño Indígena, el Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas. Luego se harían un envío de una exposición de arte mexicano a Estados Unidos, donde se incluiría una sección de las artes populares. Más tarde se fundaría la Escuela Nacional de Antropología e Historia y la Sociedad Mexicana de Antropología (Rubín de la Borbolla, op. cit.).

Pero sería el Instituto Nacional de Bellas Artes quien enriquecería la antigua colección de arte popular que se formó en la época de gestión del Dr. Atl, donde se establecieron varios programas de danza, canto y música populares, fructificando en la creación del Museo Nacional de Artes e Industrias Populares, con museos regionales en diversos estados y programas a través varias organizaciones y dependencias oficiales. Roberto Montenegro que era promotor cultural y colaborador de José Vasconcelos en su proyecto educativo, en 1934 reuniría cerca de cinco mil piezas de arte popular a petición del gobierno mexicano para conformar el Museo Nacional de Arte Popular instalado en el Palacio de Bellas Artes, suceso que representaría una nueva valorización estética de aquellos objetos que hasta ese momento no habían traspasado los espacios caseros o del mercado y que mostraría una colección diversa en máscaras, cerámica, textiles, juguetes, equipo de charrería y calzado.

En el arte del Porfiriato se haría evidente el triunfo del nacionalismo sobre todo en la pintura y la escultura monumental, con temas relativos a la historia antigua, la Conquista de México, así como la pintura de paisajes, como el mejor símbolo que caracterizaba y distinguía como pueblo.

Para los años entre 1920 y 1940 en arte mexicano entraba a una nueva fase, la de la post-revolución, donde los artistas consideran que el arte debe tener una función social además de reivindicar el carácter nacional. El papel que desempeñaría José Vasconcelos sería muy importante, ya que siendo secretario de Educación Pública, fomentaría el poner la cultura al alcance del pueblo y por lo tanto el apoyo hacia los artistas.

5.3 Artistas imbuidos en el nacionalismo.

A continuación hablaremos acerca de los artistas que han sido más representativos en el arte mexicano del siglo XX, divididos según la bella arte a la que pertenecen.

a) Pintura: Los temas representados durante el Porfiriato, fueron acerca de la historia azteca y de la Conquista, que marcaba la reveladora orientación centralizadora de la política administrativa de Díaz. Ya para finales del siglo XIX, la pintura costumbrista alcanzaría una notable expansión caracterizado por su enorme deseo de dignificar la propia realidad al mismo tiempo de reproducirla con relativa objetividad. Así se encontraba el pintor José Lara quien pintó pulcros y devotos indígenas en actitud de oración frente a un ataúd como una evocación de las tradiciones de los campesinos, a quienes consideraba inmunes a los cambios de la modernidad. Luego vendría un movimiento modernista, que se reflejaría en la pintura, como el retorno a la simplicidad de lo rural, como producto de una nostalgia por la tierra, el campesino y lo popular: entre sus representantes se encuentran Ángel Zárraga y Juan Téllez.

Al final del Porfiriato y sobre todo durante la Revolución, la figura del trabajador cobra un auge muy importante como tema de la obra plástica, teniendo su momento culminante en la Escuela Mexicana de Pintura. El aporte de este estilo, sería la nueva mirada que surgiría hacia el arte popular. Para 1914, la intelectualidad mexicana acredita el valor de las artes populares como la expresión más genuina de la cultura nacional y es propuesto como el modelo de inspiración para las artes plásticas.

Moreno J. (1986), en su estudio acerca de lo mexicano en las artes plásticas, considera que es el siglo XX, donde florecería la pintura mexicana, la única que ha existido en todo este tiempo. La inquietud artística brotaría con la Revolución antiporfirista, manifestándose en un

primer inicio en la huelga de los estudiantes de Bellas Artes que duraría dos años, y que estaba sustentada en la voluntad de ser conducidos por otros profesores y métodos, querían un cambio de lo rutinario y académico.

Los iniciadores en el movimiento de la pintura mexicana son: Dr. Atl, Siqueiros, Orozco y Rivera. El Dr. Atl, es conocido como uno de los espíritus más inquietos de México, fue un pintor que renegó de su nombre, Gerardo Murrillo, cambiándolo por un nombre azteca "atl", que significa agua. José Clemente Orozco, se adheriría al pensamiento del Dr. Atl, tanto en lo político como en lo estético, viviendo todas las peripecias y vicisitudes de la Revolución. Otro hecho importante en la pintura que comenzaba a desarrollarse, sería la incorporación de Diego Rivera, muralista que consiguió atraer la atención del extranjero y fue tenido durante años por el único pintor mexicano. Rivera realizó algunos estudios en España, en Italia y París, donde se acercó a algunos estilos como el cubismo, sin embargo, en la Revolución consigue al fin que se le den los muros de los edificios públicos. Un argumento importante de rescatar, según lo plantea el autor, es que tanto Orozco como Rivera, se sustraen de la moda de París, reflejando un planteamiento de "somos mexicanos y tenemos que hacer un arte mexicano", así realizarían pinturas y murales que se apartarían de lo europeo y se propondrían interesar a las masas revolucionarias con una pintura figurativa, que pusiera ante los ojos del pueblo los aspectos de la vida nacional e histórica, plasmando gritos de dolor del pueblo y sus pecados, así como las circunstancias positivas y negativas, sus esperanzas y míticas glorias.

Diego Rivera, quien pregonará que el arte popular es ajeno a la corrupción burguesa, y se convertiría en uno de los más importantes muralistas y pintores en el nacionalismo mexicano del siglo XX. Otros pintores que se imbuirían en el arte popular, serían Manuel Rodríguez Lozano y Gabriel Fernández Ledesma, quien resaltaría la riqueza de las formas de la artesanía.

Así una de las aportaciones más valiosas en el terreno de los valores culturales, con la Revolución Mexicana, fue la pintura mural, que representó con gran categoría estética, las reivindicaciones y el mensaje de un pueblo que se construía. José Vasconcelos, como Secretario de Educación Pública, buscó poner el arte al servicio del pueblo fue confiando en que los artistas plasmaran el arte como reflexión de la historia, las raíces y costumbres del pueblo, en los muros de los edificios

públicos; abrió las puertas de la Universidad a los artistas, para que pintaran sus muros. Diego Rivera pintó en 1922, con la técnica encáustica el Anfiteatro, que fue la primera obra de trascendencia universal de la pintura mexicana contemporánea. José Clemente Orozco, realizó una monumental labor artística, al pintar los grandes muros del patio principal de la Escuela Nacional Preparatoria y David Alfaro Siqueiros dejaría su huella con esa fuerza expresiva y emoción plástica que le distingue, en la escalera del Patio Chico de la misma institución. La tarea de Ramón Alva de la Canal y de Fermín Revueltas, fue el cubo de la entrada principal que da a la vieja calle de San Ildefonso. Otros edificios fueron también enriquecidos con pinturas de autores como Roberto Montenegro, Xavier Guerrero, Jorge Enciso y el Dr. Atl. La pintura en los años que siguieron a la Revolución, fue incluso considerada según el doctor Justino Fernández que "pinturas al fresco de calidad tal, no se habían producido desde el Renacimiento" (cit. por Moysen, 1961, p. 12).

Posterior a estos cuatro grandes pintores, iniciadores del movimiento mexicano de pintura, según Moreno (op. cit.), mucho se habla de que se notaría un resquebrajamiento en la "escuela mexicana", México seguía una fase de postrevolución, y los postulados que en ella se habían manejados aún estaban en vigor y los gobernantes tendían a alcanzar las metas revolucionarias, pero está la situación de los pintores que les siguieron a los de la vanguardia, sería muy distinta, y al parecer esa escuela mexicana que había nacido con ellos, a los pocos años dejarían de serlo. Así los dos o tres grupos de pintores que les sucedieron, se considera que sólo divagarían en busca de senderos particulares. Sin embargo, él rescata a Tamayo, como uno de los pintores de gran trascendencia, con el que se podría poner en tela de juicio tal aseveración.

Tamayo por principio de cuentas fue un pintor lírico, no épico y tal vez su carácter no se ajusta de al movimiento de masas y las características que exige la pintura épica y monumental, la obra de Tamayo no se distingue por poner al arte al servicio de la política, tampoco fue social y revolucionaria por el contrario su técnica está más próxima a la de los parisinos que a las de Orozco y Rivera, pero ¿deja por ello de ser mexicano?. El autor lo cuestiona porque en ella se encuentra la médula del problemas: lo diferencial mexicano, ¿qué es lo mexicano? o más bien ¿dónde está lo mexicano de la pintura?. Él responde a esta cuestión considerando que está en dos cosas: una de orden psicológico, o tal vez moral; la otra, de orden físico. Y en su obra, la primera se

encontraría en la visión dramática de la vida indígena, la segundo en los colores más característicos de ella. Considera entonces, que la obra de arte, hablando ahora de pintura, se conjugan varios factores: idea, composición, dibujo, color y que cada uno de ellos puede determinar el mexicanismo. En el caso Tamayo, lo esencial mexicano estaría en el color., en el caso de María Izquierdo también.

El retrato en las primeras décadas del siglo, toma una nueva orientación e interpretación, así la retratística se convierte en una buena oportunidad para observar las diferencias plásticas e intenciones individuales. Fue el caso de María Asúnsolo quien fue promotora de artistas a partir de los años treinta. Las nuevas tendencias se comenzarían a ver en las expresiones futuristas de David Alfaro Siqueiros con su movimiento y la perspectiva invertida, su presencia lumínica, la inocencia y el carácter onírico, serían testimonio de la apertura actual a la pluralidad de aproximaciones y manifestaciones plásticas en el arte mexicano.

La tendencia del surrealismo, se vio reflejada en los años cuarentas con la llegada de algunos teóricos del surrealismo europeo y el apoyo a estas posturas de teorías filosóficas y psicoanalíticas. Así en México, el lenguaje fantástico se reflejaría en las obras de pintores como Frida Kahlo, María Izquierdo, Roberto Montenegro, Julio Castellanos, Carlos Orozco, Guillermo Meza, Raúl Lozano, Juan O'Gorman, Gabriel Fernández Ledesma, entre otros (Leyendas del Museo Nacional de Arte).

Pero sobre todo, una de las aportaciones más importantes que realizarían los iniciadores del movimiento de la pintura mexicana, fue el estado de conciencia. Ya que "los primeros maestros consiguieron que los mexicanos volvieran los ojos sobre su propio país, sobre su gente y sobre sí mismos. Y está lección no se ha perdido. Ellos, con la arqueología dieron valor a las viejas culturas indígenas ... que hasta pareció borrar la otra parte de sangre que constituye lo mexicano. Y lo mestizo al fin fue reconocido no como una tacha sino como lo esencial. Los jóvenes pintores adquirieron *conciencia* del ambiente y de su mestizaje... Sienten todos el problema racial en una u otra forma. Y así alcanzan a plasmar la diferencia, a hacer patente lo suyo propio." (Moreno J., op. cit., p. 58).

b) Música: En la música una nueva sensibilidad a la que se le aplicó el apelativo de "moderna" nació a finales del siglo XIX, y en esta generación se encontrarían autores como Felipe Villanueva, Ernesto

Elorduy, Ricardo Castro y el joven Manuel M. Ponce, quien tendría su auge ya durante el siglo XX. En las obras de Castro, se notaría una sabiduría armónica, mayor refinamiento y hasta un ambicioso virtuosismo que se asomaría en sus obras juveniles, para afirmarse más tarde en las obras de Ponce. Luego de la obra de Castro titulada Aires Nacionales, de donde surgiera el tan afamado vals Capricho; los compositores mexicanos se plantearían nuevos problemas sobre ¿qué hacer con los temas vernáculos? ¿cómo podrían ser revestidos? ¿cómo avanzar hacia una evolución y crecimiento formales? Surgieron entonces en pleno siglo XX, rapsodias, fantasías, baladas, escritas en lenguaje romántico que todavía estaban muy cercanas al romanticismo europeo del siglo pasado. Pero hubo un avance importante en la creación de compositores mexicanos, de temas con características "mexicanas", como los temas populares con armonizaciones más complejas que hizo Manuel M. Ponce en Cielito Lindo, La pajarera, Adiós, Mi bien, Las mañanitas o La Valentina.

Lo mexicano debía reunir ciertas cualidades melódicas o rítmicas, pero sobre todo un ambiente subjetivo; para Ricardo Castro lo mexicano se hermanada básicamente con una definición de color y sentimiento. Este autor crea algunos procedimientos melódicos, afines a los que emplearía la canción semiculta que Ponce perfeccionaría más adelante. Los estudios en el extranjero de algunos compositores mexicanos como Castro, Ponce y Julián Carrillo, daría un avance cualitativo innegable.

Manuel M. Ponce, reelaboraría constantemente desde el interior del tema, valorando todas sus posibilidades e introduciendo una carga emotiva que va apoyada en un constante bordado contrapuntístico y movilidad armónica. Sin embargo sus recursos, son aún los recursos expresivos del lenguaje romántico y su estilo resalta por momentos la balada chopiniana. A pesar de que Castro considerara que la melodía ondulante, nostálgica, sentimental, era netamente mexicana en su generación, por el contrario la generación de Carlos Chávez, vería la persistencia de esa convención una prueba de la decadencia de la música mexicana de escritura romántica.

La música de Carlos Chávez y el movimiento nacionalista se colocarían del lado opuesto de la obra de Ponce, no sólo por las diferencias de estilo y técnica, sino por su posición teórica e ideológica divergente frente a la idea de un arte nacional y del lugar que debieran tomar los elementos populares dentro de la música culta. Así para algunos, las obras de Chávez en las salas de conciertos resultó una

agresión, pues consideraban esa música como modernista, disonante, mecánica e inexpresiva, siendo Ponce el último compositor de "lo mexicano como refinamiento y sentimiento". Por su puesto para los contrarios, para la nueva generación nacionalista, Ponce era un conservador y un retrógrado.

Vale la pena, hablar un poco acerca de las posturas de estos dos grandes músicos en la historia de la música mexicana. La posición de Ponce podría explicarse como un idealismo salpicado de abstracciones que remiten a un "alma popular" que busca su redención en la producción de melodías expresivas, Ponce consideraba que el sentido musical de nuestro pueblo era una compensación de la miseria y ese sufrimiento era el motor de la creación popular, ese destino que había privado a tantos desheredados de las comodidades y placeres, había dotado a esos mismo de un sentido musical extraordinario, por ello la canción era producto genuino del pueblo, nació en las humildes chozas y no en los salones deslumbrantes de los magnates. Así para este compositor, el sufrimiento equivale a expresión. Pero la creación popular, podía ser tratada como la materia prima de un arte superior y trascendente, considerando la música popular como un elemento primario para un arte culto tal como se manejaba en los postulados de la escuela mexicana, mostrando un evidente europeísmo al intentar seguir las huellas del romanticismo nacionalista europeo. Para Ponce, al misión del músico era dignificar las producciones sonoras del pueblo y utilizar el material estimable del folklore en la edificación de un arte propio.

Por su parte, el pensamiento de Carlos Chávez se colocaba en el opuesto del romanticismo ponciano en relación a las artes populares. El problema básico para este autor de la música culta nacional era el de su legitimidad y representatividad. Para él México debía poseer un arte "único" dentro de una sociedad unificada. Chávez al referirse a la música popular, no habla de toda la gama que ésta representa, sino a algunos ejemplo de música tradicional, sobre todo la música indígena, tanto a la producida por algunos grupos indígenas como a una idealización y reinención de la música prehispánica. Así se manifestarían en sus composiciones la sobriedad, la predilección por un desarrollo lineal y despojado de ornamentos, que serían el resultado de un intrincado complejo ideológico que fue elaborando a través de sus obras y de una acción cultural abierta, que ejerció por medio de la difusión y la educación, ya que consideraba que la música tenía una función pública y social y por lo tanto los contenidos de ésta.

El estreno del ballet azteca *El fuego nuevo*, en 1921, logró definir con gran claridad los principios estéticos e ideológicos que formarían parte de su producción musical de décadas posteriores. En su concepción la partitura, exigía un apoyo corpóreo, coreográfico y visual, siendo la imagen tan imperativa como el sonido, complementando así su significación. Este estilo inaugurado por Chávez, era la traducción musical de las concepciones ideológicas e históricas de la generación de artistas e intelectuales prohijada por José Vasconcelos. En la discusión nacional y en la búsqueda de un modo de ser histórico, lo indígena había adquirido una súbita importancia, que se manejaba ya en el terreno de las ideas estéticas. Su obra *Caballos de Vapor*, abriría las puertas al populismo como nuevo elemento ideológico del nacionalismo; para Diego Rivera inspirador y colaborador de la obra, era el ejemplo neto del arte popular.

Se darían así algunos cambios, como el sufrido en la Escuela Mexicana e Composición donde se manejó un populismo más directo y menos sofisticado destinado a las clases trabajadoras. En 1929, se formó una "Orquesta Mexicana", integrada por un grupo balanceado de instrumentos clásicos, populares e indígenas: flauta, chirimía, trompeta, clarinete, violines, niñuelas, arpa grande, marimba, teponaxtles, huéhuetl, sonajas, raspadores, güiro, cabaza, pezuñas de venado y gong, para esta orquesta Chávez, compuso un *Canto a México*, dedicado a Silvestre Revueltas y algunos de sus seguidores más jóvenes. De esta aproximación a lo popular hay dos claros ejemplos, los *Sones de mariachi* de Blas Galindo y el *Huapango* de José Pablo Moncayo. Así el "nacionalismo" con tendencia estética fue practicado comprendido como un estilo de composición dentro de una producción general que en muchas ocasiones se alejaba de él; el valor musical, la originalidad con filiación nacionalista variaría de autor en autor y de obra en obra.

Los años veintes marcaron la culminación del movimiento nacionalista y el inicio de un populismo oficial que más tarde perdería su impulso inicial. La música culta no resultaría un instrumento político tan eficaz como la pintura y la literatura, pues el acercamiento temático y/o estilístico a los lenguajes populares no garantizó la presencia de un interlocutor y la respuesta de un público amplio; difícilmente se extendió su influencia más allá de los agentes del concierto tradicional o se prolongó más allá de los años cincuentas. Fueron sobrepasados por la realidad nacional y el surgimiento de fenómenos de gran fuerza como el surgimiento de una cultura urbana de masas; la influencia impresionante de los medios masivos en la difusión de nuevos estilos populares y

comerciales; y, la explotación económica de los productos musicales elevada a tal grado por la influencia del radio y el fonógrafo. Durante esta década, se marcó un proceso culminante donde las casas editoras popularizaron y masificaron infinidad de obras de la producción culta o popular. Así surgirían artistas, que buscarían imprimir en sus composiciones la seducción, la nostalgia amorosa y el sentimiento "a la mexicana", que fueron del todo producto comercial, y sin pretensión de venderse como Arte con mayúscula.

Para los años cuarentas, la música culta realizaba su música con la que deseaba reflejar un México noble, heroico, grandioso e ideologizado, por su lado la música urbana era la presencia de un México de rostro inculto, sentimental e innoble. Las nuevas clases medias no producían cultura pero estaban dispuestos a recibirla como un consumo irreflexivo y cotidiano; se acercaría una crisis, que acababa con los sueños de un país culto, mexicano y nacionalista, con música de entretenimiento desprovista de elevación moral, pues los públicos populares se inclinarian por lo romántico, lo reaccionario y lo vulgar. Así al final ni la tendencia afrancesada de Ponce ni la indigenista de Chávez pudieron contra la fuerza avallasadora de la nueva música de las clases medias, que dieron la espalda a las propuestas intelectuales para abrazarse a los ritmos, temas y otra concepción de lo mexicano (Moreno, Y., 1986).

Mario Lavista, quien realiza los comentarios en el texto de Yolanda Moreno, considera que el nacionalismo musical mexicano, inaugurado por Chávez alcanzaría su esplendor en los años treinta, y para los cuarentas sufriría de un debilitamiento rápido, no sólo por la difusión de la música comercial y el surgimiento de una cultura de masas, sino porque se intentaría forjar un arte musical nacional que carecía de una base ideológica que lo sustentara, así como dos hechos significativos: la muerte de Silvestre Revueltas y los cambios sustanciales que se observarían en esa época en el lenguaje musical de Chávez. Luego otros compositores se incorporarían a las corrientes más avanzadas de la música, donde comenzaron a hablar un lenguaje diferente a la tonalidad y donde se ponía en tela de juicio valores como la sintaxis y la teoría, que perderían la vitalidad que alguna vez poseyeron; de ahí que muchos compositores mexicanos actuales presten interés a la obra de Julián Carrillo, quien sustentó posiciones definitiva y radicalmente contrarias a las de revueltas y Chávez, y a la que a consideración propia han sido poco difundidas y se les ha otorgado poco valor; en Francia fue motivo de un reconocimiento aunque desconozco la trascendencia que se le

otorgó al tal suceso, sin embargo en México no se le ha reconocido y es más, creo que pocos le conocerán, siendo que podría estar dentro de uno de los avances más grandes dentro del campo musical, con el descubrimiento del *Sonido 13*, basado en la multitonalidad dentro de la música.

Carlos Monsiváis, habla de las décadas posteriores, los cuarentas y cincuentas, del surgimiento del ídolo como parte de las promociones de la industria, pero más bien como el sólido contrato social que le concede a una parte el don de darle la imagen perdurable a deseos y obsesiones y a otra parte, la de reproducir y desvirtuar el modelo a su disposición, que en pocas palabras se llama manipulación y enajenación. Así podemos hablar de personajes indesplazables como Pedro Infante, Agustín Lara y José Alfredo Jiménez, que has sido respuestas al tema y problema de la expresividad popular. Encontramos en Lara, la poesía modernista y la vencida lujuria de las amas de casa, el afán de espiritualidad y la obsesión de la carne, con la apropiación de un idioma culto, que lo convierte en un gran acto de traspaso cultural. José Alfredo Jiménez, es la poesía según la sienten y versifican quienes no han leído poesía, pero aman las imágenes y la cadencia musical. Esta durabilidad de los ídolos los ha convertido en señas de identidad mexicana, que hoy una literatura los examina, banaliza y sacraliza.

La fuerte influencia de los medios masivos, daría por resultado la extrema internacionalización, dando paso al surgimiento de música extranjera, como lo sería el rock and roll en los años cincuentas, y que vendría a originar grupos mexicanos que siguiendo este estilo, no crearán sino básicamente adaptarán la música de fuera al contexto nacional, con los famosos "covers", ahí tendríamos los casos de grupos como los Teen Tops, los Crazy Boys, los Rebeldes del Rock, los Hermanos Carrión, los Hermanos Castro, y luego solistas como Enrique Guzmán, César Costa, Alberto Vázquez, Angélica María, Julissa, Marco Antonio Muñoz, que lograron atraer al público creando una era importante en el ámbito musical, aunque poco podamos hablar de la parte creativa, mucho menos la nacional o "mexicana".

Para la década de los setentas, el rock and roll y sus transformaciones como el a go-go, vendrían en decadencia, dando lugar a otros nuevos estilos musicales, como el tango (argentino) y el bolero romántico, por un lado, y por otro surgiría un nuevo movimiento social que tendría su gran peso en el ámbito musical, la era del rock, los hippies, donde había fuertes movilizaciones sociales, ideologías basadas

en el amor y la paz, y la libertad de expresión. En México, tuvo gran influencia, pero no tanto en la producción sino en el consumo de la música que venía de otros lados del mundo, aunque también se regresaría los orígenes folklóricos.

Para la década de los ochentas, surgirían nuevos ritmos como el *rhythm and blues*, *funk* y el *hard rock* y el de mayor impacto, la *música pop* y *disco*, en los cuales el artista mexicano no tuvo mucha participación a nivel de creación. En los años ochentas, tomó gran auge el rock en español, con grupos y artistas españoles y posteriormente latinoamericanos, que llegaron a México, donde existía un estancamiento y pocos espacios para el rock mexicano, pero que a finales de ésta década vendría un resurgimiento y gran fuerza este nuevo movimiento mexicano, que tuvo mucho impulso, y que actualmente aún se mantiene, pero que ha sido en gran medida desplazada por la *música pop* comercial tanto nacional como extranjera.

c) Literatura: Después de la Revolución, hubo una corriente literaria llamada de la "novela indigenista" que buscara rescatar las culturas indígenas, sin embargo como resultado hubo una reproducción de los estereotipos y prejuicios. Y por otro lado, a mediados de la década de los treinta, se realizarían grandes campañas de alfabetización por un lado y por otro José García Valseca, decidiría editar historietas, para la mayoría de la población que no sabía leer, a las que luego les agregaría pequeños diálogos, convirtiéndose en el tipo de subliteratura que consumiría grandes sectores de la población, sin dar posibilidades de buscar otras fuentes literarias que enriquecieran su acervo cultural. La Revolución había cumplido parcialmente sus compromisos al liquidar el analfabetismo en parte, sin embargo dejarían de lado las inquietudes despertadas en cuanto a la necesidades de conocimiento, generando frustración y solo consintiendo pequeñas habilidades que les permitiera entrar a otro universo, a través de la historieta que plasmaba un sueño social.

Rodríguez (1999), habla acerca de algunos de los ensayos que realizó Jorge Cuesta acerca de la literatura de México, la cual define como el clasicismo mexicano, que se ha desarrollado en el espíritu universal y occidental. La influencia de España sobre la creación artística de los siglos anteriores con escritores como Sor Juana Inés de la Cruz o Juan Ruiz de Alarcón, hacen notar la importancia que tuvo la literatura desde entonces, dejando crear obras de tal reconocimiento como las de estos autores, que sin embargo carecían de una identidad

nacional, y de un romanticismo alemán y luego un simbolismo francés que permaneció durante varios siglos. Entre otros escritores de gran peso a principios del siglo XIX estarían Manuel José Othón, Salvador Díaz Mirón — que serían el puente entre el romanticismo y el simbolismo —, Ramón López Velarde, José Gorostiza, Rafael López, José Juan Tablada, Manuel de la Parra, Carlos Pellicer y Xavier Villarrutia. Más adelante vendría una etapa del resurgimiento del nacionalismo y sobre todo el interés por abordar el tema de la identidad del mexicano y la descripción de sus estilos de vida, con personajes como Octavio Paz, Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis, José Joaquín Blanco, José Emilio Pacheco, entre otros, que a través de sus novelas nos han acercado al conocimiento de nuestra identidad, y al surgimiento de una literatura nacional.

Uno de los problemas en la literatura latinoamericana en la actualidad, es la búsqueda de identidad nacional, Paz señala que la frontera entre la literatura pasado y la moderna es justamente este tema. La identidad ha estado presente en poetas y novelistas como César Vallejo, José María Arguedas, Juan Rulfo, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes y también en muchos ensayos filosóficos o sociológicos que por cierto han sabido captar excepcionalmente los problemas sociales. En el caso de México, podemos encontrar obras tales como *La región más transparente* de Fuentes, *Pedro Páramo* de Rulfo o *El Laberinto de la Soledad* de Paz, por mencionar sólo algunas de las más representativas que aborda el tema de la identidad del mexicano. La literatura del siglo XX, se ha caracterizado por una tradición narrativa rural, que ha buscado la recuperación de nuestras raíces populares, reinterpretación de la historia y tradiciones regionales, así como la creación de un repertorio simbólico de la identidad nacional no visto como algo folklorista.

Según Monsiváis, dentro de la literatura se dieron dos tácticas para el acercamiento a lo popular. La primera que busca rescatar el candor y la indefensión del habla de los miserables, el realismo. La segunda, que registra los sucesos del vulgo, pero manteniendo un lenguaje refinado, culto, armonioso, la retórica clásica. Actualmente tanto la cultura como la literatura, se reduce a términos de industria, una industria de los mercados masivos, que a veces juegan el papel de artículos de lujo, pues en muchas ocasiones en México, los costos impiden el comprar un libro y por lo tanto interesarse en las producciones literarias, nacionales e internacionales.

La literatura abarca el conjunto de mensajes escritos que integran una determinada cultura, al margen del juicio de valor que por su calidad merezcan, o de los prejuicios que se impongan para considerarla como tal. En este sentido, desgraciadamente no habría lugar para muchas de las realizaciones literarias de mayor eficacia y más alta belleza en América Latina (Colombres, 1997).

d) Danza: Durante el porfiriato la sociedad mexicana tuvo acceso al mundo, puesto que comenzaron a tener auge las Óperas y operetas extranjeras que se combinaban con canciones regionales, lenguaje popular, chistes espontáneos, música y danzas nacionales. Después de la revolución las tandas y revista musical se convierten en cuadros monumentales de elementos netamente mexicanos. Los artistas de la farándula responden con talento e ingenio a las exigencias del nacionalismo que compone el pensamiento revolucionario.

Ya para 1919 las diferencias entre danza “cultura” y “popular” se hacen más evidentes con la visita de la compañía de la bailarina rusa Anna Pavlova, que significó una vuelta a la “erudición dancística”. En 1932 se instalaría la primera escuela oficial de danza por parte de la SEP, con antecedentes en la academia de Hipólito Zybine, permitiendo así la adquisición de una estructura propia para fomentar el desarrollo de la danza en México que caracterizará el s. XX.

Los primeros cuarenta años de este siglo, se verían determinados por el empuje nacionalista posrevolucionario, su madurez estética sería alcanzada en los años cincuenta con la expresión que marcan nuestros primeros grandes protagonistas de la danza moderna. Durante este período el ballet clásico tendría gran importancia con la representación del Ballet Carroll y el ballet de la Cd. de México a cargo de Nellie y Gloria Campobello. Durante esta época se daría un espíritu de apertura y una redefinición del lenguaje académico, gracias al impulso mexicanista de la época. Entre los pioneros más sobresalientes de la década de los 40's y 50's estaría Eleonor Waldeen, Ana Sokolow, José Limón, Xavier Francis, Sergio Unger, Melsy Dambré. La pasión y el compromiso serían dos características de ese nacionalismo envolvente, esa danza moderna que se haría admirar en China, la Unión Soviética y el resto de Europa. Sin embargo cabe destacar que en la danza había un gran peso e influencia de bailarines extranjeros que hicieron renacer y sobresalir la danza en México, tenemos casos como el de la española María Conesa, una famosa cupletista y bailarina de la zarzuela que se hizo destacar en México, o el caso de Anna Pavlova, bailarina rusa quien vino con su compañía a

México y quien propagaría por el mundo junto a Alexander Volinine la imagen del mexicano con el vestuario de la china poblana y el charro cuando presentó el ballet del Jarabe de Fantasía Mexicana (El Jarabe Tapatío), a través de una foto en El Universal Ilustrado en 1919. Entre los mexicanos sobresalientes de estas décadas se encuentra la crotalista Pilar Rioja, Sonia Amelio, Alicia Alonso, María Roldán (Primera bailarina del Ballet de la Cd. de México), Lupe Serrano (Primera bailarina del American Ballet Theatre), Francisco Araiza y Beatriz Carrillo, Armida Herrera, Laura Urdapilleta, Jorge Cano, Cora Flores, etcétera.

Luego vendría una etapa de reflexión, experimentación y profesionalización del bailarín mexicano, en los años sesenta y setenta, caracterizadas más por el ámbito científico que el pasional, pero que permitirían que en los años ochenta una formación sólida y sistemática del bailarín propiciando un movimiento de danza independiente, sin precedente en la historia, floreciendo grupos de jóvenes creadores, como las compañías del Ballet Nacional, Ballet Teatro del Espacio, Ballet Independiente, Taller Coreográfico de la UNAM, la Compañía Nacional de Danza y el Ballet de Danza Folklórica.

Los noventa ha sido caracterizada por extraordinarios avances técnicos, de aparición y desaparición de grupos creadores pero sobre todo ha servido de antesala al siglo XXI, un período que espera para lo que viene, aún sin definirse. Entre las personalidades más importantes que has destacado en la danza de las últimas décadas, podemos encontrar nombres como los de Amalia Hernández, Roseyra Moreno, Edmé Pérez, Hugo Romero, Alma Rosa Martínez, Raúl Flores Canelo, Raúl Fernández, Tihui Gutiérrez, Laura Morelos, Jaime Vargas, Cuauhtémoc Nájera dentro del Ballet, aunque dentro del baile popular del cine, teatro de revista y comedia musical, podemos encontrar personajes importantes como Amalia Aguilar, Raquel Gutiérrez, Ana Mérida, Pérez Prado, Tongolele, Mapy Cortés, Rosa Carmina, María Antonieta Pons, Ninón Sevilla, Meche Barba, Roberto y Mitzuko, Tongolele, Resortes, Sergio Corona, Alfonso Arau, Virma González, Manuel "Loco" Valdés, entre otros artistas, que dieron también su auge al baile en México, algunos de origen extranjero, muchos cubanos y otros mexicanos (Leyendas de la Exposición "De la Danza Prehispánica a la Posmodernidad" del CNA, 2000).

e) Escultura–Arquitectura: La escultura durante muchos años estuvo bajo el dominio que ejerció La Escuela Mexicana de Pintura que impidió su verdadero florecimiento. La escultura posrevolucionaria estuvo constituida en gran parte por los muralistas que habían dado auge al nacionalismo mexicano y la idea de plasmar lo mexicano a través de la historia y de los ideales de la Revolución mexicana, como el caso de Rivera y Orozco que además de ser los muralistas de gran reconocimiento, también estuvieron imbuidos en la escultura. Pero es hasta después de la guerra civil española, el fascismo y la Segunda Guerra Mundial, que surge la generación de la ruptura, que surge con un grupo de artistas que introducen las propuestas de la modernidad y la vanguardia internacional, con lenguajes individuales que tienden más bien a la abstracción y por el contrario se alejan del nacionalismo y los dogmáticos símbolos de la escuela mexicana.

El movimiento de “la ruptura” se ha ubicado en sus inicios en 1949 con la muerte de Orozco y la llegada al país de Mathías Goeritz, uno de los precursores más importantes de la escultura en México. Los movimientos principales que surgen durante las décadas de los cincuentas y setentas serían entonces la ruptura y el geometrismo.

El Geometrismo mexicano se expresó desde mediados de los años sesenta como una reacción al dominio casi absoluto de la pintura sobre la escultura, convirtiéndose en el vehículo adecuado para los fines de una expresión libre, fincada en el entendimiento moderno de las geometrías por intuición y vocación constructiva nata, que constituye parte de nuestras raíces indígenas y que se manifiesta en los creadores mexicanos. Tuvo como precursores a artistas como Rufino Tamayo, Wolfgang Páalen, Gunther Gerszo y a muralistas y escultores como Carlos Mérida y Mathías Goeritz. La trayectoria de Goeritz en México es determinante para el ámbito cultural mexicano; apegado a la idea de la integración de las artes, en 1953 realizó el Museo-Experimental “El Eco”, donde pudo fusionar en un único proyecto a la arquitectura y la escultura con la idea de lograr una arquitectura emocional entre sus obras sobresalientes están La Serpiente realizada para El Eco y las Torres de Cd. Satélite. También participó con otros artistas en la realización del Espacio Escultórico de la UNAM y en la idea original de la Ruta de la Amistad hecha para las Olimpiadas del 68. Junto con Geles Cabrera, Juan Luis Díaz, Angela Gurría y Sebastián, integró el grupo Gocadiguse. Entre otros escultores sobresalientes de este siglo podemos mencionar a Pedro Coronel, Pedro Cervantes, Helen Escobedo, Manuel Felguérez, Francisco Zúñiga, Ernesto Álvarez, Juan Soriano, Ernesto

Paulsen, Federico Silva y José Luis Cuevas. Quizá este último, fue la voz más fuerte que se proclamó en favor del lenguaje diferente a la escuela mexicana y al exacerbado nacionalismo, su escultura monumental "Giganta" es tal vez su escultura más representativa (Exposición "Escultura Mexicana", Palacio de Bellas Artes, 2000).

La arquitectura, se debate en una profunda crisis de identidad; tanto la arquitectura como el urbanismo, es un excelente indicador del grado de desarrollo que ha alcanzado una sociedad determinada, donde se manifiestan muchos problemas, entre ellos el de la identidad nacional. Es importante tomar en cuenta el impacto negativo que durante los últimos sesenta años ha tenido en la arquitectura el "funcionalismo", puesto que se han construido edificios de mayor o menor importancia material, pero de ninguna significación artística, ¿por qué no la existencia de edificios verdaderamente útiles pero también bellos? En la búsqueda de la identidad de la arquitectura mexicana, se ve reflejada la búsqueda de nuestra reafirmación cultural. Sin embargo gran parte de la arquitectura actual, refleja las dificultades de la intercomunicación, la vivienda hacia lo alto, la falta de zonas que propicien la relación personal y grupal, el anonimato de la ciudad moderna, en fin todo ese carácter de extraño, de ajeno que se ha creado en nuestra sociedad contemporánea.

La arquitectura se ha encontrado entre dos grandes posiciones, una que podría denominarse compositiva, es decir basada en la originalidad de un arquitecto a partir de los elementos formales establecidos, o bien, una arquitectura denominada de determinación formal, que se caracteriza por crear sus propias formas. La arquitectura actual, deberá buscar creatividad, menor ostentación, pero mayor belleza y ser funcional, que además reafirme nuestra conciencia social, y deberá ser por lo tanto, plural y diversa, respondiendo a su momento histórico y contexto geográfico, puesto que la arquitectura también comunica, emite además de sus formas y elementos estéticos, los aspectos sociales e ideológicos de una sociedad, en ella se puede ver el sistema de clases, las formas de organización del trabajo, la distribución de la riqueza, etcétera.

Algunos arquitectos como Enrique Yañez o Luis Barragán fueron los principales en buscar en nuestra historia una expresión propia para nuestra arquitectura, desarrollando al máximo su creatividad. Yañez, echaría un vistazo a nuestras raíces prehispánicas para luego plasmarlas en varias de sus obras, como el Centro Médico Nacional del IMSS, también se daría la integración de la arquitectura con la plástica, que al inicio de los años cincuenta se desarrollaría en la Ciudad Universitaria,

en las aulas del mismo Centro Médico donde colaboró el pintor José Chávez Morado (Colombres. 1997 y Véjar, 1989).

5.4 Políticas Culturales en el Estado mexicano.

Por «política cultural», puede entenderse aquella que debe encargarse de conservar el patrimonio cultural del país, promover la producción de adelantos culturales y a difundir las innovaciones que integran el patrimonio humano de la cultura, haciendo uso de ciertos instrumentos tales como museos, teatros, bibliotecas, escuelas de arte, centros e investigación, cinematecas, orquestas sinfónicas, conjuntos de danza, coros y auditorios, que son manejados por universidades, instituciones privadas o estatales de alcances nacionales. Sin embargo, actualmente, la política cultural, está más bien al servicio del poder convirtiendo las artes en medios de persuasión y represión del poder ideológico que necesita un estado para subsistir (Acha, 1984).

Haciendo un poco de historia al respecto, durante el gobierno de Ávila Camacho, se veía debilitada y reducida la creación nacionalista y las iniciativas de apoyo oficial a la educación y la difusión sonora; sería en el gobierno de Miguel Alemán, cuando se iniciarían acciones concertadas y la aplicación de disposiciones concretas en el terreno de las artes, que fortalecería el carácter y personalidad nacional y un engrandecimiento del patrimonio cultural que atraería a los públicos internacionales. Un plan de Bellas Artes realizado en este período formuló una ley General de Bellas Artes en 1946, que daría origen a su vez al Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura en 1947. Al asumir la organización de la educación artística profesional, tanto en escuelas primarias, secundarias y normales, el Estado se abocarían a realizar un proyecto artístico nacional a través de su organismo oficial, especializado y exclusivo. En la música, este instituto se encargó de los ramos de la composición e investigación, organizaría concursos y haría encargos a compositores (Ladrón de Guevara, 1983).

Pero la promoción y difusión de la cultura y la educación artística que tendría encomendadas en Instituto Nacional de Bellas Artes, se ampliarían considerablemente durante el sexenio 1964-1970 orientadas a la apertura de horizontes, la expansión de actividades y la preocupación por la calidad de las obras realizadas o auspiciadas. Para lograr tales propósitos, se otorgaron becas para alumnos que estudiaran en escuelas dependientes de esta institución y además se buscó la mejora de sus organismos como Casas de Cultura, Organismos de Ballet,

Institutos, Salas para actividades, conciertos, presentaciones, etc., Museos y/o Galerías, para que una vez logrado ésto se hiciera difusión y la realización de actividades donde asistiera la gente y conociera lo que se producía, cabe señalar que el director que en ese entonces estaba vigente, el Sr. José Luis Martínez, reconocía que faltaba ampliar y crear centros regionales, una reestructuración de la educación artística, mayor difusión internacional del arte de México, la adquisición de obras para lograr el enriquecimiento de los museos, fomentar la composición de obras de arte, entre las más importante; lo que vendría a ser la elaboración de una política cultural para el país (Memoria 1964-1970, INBA). Aunque todavía hasta 1976, la situación de la cultura en México, se veía determinada por los políticos que a título individual, llamaban a los pintores para decorar su Secretaría de Estado o los locales de alguna institución, que al final actuarían como la compra de cuadros que se invierten en "prestigio cultural", pero que no existe detrás de esto ningún proyecto global, de apoyo real al fomento del desarrollo de la cultura nacional.

En el caso de la política cultural de México, uno de los autores que realizó un proyecto al respecto, es Ladrón de Guevara, quien la define como aquella que intenta coordinar la creación y conservación de los productos culturales en función de ciertos criterios y objetivos, que no deben enfocarse sólo a las manifestaciones artísticas consideradas como "Bellas Artes", ni tampoco restringirse a un sector de la sociedad. Su diseño debe además, partir del estudio de subculturas en relación a los aspectos histórico-social, que determinan sus valores, tradiciones y sentimientos compartidos, que la hagan peculiar. Las expresiones populares, que a pesar de ser ignoradas y sometidas muy a menudo, surgen siempre en sus más ricas y variadas transformaciones, así como con gran fuerza. Es esta la verdadera cultura popular que constituye la base de la cultura nacional, sin embargo, en las últimas décadas, por ejemplo en el aspecto musical, si bien es cierto que existe una diversidad de estilos, que no en cualquier país se encuentra, también es cierto que no se ha aprovechado para estimular la verdadera identidad nacional, ya que se ha acudido a la copia de modelos baratos ajeros a nosotros mismos y que es producto por supuesto de la comunicación masiva como manipuladora.

En caso concreto, este proyecto realizado por Ladrón de Guevara, describe algunas políticas que podrían ser implantadas en México. En el caso de la literatura, antes que nada habla acerca de lo que el gobierno y las instituciones esperan de ésta como por ejemplo, que sea un arma de

la clase trabajadora como lo veía Vasconcelos; como factor de nacionalidad aceptada por todos los sectores, difusión para los criollos, indígenas, proletarios, clasemedieros, o burgueses; o bien, como instrumento de civilización que implica educación, modernización, progreso, que a pesar de tener su sentido colectivo, a veces éste es perdido y convertido en superación individual, o bien como medio de propiciar la decencia, de ser culto, que justifican el tener más o menos derechos económicos y sociales; como símbolo de memoria, crítica y conciencia del país, o por último, como arte puro, autónomo, que detentan los grupos ilustrados.

En base a estas ideas, se realizan algunas propuestas como:

a) El que exista democratización de la vida política y los medios de comunicación, así como en las escuelas de enseñanza e instituciones del Estado que den mayores oportunidades en este campo. También es importante que no surja un monopolio del capital privado, la tirantez, la represión o el desierto políticos.

b) Con relación a éste, también pueden mencionarse el que sea descentralizada la educación, la cultura y la comunicación, para que exista más difusión en los medios, el impulso a la prensa local, a las radiodifusoras y televisores locales, así como la asistencia de recursos financieros y culturales, no sólo a casas de cultura regionales, sino revistas, programas, periódicos, etc., que permitan acercarse realmente a la población.

c) Las posibilidades de estar en contacto constante con las producciones literarias, que además puedan poseer la libertad de expresión, ya que aún existe mucha censura, debe existir una ley que impida la difamación y que por el contrario abra camino a la comunicación e información real de los acontecimientos sucedidos.

d) Democratización integral de las universidades, de tal forma que se pueda ejercer una crítica libre y eficaz, sin imposiciones por parte de los profesores o autoridades administrativas o académicas. Ni tampoco que exista una discriminación ideológica en la difusión de ideas y obras.

e) Que se encuentre apoyo por parte de la industria editorial mexicana y que ésta a su vez se caracterice por una calidad de producción, que haga de ella una publicidad digna y no malbaratarla como comics. Además de una publicidad que informara qué libros,

cómo, dónde, cuándo, de qué modo, sin academicismo ni vedetismo, sino con sencillez informada y sobria.

f) Es importante elaborar un plan nacional de ediciones de literatura nacional sin lujos ni burocratizaciones, con apertura hacia los concursos que estimulen a los escritores, tanto monetariamente con el apoyo de sus publicaciones, como apoyo y orientación en las universidades, editoriales y centros de investigación a cargo de alguna comisión de escritores, que realicen un plan modesto y con suficientes ediciones críticas y populares de las producciones realizadas.

g) Dotar a las bibliotecas de suficiente material para un estudio profundo de la literatura mexicana y el conocimiento de nuestra literatura para futuros escritores.

h) La juventud es la fuente entusiasta de nuestro país, así que en ellos debe de crearse la difusión y los estímulos literarios, además de poner al servicio instituciones como el CREA, para acercarlos a la literatura.

En el ámbito de la música, en países como México, donde ha existido una cultura fragmentada y plural, difícilmente homogeneizable, el problema de la educación musical y la difusión sigue siendo complejo y difícil de resolver mediante una solución. Los medios masivos de comunicación se han inclinado por la divulgación del producto "comercial", sin borrar las fronteras socio-culturales que no estimulan la participación social en la producción y difusión de la música, degradando la calidad de la producción musical y fomentando un oyente pasivo y acrítico. De igual forma las políticas culturales de un solo organismo generó una concentración de poder, que se reflejaría en la exclusión sistemática de aquellas líneas estéticas o pedagógicas que estaba contra la "verdad oficial", dando lugar a un autoritarismo cultural. Se puede afirmar que en los últimos años el proyecto cultural musical se ha desarrollado bajo un criterio elitista, a pesar de que durante los años ochentas se comenzara a buscar la renovación en lo que respecta a la democratización del consumo artístico, llevando a cabo la formación y educación de los públicos populares a través de conciertos gratuitos de la Orquesta Filarmónica de la Cd. de México, la Sinfónica Nacional o la del Estado de México y actividades promovidas por FONAPAS y algunos de los gobiernos de los estados.

Por otro lado las consideraciones que hace para una política musical, que menciona es más difícil ya que posiblemente las iniciativas y políticas serían un poco incongruentes, ya que como en el caso de la música existe una vinculación más fuerte con el poder económico, por cuestión de que tiene una representación más popular, que tiene mayor difusión y es vendible. Sin embargo, no por ello deja de apuntar la importancia que tiene el que la música llamada "cultura" debería trascender a todas las clases sociales, pero al contrario es la línea que marca las diferencias entre ellas debido a que la expresión del gusto está en relación a las jerarquías sociales y las legitimidades culturales.

El autor habla de algunas consideraciones que Carlos Chávez postula en alguno de sus escritos para el diseño de las políticas musicales: 1) La importancia política que tiene la música como factor de vinculación nacional; 2) La trascendencia de su utilización como instrumento de política internacional; y 3) los beneficios que la música podría aportar a la economía general del país si se le utilizara para el desarrollo de "centros de atractivo turístico universal" También se debería estimular y fomentar la investigación, la pedagogía, la experimentación, la composición, la grabación de discos, la publicación de partituras y literatura sobre música; enriquecer y apoyar prácticas musicales que durante largo tiempo han sido opacadas o explotadas con fines turísticos y comerciales; no olvidarse de la identidad, pero tampoco olvidar que los verdaderos intercambios culturales son importantes entre nuestro país y los demás países; otro elemento muy importante es la enseñanza que se otorga en las escuelas de música y conservatorios, que si bien es cierto tienen mucha calidad en muchos sentidos, también en ocasiones la enseñanza no es la más adecuada.

Entre las sugerencias que hace Ladrón de Guevara para las políticas culturales en el ámbito de la música menciona:

a) La difusión, que es uno de los aspectos que el autor da mayor importancia, el primero porque es el principal medio para provocar cambios en la cultura, y considera que al respecto no es necesario contar con recursos cuantiosos sino más bien con imaginación y reorganización de medios, que permita al público el conocimiento y de ahí la formación de un gusto y criterio por diversidad de obras. Es importante también, que el público sea capaz de confrontar y valorar diversas culturas, y juzgar obras diferentes de las establecidas en el repertorio.

b) La composición, es uno de los elementos que requerirá de mayor apoyo al compositor actual, así como la difusión de su obra, puesto que la obra de los compositores mexicanos requerirá de la concesión de una exposición frecuente al público. Pero para lograr esto es necesaria la creación de una necesidad social, que haga una presión para la participación activa de los compositores en la vida musical, para ello es indispensable analizar la relación entre compositores, intérpretes y público, con sus carencias, deficiencias y prejuicios. Una forma de solucionar esto, podría ser los encuentros entre compositor y el público donde los conciertos fueran precedidos por una explicación del autor sobre su obra que permitiera la integración y comprensión más profunda de ésta, así como una retroalimentación entre ambas partes.

Un elemento importante a considerar en este proyecto, es que no solamente da sugerencias de qué hacer, sino que propone también la integración de recursos e instituciones para el desarrollo de dicha política y por lo tanto de la cultura nacional, en el que el Estado tiene la responsabilidad de reorganizar el quehacer cultural en beneficio de la población, buscando enriquecer la integración del acervo cultural y su difusión y así fortalecer la identidad política y cultural de los mexicanos.

Dichos recursos son:

a) La coordinación de todos los medios de comunicación, como medio de difusión, integrando un sistema de prensa, radiodifusión y televisión para influir en la formación cultural de la población.

b) Coordinar las instancias que estimulan la creación y preservación del patrimonio cultural, que no sólo se limita a la preservación de monumentos y obras de arte, sino que abarca los procesos de creación cultural que va desde la sensibilización hasta la proyección de los bienes culturales, y por supuesto la difusión e investigación del proceso cultural, apoyado en instituciones como El INBA y el INAH.

c) La coordinación de instancias que promuevan el desarrollo de la niñez y la juventud en aspectos deportivos, culturales y recreativos y culturales.

d) Cuidar la imagen cultural del país en el ámbito internacional, a través de un departamento especializado, que coordinado con la Secretaría de Relaciones Exteriores, generen un plan para la proyección de los valores culturales nacionales, con convenios de intercambios culturales, festivales, exposiciones, ferias, etcétera, vinculado con la acción cultural interna.

e) La investigación como medio de una constante renovación de las políticas culturales, tomando en cuenta las necesidades reales de cada contexto socio-cultural a nivel local, estatal, regional, rural, urbano y nacional, y de acuerdo a la filosofía política manejada por el Estado nacional.

f) Integrar sistemas nacionales de bibliotecas públicas, museos, centros culturales, salas cinematográficas y locales para teatro, ballet, y danza, puesto que su vinculación darían lugar a un máximo aprovechamiento de los recursos y la participación ciudadana.

g) Integrar un instituto de formación profesional de trabajadores de la cultura, que cubra con la demanda de los promotores de las actividades culturales, como locutores, productores, adaptadores, guionistas de radio televisión y cine, etcétera.

h) Poner en práctica un sistema de financiamiento de la cultura, que se sustente cada vez más con recursos propios. La idea de un Banco de Desarrollo Cultural, tendría por objetivo la generación de recursos financieros para la promoción de la cultura, ayudado por la creación de una Secretaría de estado, encargado de implementar la política en materia de cultura popular y comunicación social.

Los mayores problemas de México son la modernización, miseria, cultura urbana, dependencia internacional, antiimperialismo, defensa nacionalista, lucha de clases, y sus deseos se encuentran en la aspiración de una democratización integral, el deseo de una cultura libre, gozosa y digna, que satisfaga las aptitudes y necesidades de creación, expresión y solidaridad de sus ciudadanos, como comunidad e individuos. Al mejorarse la educación general, los establecimientos especializados no tendrán que ejercer el papel de iniciadores o divulgadores para concentrarse en la enseñanza profesional.

La historia del arte mexicano requiere un desarrollo intenso a nivel académico, así como la clasificación y localización de muchas obras, elaborar estudios críticos, históricos, sociológicos, semióticos formales, etcétera. También es necesario poner especial interés en los sistemas de becas, talleres y concursos que ya existen, pero deben ampliarse y articularse con un programa estético más general. La política cultural como continuación del aparato escolar y como parte de los aparatos ideológicos del Estado, no puede ser cambiada sin que exista un compromiso de otros elementos, ya que es necesario modificaciones

sustanciales en las relaciones sociales de producción en el campo cultural, en la naturaleza del proceso de comunicación como medios de auténticos de diálogo y creación popular; y no esperar cambios radicales, además de no perder de vista, que es el Estado quien ejerce un control en el curso social de los avances culturales (Ladrón de Guevara, op. cit. y Colombres, 1997).

Respecto a la universalización y validez, es importante decir que los avances culturales deben ser adoptados o creados por razones nacionales, dando prioridades a las necesidades colectivas, la validez internacional o "universal", debe quedar en un plano secundario (Acha, op. cit.).

Pero también existen otras visiones acerca de la cultura y la política cultural, como de la que habla Pacho, integrante del grupo mexicano de rock "*La maldita vecindad*", rastreador de la cultura alternativa y entrevistado por la revista *Revoltijo Cultural*. Él considera que las estrategias en materia de política cultural, se han dividido en dos universos: el de la alta cultura y el de la cultura popular, sin embargo existe un tercer universo, el de la cultura alternativa, que es una de las formas actuales que toma la contracultura juvenil en México, que propone un ejercicio interactivo e interdisciplinario, horizontal, que requiere de espacios plurales y heterogéneos, no regidos por la máxima ganancia pero tampoco por una administración central, partidista o gubernamental y que busca su propio autofinanciamiento además de explorar y reflejar diferentes visiones de su comunidad o su mexicanidad. Considera importante la idea de una política cultural democrática, que incluya la concepción de una sociedad pluricultural y multclasista en oposición a la idea autoritaria o selectiva de la cultura.

Como músico, y por lo tanto como parte del grupo de creadores, del arte y la cultura en México, él considera que hay una infinidad de proyectos y prácticas culturales ciudadanas que carecen de foros apropiados para expresarse, y que por supuesto, son actividades que no tienen cabida en los foros oficiales, y que si acaso a sobrevivido y se ha expandido, ha sido en la subterrneidad o en la independencia, que ha sido capaz porque es una forma de consumo cultural que representa a amplios sectores de la población. Los problemas al respecto, con el difícil acceso a licencias para contar con espacios fijos, estatutos jurídicos, dificultad para la distribución de sus productos así como la imposibilidad de un radio alternativo por ejemplo, en donde poder desarrollar su promoción, así como la necesidad de apoyos estatales,

becas, subsidios, premios, etc. La cuestión es que el fomento cultural del gobierno se ha concretado a las estrategias de sus instituciones, dejando de lado políticas públicas que han coartado el desarrollo de iniciativas culturales que quedan fuera de ellas. También se ha observado que las publicaciones, programas de televisión, proyectos de instituciones educativas y de difusión, a pesar de sus intentos de difusión masiva, ha encontrado que sus objetivos no han sido cumplidos por la no aceptación del público. Este fracaso podría deberse al desconocimiento de la formación socio-histórica de las subculturas nacionales que se gestan en medios totalmente distintos, que lleva a conflictos culturales, asimismo, indicadores de carencias o privaciones sociales, puede ser producto de esa interacción diferenciada entre grupos culturales, propiciada por el desequilibrio económico, dispersión de la población, intereses opuestos, entre otros factores (Béjar, 1983).

Es importante tomar en cuenta, el respeto a la libertad de proyectos independientes, adecuar un marco jurídico que permita articular sus propios espacios, según la dinámica y necesidades de cada expresión artística, porque cada sector cultural como el teatro, la danza, la música, la literatura, requieren de diferentes apoyos gubernamentales, sería equivocado entonces, crear en una política cultural unívoca, también es importante considerar las diferentes comunidades de artistas y su público, así como las necesidades sociales y populares, que están ligadas actualmente a la opresión política, económica, social y cultural e ir conquistando nuevos espacios en estos ámbitos que sean estímulos para la creación y la recuperación de decisión del pueblo en el plano de la producción. Este proceso puede ser apoyado por aquellos quienes manejan técnicas especializadas como el cine, teatro, radio, electrónica, sonido y otros campos relacionados como la arquitectura u otros ámbitos del arte, ya que pueden aportar su conocimiento e integrarse a los proyectos populares dando origen a sus propios productos, respetando su tiempo, ritmo, calidad y orientación. (Revista *Revoltijo Cultural*, y Colombres, op. cit.).

En cuanto al rescate de las culturas étnicas indígenas no sólo responde a la preservación de un patrimonio cultural que empobrecería la cultura nacional, sino que puede existir una participación activa de estas comunidades o bien que las diversas culturas indígenas sean vehículo para la creación artística y cultural, con la aportación de sus tradiciones, su sabiduría, así como la búsqueda de una recuperación de la relación entre el hombre y la naturaleza tal y como es vista por los indígenas que constituya una estrategia de desarrollo rural en las regiones indígenas del país. Sería importante considerar que las aportaciones que puedan hacer la visión de la vida y la filosofía de los indígenas, podría generar cambios importantes en el desarrollo de la cultura y cambios trascendentales en la vida en general de México y de sus mexicanos: mestizos, indígenas o criollos.

CONCLUSIONES

Por último haremos algunas consideraciones en torno a los ejes sobre los que giraron la presente tesis, que nos permitan abrirnos a nuevos terrenos de investigación y a reflexiones respecto de nuestro papel como psicólogos y como personas en los diversos campos que comprende nuestra vida.

Reflexionando sobre el primer capítulo, podemos notar que desde la era Cristiana hasta la Reforma, el Renacimiento, la Revolución Industrial, las crisis democráticas y revolucionarias, el Occidente se fue formando de una serie de pruebas que se convertirían en supuestos básicos que tienen sus pilares en Jerusalén, Grecia y Roma, y que se aglutinaron bajo un signo, el signo de la razón. Así podemos darnos cuenta del ejercicio que la razón ha tenido a través de la historia de la cultura occidental; el poder que ejerció se convirtió de una influencia, a una religión moderadora de las sociedades, a través de la institucionalización, la lucha entre métodos democráticos y métodos racionales, la obsesión por el progreso, etcétera.

Lo increíble es ver que estas ideas parten del siglo XVI y hasta hoy en día, no hemos dejado estos presupuestos básicos, la Edad de la Razón nos ha acompañado por quinientos años y sólo se han ido colgando de estos conceptos, aparentemente, nuevas ideas y estructuras que se crean a causa de las constantes crisis occidentales. Con nombres distintos como lo hemos mencionado en el primer capítulo, a través de la historia se han creado ideologías que creen en las soluciones absolutas. He ahí que tampoco se encuentran diferencias profundas entre un jesuita, un marxista, un capitalista o bien entre profesionistas, puesto que las diferencias radican en el contenido que analizan con su método universal, su rivalidad puede ser resultado de sus respectivos intereses, pero más bien los separan las posiciones que ocupan y los métodos de verdades absolutas que cada quien utiliza. También nuestra miopía nos hace creer que el final que vivimos es un nuevo inicio, es solo la arrogancia de una civilización vieja, limitada por las circunstancias y carente de memoria que nos ha llevado a una necesidad racional para controlar el entendimiento, la memoria y que sólo ha conseguido agudizar la confusión y la permanencia del miedo a la vida (Ralston Saul, 1992).

El pensamiento occidental quiere conocer el mundo, apropiarse de lo otro, representarse la validez, la ley, lo general, la idea y la racionalidad interna de las particularidades del mundo, aspirando en lo teórico y lo práctico a la unidad que debe crear entre él y el mundo

exterior, pero lo que busca en verdad es el sometimiento del mundo a sus finalidades, su dominio (Löwith, 1998). Morin (1994) justamente habla acerca de la búsqueda de nuevos paradigmas a través de nuestra historia que tiene como base la búsqueda de algo que nos brinde seguridad, el objetivo principal ha sido querer mantener el control del mundo, para ello hemos echo uso de la complejidad para dar explicación del mundo que nos rodea, lo simple nos es insuficiente, ahí la epistemología de la complejidad de la que él habla y la búsqueda de un conocimiento tan especializado para comprender el todo a través de sus partes. En este mismo libro Schnitman habla de los peligros del lenguaje y la realidad, así como de la ceguera que nos ha ido cubriendo a través de las ideologías, de la razón como medio de conocimiento y de afirmación, de estabilidad, de alejar la incertidumbre y los temores, nos ha llevado a la incredulidad, no vemos si no lo creemos primero, tampoco nos damos cuenta de nuestra ceguera.

Frankfurt ha sido una de las escuelas que se ha concentrado en reflexiones respecto al impacto del Iluminismo y de las nuevas ideologías hasta la actualidad. Esta escuela condenaba la naturaleza del pensamiento de este proyecto, que se postulaba a sí mismo como verdad, pero su objetivo verdadero era el ocultamiento a los ojos del hombre de la irracionalidad en su realidad destructiva entre crisis reflejadas entre límites de inhumanidad jamás imaginables. Los resultados de este proyecto, han sido las transformaciones superficiales que ha sufrido, como el proyecto de la modernidad como forma de no aceptar sus fracasos; no son ideologías nuevas, son paradigmas que en el fondo se rigen bajo los mismos presupuestos (Waldman, 1989). Notamos esa preocupación constante en los autores, en los medios, como podemos observarlo en el artículo de Mamou (1999), el de Heller (1998), Velasco (1998), Vázquez García (1997) o Groft (1994); parece ser que las nuevas propuestas, los nuevos intelectuales, los filósofos y científicos han descubierto los errores que hemos cometido durante siglos de "civilización", existe un creciente prestigio del escepticismo postmoderno y la fragilidad de las concepciones universalistas; esta vez, creen que los paradigmas que bajo estos descubrimientos propongan darán una transformación a nuestro mundo, lo cierto es que a pesar de todo, seguimos perdidos en nuestras fantasías, como una sociedad esquizofrénica, siempre y sólo en torno al hombre.

La Humanidad ha sido uno de los ejes principales en el pensamiento europeo, los paradigmas que nos han regido tienen siempre la preocupación por el ser humano, por su bienestar, su crecimiento, porque el mundo quede a sus pies, jamás se ha puesto la mirada en el resto del universo, en la búsqueda de una armonía, en no separarnos más de la realidad. La crisis del hombre vino acompañada de la autotraición

del Iluminismo, la lógica de la racionalidad sólo podía darse en condiciones de aislamiento de los hombres, la destrucción de sus vidas privadas y la ruptura con sus nexos de conexión, la dominación totalitaria era enemiga de la individualidad, de ahí el interés por las relaciones sociales en la búsqueda de una identidad común, en la desaparición del respeto por la pluralidad y la diferencia, de las que han sido objetos las injusticias sociales y raciales. El hombre se encuentra como una marioneta, ha sido anulada su decisión, su libertad, su creatividad, su imaginación, ha sido encauzado por los valores preestablecidos, en la sombra del poder, busca la protección de entes superiores que le den sentido a su existir y fuerzas frente a lo incomprensible.

De una serie de cuestionamientos que comienza a hacerse el hombre, ha dando lugar al surgimiento de la categoría de "identidad" como una manera de explicar al hombre, su papel dentro del mundo, del universo. Es interesante ver la manera en el libro de Sanfélix (1997), se plantea a través de sus artículos, la concepción del sujeto a través del tiempo. Encontramos en la historia, un momento decisivo que más tarde daría lugar a la concepción moderna del sujeto, la era del sujeto cristiano, donde el hombre adquiere una dignidad excepcional entre todas las criaturas del mundo, descubriendo en su interior una imagen de Dios, su semejanza con él, le daría una condición divina en su realidad (falsa realidad). La concepción moderna se caracterizaría por la mundanización del sujeto. En el mismo libro, Mardones en su artículo, expone una reflexión interesante, cuando plantea el origen de la concepción del sujeto moderno en dos personajes principalmente: Descartes y Hegel, sin embargo, sigue permaneciendo la parte teológica, como una divinidad, sólo que ya no creada por Dios, si no de la nada, a partir de su enajenación del mundo, que tendría una pretensión de validez absoluta y que terminaría por conferirle la modernidad. No hay que olvidar que también el problema de la pérdida de identidad del sujeto, ha sido un tema abordado en las últimas décadas, en tanto que cada vez se nota a éste, más inmerso en formas organizativas, dominantes, que favorecen el carácter impersonal.

Hemos tocado algunos puntos acerca del problema de la identidad, y de la manera en que se ha ido creando esta categoría, pero cabe entonces cuestionarnos la validez de la misma. Para ello Lara (1995) realiza en su trabajo una crítica a las categorías que emplea el pensamiento occidental, como la de "individuo", "nación", "libertad", "democracia" o "humanismo", como algo que no se encuentra en la naturaleza, sino como vocablos lingüísticos-ideológicos de la civilización occidental. Él niega que las personas sean autónomas, existan en sí mismas, con una constitución ontológica distinta y separada de la

naturaleza, que nos han llevado a una actitud depredadora, a sentirnos "lo máximo de la creación", al ver a la naturaleza como creada para nuestro servicio, para explotarla aunque sea "racionalmente". Y hace notar que el tomar a la "diferencia" como la manera de respeto a la heterogeneidad y desligándose de una categoría que busca una validez absoluta, tampoco es la solución, puesto que lo único que hace es desplazar del centro a la identidad, pero no sale de un plano metafísico-ontológico, fragmentado del resto de la Naturaleza, del Cosmos.

Podemos hablar de que existen diferentes niveles en los que se conforma la identidad, tal como lo plantea Morin (1995), nuestra identidad personal, se ve influida a nivel egocéntrico, con nuestras propias experiencias, a nivel genocéntrico, con la influencia de la familia, sociocéntrico, cuando hablamos de la influencia de otras personas, etnocéntrico por la enorme influencia que en nuestra constitución tiene el grupo cultural o étnico al que pertenecemos; más allá de ellos también existiría el civilizaciocéntrico, que contempla la influencia de toda una civilización en la constitución de una identidad psicológica bajo todos los presupuestos que maneja a través de miles de instrumentos.

Particularizando el tema de la «identidad», a la identidad psicológica del mexicano, cabe hacer algunas reflexiones entorno a los capítulos dedicados en este trabajo. En el capítulo tres se hace referencia a los estudios que se han hecho sobre el mexicano desde diferentes perspectivas. No es posible negar las aportaciones que ellos han hecho en este campo, sin embargo, qué tan válidos puedan ser, creo que depende del cristal con que se miren; hablando de metodología, la validez puede variar de autor e ideología que maneje, sin embargo en general muestran resultados generales bastante interesantes para reflexionar al respecto, como por ejemplo el hecho de que la mayoría de los estudios buscan hacer una descripción del mexicano, donde curiosamente se coincide en una característica: los atributos que se le hacen tienden más a lo negativo que a lo positivo; realmente se hace un estudio para sacar a la luz los defectos que aparentemente muestra en su psicología el mexicano, nunca sus virtudes, pero un dato interesante es que la mayoría de los autores que así se expresan son mexicanos, pero lo más curioso todavía es que al hablar del mexicano, hablan de "ustedes los mexicanos son..." y no de "nosotros los mexicanos somos...", y me parece que es un punto interesante como para reflexionar, no a nivel de este trabajo sino de futuras investigaciones, o simplemente de reflexiones personales.

Llegar a decir quiénes somos, cuesta trabajo, intervienen muchos factores en nuestra construcción real o ficticia. Valdría preguntarnos qué tanto la historia puede ser de ayuda para sentirnos con una

identidad definida, para sentir que nos conocemos, que pertenecemos a, y por lo tanto para comprendernos mejor. Según Villegas (1999) el cobro de conciencia histórica es una forma de autoconocimiento que nos libera de la enajenación, de una dependencia que con frecuencia ignoramos nosotros mismos. La historia definitivamente es un elemento fundamental en cualquier estudio y reflexión, su conocimiento daría elementos que permitirían crear proyectos nacionales, conociendo la historia de un pueblo, de sus grupos, que guiarán en busca de un bienestar en torno a las necesidades, características, ideología, sentimientos de un pueblo, y no la búsqueda de soluciones absolutas, universales, que han llevado por siglos al fracaso. Nuestro objetivo debería ser la creación de proyectos que tuvieran como principio el respeto a la pluralidad cultural debido a nuestra condición de nación heterogénea.

Sin embargo, debemos tener cuidado pues, —la «historia» como parte de las ciencias occidentales— se encuentra inmiscuida dentro del mismo pensamiento occidental e ilustrado. La visión que ella puede ofrecernos también, más que acercarnos, podría alejarnos y confundirnos más en el intento por esclarecer una identidad o la de crear proyectos. Es interesante percibir, que nuestras ciencias y nuestro pensamiento se encuentra bajo presupuestos y categorías occidentales, que probablemente nada tendrían que ver con una alternativa fuera de ellos. Tenemos ahí el caso, cuando hablamos de identidad, como una categoría nacida en occidente y un tema sobre el que ha girado gran parte de su historia civilizacional. Al igual podemos tomar el caso, como lo mencionamos en el capítulo tres, de conceptos que ha ofrecido la historia para dar una explicación acorde a su pensamiento de las culturas prehispánicas, encontraríamos entonces categorías empleadas tales como «dioses», «politeísmo», «salvación», «creación». Desgraciadamente, estamos dentro de un pensamiento que nos ha sido heredado, con tales estructuras, la propuesta está en hacer una reflexión acerca de ello, hacer uso de los elementos que nos ofrece, con sus severas limitaciones y engaños, para darles una resignificación, que permita salir ellos mismos; más adelante retomaremos estos puntos para realizar algunos comentarios personales al respecto.

La pluralidad cultural, ha sido por siglos uno de los principales problemas de México (aunque no sólo de éste, sino en el mundo en general, de nuestro mundo homogeneizado por la universalidad “a la europea”), la dificultad de hacer a un lado a grupos indígenas o de buscar la manera de integrarlos a un mundo y a una sociedad que nos les corresponde, que no desean, a sido motivo de disgusto y desigualdades sociales y raciales, incluyendo por supuesto las económicas, políticas, etc. Sería momento de pensar en alternativas, proyectos de unificación

que no impliquen la desvalorización y menosprecio de otras culturas, sino por el contrario proyectos también que fomenten la pluralidad cultural, la permanencia de otras culturas con su riqueza, sus costumbres, tradiciones, sus formas de vida, sus ideologías. Mejor sería aún si nos abriéramos a el resto de nuestras culturas y con ayuda de la historia (utilizada con las reservas pertinentes), conociéramos mejor nuestras culturas prehispánicas, pues nos enriqueceríamos, porque tal vez ahí encontraríamos nuevas posibilidades de vida, alternativas de cómo transformar de raíz nuestro mundo en decadencia, nuestras sociedades llenas de miseria y la manera de integrarnos de nuevo al resto del universo.

El problema de la identidad mestiza, probablemente sea la que más hemos hecho a un lado. Los indígenas no tienen problema alguno en su identidad, saben quiénes son, de dónde vienen, sus particularidades, su pertenencia cultural, social, étnica, etc. Los mestizos hemos sido los que por siglos hemos cargado la duda de nuestra procedencia, de sentirnos pertenecientes a un grupo étnico, a una cultura, algunos podrán llamarnos o asumirse como híbridos, de manera peyorativa. Reflexiones acerca de nosotros mismos, de nuestras posibilidades biculturales, nos darían la pauta a conocernos y a reconocer que poseemos la gran riqueza de dos culturas, las cuales debemos asumir para crecer, para desligarnos de ellas al mismo tiempo que nos unimos más, trascenderlas para ofrecer nuevas alternativas. Tal como diría Zea (citado por Villegas, op. cit., p. 729): "no se trata de ignorar al mundo del que América también es parte, de lo que se trata es de "asimilarlo, de hacerlo suyo sin que esto implique la propia anulación" —yo agregaría— de resignificarlo.

La «identidad» ha sido un tema fundamental desde muy temprana edad en la cultura occidental. Existe una gran confusión en cuanto al individualismo, respecto a ésto, las sociedades budistas siente horror por muchas cosas de Occidente, en especial por nuestra obsesión con nosotros mismos como objeto de incesante interés, obsesionada con el yo, que quiere venderles su Dios, su democracia, su liberalismo o su capitalismo, culposa, que hace evidente a sus ojos que ese individuo no se comprende a sí mismo ni su lugar, está incómodo con su papel, no comprende que forma parte de un todo y por ende es de interés limitado como parte y por otro lado que aborde el problema de su existencia personal en forma privada. Pero qué opciones hay, según Ralston (op. cit.) la salida que ofrece el budismo zen frente a la cárcel de la razón puede ser muy superior a otras posibilidades, pero no ofrece reformas prácticas ni cambios revolucionarios para la sociedad en la que vivimos en cuanto a que sería casi imposible hacer que millones de personas se convirtieran al budismo zen, serían solo como fugas provisionarias, el individuo fracturado se regala tranquilizantes ocasionales para apartar la mente de las realidades del sistema que lo encarcela.

Tal vez sería imposible volver del todo atrás y adoptar otras formas de vida como podría ser el budismo —aunque aún esté vigente— o el de otras civilizaciones, pero como mencionaba en un párrafo anterior, lo que sí es posible es echar un vistazo atrás y aprender de ellas, rescatar aquellas cosas que permitan dar un giro a la evolución de nuestro mundo, abriarnos nuevas perspectivas y sobre todo que nos permitan volver a la realidad. La influencia de occidente ha sido tan severa y ha traspasado tales fronteras que podemos hablar de una occidentalización de oriente, ahí tenemos el caso de Japón, que incluso hizo que muchos japoneses desaparecieran su tradición durante algún período a causa de que ésta no respondía a los conceptos occidentales, sin embargo en la actualidad comienzan a retomarse de nuevo el pensamiento oriental y se ha buscado una resignificación, una adaptación de ambas culturas. Es un inicio, aunque quién sabe si sea un nuevo camino o pueda tener la fragilidad para caer en el círculo vicioso de la alienación en el que hemos vivido.

Esa alienación, nos ha llevado a concebir un mundo fragmentado, una fragmentación de la que ha sido objeto todos los elementos que forman parte en nuestra vida, el arte es sólo un ejemplo de esta fragmentación. Hemos visto que a través del arte se refleja una sociedad, una cultura, un individuo, una psicología, una historia. La cultura es uno de los elementos donde podemos ver reflejadas muchas cosas de una sociedad o grupo; el arte ha sido considerada una de las máximas expresiones de la cultura en todos los tiempos, sin embargo, lo interesante es ver que a través del arte es permisible la psicología de una sociedad o de un individuo, a través de quienes la producen o de quienes la consumen. El arte, considero debe de ser un medio de expresión de un hombre, de su realidad, de su mundo, de sus sentimientos, pero ellos no deben ir desligados, sino unidos bajo una armonía y una historia. La psicología en el arte, puede leer el alma de un hombre o de un pueblo, de ahí la importancia que para nosotros valdría el apoyo a nuestras formas culturales y artísticas de expresión. No sólo cómo psicólogos o investigadores, sino simplemente como seres humanos viviendo en este grupo debemos de mostrar interés por el apoyo a nuestra cultura. También en este sentido debe haber una renovación en cuanto a la manera de plantearnos los medios, la políticas culturales que tracen nuestra historia cultural. El arte requiere de un fomento impresionante, pero primero deben existir cambios radicales que permitan hacer propuestas nuevas, la descentralización sea quizá uno de los puntos más inmediatos a superar, puesto que con este obstáculo de por medio pocos cambios podrían percibirse. El arte en México debe olvidarse de seguir corrientes de moda, estilos importados, tampoco un nacionalismo excesivo, es necesario, replantear la manera en que se ha valorado el arte sería de suma importancia.

Ralston Saul dice que el escritor, para volver a ser un testigo fiel, debe recobrar la desconfianza frente a las estructuras establecidas, cortar sus cadenas literarias y vagabundear a veces dentro de la sociedad, a veces fuera de ella, para liberarse del lenguaje racional, encontrándose con la imaginación, ser solitarios pero ver todo a su alrededor y como decía Orwell "escribir en lenguaje llano y vigoroso y pensar sin miedo", así el resto de los artistas deben deshacerse de estructuras. Algunos estudiosos del tema del arte en referencia a la música se preguntan: ¿Qué tipo de música necesita un determinado tipo de sociedad? ¿Sería deseable o lícito dirigir el desarrollo de lenguajes musicales de acuerdo con principios filosóficos o sociales? ¿Debería darse preferencia a determinado tipo de creación musical? y si es así, ¿Por qué es preferible la difusión de la música denominada culta a cierto tipo de música comercial? ¿Sería deseable la preservación y el estímulo de las músicas características de algunas culturas populares? Éstas y otras muchas preguntas resultan de gran interés para cuestionarnos el papel del arte en la cultura, para plantearnos el qué, el cómo, el cuándo y el por qué; y no sólo eso sino el papel que desempeña el arte en el reflejo de nuestra identidad histórica, cultural, nacional y psicológica por mencionar solo algunos ámbitos.

Es de vital importancia, hacer referencia a la visión del arte que tenemos, probablemente algunas de las reflexiones que se hicieron en los párrafos anteriores, sean de utilidad, en tanto que deben existir propuestas iniciales que hagan transformaciones, el arte se ha visto como aquello que expande la sensibilidad hacia lo místico, genera sensaciones y es un buen inicio, pero estas transformaciones serán sólo desde el punto de vista en que concebimos el arte como parte de una cultura occidental: antropocéntrico y fragmentario. Nuestro interés deberá de ir más allá, el objetivo fundamental sería la reunificación del universo. Las palabras pueden estorbar mucho para explicar un fin deseado, pero tal vez un ejemplo pueda llevarnos a él: en las culturas prehispánicas, el mundo no se encontraba fragmentado, la vida del hombre formaba parte de la vida del universo, una visión cosmogónica en donde cada elemento de la vida se encontraba relacionada como una misma, como una totalidad, no existía división entre religión, arte, ciencia; un ejemplo lo podemos citar con los voladores de Papantla: en su «ritual» se mezclaba, la música que manifestaba al cosmos agradecimiento por la vida, con sonidos que imitaban por ejemplo a los pájaros, la danza que se realizaba consistía en cuatro hombres que representando los cuatro puntos del universo —donde estaba por lo tanto incluida la astronomía—, daban 13 vueltas que multiplicadas por los cuatro, daba como resultado 52 que correspondía al siglo azteca, las matemáticas estaban presentes también. En términos occidentales, en un sólo evento se encuentran unidos, la religión, el arte y la ciencia, su división no representaría nada, sus totalidad, algo sagrado.

Una vez abordados los temas esenciales sobre los que giró la presente tesis, nos falta abordar un punto importantísimo respecto al objetivo de la misma, que hace referencia a la siguiente pregunta: ¿Qué reflexionar sobre nuestra profesión, sobre nuestras condiciones de estudiantes y profesores, sobre la UNAM? En la sociedad a la que pertenecemos, el estudiante que tiene más éxito es aquel que posee una aptitud para las estructuras abstractas, la inteligencia consiste en una combinación de aptitudes analíticas, ambición desmedida y materialismo superficial, la creatividad en las aulas no es recompensada, o bien sólo aquella que lo parezca mientras no rompa los límites de lo establecido o bien las creencias del profesor, la imaginación ha sido borrada dentro de los objetivos a desarrollar no sólo en un estudiante sino en cualquier ser humano. Las metodologías que se enseñan y que a veces se transmiten como religiones, resultan ser autónomas y muchas de ellas jactarse de ser un conocimiento esencial que puede ser aplicado a cualquier organización, ahí tenemos a nuestras grandes personalidades políticas por ejemplo, que bajo la metodología de Harvard, pretenden hacer grandes logros y el desarrollo y crecimiento de nuestro país. Poco importa realmente que triunfen o fracasen en su batalla con la realidad, no existe una reflexión sobre los resultados que se obtienen y no sólo eso, sino las múltiples posibilidades que podrían enriquecerlos o transformarlos. Permanecer en lo universal es lo más importante, ¿qué nos sustenta si no es el reconocimiento de los demás?

El conocimiento especializado ha sido una de las armas de la modernidad con la que se ha creído que se tienen las soluciones absolutas a las problemas de nuestra civilización, siendo que la aplicación de estos conocimientos especializados y organizados racionalmente, probablemente sean de los que derivan nuestros mayores problemas. La universalidad ha sido el objetivo por siglos, mantener el poder y castrar la imaginación, el lenguaje lo vuelven privado debido a su complejidad, dejando de ser un medio de comunicación y convirtiéndose en un escudo para quienes lo dominan, un arma de control. La especialización actualmente es admirada y recompensada cuando se ve a un médico cuya comprensión del cuerpo humano se limita a un órgano o que pensar de un literato que considera la narrativa como un ejercicio ajeno a la sociedad y que con su lenguaje complejo hace de la literatura algo inaccesible, lejos de la tradición populista sin poder en el cambio social, con temas alejados del mundo del ciudadano incapaz de comprender por lo tanto los movimientos del mundo exterior, ¿quién sería más analfabeto estas personalidades o un granjero que tal vez no sepa leer pero que tiene una comprensión real e inmediata del mundo que lo rodea? Respecto a nuestra profesión, debemos estar conscientes de la importancia de no fragmentar los elementos que la psicología como herramienta puede darnos para

comprender la realidad, sino unir el significado que el resto de las ciencias pueden ofrecer de la misma, no es suma de realidades, sino una misma. Ahora hay que desaprender lo que en cinco siglos nos ha sido enseñado, algo difícil de lograr.

Existe una responsabilidad enorme de quienes formamos parte de esta casa de estudio y en general de todas las instituciones de educación, de generar una sensibilidad que permita ver más allá de lo que se nos muestra evidente, abrir nuestros horizontes en busca de una educación con bases sólidas que fomenten el desarrollo de profesionistas e investigadores, que hagan nuevas propuestas, que olviden sus «religiones» y se conecten a la realidad, puesto que lo único que ha logrado la fragmentación es alejarnos de un entendimiento general y una acción coordinada, pero sobre todo cabría preguntarse si sólo de eso nos ha alejado, o ¿a caso de la armonía con el cosmos no hemos sido separados?

Por último desearía hacer algunos comentarios personales respecto a la experiencia que he vivido con este trabajo, pues debo hacer notar que en algún momento se planteó la idea y necesidad de sobrepasar un pensamiento occidental, que ha marcado la pauta en el manejo de nuestras categorías y apreciación de las mismas y de las herramientas que ofrece como forma de conocer nuestra realidad, pero que indudablemente la fragmenta, en ese sentido, debo reconocer las limitaciones de mi propio trabajo, puesto que es verdad que hago críticas al respecto, pero indudablemente caigo en ello, y justamente este ha sido un punto que me ha conducido a algunas reflexiones que quiero compartir.

Durante el proceso de la tesis, obtuve mucha información que me ha ido permitiendo acercarme a nuevas posibilidades de vida, también a tener una postura y una concepción distinta del mundo. Es curioso, pero no puedo decir que logré responder todas las preguntas que en un inicio de mi proyecto me hacía, podría decir que sé más que al principio, pero parece que es menos, porque han surgido en mi nuevas inquietudes, dudas, que no me pesan reconocer, sino que por el contrario me enorgullecen, porque creo es un buen inicio, la semilla quedó sembrada, y será fruto de nuevas reflexiones o de nuevas acciones. Para mí ha sido difícil comprender lo que durante este proceso fui reflexionando con mi asesor, él me enseñó a poner mucha atención en los elementos que se jugaba dentro de este trabajo. Comprender cuando me explicaba acerca del pensamiento europeo, de una cultura fragmentaria; es más comprensible para mí si lo pienso en un nivel más práctico, me parecería más sencillo poner en práctica una alternativa de vida que nos uniera de nuevo al Universo, donde no estuviera éste al servicio del hombre, sin

fragmentar la realidad. Tal vez mucho podría rescatar de lo mínimo que sé de otras culturas, la prehispánica o las orientales —así logro soñar—, pero me es imposible pensar en explicarlo a nivel teórico. Por otra parte, no me ha sido tan difícil introducirme a la filosofía —que apenas lo he hecho dentro de mi tesis—, me ha gustado e interesado; los elementos que poseo son aún pobres para ello. Pero no sólo eso, también existe una gran incertidumbre en mí, de pensar si ese nivel llevaría a una determinada meta. Un claro ejemplo lo podría plantear respecto a la identidad, comentábamos mi asesor y yo —ya muy avanzado mi trabajo y con los elementos que éste me fue dando—, el por qué y para qué debía abordarse la identidad, si era una categoría occidental y era de este pensamiento del que queríamos escapar, ¿por qué debíamos ocupar nuestro tiempo en atribuirnos una identidad para poderla dar a conocer al mundo? ¿por qué no aprender a conocernos cada quién, sin tener que explicar a los demás lo que somos, sin buscar el reconocimiento? ¿también en las acciones se conoce, no?, él respondía a mi pregunta diciendo que era indispensable conocernos abordando este tema, para una vez teniendo clara nuestra identidad, lo que somos y lo que queremos, pudiéramos ir más allá de la misma y dejar a un lado el sometimiento y colonización de la que hemos sido objeto, tal vez sea cierto, pero al círculo vicioso yo no le encuentro fin.

Suelo sentir una impotencia, cuando imagino si en verdad, cambio alguno se puede hacer en este mundo decadente, a veces creo que sólo volviendo a nacer el mundo sería posible, pero hay una reflexión más que me inquieta y es el hecho de que encuentro sólo una opción viable si los cambios se hacen en acciones (como lo plantearía el zen, por poner un ejemplo), he pensado que nuestras reflexiones teóricas vuelven a caer en lo mismo, ¿es posible desligarse de una forma de pensamiento, cuando vives en un mundo construido por él, cuando haces uso todo el tiempo del mismo para trascenderlo? ¿cómo deshacerse de un lenguaje que lo es? ¿cómo explicar aquello que sabes si no cuentas con otros elementos que las categorías que el mismo ha creado? Yo no encontraría otra manera de expresar todo esto que he dicho, excepto una... una actitud hacia la vida.

REFERENCIAS

- ABBAGNANO, N. (1966) Diccionario de Filosofía, Ed. Fondo de Cultura Económica, México.
- ACHA, J. (1984) El Arte y su distribución, Ed. Península, Barcelona, Cap. 1.
- AGUILAR, J. A. (1999) "José Vasconcelos: Odiseo en la red", Metapolítica, 12, 3, México, pp. 707-713.
- ARRIARÁN, S. (1999) La Fábula de la Identidad Perdida, Ed. Itaca, México, Cap. 8, pp. 151-165.
- ARROYO, I. (1999) "Jesús Reyes Heróles: El país imaginado", Metapolítica, 12, 3, México, pp. 697-705.
- BARTOLOMÉ, M. (1997) Gente de Costumbre y Gente de Razón: las identidades étnicas en México, Ed. Coyoacán, México.
- BASAVE, A. (1993) México Mestizo, Ed. Fondo de Cultura Económica, México.
- BEINER, R. (1997) "Liberalismo, nacionalismo, ciudadanía: tres modelos de comunidad política", De Filosofía Política, 12 (10), Madrid, pp. 5-22.
- BÉJAR, R. (1983) El mexicano: aspectos culturales y psicosociales, UNAM, México, pp. 9-151.
- BEVERLEY, J. (1999) "Los límites de la ciudad letrada", Historia y geografía, (12), Universidad Iberoamericana, México, pp. 150-176.
- BLANCARTE, R. (1994) Cultura e Identidad Nacional, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 21-72, 331-383.
- BLANCO, J. J. (1981) Función de Medianoche, Ed. Era, México.
- BLANCO, V. (1996) "La cuestión indígena y la reforma constitucional en México", Revista Internacional de Filosofía Política, (7), Madrid-México, pp. 121-137.
- CAMPOS, J. (1999) "Estoicismo, virtud política y mexicanidad: Una reflexión desde el pensamiento de Octavio Paz y Alfonso Reyes", Metapolítica, 3 (12), México, pp. 611-622.
- CERUTTI, H. (1998) "Identidad y dependencia culturales". En: Sobrevilla, D. (ed.) (1998), Filosofía de la Cultura, Ed. Trotta, Madrid, pp. 131-144.
- CLIFFORD, G. (1992) La interpretación de las Culturas, Ed. Gedisa, España, 1a. y 2a. Parte, pp. 19-59, 299-338.
- COLOMBRES, A. (1997) La Cultura Popular, Ed. Coyoacán, México.
- CHILPA, C. (1995) "Los antecedentes de lo mexicano". En: López Ramos, S. (ed.) (1995), Historia de la Psicología en México, CEAPAC, México, pp. 407-428.
- DE LA GARZA, M. T. (1999) "El Proyecto Ilustrado y violencia social", Metapolítica, 3 (1), México, pp. 443-454.

- DELGADO, R. (1991) "El TLC no afectará nuestra identidad nacional", El País-La Jornada, México, pp. 10.
- DÍAZ-GUERRERO, R. (1984) Psicología del Mexicano, Ed. Trillas, México.
- DÍAZ-GUERRERO, R. (1989) "Una Etnopsicología mexicana", Ciencia y Desarrollo, XV (86), México, pp. 69-83.
- DILTNEY, W. (1979) Historia de la Filosofía, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 31.
- ECHEGOLLEN, A. (1999) "Antonio Caso y la República Bovarista en México", Metapolítica, 3 (12), México, pp. 623-635.
- ENCICLOPEDIA DE LA FILOSOFÍA GARZANTI (1992) Ediciones B, España.
- ESCALANTE, F. (1998) "Liberalismo e identidades indígenas en el Estado mexicano", De Filosofía Política, (12), México, pp. 185-195.
- ESCOBAR, G. (1996) El Pensamiento Filosófico de México, Ed. Torres Asociados, México.
- ÉSTE, A. (1997) Cultura Replicante, Ed. Gedisa, Barcelona, pp. 11-21, 61-65.
- EXPOSICIÓN "De la Danza Prehispánica a la Posmodernidad" (Centro Nacional de las Artes, 2000).
- EXPOSICIÓN "Escultura Mexicana" (Palacio de Bellas Artes, 2000).
- FILLINGHAM, L. Y SUSSER, M. (1999) Michael Foucault para principiantes, Ed. Era Naciente, Buenos Aires, p. 84.
- FISHER, R. (1985) "Deconstruyendo la Realidad", Diógenes, UNAM, México, pp. 49-64.
- FROST, E. (1986) La Educación y la Ilustración en Europa, Ed. El Caballito, México.
- FUENTES, C. (1981) Agua Quemada, Ed. Fondo de Cultura Económica, México.
- GAARDER, J. (1994) El Mundo de Sofía, Ed. Siruela, Madrid, pp. 37, 38, 77-84.
- GARCÍA, F. J. Y GRANADOS, A. (1999) Lecturas para educación intercultural, Ed. Trotta, Madrid, Cap. 1.
- GAY, P. (1985) La Edad de las Luces, Ediciones Culturales Internacionales, México.
- GROFT, S. (1994) Psicología Transpersonal, Ed. Kairós, Barcelona, pp. 13-44, 71, 72, 92-95.
- GRUZINSKI, S (1995) La Colonización de lo imaginario: Sociedades indígenas y occidentalización en el México español s. XVI - XVIII, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, Cap. 7, pp. 229-281.
- HABERMAS, J. (1993) Identidades Nacionales y Postnacionales, Ed. Rei, México, pp. 111-121.

- HELLER, A. (1998) "Iluminismo contra fundamentalismo: el ejemplo de Lessing", Pensamiento de los Confines, (1), Buenos Aires, pp. 161-169.
- HELLY, D. Y ELBAZ, M. (1996) "Modernidad y Posmodernidad de las identidades nacionales", Revista Internacional de Filosofía Política, (7), Madrid-México, pp. 72-91.
- INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTES. Memorias 1964-1970, México.
- KROTZ, E. (1998) "El indigenismo en México". En: Sobrevilla, D. (ed.), Filosofía de la Cultura. Ed. Trotta, Madrid, pp. 163-178.
- LADRÓN DE GUEVARA, M. (1983) Política Cultural del Estado mexicano. México, pp. 9-241.
- LARA, J. (1995) "La transformación curricular de la carrera de Psicología en México: su contextualización en la civilización occidental". En: Lara, J. (Eds.) (1995), Alternativas para la formación de psicólogos en México. AMAPSI, México, pp. 9-42.
- LARROYO, F. (1984) "Estudio Preliminar" para la obra: Platón. Diálogos. Ed. Porrúa, México, pp. IX, X, XII.
- LA TRADICIÓN OCCIDENTAL, Video "La Ilustración en Europa".
- LISS, P. (1986) Orígenes de la Nacionalidad Mexicana. 1521-1556: La formación de una nueva sociedad. Ed. Fondo de Cultura Económica, México.
- LÖWITH, K (1998) "Observaciones sobre la diferencia entre oriente y occidente". En: Löwith, K (1998) El Hombre en el centro de la Historia. Ed. Herder, Barcelona, pp. 263-293.
- LOZANO, (1991) ?
- LLINARES, J. (1997) "¿Son verdaderos «sujetos» los seres humanos de la Grecia Arcaica?". En: Sanfélix, V. (1997) Las Identidades del Sujeto. Ed. Pre-textos, España, pp. 23-57.
- MAESTRE, A. (1999) "En Memoria de Alfonso Reyes. El Laberinto literario", Metapolítica, 3 (12), México, pp.663-684.
- MAMOU, J. (1999) "En nombre del Humanismo", Le Monde Diplomatique. México, pp.
- MARDONES, J. M. (1996) ¿Hacia dónde va la religión?. Postmodernidad y postsecularización. Ed. Cuadernos de Fe y Cultura, Universidad Iberoamericana, México.
- MEDINA, A. (1983) "Los grupos étnicos y los sistemas tradicionales de poder en México", Nueva Antropología, 5 (20), México, pp. 5-29.
- MONSIVÁIS, C. "Civilización y Coca-Cola", Nexos. México, pp.19-29.
- MORAWSKI, S. Fundamentos de Estética.
- MORENO, J. (1986) Lo mexicano en las artes plásticas. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, pp. 44-59.

- MORENO, Y. (1986)** "Aculturación de las formas populares". En: Anónimo, El Nacionalismo y el Arte mexicano. UNAM, México, pp. 45-70.
- MORIN, E. (1992)** El Método. Las Ideas. Ed. Cátedra, Madrid.
- MORIN, E. (1992)** "La dificultad de definir una identidad cultural europea", La Jornada Semanal. (136), México, pp. 26-30.
- MORIN, E. (1995)** "La Noción de Sujeto". En: Schnitman, D. (ed.) (1995) Nuevos Paradigmas. Cultura y Subjetividad. Ed. Paidós, México.
- MOSTERIN, J. (1983)** Historia de la Filosofía. El pensamiento arcaico. Ed. Alianza Editorial, Madrid.
- MOYA, E. (1998)** Crítica de la Razón tecnocientífica. Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 92-263.
- MOYSSEN, X. (1961)** Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas. UNAM, México.
- MUSEO DE HISTORIA** "Castillo de Chapultepec", Leyendas.
- MUSEO** del "Antiguo Colegio de San Ildefonso", Leyendas.
- MUSEO** "Nacional de Arte", Leyendas.
- OSORIO, I. (1991)** "Las Bibliotecas Novohispanas", Humanidades. UNAM, México.
- PALACIOS, A. (1999)** "La incertidumbre del siglo XXI. Reflexiones entorno a la Psicología del mexicano", Cuadernos de Psicoanálisis. 32 (1-2), México, pp. 2-28.
- PASSERIN, M. (1998)** "Crítica e Iluminismo: Sobre Michael Foucault", Pensamiento de los Confines. (1), Buenos Aires, pp. 171-177.
- PAZ, O. (1997)** El Laberinto de la Soledad. Ed. Fondo de Cultura Económica, México.
- PEÑALOSA, J. A. (1974)** Vida. Pasión y Muerte del Mexicano. Ed. Jus, México.
- PEREDA, C. (1997)** "La identidad en conflicto", De Filosofía Política. 10, Madrid, pp. 23-45.
- POLIAKOV, L. (1984)** El Siglo de las Luces. Ed. Muchnik Editores, Barcelona.
- RALSTON SAUL, J. (1992)** Los Bastardos de Voltaire. Ed. Andrés Bello, Barcelona.
- RAMÍREZ, S. (1977)** El Mexicano: Psicología de sus motivaciones. Ed. Grijalbo, México.
- RAMOS, S. (1990)** El Perfil del Hombre y la Cultura en México. Ed. Espasa-Calpe Mexicana, México.
- READ, H. (1977)** Arte y Sociedad. Ed. Península, Barcelona, pp. 160-162.
- RIDING, A. (1985)** Vecinos Distantes: un retrato de los mexicanos. Ed. Planeta, Cap. 1, pp. 13- 95.

- RODRÍGUEZ, M.A. (1999)** Octavio Paz: La conquista de la tradición rebelde, Metapolítica, 3 (12), México, pp.663-684.
- ROUSSEAU, J. (1996)** Discursos sobre el origen de la desigualdad de los hombres, Ed. Alba, España, pp. 7-28.
- ROUSSEAU, J. (1996)** El Contrato Social, Ed. Alba, España, pp. 9-20.
- RUBERT, X. (1989)** Teoría de la Sensibilidad, Ed. Península, Barcelona, Cap. 1.
- RUBÍN DE LA BORBOLLA, D. (1986)** "Valoración de las artes populares en México 1900-1940". En: Anónimo, El Nacionalismo y el Arte Mexicano, UNAM, México, pp. 353-362.
- SANABRIA, J. R. (1985)** Introducción a la Filosofía, Ed. Porrúa, México, pp. 91-96.
- SANFÉLIX, V. (1997)** Las Identidades del Sujeto, Ed. Pre-textos, España, pp. 7-21.
- SCHNITMAN, D. (1994)** Nuevos Paradigmas. Cultura y Subjetividad, Ed. Paidós, México, pp. 15-66, 91-142, 421-454.
- SOBREVILLA, D. (1998)** Filosofía de la Cultura, Ed. Trotta, Madrid.
- TANCK, D. (1998)** La Educación Ilustrada 1786-1836, El Colegio de México, México.
- TAYLOR, C. (1996)** "Identidad y reconocimiento", Revista Internacional de Filosofía Política, (7), México-Madrid, pp.10-19.
- THIEBAUT, C. (1998)** Conceptos Fundamentales de Filosofía, Ed. Alianza Editorial, Madrid, pp. 34.
- VATTIMO, G. (1986)** El fin de la Modernidad: Nihilismo y Hermenéutica en la Cultura posmoderna, Ed. Gedisa, México, pp. 9-59, 83-85, 145-159.
- VÁZQUEZ, F. (1997)** "La Postmodernidad filosófica y el valor de la alteridad en los estudios históricos", Er. Revista de Filosofía, (22), Sevilla-Barcelona, pp. 73-95,
- VELASCO, A. (1998)** "La relevancia del pensamiento de Gadamer en la filosofía: más allá de la modernidad y la posmodernidad", Theoría, pp. 55-66.
- VÉJAR, C. (1989)** "El Laberinto de la Identidad", Plural, XVIII-XIX (215), México, pp. 31-38.
- VILLORO, L. (1998)** "Sobre el relativismo cultural y universalismo ético", Isonomía, (9), México, pp. 35-48.
- WALDMAN, G. (1989)** Melancolía y Utopía, UAM, México, Cap. 3, pp. 53-74.
- XIRAU, R. (1990)** Introducción a la Historia de la Filosofía, UNAM, México, pp. 35-55.